

Gail Tsukiyama
El jardín del samurái

«Una novela
extraordinariamente
amena y conmovedora
sobre la bondad y la
belleza. Tsukiyama es
una sabia y fascinante
narradora.»

Booklist



Lectulandia

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, el joven Stephen es enviado a la casa de verano de su familia, en Japón, para recuperarse de una tuberculosis. Allí descansará, nadará en las sanas aguas del mar y pintará bajo la brillante luz que baña la costa. Estará en un ambiente tranquilo y solitario hasta el encuentro con cuatro residentes locales: una hermosa joven japonesa y tres personas de edad más avanzada. Lo que surge a continuación es una narración, a un mismo tiempo, clásica y extraordinariamente singular. El joven protagonista tendrá su propia aventura existencial, pero será el despliegue de la historia de Matsu, Sachi y Kenzo lo que atraerá la atención y lo que el lector recordará al terminar las páginas de este apasionante libro.

Con las líneas narrativas claras, sencillas y deslumbrantes del mejor arte oriental, Tsukiyama ha creado una pequeña y conmovedora obra maestra.

La crítica norteamericana ha alabado a Gail Tsukiyama por sus vívidos personajes y su prosa cristalina. Los críticos europeos han aclamado la exquisita belleza de los serenos ambientes que describe. Pero, sobre todo, son los lectores de todo el mundo quienes están disfrutando con este libro, al hallarse en manos de una fuerte narradora, poseedora de la sabiduría y el corazón cálido de un alma antigua.

Gail Tsukiyama nace en San Francisco donde transcurre su infancia. De madre china y padre japonés, actualmente vive en El Cerrito, California, y se dedica a escribir su siguiente novela.

Lectulandia

Gail Tsukiyama

El jardín del samurái

ePub r1.0

Titivillus 13.11.2018

Título original: *The Samurai's Garden*

Gail Tsukiyama, 1994

Traducción: José Manuel Pomares Olivares

Diseño de cubierta: Enrique Iborra

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Agradecimientos

Otoño

Invierno

Primavera

Verano

Otoño

En recuerdo de Thomas Yan

Nadie habló,
el anfitrión, el huésped,
el crisantemo blanco.

Ryōta

Agradecimientos

Deseo expresar mi agradecimiento a Catherine de Cuir, Cynthia Dorfman, Blair Moser, Norma Peterson y Abby Pollak, por su permanente finura y apoyo. Y, como siempre, muchas gracias a mi madre y a mi hermano, por la continua fortaleza y ánimo que me brindan.

OTOÑO



Quería encontrar mi propio camino, de modo que, esta mañana, convencí a mi padre para que me permitiera viajar solo desde su apartamento en Kobe hasta la casa de mi abuelo, en Tarumi, junto a la playa. Había tardado casi dos semanas en persuadirlo, como si no fuese más que un niño y no un joven de veinte años. Puede parecer una pequeña victoria, pero lo cierto es que he ganado tan pocas en los últimos meses que para mí lo significa todo e incluso, quizá, el inicio de mi recuperación. Justo antes de partir, compré este abultado cuaderno de papel pergamino japonés en el que tengo la intención de anotar cualquier cosa que tenga la fortuna de captar. Se abre ahora ante mí, con sus delgadas hojas y su papel de color arenoso, vacío y silencioso, como la playa que se despliega allá abajo, en el pueblo.

Desde que enfermé la primavera pasada, en Cantón, no he tenido tiempo para dedicarme a mí mismo. Una vez que me sentí demasiado débil para seguir estudiando, mis profesores de la Universidad de Lingnan me enviaron a casa. Mi amigo King me acompañó en el tren y me cuidó durante todo el trayecto hasta Hong Kong. Jamás olvidaré la mirada asustada en los ojos de mi madre el día que regresé. Era como el temor de un animal por su cría. No podía dejar de toser el tiempo suficiente como para recuperar la respiración. Cuando King y un sirviente me transportaron, subiéndome por los escalones de hormigón de nuestra casa, mi madre permaneció allí, envuelta en su *cheungsam* de seda verde, con los labios fuertemente apretados, que formaban en su boca una línea recta, como si tratara de retener un grito. Una vez en casa, estuve constantemente bajo su precavida vigilancia y la de Ching, nuestra vieja sirvienta. Las dos mujeres controlaban cada uno de mis movimientos, como si corriese el peligro de marchitarme ante sus propios ojos. Así es como me miraban a veces, como si ya no fuese más que un recuerdo.

Comprendo bien su preocupación. Mis días seguían marcados por la fiebre, que reaparecía a últimas horas de la tarde, y por una tos seca y persistente. Durante todo aquel verano de aire denso y pegajoso, el calor no hizo sino empeorar las cosas. Cuando un médico inglés diagnosticó mi enfermedad como tuberculosis, mi madre le envió un telegrama a mi padre, en Kobe. Su preocupación se convirtió en terror y le prohibió a mi hermana menor Penélope, a la que yo llamaba Pie desde que nació, que entrara siquiera en mi habitación.

Cada mañana, Pie aparecía en el umbral de la puerta y me sonreía, con aspecto de ser menor de los doce años que tenía. Éramos cuatro hermanos. Anne, mi hermana mayor, y Henry, mi hermano menor, han regresado ahora a la escuela, en Macao. Al nacer, nuestros padres nos pusieron nombres cristianos, puesto que mi padre está convencido de que, en el mundo de los negocios, es una ventaja que los occidentales puedan tratarnos con facilidad. Su negocio de importación y exportación prospera gracias a esa clase de ideas progresistas. Parece que el apartamento que tiene en

Japón es más su hogar que nuestra casa familiar en Hong Kong. En realidad, vive un poco en los dos sitios y la forma que tiene de inclinarse y apartar la mirada me parece a veces más japonesa que china.

A finales de julio ya se habían iniciado los calores en Hong Kong, al tiempo que la fiebre avanzaba y se retiraba. Una pesada quietud se había aposentado sobre nuestra casa, como si todo el mundo se moviera en cámara lenta. Mi madre estaba más nerviosa de lo habitual. Dos días más tarde oímos por la radio la noticia de que los japoneses se habían apoderado de Tientsin y rodeado Pekín.

Hong Kong era sofocante en agosto. Había tardes en las que apenas podía respirar. Mi padre escribió: «Enviadme a Stephen a Kobe y lo llevaré a Tarumi. Allí, el clima es más seco y el aire mucho más fresco que en Hong Kong». Mi madre le ordenó a Ching que se preparase para acompañarme a Japón, mientras los japoneses ocupaban Pekín y enviaban sus barcos de guerra a Shanghai. Detestaba tener que abandonar a mi familia y a mis hermanos, a pesar de que no se me había permitido verlos. Me sentía más solo que nunca.

En cierto modo, no puedo evitar el pensar que el tiempo que pase en Tarumi será de una tranquilidad parecida a la muerte. Allí, al menos, las brisas del mar son mucho más suaves que el calor tórrido y húmedo de Hong Kong.

A finales de agosto, los japoneses invadieron Shanghai, donde sigue produciéndose una sangrienta resistencia. Miles de refugiados han huido de China y han montado sus hogares improvisados en las atestadas calles de Hong Kong. Camino del puerto, oímos los grasientos guisos que preparaban en las calles y observamos sus rostros flacos y desolados, mendigando dinero y comprensión. Luego, en el muelle, en Kowloon, mi madre y Pie parecieron quedar también abandonadas, mientras agitaban la mano para despedirse de Ching y de mí. Sólo después de que creyera haberme visto desaparecer entre el gentío, se llevó mi madre el pañuelo de encaje blanco a los ojos.

Durante toda la travesía hasta Japón, a bordo del *President Wilson*, Ching se negó a dejarme sentar en la cubierta bañada por el sol sin ponerme por lo menos tres suéteres. Cuando finalmente llegamos a Kobe, se aferró a mi brazo, sin dejar de murmurar: «Éstos son los diablos japoneses que han expulsado a nuestros chinos de sus casas». Observé a la ajetreada multitud a través de la ventanilla del taxi, pero a excepción de pequeños grupos de soldados que deambulaban por lugares públicos, con los rifles colgados al hombro, todos estos japoneses me parecieron inofensivos. Me sentí aliviado cuando Ching me dejó con mi padre y se apresuró a regresar a Hong Kong.

Mi padre nos esperaba en su apartamento. Por la forma en que tensó su cuerpo me di cuenta de que se quedó impresionado ante mi aspecto, aunque hizo esfuerzos por no demostrarlo.

—Stephen —me dijo—, qué alegría verte.

Su mirada escrutó mi enfebrecido rostro y mi cuerpo, demasiado delgado, antes de abrazarme y tocarme el ondulado pelo. Mi pelo siempre le había encantado, porque no es liso, como el de la mayoría de los chinos. Luego, retrocedió y dijo suavemente:

—Nos ocuparemos de que Michiyo prepare esta noche su *sukiyaki*.

Kobe apenas si era ligeramente más fresco que Hong Kong y Michiyo se ocupó de vigilarme casi con la misma persistencia que Ching. Mi padre trabajaba muchas horas y no encontraba el tiempo para acompañarme a Tarumi, como hubiera querido. El transporte había quedado interrumpido en toda China y su negocio pendía de un hilo. Cuanto más me incordiaba Michiyo para que descansara y comiera, menos me sentía capaz de hacer ambas cosas. Fue entonces cuando me di cuenta de que no había razón alguna por la que no pudiera emprender solo el viaje y llegar hasta el pueblo de Tarumi.

Esta mañana, en Kobe, me levanté temprano, me vestí y ya había terminado de preparar mis cosas cuando mi padre llamó suavemente a la puerta para despertarme. Llevaba pocas cosas, sólo un traje, unas ropas cómodas, varios libros, mis pinturas al óleo y dos cuadernos de papel de dibujo. Mi padre me prometió enviarme pronto algunas telas.

El trayecto hasta la estación fue tranquilo y mi padre sólo me preguntó dos veces si me sentía lo bastante bien como para viajar. Hasta se me había aliviado un poco la tos. Al llegar a la estación, se volvió hacia mí y me preguntó de repente:

—¿Tienes dinero suficiente?

—Sí, me has dado más que suficiente —le contesté, al tiempo que mi mano palpaba la cartera, en el bolsillo de la chaqueta.

—Sabes que siempre puedes localizarme en el número de teléfono del despacho.

—Lo sé, Ba-ba, lo sé —le aseguré.

Era algo que me había venido diciendo durante las dos últimas semanas.

—Lo más importante es que te cuides, que descanses y que no te agotes con tus pinturas.

Apartó la mirada al decirlo, sintiéndose incómodo cada vez que sacaba a relucir el tema de mis pinturas, que consideraba como una afición que consumía demasiado tiempo.

—No lo haré —le dije, sabiendo que el único consuelo que podría encontrar estando exiliado en Tarumi sería el disponer de más tiempo para pintar.

Mi padre se disculpó y se alejó para comprobar que hubieran cargado el equipaje en el tren. Había admitido dejarme partir sólo después de haberle cableografiado al sirviente de la casa de la playa para que me esperase en la estación. Le vi deslizarse un dinero extra en la mano de un mozo japonés para que me atendiera durante el corto

viaje. Regresó, abriéndose paso por entre la gente, y me dijo que podía subir e instalarme. Me tomó ligeramente de la mano.

—Te veré dentro de una o dos semanas —dijo.

—No tienes que preocuparte por mí —le aseguré mientras subía al tren—. Estaré muy bien.

Miré a mi padre desde la ventanilla del tren, un hombre pequeño, embutido en su traje cruzado de color oscuro, con sus gafas delgadas, sin aros, de pie junto a un grupo de niños japoneses. Habitualmente, mi padre parecía bajo de estatura, pero a medida que el tren se alejaba y él me saludaba levantando el brazo, pensé que era alto bajo la luz desvaneciente.

El tren iba medio lleno de hombres y mujeres japonesas de edad avanzada, de madres con niños pequeños que conversaban entre sí, en apresurados susurros. Por lo que pude entender, hablaban principalmente de sus hijos y me sentí aliviado cuando finalmente salimos de las afueras de la ciudad y pude concentrar mi atención en el fugaz paisaje que se deslizaba al otro lado de la ventanilla. Estaba todo mucho más verde de lo que recordaba, con grandes pinos ondulándose, recortados contra un cielo tan nítido y claro que sentí como si pudiera extender la mano y agarrar una de sus alargadas y espinosas ramas. De niños, mi madre nos había llevado a Tarumi durante dos veranos. Todavía recuerdo sus numerosas quejas sobre el calor y el elaborado abanico de seda pintada, que utilizaba para mover por delante de ella el denso aire, en golpes rápidos y breves.

Al cabo de un rato, me sentí como hipnotizado por el paisaje. Notaba los ojos ardientes y cansados. Era la primera vez, desde que dejé a mi familia en Hong Kong, que había pensado en estar completamente a solas. El hecho de tener a mi padre a sólo unas horas de distancia, en Kobe, y de saber que mi madre tenía la intención de visitarme en cuestión de pocos meses, hizo que se apoderase de mí el temor y la atracción de tener que afrontar lo desconocido.

Una niña pequeña apareció caminando por el pasillo del tren y miró hacia donde yo estaba. Al mirarla a mi vez y sonreírle, ella inclinó la cabeza tímidamente y luego regresó precipitadamente junto a su madre. Me recordó a Pie, aunque ella se habría detenido y hablado con un extraño, aunque sólo fuese para satisfacer su curiosidad. Siempre había sido mi hermana favorita, con sus grandes ojos redondos y sus colas de caballo. En cierta medida, la razón por la que me enviaron a Tarumi era para evitar que la infectara. Como niña pequeña, era la que siempre estaba enferma. Su fragilidad sólo era igualada por su mentalidad rápida y aguda y su naturaleza burlona. Ella y Henry siempre andaban constantemente enzarzados en algo, lo que a menudo conducía a enfrentamientos violentos. Eso me preocupó al principio, hasta que me di cuenta de que Pie era siempre lo bastante inteligente como para saber cuándo debía detenerse.

Una vez que me diagnosticaron mi enfermedad, Ching procuró que Pie no se me acercara, pero ella se negó a escucharla y asomaba la cabeza por mi habitación siempre que podía. Al enterarse de que emprendía viaje a Japón, una noche se deslizó tímidamente en mi habitación, después de que todos se acostaran. Ching siempre dejaba una pequeña luz encendida en la entrada, por si alguien tenía que acudir al baño durante la noche. En la quietud de la noche, Pie entró y susurró mi nombre, hasta despertarme. Me di cuenta en seguida de que era ella por el olor de las bolas de naftalina de su pijama de seda amarilla, sin mangas, bordado con flores en la parte delantera.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté, frotándome los ojos para despejarme y sentándome. Tosí y me apresuré a cubrirme la boca.

—Te vas mañana con Ching a ver a Ba-ba, así que he venido a despedirme —me contestó—. Echaré de menos tu hermosa cara.

—No deberías estar aquí, podrías enfermarte —fue todo lo que le pude decir.

Observé la sonrisa de Pie bajo la penumbra que llegaba desde el vestíbulo. Ella me echó los delgados y pálidos brazos alrededor del cuello y me besó en la mejilla. Sentí sus labios fríos contra el calor de mi piel.

—Vete ya —le dije—. Te veré pronto.

De mala gana, Pie retiró los brazos y corrió hacia la puerta.

—Te escribiré —me dijo, antes de cerrar la puerta y dejarme sumido en la oscuridad.

Esta tarde, cuando el tren hizo sonar el silbato y disminuyó la velocidad para entrar en la estación de Tarumi, esperé a que se detuviera por completo. A mi alrededor, los pasajeros se movían ansiosamente, haciéndose cargo de sus pertenencias. La propia estación no era más que un edificio de madera de una sola estancia, que se levantaba sobre un andén, también de madera. Miré de un lado a otro y vi a varias mujeres japonesas en kimonos que esperaban, junto con un par de hombres ancianos. Me recliné, incómodo, en el asiento y rebusqué entre mis recuerdos, incapaz de acordarme del aspecto que tenía Matsu, el cuidador de la casa de la playa. Mi última visita se había producido hacía años y sólo recordaba haberlo visto fugazmente, mientras realizaba su trabajo. Le tenía miedo. En aquel entonces, Matsu me pareció demasiado viejo y por eso me sorprendí cuando mi padre me dijo que estaría hoy en la estación, esperándome.

Esperé, dejando que los demás descendieran primero del tren, y luego los seguí. Algunos de los pasajeros fueron saludados de inmediato, mientras que los demás se desparramaban en diferentes direcciones. Me dirigí hacia el centro del andén, dejé la maleta en el suelo y busqué con la mirada cualquier señal de Matsu, preparándome ya para tener que encontrar la casa de la playa por mi cuenta. Hacía una tarde calurosa y ya tenía la camisa humedecida a lo largo de la espalda. Intenté recordar en qué

dirección estaba la casa de la playa, pero todos los caminos me parecían vagamente familiares. La gente ya empezaba a dispersarse cuando del edificio surgió un hombre de constitución robusta y cabello gris muy corto. Nervioso, vi que se me acercaba.

—¿El nieto de Pao-Lin Chan? —me preguntó, deteniéndose a pocos pasos de distancia.

Vestía unos holgados pantalones de color caqui y un suéter gris. Me sentí delgado y pequeño junto a él, a pesar de tener unos treinta centímetros más de estatura.

—Sí, ¿y tú eres Matsu-san? —le pregunté.

Me dirigió varias inclinaciones rígidas, que le devolví. Antes de que pudiera agregar nada más, Matsu se había hecho cargo de mi maleta y caminaba hacia la salida de la estación. En la puerta del destartado edificio, se detuvo y me volvió a mirar, con impaciencia, a la espera de que yo pasara primero.

Mi padre me había dicho que Matsu vivía solo y que se había ocupado de cuidar la casa de la playa de mi abuelo durante los últimos treinta años. Tras la muerte de sus padres, se le ofreció la alternativa de unirse a la servidumbre del hogar de mi abuelo en Hong Kong o quedarse en Japón, solo, para cuidar de la casa de la playa. Matsu había trabajado para nuestra familia desde que era un muchacho y, antes de eso, sus padres también habían trabajado para mi abuelo. Aparentaba tener unos sesenta años, su piel era curtida y oscura y mostraba una actitud remota e impaciente. Parece el tipo de hombre que se siente más cómodo a solas y no es nada difícil imaginar lo molesto que debe de sentirse ante mi perturbadora presencia en su tranquilo mundo.

El camino hasta la playa estaba cubierto de arena blanca y era sofocante bajo la calina. Eran ya las últimas horas de la tarde y el sol todavía emitía sus últimas oleadas de energía, antes de desaparecer para dar paso a las penumbras de la noche. Pasamos antes unas pocas casas, con verjas de bambú, que fueron haciéndose más frecuentes a medida que descendíamos por el camino. Para entonces, yo ya sudaba copiosamente. Matsu caminaba en silencio por delante de mí, con pasos rápidos y cortos, como si no acompañara a nadie. Aumenté el ritmo de mis pasos, en un esfuerzo por mantenerme a su altura. Cuanto más caminábamos, más arena fina cubría el camino. El aire salado del mar llenaba mi cabeza y desde más allá de las dunas llegaba hasta mí el agitado y continuo sonido del oleaje. Entre una ola y otra, me sentía abrumado por la tranquilidad, tan diferente de los veranos que había pasado aquí, rodeado por mi familia y por el ruido de unos niños juguetones. En esta época del año, a principios ya del otoño, no parecía haber allí nadie más que yo, Matsu y el más completo y blanco silencio.

Me sentía agotado cuando Matsu se detuvo por fin delante de una de las muchas casas con verja de bambú y carraspeó para llamar mi atención. Notaba como si me ardieran los pulmones y sentía débiles las piernas. Era evidente que Matsu no estaba

dispuesto a tratarme como a un inválido. No se había detenido en ningún momento y ni siquiera me había preguntado si me sentía bien. Mi madre y Ching no me habrían dejado un momento en paz y me habrían hecho descansar a cada cinco minutos de caminata. «Stephen, no debes cansarte. Descansa, descansa, camina despacio», me habrían dicho, con sus voces agudas rasgando el aire.

Vi a Matsu que dejaba la maleta y abría la puerta. La casa de mi abuelo se levantaba al lado derecho del camino, sobre la suave ladera de una colina. Al otro lado de la calle se iniciaba el camino que descendía hasta la playa. Recordé cómo Henry y yo solíamos echar a correr por aquel camino durante nuestra estancia aquí.

Matsu me hizo un gesto para indicarme que entrara primero. Tras cruzar la puerta de bambú, me encontré en el jardín. Los dulces perfumes que emanaban de él fueron inmediatamente embriagadores para mí. Un árbol de la seda, todavía cargado de flores veraniegas, y dos grandes pinos negros daban sombra a la casa. Un lado del jardín se hallaba dominado por un estanque de forma ovalada, con fugaces atisbos de movimiento que relampagueaban en colores anaranjado y plateado por debajo de la superficie. El estanque aparecía rodeado por un musgo de color verde pálido. Un puentecillo de madera se arqueaba entre las dos orillas y las hileras de piedras de formas raras alisadas por el agua creaban dos caminos, uno que cruzaba el apartado jardín hasta llegar ante la puerta, mientras que el otro desaparecía por la parte de atrás de la casa. La arena blanca formaba suaves lechos entre las grietas.

La casa parece más pequeña de lo que la recordaba, aunque ofrece una sensación de comodidad, dotada de una sencillez que jamás podría encontrar en la atestada Hong Kong. Por el lado izquierdo de la casa se abre una pequeña terraza que da al estanque. Me agradan las formas rectas y curvadas del tejado, con los aleros que se proyectan hacia fuera; todo parece armonizar con el ambiente.

Pasamos al *genken*, el vestíbulo de entrada, en el que había un banco de madera para quitarse el calzado. Allí había, perfectamente dispuestos, dos pares de zapatillas caseras. Uno de ellos estaba claramente desgastado, y a su lado había un par nuevo, en el que deslicé los pies. Las zapatillas me produjeron una sensación de frescor y bienvenida. El primer verano que pasamos en Tarumi le pregunté a mi madre por qué teníamos que cambiarnos el calzado antes de entrar en una casa. Me contestó que eso tenía que ver con la costumbre japonesa de la limpieza, de no introducir la suciedad de las calles en la casa y también debido a la delicadeza de las esterillas *tatami* que recubrían el suelo del interior. Es una ceremonia que me pareció refrescante después de llegar de las sucias calles de Hong Kong.

Después de dejar mis cosas, Matsu me condujo a la parte posterior del jardín, donde tomé mi primer baño japonés. Sobre una plataforma de madera situada en la parte posterior de la casa, había una bañera, también de madera. En el fondo se abría una pequeña puerta ennegrecida y abierta, a través de la cual pude ver los carbones en un recipiente de hierro, preparados para calentar el agua.

Mientras Matsu preparaba el baño, me hizo gestos para que me refregara primero. A un lado había un taburete, un cubo y una manopla de baño. Me sentí azorado sólo de pensar que tenía que desnudarme y lavarme delante de Matsu, pero él se dedicó a calentar el agua de la bañera, ignorándome. Me tomé mi tiempo para quitarme la ropa. Luego, me senté en el taburete y empecé a enjabonarme y a restregar todo mi cuerpo con la manopla de baño. Utilicé el cubilete para tomar agua fría del tonel y verterla sobre mi cabeza, enjuagándome una y otra vez, como había visto hacer a mi padre. Me sentí muy bien después de aquella caminata entre el polvo y el calor.

Me incorporé, sintiéndome tímido al dirigirme a la bañera. Había perdido tanto peso durante los últimos meses que parecía estar esquelético. En el apartamento de mi padre me había bañado con rapidez, demasiado azorado como para entretenerme con un buen baño.

—El agua está caliente —dijo Matsu, sin prestarme la menor atención—. Entra rápidamente y luego te quedas tan quieto como puedas.

Subí a la plataforma de madera y levanté una pierna sobre el borde y la introduje en la bañera. Luego, la seguí con el resto de mi cuerpo, mientras el agua se derramaba por encima del borde. Brotó el vapor del agua caliente, rodeándome con la dulce fragancia del cedro. Bajo mi piel, notaba el suave contacto de la madera. El agua estaba muy caliente, pero mi cuerpo se calmó en cuanto me quedé perfectamente quieto, como me había aconsejado Matsu, que permaneció a un lado y casi sonrió al ver cómo me reclinaba, dejando que el agua caliente me rodeara por completo.

16 de septiembre de 1937

Anoche, después de haber tomado el baño, me quedé dormido mientras escribía. Le había dicho a Matsu que sólo descansaría un rato sobre la ropa de cama, que él me había extendido sobre el suelo. Asintió con un gesto de la cabeza y una expresión de alivio. Envuelto en el ligero kimono de algodón que me había dado para ponerme, caí en un profundo sueño que él no perturbó.

Al despertar, este libro seguía abierto sobre mi pecho. Tardé unos minutos en recordar dónde me hallaba. Sobre el suelo, frente a mí, había una bandeja con un pequeño tazón de té frío y un bocado de pastel de judías que Matsu me había traído cuando llegué.

Es muy temprano, pero ya oigo a Matsu moviéndose por la cocina y el ligero olor de algo cociéndose me recuerda lo hambriento que me siento. Hacía muchísimo tiempo que no experimentaba el vacío que produce el hambre. Por debajo de la ropa de cama, Matsu había colocado varios edredones para aliviar la dureza del suelo pero, al

levantarme, todavía noto una rigidez que me recorre la espalda. Aquí, el aire es dulce y tengo la garganta seca, pero la tos se ha aliviado y casi vuelvo a sentirme sano.

Deslizo la puerta a un lado, abriéndola. Matsu está en la cocina, al fondo de la casa, de modo que cruzo la sala, observando todo lo que me había pasado por alto la noche anterior. Más allá del *genken* hay un largo pasillo, con dos estancias a cada lado, separadas por delgadas paredes *shoji*, cuyas pantallas de papel se deslizan a un lado para dejar al descubierto cada espacio. La habitación principal es de buen tamaño y aparece recubierta de seis esterillas tatami, cubiertas con sábanas limpias. No hay ningún mueble y huele a humedad, debido a la falta de uso. Hay dos pequeños nichos que, según recuerdo, se llaman *tokonomas*; de uno de ellos cuelga una sencilla pintura de rollo y a su lado, sobre el suelo, hay una canasta de flores secas. El otro nicho contiene armarios con puertas corredizas tras las que se ocultan los cojines *zabuton*, que se sacan cuando es necesario, para que se sienten los invitados. Matsu mantiene la casa inmaculadamente limpia. No puedo evitar el pensar lo extasiada que se sentiría Ching ante la falta de objetos que lo llenan todo. La última vez que estuvimos de visita, Henry abría cada mañana las puertas y desparramaba los cojines sobre el suelo, para luego saltar de uno a otro, fingiendo que eran como pequeñas islas. En aquel entonces, mi padre se había quedado en Kobe debido a los negocios, mientras que mi madre se pasaba la mayor parte del día a solas, en el jardín, protegida del sol bajo un gran parasol de papel rojo.

Frente a la habitación principal está el despacho de mi abuelo, con una mesa negra lacada y baja y una gran urna de marfil tallada a mano en el suelo, cerca de la mesa. Entro en la habitación que, hasta entonces, siempre había estado prohibida para los niños. La estancia está iluminada y fría y poso la palma de la mano sobre la superficie de la mesa, tan brillante como un espejo. Bajo la mirada para contemplar mi desmelenado aspecto: el cabello ondulado sin peinar, las profundas ojeras, el rostro delgado de mejillas arreboladas y la ligera sombra de una barba. A excepción de mi evidente pérdida de peso, el brillo febril todavía me da un aspecto engañosamente saludable, reflejado sobre la oscura superficie lacada de la mesa.

Mi habitación está más abajo, junto al pasillo, y es más pequeña y reluciente que la habitación principal. Eso parece especialmente cierto esta mañana en la que la luz penetra a través de las ventanas *shoji*, que no están resguardadas por tantos árboles. La luz hace que todo parezca mucho más claro. El verde pálido del tatami tiene un diseño en espiral a juego con el grano fluido de la madera natural. Las paredes enyesadas son del color de la arena. Hay una mesa de estar baja, con un cojín delante y un *tokonoma* que contiene una pintura china de rollo que representa las recortadas montañas de Guilin. Fue pintada por mi abuelo y la he admirado desde que era un niño. Para mí, es un verdadero placer despertarme y verla.

Matsu preparó un desayuno de arroz con verduras encurtidas y sopa de mijo. Después de mantener con él una conversación de seis palabras, compuesta por algunos de los pocos vocablos de mi pobre japonés y varios de sus gruñidos bajos, tomé el cuaderno de apuntes de dibujo y descendí hacia la playa. El aire fresco de primeras horas de la mañana me produjo un escalofrío.

El camino estaba vacío. El aire todavía se hallaba impregnado por el aroma denso y dulce de las flores de finales del verano. Descendí por el camino y observé algunas de las casas, todavía dormidas por detrás de sus verjas de bambú. En otras, sus habitantes apenas empezaban a despertarse y ya se notaba algo de movimiento. A través de las grietas que dejaba el bambú vi a una o dos sirvientas moviéndose de un lado a otro. Muchas de las casas ya estaban vacías o en ellas únicamente quedaba un sirviente como Matsu, para cuidarlas. Me pregunté si Matsu tendría algún contacto con los otros sirvientes o bien prefería vivir completamente solo. Intenté alejar de mis pensamientos la idea de que transcurriría otro año antes de que Tarumi volviera a recuperar la vida, con la presencia de las familias que regresaban de vacaciones. Mientras tanto, tendría que adaptarme al silencio, dejar de lado todo el ruido y las comodidades de mi familia y de mis amigos en Hong Kong y en Cantón. Estar solo es mucho más duro de lo que me había imaginado. Supongo que iré acostumbrándome poco a poco, como un lienzo que empieza a llenarse lentamente.

El camino estaba tal como lo recordaba. Formaba una estrecha franja de arena que conducía, descendiendo, hacia una gran playa abierta. Desde lo alto de la pendiente pude contemplar la vacía extensión de arena blanca, dividida por una gran duna de arena. El mar ofrecía un color verde-azulado y estaba muy tranquilo. Al descender por el camino, los mocasines de lona se me llenaron de arena, todavía fresca de la noche anterior. Me esforcé por subir la duna y luego me acerqué más al agua, respirando el aire salitroso. No quería perderme la luz de la mañana, de modo que me instalé con rapidez y abrí el cuaderno de apuntes para dibujar el océano y las montañas que lo rodeaban.

Para cuando empecé a sentirme medianamente satisfecho con lo que había dibujado, ya notaba el sol caliente y pegajoso contra la espalda. Dejé la libreta de apuntes y volví a sentir hambre. El estómago gruñía sólo de pensar en el arroz y las verduras preparadas por Matsu, que quizá no fuese un gran conversador, pero sí era, desde luego, un buen cocinero.

Para alejar de mi mente la idea de la comida, decidí tomar un baño. No había nadie a la vista en toda la longitud de la playa, de modo que me desnudé y dejé caer las ropas sobre la libreta de apuntes, para luego dirigirme rápidamente hacia el agua. Mientras me zambullía, en mi cabeza resonaron los gritos de desaprobación de mi madre y de Ching. El frío repentino del agua hizo que todo mi cuerpo se tensara. A cada brazada que daba contra el agua salada, experimentaba una nueva oleada de

energía que me recorría todo el cuerpo. Nadé de un lado a otro, lanzando los brazos hacia delante con cada brazada, interrumpiendo la calma del mar con mis furiosos movimientos. La frialdad del agua contra mi cuerpo me sentaba muy bien. A medida que me relajaba, surgió una sensación de libertad, una sensación que parecía haber permanecido allí enterrada, bajo mi enfermedad.

Al notar los brazos demasiado cansados y la respiración agitada, me dejé caer hacia atrás limpiamente y floté sobre el agua. Podría haber permanecido así eternamente, como un niño pequeño en una bañera. Desde que había regresado a Hong Kong, procedente de mi escuela en Cantón, me había pasado la mayor parte del tiempo en la cama, demasiado débil y febril como para hacer nada. No se permitía a nadie visitarme, a pesar de que Pie siempre se las arreglase para asomar de vez en cuando la cabeza en mi habitación. Al tener únicamente a mi madre y a Ching por toda compañía, aún eché de menos con mayor intensidad a King y a mis otros amigos de la Universidad de Lingnan. No había sido sino un prisionero en mi propia habitación.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos de pronto por el sonido de voces procedentes de la orilla. Instintivamente, procuré pasar desapercibido en el agua. Me sorprendió ver a dos muchachas jóvenes en la playa. La más alta persiguió a la otra, corriendo sobre la arena, riendo estrepitosamente. No parecían haberse dado cuenta de mi presencia. Al principio, hubiera querido gritarles, feliz al descubrir que en Tarumi también vivían otros jóvenes, pero entonces me di cuenta de que tenía las ropas en la playa. Las vi correr sobre la duna y permanecí muy quieto hasta que se perdieron de vista.

Al regresar a la casa, no encontré a Matsu por ninguna parte. Comí rápidamente el cuenco de tallarines *udon* fríos y el pastel de pescado que me había dejado en mi habitación. Más tarde, intenté mantenerme ocupado escribiendo cartas a mi madre, a Pie y a King. Confiaba en que él siguiera estudiando en la Universidad de Lingnan. Ya habían transcurrido tres meses desde que llegara a casa, procedente de Cantón, después de dejar atrás mi vida de estudiante. No sabía si mi carta llegaría alguna vez a sus manos allí, puesto que los japoneses se desparramaban por toda la China. En la última carta que me escribió King y que me llegó en Hong Kong, dijo que todo estaba tranquilo en Cantón y que los diablos japoneses los dejaban tranquilos por el momento. Terminaba la carta expresando la esperanza de que yo utilizaría mi «descanso y recuperación» para perfeccionar mi arte. King era uno de los pocos amigos que tenía que siempre comprendían lo mucho que significaba la pintura para mí.

Matsu regresó a últimas horas de la tarde. Traía varias revistas y pequeños paquetes. Los llevó rápidamente a la cocina, sin detenerse apenas, mas que para dirigirme una ligera inclinación. Le seguí y me detuve en la puerta de la cocina,

mientras él se dedicaba a desenvolver los paquetes. El más ensangrentado de los dos contenía un pollo, al que se le acababa de rebanar el pescuezo; el otro contenía un pescado crudo. En casa, Ching nos prohibía que la molestáramos mientras cocinaba, incluida mi madre, que raras veces entraba en la cocina, excepto para dar las instrucciones de última hora sobre lo que había que servir durante sus partidas de *mah-jong*.

Matsu levantó finalmente la mirada, incapaz de seguir ignorando mi presencia sin ser descortés. Se revolvió incómodamente antes de pronunciar su primera frase completa desde que nos habíamos encontrado en la estación de tren.

—¿Necesitas algo? —preguntó, haciendo vibrar su voz ronca a través de la estancia.

—Sí —repliqué con ilusión—. Quería preguntarte por algunas de las gentes que viven por aquí.

Matsu apartó la mirada y se colocó una toalla sobre el hombro derecho de su gastado kimono gris. Levantó el pollo y continuó desplumándolo.

—No hay mucha gente, sólo los del pueblo y algunos que buscan casas. Es en verano cuando vienen todos.

—Pero esta mañana he visto a dos muchachas jóvenes en la playa. ¿Sabes si viven cerca? ¿Podrían ser las hijas de un sirviente?

Matsu se encogió de hombros.

—La mayoría de los jóvenes que quedan en Tarumi viven en el pueblo —contestó.

Se volvió y levantó una gran olla de arcilla, que dejó sobre el fogón. Esperé a que se volviera de nuevo y entonces le pregunté:

—¿No te sientes nunca solo?

No sé lo que me impulsó a hacerle a Matsu una pregunta tan personal pero, una vez que la hice, lo miré a los ojos y esperé la respuesta. Él permaneció en silencio durante buen rato y se quedó allí de pie, mirándome. Luego, se llevó los gruesos y toscos dedos a la mejilla y se la rascó.

—Siempre hay mucho trabajo que hacer —contestó finalmente.

—Pero ¿qué haces cuando has terminado el trabajo? —seguí indagando—. Supongo que aquí tendrás muchos amigos con los que pasar el tiempo.

Los ojos de Matsu se estrecharon. Me miró de arriba abajo, con recelo.

—¿Por qué? —preguntó.

Me removí, inquieto, tratando de encontrar las palabras adecuadas en japonés.

—Sólo me lo preguntaba. Por aquí todo parece estar muy tranquilo.

Matsu esperó un momento y luego emitió una risa aguda.

—Un amigo aquí y allá. Pero la mayor parte del tiempo la dedico a trabajar en el jardín y leer mis revistas. Tengo una hermana que me las envía desde Tokio.

—¿Tienes una hermana? —pregunté, asombrado.

—¿Acaso parece tan imposible que tenga una hermana? —replicó Matsu, claramente divertido.

—No, claro que no.

—Tenía dos hermanas, pero una ha muerto.

—Yo tengo dos hermanas y un hermano —le dije, dándome cuenta en seguida de que él ya lo debía de saber.

Las pocas veces que nuestra familia llegaba de visita, Matsu nos había ayudado a instalarnos, para luego desaparecer rápidamente. Me habría gustado seguir hablando de mi familia y de mis amigos, pero Matsu carraspeó y señaló la olla que había dejado sobre el fogón. Tomo el pollo y me dio la espalda, a pesar de lo cual no me marché. Me quedé allí, observando cómo troceaba hábilmente el pollo. Matsu no levantó la mirada en ningún momento ni dijo nada más. Aquello, sin embargo, fue un principio.

20 de septiembre de 1937

Anoche hizo tanto calor que me resultó difícil dormir. La luna estaba inusualmente brillante y bañaba la estancia con una neblinosa luz blanquecina. Hoy intenté dibujar, pero no conseguí plasmar sobre el papel nada que tuviera sentido. Era como si las líneas oscuras del carboncillo no hiciesen otra cosa que interrumpir la blancura de la hoja. Desperdicié varias antes de renunciar, frustrado. Me digo una y otra vez que tendré resultados mucho mejores si trabajo con pinturas al óleo, pero todavía no han llegado los lienzos que mi padre prometió enviarme desde Kobe. Me había enviado a decir que no podría venir a verme hasta la semana siguiente. Tampoco había recibido noticias de mi madre y de Pie, en Hong Kong. Sé que aún no ha transcurrido una semana desde que llegué, pero tengo la sensación de que ha pasado más tiempo.

Matsu parece más receptivo a mis intentos por entablar conversación, pero nunca llegamos más allá de lo que ya sabemos. Durante el día, cuando nos vemos, demuestra que tiene en cuenta mi presencia con una ligera inclinación de cabeza. Por la noche se pasa la mayor parte del tiempo en la cocina, o se dedica a oír la radio, plagada de estática, en la pequeña habitación en la que duerme, junto a la cocina. Matsu me sorprende continuamente. Habitualmente, escucha música de Mozart o Chopin, lo que me recuerda a Pie y su maestro de piano, un ruso blanco, o parece prestar mucha atención a la aguda voz femenina de una locutora que habla sobre «la estupidez de Shanghai al no aceptar las buenas intenciones del ejército imperial». Sólo en una ocasión tuve el valor de preguntarle a Matsu qué pensaba de las victorias de su país en China. Estaba en la cocina, leyendo una revista, mientras la radio sonaba en su habitación. Me miró y se limitó a contestar:

—Japón es como una mujer joven demasiado creída de sí misma. Está destinada a meterse en problemas.

Luego, volvió a su revista y siguió leyendo. Yo guardé silencio. A diferencia de lo que me sucede a mí, no parece necesitar nada. Supongo que después de haber pasado todos estos años a solas se siente muy cómodo consigo mismo. Lentamente, ambos aprendemos a convivir con el otro.

No he vuelto a ver a las dos jóvenes que vi el primer día que estuve aquí. Cada mañana acudo a la playa para tomar un baño, con la esperanza de que surja una situación similar si aparecen. Pero mis esperanzas han sido infructuosas. A veces, la casa está tan tranquila que siento como si el único sonido que llenara mi mente es el que yo mismo haya creado. Recordaba conversaciones como si mis amigos y mi familia estuvieran allí mismo, en la habitación.

29 de septiembre de 1937

Durante esta semana, he soportado toda la quietud y la soledad como una manta que me hubiese cubierto hasta hacerme sentir bien de nuevo. Así que, simplemente, he decidido recuperar la salud a través del descanso, el ejercicio y mis pinturas.

Entonces, esta mañana, al regresar de tomar un baño en la playa, crucé la puerta del jardín y vi a Matsu que llevaba dos cubos de madera llenos de agua hacia el árbol de la seda. En lugar de dirigirme su habitual y rápida inclinación de cabeza, me dijo:

—Ha llegado un paquete para ti.

No recuerdo si le dije algo. Eché a correr hacia la casa y allí encontré un gran paquete marrón de lienzos, apoyado contra la pared de mi habitación, junto con una carta de mi madre y de Pie, dejada sobre un montón de revistas japonesas. Tomé la carta y unas pocas revistas y regresé al jardín, pero ya no encontré a Matsu por ningún lado. El jardín era, sin lugar a dudas, dominio de Matsu y percibí en él su persistente presencia. Cada parte del jardín parecía estar dotada de una cierta tenacidad, aun a pesar de su serena elegancia.

Hacía un día cálido, así que me senté cerca del estanque para leer la carta. El musgo verde era como una suave manta. Me sentía como un niño que se dispusiera a abrir un regalo esperado durante mucho tiempo. Extraje del sobre las hojas, delgadas y azuladas, las abrí y pude ver los trazos rápidos y fuertes de la escritura de mi madre, seguidos por los caracteres chinos, grandes y pulcramente escritos de Pie.

Mi madre me hacía, sobre todo, preguntas sobre mi salud. ¿Me sentía mejor? ¿Estaba comiendo suficiente? Me decía que acudiría a verme en cuanto le fuera posible. Anne y Henry regresarían a Hong Kong, procedentes de la escuela en Macao, cuando terminaran las clases, en diciembre. Para entonces, todos volveríamos a reunirnos. No creía que los japoneses tuvieran el valor de atreverse a entrar en Hong Kong. Después de todo, estaba bajo soberanía británica. No obstante, mientras leía sus palabras, no pude evitar el sentirme preocupado.

Las palabras de Pie me reconfortaron mucho más. Era la primera de su clase y actualmente se dedicaba a diseñar su propio vestido para que se lo hiciera la costurera, basándose en *La pobre niña rica*, la última película que había visto de Shirley Temple. En la mayor parte de la carta me decía que Anne se había desvanecido en Macao durante uno de los ejercicios de apagones eléctricos. Los maestros de Anne tuvieron que reanimarla con sales de olor y un trago de brandy. Pie decía que la próxima vez que se llevara a cabo un apagón como protección contra los bombardeos, fingiría desmayarse, aunque sólo fuese para probar el brandy.

Tras leer la carta sentí mucha más nostalgia del hogar de la experimentada desde hacía días. Era difícil estar enterado de las noticias de la guerra hallándome tan lejos de todo. Sólo había podido escuchar fragmentos de noticias emitidas en versión japonesa por la radio de Matsu. Empezaba a sentirme atrapado detrás de esta verja de bambú que me separaba de mi familia y del resto del mundo.

Me tumbé sobre la alfombra de musgo fresco y cerré los ojos. Podría haberme quedado dormido, pero los sonidos procedentes desde el otro lado de la verja me reanimaron. Al principio, pensé que era Matsu, así que volví a apoyar la cabeza contra el musgo. Aunque era lo bastante amable como para dejarme algunas de sus revistas, ya empezaba a sentirme cansado de tratar de entablar con él aunque sólo fuese una conversación de lo más sencilla.

Pero el sonido de unas voces que susurraban se hizo algo más fuerte. Me incorporé y vi dos sombras que se movían al otro lado de la verja. Intenté distinguir de qué hablaban, pero los tonos eran apresurados y en voz baja. Estaba a punto de levantarme cuando noté que algo me rozaba la cabeza. Levanté la mirada y vi una rociada de pétalos blancos de flores que caían sobre mí, diseminándose por el suelo, a mi alrededor, cayendo como pequeñas embarcaciones sobre el estanque. Me levanté de un salto y oí a dos muchachas que se echaban a reír, al tiempo que yo me precipitaba hacia la puerta de la verja. Pero cuando llegué ante ella y la abrí, ya se alejaban corriendo por la calle. Les grité, pidiéndoles que se detuvieran. Sólo quería hablar con ellas, pero siguieron corriendo, sin volverse siquiera a mirarme.

5 de octubre de 1937

Mi padre llegó ayer por la mañana, procedente de Kobe. Llegó inesperadamente y caminó desde la estación de tren hasta la casa sin avisarnos. Matsu, que estaba fuera, cuidando el jardín, fue el primero en saludarlo. Al oír la voz de Matsu, inusualmente alta y animada, salí de mi habitación para ver qué estaba ocurriendo. En la puerta principal, el sol me deslumbró un momento hasta que mi vista pudo adaptarse y ver la figura de mi padre que estaba allí de pie, limpiándose las gafas. Corrí hacia él y lo rodeé con mis brazos, a punto de derribarlo al suelo, de tan feliz como me sentía.

—Ba-ba, ¿por qué no me dijiste que venías? Habría ido a esperarte a la estación.

Mi padre se volvió a poner las gafas y sonrió.

—Ni siquiera yo mismo lo supe hasta el último minuto. Había tanto trabajo en el despacho que apenas si pude llegar a tiempo para tomar el tren. Vamos, retrocede unos pasos y deja que vea lo que te ha hecho este aire fresco.

Retrocedí unos pasos y me erguí.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—Sigues estando demasiado delgado —contestó. Luego, mirando a Matsu, le preguntó, en tono de broma—: Matsu, ¿es que no alimentas bien al muchacho?

Matsu se acercó a mi padre, limpiándose las manos sobre los pantalones sucios.

—Come como un pájaro —contestó, antes de tomar la maleta de mi padre y dirigirse hacia el interior de la casa.

Anoche, durante la cena, mi padre bebió sake y pareció sentirse relajado, mientras comíamos arroz, pollo y nabos troceados en el despacho de mi abuelo. Me sentía feliz, aunque sólo fuese por tener a alguien con quien hablar.

—¿Cómo te sientes, Stephen? —me preguntó, al tiempo que se llevaba la pequeña taza de sake a la boca, de modo que sólo sus ojos miraban a los míos.

—Me he sentido bastante bien. Han desaparecido los dolores del pecho y estoy tosiendo menos —le contesté.

Mi padre dejó la taza y sonrió.

—¿Y disfrutas de tu estancia aquí?

—Sí, en general, aunque echo de menos a todo el mundo. Aquí se está bastante solo.

—Lo sé, Stephen, pero no será por mucho tiempo. Cuando vuelvas a sentirte bien, este período de tu vida no será sino un tranquilo recuerdo.

Miré atentamente a mi padre, su cabello grisáceo, la mirada amable de sus ojos, y sólo entonces me di cuenta de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que sintiera tan cerca su presencia. Tras el nacimiento de Pie, ella pareció dominar toda la atención de mis padres. Luego, en Hong Kong, e incluso en Kobe, siempre había familia o problemas de negocios que atender y que nos impedían hablar realmente el uno con el otro. Pero aquí, en Tarumi, eso es diferente. Aquí, hasta la luz es reveladora; no se pierde uno ni el menor matiz de un gesto, ni el más ligero de los sonidos. Es como si el mundo se hubiese concentrado en estas habitaciones pequeñas. Me pregunto si a él le parecerá lo mismo.

6 de octubre de 1937

Hoy, mi padre y yo bajamos a la playa. Todavía hacía bastante calor, de modo que nadé un rato mientras él permanecía sentado en una silla de madera, sobre la arena,

bajo un gran parasol amarillo que Matsu había instalado. Con sus pantalones blancos, una camisa blanca y un sombrero, no se parecía en nada a mi padre. Estoy acostumbrado a verlo vestir rigurosos trajes de colores oscuros. Ahora parecía más como un conocido de nuestra familia, como alguien a quien no hubiera visto desde hacía mucho tiempo.

No estuve nadando mucho tiempo y poco después ya me encontraba sentado junto a él, en la playa. Volvía a sentirme como un niño pequeño a su lado. Hablamos de cómo eran las cosas cuando yo no era más que un muchacho y de lo mucho que siempre me había gustado el agua.

—¿Nadabas mucho de joven? —le pregunté.

Él se echó a reír antes de contestar:

—Tenía miedo hasta de meter la cabeza en el agua. Para mí nunca fue tan fácil como lo es para ti.

—¿No sabes nadar? —le pregunté, asombrado ante algo que no sabía de él.

Habitualmente, cuando visitábamos Tarumi, era Ching la que nos llevaba a la playa. Ella se sentaba en la arena y nos gritaba de vez en cuando que lleváramos cuidado, acalorada e incómoda en su oscura túnica de algodón, abotonada siempre hasta el cuello.

—Sé flotar, apenas el tiempo suficiente como para que alguien acuda en mi rescate —confesó.

—Yo te enseñaré.

—Quizá durante mi próxima visita —dijo mi padre con una sonrisa.

Me sentí triste al saber que el tiempo que podíamos pasar juntos llegaba a su final. Tendría que estar en Kobe al día siguiente. Traté de reprimir el agudo aguijonazo de la soledad que regresaba y ambos nos instalamos en un cómodo silencio.

—¿Cuál es la situación en Shanghai? —le pregunté, con ganas de saber las noticias—. Aquí no me entero de gran cosa.

—No es buena —contestó mi padre con expresión seria—. Los aviones bombardean Shanghai continuamente. Lo que no destruyen las bombas, empiezan a destruirlo los incendios. Se están perdiendo muchas vidas inocentes. —Hizo una pausa y sacudió la cabeza en un gesto de pesar. Luego, me miró y añadió—: Me ocuparé de enviarte unos periódicos.

—¿Qué crees que sucederá después de que se apoderen de Shanghai? —insistí.

—Lo más probable es que sigan avanzando hacia el sur.

—¿Crees que llegarán hasta Hong Kong?

Mi padre se quitó el sombrero y se limpió el sudor de la frente.

—Es posible —contestó finalmente.

Permanecimos en silencio durante un rato, perdido cada uno en sus propios pensamientos.

—¿Puedes contarme algo de Matsu-san? —le pregunté de repente.

Mi padre me miró de soslayo.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué ha permanecido a solas en Tarumi durante todos estos años?

—Tarumi siempre ha sido su hogar.

Extendí las piernas sobre la arena cálida.

—Pero, cuando era joven, ¿no quiso ver otros lugares, tener una familia propia?

—Ya veo que no le has sacado mucha información a Matsu, ¿verdad? —replicó mi padre echándose a reír.

—No es de los que hablan mucho.

—Nunca lo hizo. Incluso cuando yo venía por aquí, de joven, recuerdo que Matsu siempre se mantenía silencioso y únicamente hablaba con facilidad con sus hermanas. Una de ellas, la más joven, Tomoko, era muy bonita y había llamado la atención de más de un muchacho.

—¿Llamó también tu atención?

—Por aquel entonces yo era demasiado tímido para hacer algo —admitió, sonriéndose—. Además, era el hijo del dueño y se nos mantenía aparte, por clase y por costumbre. Tu abuelo y tu abuela tenían otros planes para mí en aquellos tiempos.

—¿Así que nunca tuviste nada que ver con Matsu y sus hermanas? —pregunté hundiendo el pie en la arena, allí donde todavía podía percibir algo de frescor.

—Éramos niños. A veces, jugábamos juntos cuando ellos venían a ayudar a su padre en el jardín. Pero durante la mayor parte del tiempo permanecían en la casa en la que vivían, cerca del pueblo.

—¿Cómo era Matsu a mi edad?

Mi padre se recostó en la silla y cerró un momento los ojos, antes de contestar.

Matsu era como un toro, con su energía acumulada, como si estuviera dispuesto a embestir en cualquier momento. Nunca sabremos por qué nunca lo hizo. Había rumores de que amaba a una muchacha del pueblo. Pero ella se marchó o se casó con otro, no estoy seguro de eso. Luego, su hermana Tomoko murió de repente y Matsu pareció perder de repente todo su ímpetu.

—¿No sabes lo que sucedió? —le pregunté, ávido por saberlo.

Mi padre negó con un movimiento de cabeza.

—Creo que su hermana sufrió una especie de accidente. Por aquel entonces yo venía cada vez menos por Tarumi y apenas oí rumores sobre lo sucedido.

—Su otra hermana vive ahora en Tokio —le dije.

—Se casó y se fue allí a vivir —asintió.

—Pero ¿por qué Matsu no se marchó de aquí? ¿Qué fue lo que le ha mantenido aquí, a solas, durante toda su vida?

Mi padre se echó a reír ante el tono perentorio de mi voz.

—Si logras sacarle algo a Matsu, diría que habrás logrado una verdadera hazaña. No es la clase de persona a la que le gusta expresar lo que piensa. Supongamos, simplemente, que ha encontrado algo de paz aquí, en Tarumi, y dejemos las cosas así.

Lancé una patada contra la arena y guardé silencio. Matsu amedrentaba a la gente con su actitud reservada, pero yo veía algo más. Parecía tener una historia que nadie se había molestado en descubrir.

Mi padre regresó ayer a Kobe. Matsu se quedó en la casa, permitiéndome que lo acompañara yo solo a la estación. Cuando nos despedimos, volvía a ser el padre que yo reconocía, embutido en su traje de negocios. Camino de regreso a la casa experimenté tal sensación de vacío que sentí ganas de llorar.

Matsu estaba en el jardín. Se hallaba de pie junto al estanque, gruñendo para sus adentros mientras recogía los húmedos pétalos de flores que habían caído sobre el jardín unos días antes. Yo aún no había tenido la oportunidad de conocer a las dos jóvenes que los arrojaron por encima de la verja, pero sabía que sólo era cuestión de tiempo.

Matsu levantó la mirada al oír que me acercaba a la puerta. Se mostró casi tímido cuando se inclinó y me habló:

—¿Tu *o-tosan* ha emprendido bien su viaje de regreso a Kobe?

Asentí con un gesto, antes de susurrar:

—Sí.

Matsu se enderezó.

—Voy a visitar a una amiga que vive en un pequeño pueblo en la montaña, cerca de aquí —me dijo, evitando mirarme a los ojos—, me pregunto si te gustaría acompañarme.

Lo miré y sonreí, incapaz de ocultar mi sorpresa.

—¡Me encantaría acompañarte! —contesté rápidamente, antes de que tuviera tiempo de cambiar de opinión.

—Bien, entonces iremos después del almuerzo —dijo.

Matsu se dio media vuelta y caminó de regreso a la casa, llevando un puñado de húmedos pétalos de flores.

Yamaguchi era, según me dijo Matsu, un pequeño pueblo perdido en las montañas. Lo visitaba a menudo para llevar suministros a un amigo. Recorrimos a pie los tres kilómetros de distancia, por un camino estrecho, rocoso y bordeado de matorrales. Por delante, pude ver las colinas montañosas y los grandes pinos, que ocultaban fácilmente cualquier señal de vida.

—Yamaguchi también se conoce como el pueblo de los leprosos —dijo Matsu mientras ascendíamos lentamente por el camino—. Cuando alguien que había contraído la enfermedad ya no era deseado por los demás en la ciudad, tomaba las pocas pertenencias que tuviera y se adentraba entre las montañas, confiando en morir pacíficamente, lejos de las crueldades de la salud.

—¿No tienes miedo de ir allí? —le pregunté, vacilante.

Matsu siguió caminando. Pensé que no iba a contestar cuando, de repente, me miró directamente y dijo:

—La primera vez que fui no estaba muy seguro de saber lo que podía esperar. Después de todo, los leprosos de todo Japón encontraban la forma de llegar a Yamaguchi, con la simple esperanza de ser aceptados, de ser tragados por la montaña. —Matsu bajó de nuevo la mirada hacia el camino y siguió andando—. Empecé por visitar a una amiga que vivía allí, alguien a quien conocía de la juventud. Nadie lo sabía. Yo era joven y estaba sano. Y recuerdo que, hace mucho tiempo, un médico visitante me dijo que no había nada que temer. La lepra no es una enfermedad contagiosa.

Cuando dejó de hablar, me di cuenta de que se había adelantado varios pasos, hasta detenerse, volviéndose hacia mí para esperarme. Yo notaba la respiración entrecortada y respiré en prolongados suspiros para recuperar el aliento.

—Estoy bien —le aseguré, al tiempo que aumentaba el ritmo de mis pasos y pasaba junto a Matsu, colina arriba.

—Quizá debiéramos hacer la visita otro día —sugirió Matsu, levantando ligeramente la voz para estar seguro de que lo oiría.

Me detuve y me volví hacia él.

—¡Estoy muy bien! —exclamé.

Lo dije con tal convicción que Matsu me alcanzó y continuó a mi lado durante toda la subida.

El pueblo de Yamaguchi se elevaba en un claro, sobre la ladera gradual de la montaña, medio oculto por los altos pinos. Unas cuantas casitas de madera se arracimaban como en cualquier otro pueblo. Me detuve en las afueras y recorrí la plácida vista con la mirada. Desde la distancia, los habitantes del pueblo parecían como Matsu o como yo. Los hombres se reunían en pequeños grupos, tomaban el té y conversaban, mientras que otros trabajaban en pequeños jardines y las mujeres se sentaban a remendar prendas de ropa. Sólo al fijarme con mayor atención empecé a darme cuenta de que las casas se habían levantado trabajosamente, con trozos de maderas que no encajaban unos en otros. Aunque algunos de los habitantes llevaban las cabezas y las manos cubiertas de vendajes, otros mostraban libremente sus cicatrices y heridas abiertas. Experimenté una extraña curiosidad, antes que temor. En China siempre se había temido a los leprosos, a quienes se evitaba. Había oído contar historias acerca de cómo se les obligaba a vivir en las calles, sin otro recurso que mendigar o comer ratas, mientras que su cuerpo, simplemente, se pudría en vida.

Permanecí allí largo rato, captándolo todo. Cuando finalmente salí de aquella especie de trance, observé que Matsu estudiaba mi rostro con una insólita intensidad. Siguió observándome y finalmente dijo:

—No debes tener ningún miedo. No te habría traído hasta aquí de haber algún peligro.

Le sonreí ante su preocupación.

—Más bien temo por ellos —le dije, conteniendo rápidamente mi tos.

Matsu se echó a reír y luego señaló hacia el extremo más alejado del pueblo.

—La casa de mi amiga está por ahí —dijo.

Cruzamos el pueblo caminando lentamente. Se notaba el olor característico del eucalipto y de algo más de aroma medicinal. Pude ver, por primera vez en mi vida, lo que significaba ser un leproso alejado de la sociedad. Ellos parecían observarme con tanta curiosidad como yo a ellos. Procuré no fijar la mirada en nadie en concreto, pero no podía apartarla de sus heridas, de los dedos de manos y pies que les faltaban, de los grandes y ahuecados agujeros en las mejillas, de los rasgos mutilados que en otros tiempos habían sido narices y orejas. Era como si todos llevaran máscaras monstruosas que yo no dejaba de esperar a que se quitaran.

Matsu tuvo que haber comprendido mis pensamientos. De repente, se detuvo, se volvió hacia mí y me dijo:

—La mayoría de ellos llegaron a este pueblo cuando todavía eran hombres y mujeres jóvenes. Ahora ya son demasiado viejos y están demasiado acostumbrados como para trasladarse a otro sitio, a pesar de que el gobierno japonés ha reconocido su situación y estaría encantado de trasladarlos a mejores instalaciones. Pero, para bien o para mal, Yamaguchi ha sido su hogar.

Observé entonces cómo Matsu intercambiaba saludos y cumplidos con varios de los habitantes del pueblo.

Desde algunas de las puertas pude oler también el aroma fuerte y dulce del té, que me invadió y llenó mi reseca garganta de anhelo.

—¿Quién es el elegante joven, Matsu? —preguntó un hombre, acercándose unos pasos.

Su brazo derecho no era más que un muñón nudoso que daba la impresión de haber sido roído.

—Es el hijo de mi *Danasama*, maestro —contestó Matsu, que siguió caminando, sin detenerse.

Les sonreí a todos ellos, con timidez y luego seguí a Matsu como si él fuese el amo.

Caminamos hasta el extremo más alejado del pueblo, donde había menos casitas y se espesaban los árboles. Matsu aminoró el paso al acercarnos a una casa pequeña, pero de recio aspecto, casi oculta entre los árboles.

—¿Quién vive aquí? —pregunté, conteniendo la respiración.

—Una amiga —contestó Matsu.

Al conducirme hacia la casa observé cómo se aligeraban sus pasos, se relajaba su cuerpo y casi parecía volver a ser joven.

Me quedé detrás de Matsu, que llamó a la puerta tres veces y esperó, mientras expulsaba el aire por entre los dientes para crear un pequeño silbido. Nunca había visto a Matsu tan exuberante y sentía verdadera curiosidad por ver quién vivía allí. Un momento después, la puerta se abrió apenas lo suficiente para que se asomara una cabeza envuelta en una bufanda negra.

—Sachi-san, soy yo —dijo Matsu, con suavidad.

La mujer retrocedió y abrió más la puerta, permitiendo que la luz del sol iluminara la habitación, limpia y casi desnuda, que se extendía tras ella. Desvió la mirada desde Matsu hacia donde yo estaba y se mantuvo detrás de la puerta.

—¿Matsu? —preguntó con suavidad, observándome con atención.

Él se volvió a mirarme.

—Es Stephen-san —explicó—, un amigo.

—*Konnichiwa* —saludé con una sonrisa y una inclinación, procurando que la mujer se sintiera a gusto.

Ella retrocedió y se inclinó humildemente. Matsu entró en la pequeña casa y, con un ligero movimiento de la mano, me animó a que le siguiera. Lo hice, ávido por saber más sobre la tímida mujer que vivía en su interior. La estancia olía a las ramitas de pino cortadas que había en un jarrón, sobre una mesa baja, en un rincón. Junto al jarrón había dos brillantes y pequeñas piedras negras. Aparte de la mesa y de unos pocos cojines, pulcramente alineados a un lado, unos sobre otros, la habitación estaba vacía.

—No sabía que vendrías hoy, Matsu —dijo la mujer, que mantenía la cabeza tan inclinada que no pude ver su rostro, bajo la bufanda negra. Su tono de voz era dulce y vacilante.

—Hacía un buen día para dar un paseo. De todos modos, ¿desde cuándo necesito una invitación para visitarte, Sachi? —preguntó Matsu, burlón.

Sachi se echó a reír, bajó la mirada y se alejó de Matsu.

—Traeré el té —dijo tímidamente.

Se ajustó la bufanda negra de modo que le cubriera la cara y se volvió, dispuesta a abandonar la estancia.

—¿Es ella? —pregunté, sin terminar la frase.

Matsu se dirigió a la ventana y miró hacia el exterior.

—Sí —contestó suavemente—, es una leprosa.

Nos quedamos tan quietos durante un rato que la estancia se llenó con los sonidos apagados procedentes de la cocina. Resultaba extraño hallarme en una casa diferente con Matsu, viéndolo por primera vez bajo una nueva luz. Allí parecía ser más suave, como si dominara menos la situación.

—Es una casa bonita —dije finalmente.

Matsu asintió con un gesto de aprobación.

Sachi regresó trayendo una bandeja con té y pastas. Una vez que nos hubimos sentado sobre los cojines, levanté la mirada para examinar el rostro de nuestra anfitriona. Era más vieja de lo que había pensado en un principio, con una constitución delicada y movimientos rápidos. Al inclinarse para servir el fuerte té verde, la bufanda negra se le deslizó un poco del lado izquierdo de la cara. Por debajo, pude ver los lugares donde las úlceras habían roído la carne, dejando cicatrices blancas y escamosas, creando una masa desfiguradora por entre la que el ojo izquierdo medio cerrado se esforzaba por mantenerse abierto. Al darse cuenta de mi mirada, Sachi bajó rápidamente la mirada y recuperó la parte de la bufanda que le cubría el rostro. Por lo que pude ver, únicamente el rostro y la mano izquierda parecían afectadas por la enfermedad; la suave mano derecha y los dedos aparecían intactos.

—¿Más té? —preguntó, empezando a levantarse.

—Por favor —asentí, ruborizado y azorado.

Matsu se incorporó rápidamente y dijo:

—Deja, yo lo traigo.

Luego, desapareció en la cocina antes de que Sachi tuviera tiempo de decir nada. Muy lentamente, volvió a descender su cuerpo sobre el cojín y se volvió apenas lo suficiente para que yo pudiera ver únicamente el lado derecho de su rostro. Mientras que el lado izquierdo había quedado devastado, el derecho, sin mácula, pertenecía al rostro más hermoso que hubiese visto jamás.

—Espero que no la hayamos molestado —dije, con el tono ansioso de un joven.

Sachi negó con un gesto de la cabeza. Se volvió un poco más para poder observarme a sus anchas con su único ojo bueno.

—No recibo muchas visitas; sólo las de Matsu-san. A menudo, pasan los años sin ver una sola cara nueva. Me siento muy honrada por su visita.

Entonces fui yo el que pareció sentirse tímido, sin saber qué decirle a esta hermosa mujer. Fue como si ya hubiésemos descubierto algo en común en nuestra soledad. Intenté imaginar qué haría Pie en mi situación, pero me di cuenta de que, probablemente, se limitaría a pedir permiso para ver lo que había por debajo de la bufanda negra.

Sachi tuvo que haber percibido mi incomodidad, porque fue ella la que continuó la conversación. Las palabras le surgieron con facilidad.

—La última vez que vino Matsu, me dijo que se quedaría usted a vivir durante un tiempo en la casa de la playa.

—No me he sentido bien. A mis padres les pareció que sería mejor alejarme de Hong Kong y de mi hermana menor, mientras me recupero. Confían en que el aire fresco de Tarumi me ayudará.

Sachi se arrebujó aún más en la bufanda negra alrededor de su lado izquierdo.

—Sí, Tarumi puede ser una cura para algunos y un refugio para otros.

—¿Qué es un refugio? —preguntó en ese momento Matsu, que llegaba pesadamente desde la cocina trayendo una tetera.

Sachi lo miró y sonrió.

—La belleza de Tarumi —contestó. Luego, se levantó rápidamente del cojín e inclinó la cabeza—. Matsu, deja que vea si necesito algo del jardín.

Ambos nos quedamos mirándola en silencio, mientras ella deslizaba suavemente la puerta *shoji* y desaparecía de la vista.

Para cuando estuvimos preparados para abandonar la casa de Sachi, ya eran las últimas horas de la tarde. Yo estaba lleno de té y pastas, pero feliz por el hecho de que Sachi se hubiese relajado y sentido cómoda en mi presencia.

—Me sentiría muy honrada si volviera a visitarme —me dijo, de pie ante la puerta, con la bufanda negra apretada contra su cara.

—Lo haré —contesté con una sonrisa, mirando hacia Matsu.

—No hay necesidad de esperar a Matsu —dijo ella—. Siempre será usted bien recibido.

Me incliné y me despedí:

—*Domo arigato gozaimasu.*

Matsu nos observó y sonrió. Luego, antes de volverse para marcharse, tocó suavemente el brazo de Sachi.

Matsu y yo cruzamos de nuevo el pueblo, sin apenas hablar. Los mismos habitantes seguían sentados, jugando a las cartas o fumando, en pequeños grupos diseminados. Esta vez se mostraron menos interesados en nosotros, aunque Matsu levantó la mano y saludó con un gesto a varios hombres. El camino de descenso de la montaña fue rápido y tranquilo. Sólo cuando llegamos a la carretera de la playa que conducía hasta la casa, encontré el valor necesario para hablar.

—Sachi-san es muy agradable.

Matsu asintió con un gesto y luego añadió:

—Fue una de las mujeres más hermosas de todo Tarumi, ¡y quizá de todo Japón!

—¿Cómo se contagió? —pregunté, vacilante.

—¿Te refieres a la lepra? —Sacudió la cabeza, con pesar—. En aquel entonces fue como un incendio incontrolado que, una vez iniciado, nadie podía detener.

—¿Cuándo ocurrió?

Matsu se pasó la mano por entre el cabello gris, corto. Observé cómo se le formaba una arruga sobre las cejas, pensativo, mientras el sudor brillaba y se abría paso por un lado de la cara.

—Tuvo que haber sido hace por lo menos cuarenta años cuando apareció por primera vez en Tarumi —contestó finalmente—. No sé qué fue lo que trajo esa

maldita enfermedad hasta nosotros. Nunca la habíamos visto hasta entonces, aunque quizá estuvo siempre incubándose, a la espera de extenderse, como las brasas de un incendio. Un día, empezó a mostrar su feo rostro y no pudimos hacer nada por impedirlo. La enfermedad elegía a sus víctimas al azar, infectando por igual a jóvenes y viejos.

—Mi padre nunca nos habló de eso.

—Porque nunca lo supo —siguió diciendo Matsu, ahora con rapidez, como si hubiera contenido durante mucho tiempo aquella historia y ahora no pudiera detenerse—. Se mantuvo un poco en secreto entre los habitantes del pueblo. Después de todo, Tarumi era un lugar al que acudían los forasteros para pasar las vacaciones. Si se hubieran enterado de la existencia de la enfermedad, nadie habría regresado. No queríamos asustar a nadie, por lo menos hasta que supiéramos mejor lo que estaba pasando. Al principio, nadie tenía una idea clara de lo que sucedía y unas pocas personas más se contagiaron, con manchas escamosas. En un principio parecía como una especie de urticaria, aunque ésta no desaparecía. Al cabo de pocos meses empezaba a roer la mano o el rostro de la víctima. —Matsu hizo una pausa y tragó saliva.—Afortunadamente, hubo un médico joven que visitó Tarumi y que intentó, sin éxito, tranquilizarnos, asegurándonos que la enfermedad no se podía extender por simple contacto. Queríamos escuchar y aprender, pero aquellos primeros meses fueron para todos como una pesadilla. Cada día, la gente se despertaba, temerosa de haber contraído la lepra. Algunos de los que sufrían la enfermedad abandonaron rápidamente el pueblo, mientras que otros pusieron fin a sus vidas, con la esperanza de no deshonar a sus familias.

—¿Estuvo bien tu familia?

Matsu guardó silencio. El camino se había vuelto nuevamente familiar, con las casas con verjas de bambú y los árboles. Ya casi habíamos llegado a casa. Pude oler la sal del océano y sentir en mi rostro su humedad. Esperé a que él siguiera hablando.

—Se llevó a mi hermana menor, Tomoko —dijo Matsu finalmente.

Vacilé, al recordar lo que mi padre había dicho sobre un supuesto accidente. Hubiera deseado saber más, pero Matsu aceleró el paso y nos acercamos a la casa. Fue entonces cuando le pregunté:

—¿Por qué me llevaste a conocer a Sachi?

Matsu aminoró el paso y se volvió a mirarme, antes de contestar:

—Para que supieras que no estás solo.

21 de octubre de 1937

Desde que visitamos a Sachi, todo ha cambiado entre Matsu y yo. Es como si hubiera desaparecido por completo la molestia y ambos compartiésemos un precioso secreto. No es que hablemos mucho más que antes, pero el silencio ya no es tan intimidatorio.

De vez en cuando, incluso descubro a Matsu mirándome, con una sonrisa apenas visible en la comisura de los labios.

Anoche, después de haber cenado en mi habitación, regresé a la cocina y encontré a Matsu todavía sentado ante la mesa de madera. Una voz aguda y áspera procedente de la radio acababa de informar de que los japoneses habían efectuado otro avance en su lucha por ocupar Shanghai. Matsu se inclinó sobre el aparato y movió el dial hasta que el sonido de un concierto de Bach llenó la estancia. No parecía haberse dado cuenta de mi presencia.

Después de haber escuchado durante un rato, dije suavemente:

—Disculpa —para hacerle saber que estaba allí. Se volvió a mirarme, asombrado—. ¿Irás pronto a Yamaguchi? —le pregunté.

Matsu se echó a reír y se relajó.

—De modo que quieres ver de nuevo a Sachi-san, ¿verdad?

—Sí —me apresuré a contestar, azorado por el hecho de que mi curiosidad fuese tan evidente.

Matsu rió de nuevo y se frotó las gruesas manos antes de decir:

—Supongo que a Sachi le hará bien ver de vez en cuando un rostro joven y guapo. Lamentablemente, sólo ha podido ver el mío durante demasiado tiempo.

—Tú tienes un rostro fuerte, la cara de alguien a quien no se olvida fácilmente.

—Como un monstruo —añadió Matsu.

—Como un samurái —repliqué yo.

Matsu abrió la boca, como si fuese a decir algo, pero se tragó rápidamente las palabras, antes de que acudieran a sus labios. Esperé un momento y después me volví, para marcharme. Por la experiencia acumulada durante el mes que llevaba allí, sabía ya que él tenía poco más que decir. Siempre sucedía lo mismo: las conversaciones terminaban tan simplemente como empezaban. Matsu se sentía más cómodo hablando de su jardín y se mostraba de lo más abrupto cuando hablaba de sí mismo.

Apenas había salido de la cocina cuando oí su voz, elevándose por encima de la música:

—Iremos de nuevo al final de la semana.

—Gracias —le dije, sintiéndome feliz.

Le agradecí que comprendiera. Sachi era alguien a quien decididamente deseaba conocer mejor. Desde que la conocí, ella había instilado en mí una nueva sensación de riqueza y misterio sobre Tarumi. Su rostro, tan hermoso en otros tiempos, se me había aparecido incluso en sueños, con la tristeza semioculto bajo la bufanda negra. Me pregunté desde cuándo vivía sola en las montañas. ¿La había amado Matsu siempre? ¿Lo amaba Sachi a él? Esas preguntas ocupaban mi mente y hacían que ella fuese todavía más seductora para mi imaginación.

Esta mañana he decidido pintar la vista del jardín desde el despacho de mi abuelo. Al llegar a Tarumi, me pregunté cómo era posible que Matsu se pasara tanto tiempo en el jardín. Pero cuanto más tiempo permanezco aquí, más fácil me resulta comprender que hay algo muy seductor en lo que Matsu ha creado. En una ocasión en que le pregunté por el nombre de unas pocas flores, las palabras «*kerria*, *lespedeza* y árbol de Júpiter» brotaron de sus labios sin la menor vacilación.

El jardín es un mundo lleno de secretos. Lentamente, cada día descubro algunos nuevos. Las ramas de los pinos negros se retuercen y giran para crear elegantes formas, mientras que el musgo es como una alfombra verde que le invita a uno a sentarse junto al estanque. Hasta las linternas de piedra, que iluminan débilmente el camino por la noche, sólo te permiten ver un poco del misterio. El jardín de Matsu parece susurrarte, sin llegar nunca a gritar; te conduce por un camino en el que siempre confías encontrar algo nuevo, como si todo estuviera a la vista y, sin embargo, oculto. Hay aquí una serena belleza que únicamente quisiera poder captar en el lienzo.

Después del desayuno, Matsu se fue a trabajar al fondo del jardín, por detrás de la casa, así que llevé al despacho las pinturas, uno de los lienzos enviados por mi padre y un caballete improvisado. Trasladé con mucho cuidado la mesa de mi abuelo a un lado y luego abrí las puertas *shoji* que daban a la parte delantera del jardín, deslizándolas lateralmente. La brillante luz blanca se filtraba por entre los árboles, dejando sobre las paredes un conjunto oscilante de sombras fantasmagóricas. Experimenté una oleada de energía en mi cuerpo al cruzar el salón hasta la habitación principal y abrir sus puertas, de modo que toda la parte delantera de la casa quedara abierta sobre el jardín. Respiré el aire dulce sin toser y me sentí pletórico, con la urgente necesidad de ponerme a pintar. Era la primera vez, desde hacía mucho tiempo, que me sentía realmente lleno de energía. De un tubo de pintura al óleo y luego de otro, apreté hasta extraer grandes manchas de azul y amarillo sobre una bandeja de madera que me servía de paleta. El olor penetrante, a lata, llenó mi cabeza. Contemplé la serena belleza del exterior y me pregunté cómo llenaría el lienzo en blanco. El pincel apenas había tocado la superficie blanca cuando oí los pasos rápidos de Matsu que arrastraba los pies, procedentes de la puerta trasera que daba al jardín. Se detuvo bruscamente al ver lo que yo había hecho.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, en tono acusador.

Llevado por mi entusiasmo, no había pensado siquiera en pedirle permiso, antes de abrir las habitaciones.

—Quería pintar el jardín. Espero que esté bien... —contesté.

Matsu guardó silencio durante un momento. Mantenía la boca ligeramente abierta, como sorprendido de ver las dos habitaciones bajo una luz tan diferente a la que estaba acostumbrado.

—Haz lo que quieras —dijo finalmente, antes de desaparecer dando la vuelta a la casa.

Una vez que Matsu se hubo marchado, empecé a pintar. No quería perder la luz, que ya había empezado a cambiar. Pinté con verdadera intensidad y quizá no me habría detenido si Matsu no hubiese aparecido con una bandeja cubierta en la que traía el almuerzo. Hubiera querido pedirle disculpas por no haberle pedido permiso para utilizar el despacho para pintar, pero estaba tan enfrascado en la pintura que seguí trabajando. Él dejó la bandeja sobre la mesa de mi abuelo, sin pronunciar una sola palabra. Cuando volví a prestarle atención, ya se había marchado.

Al dejar finalmente el pincel, retrocedí unos pasos para ver que el jardín surgía lentamente sobre el lienzo. Me sentí más feliz y sano de lo que me había sentido desde hacía muchos meses. Desplacé la mirada desde el lienzo a la bandeja que Matsu había dejado sobre la mesa. Bajo la tapa lacada había un cuenco de tallarines salpicados de cebollas verdes y delgados trocitos de pescado, un pastel de arroz y té. Tenía tanta hambre, que tomé el cuenco y empecé a devorar los tallarines. Tardé varios minutos en darme cuenta de que había algo más en la bandeja. Una caja alargada, delgada, lacada en negro, junto a la taza de té. Me llevé a la boca otro montón de tallarines antes de investigar el contenido de la caja negra. Levanté la brillante tapa y encontré en el interior tres pinceles muy caros de pelo de marta. Tomé uno, le pasé el dedo por la punta suave y blanda y pensé en lo bien que se deslizaría sobre el lienzo. Me pregunté dónde habría encontrado Matsu aquellos pinceles. Examiné también los otros dos antes de volver a dejarlos en la caja negra. Una vez que terminé de comer los tallarines, tomé la caja lacada y fui a buscar a Matsu. No estaba en la cocina, así que salí al jardín. Su cuerpo corpulento estaba inclinado, de modo que no pudo ver cómo le observaba, mientras allanaba la tierra y luego murmuraba unas frases inaudibles, hablándole a la planta. La trataba con la misma suavidad y cariño con la que se trata a un bebé.

—Son pinceles muy hermosos —le dije, tendiéndole la caja negra.

Matsu se volvió y levantó una mano para protegerse del sol y poder verme.

—Pensé que te gustarían. Pertenecieron a tu *oji-san*.

Levanté la tapa de la caja.

—Son nuevos. ¿Es que mi abuelo no pintó con ellos?

Matsu se echó a reír.

—Tu *oji-san* tenía tantos pinceles que ni siquiera sabía qué hacer con ellos. A menudo pintaba cuando venía a Tarumi, pero sólo utilizaba uno o dos de los pinceles viejos. Generalmente, se pasaba sentado medio día examinando libros y catálogos de arte. Le encantaba comprar cosas hermosas, simplemente por el placer de tenerlas. Encontré esos pinceles en su mesa, hace ya muchos años. Pensé que tú podrías darles un mejor uso.

—Gracias —le dije—. Lo intentaré.

Me quedé allí, contemplando el joven pino que acababa de plantar. Al levantar de nuevo la cabeza, nuestros ojos se encontraron un instante, antes de que Matsu se diera media vuelta.

Hoy he pintado un poco y luego lo he dejado. El cuadro está casi terminado y una parte de mí quisiera salvarlo, saborear las últimas pinceladas como si fuesen preciosas gotas de agua. El hecho de pensar en el agua me ha recordado que ya han pasado varios días desde la última vez que fui a la playa. Apenas he salido de la casa desde que fuimos a Yamaguchi y empecé a pintar de nuevo.

Fui a decirle a Matsu que bajaba a la playa, pero no pude encontrarlo. Por un momento, pensé que se había ido a visitar a Sachi sin llevarme, como me había prometido, pero comprendí que aún debía de andar por allí cuando vi sus utensilios de jardinería desparramados por el jardín. Le dejé una nota sobre la mesa de la cocina.

Percibo el camino que desciende hasta la playa como a un viejo amigo. Me quité los zapatos y caminé lentamente, cruzando la arena blanca y la duna. Todo parecía estar perfectamente centrado. El aire tenía una intensa frescura que me despertaba. El cielo era de un azul pálido, con pequeñas manchas de nubes que parecían islas. Hasta el mar estaba en calma. Pequeñas olas lamían la orilla, avanzando y retirándose, mecánicamente, tan claras como el cristal.

Me dejé caer lánguidamente sobre la arena. Como siempre, la playa parecía toda para mí, de modo que empecé a desnudarme para darme un baño rápido. Apenas me había quitado la camisa cuando oí los sonidos de risas que esperaba oír desde hacía varias semanas. En la cercana distancia, vi a dos jóvenes que caminaban lentamente hacia donde yo estaba. Lo más cerca que estuve de ellas fue cuando me arrojaron pétalos de flores en el jardín de Matsu. Mientras se acercaban, me quedé sentado en la arena, medio oculto tras las altas hierbas de la playa. El corazón se me aceleró, pero no moví un solo músculo, confiado en poder confundirme con la arena, como un camaleón. Decidí que únicamente daría señales de vida cuando estuvieran demasiado cerca como para echar a correr. De repente, pensé en Cantón, en la escuela, donde muchas de las muchachas sentían miedo de acercarse a mí. Susurraban y reían por lo bajo entre ellas, sin atreverse nunca a dirigirme la palabra. Mi amigo King tiene su propia explicación para esa clase de comportamiento.

«Te tienen miedo —me dijo una vez—. Eres demasiado guapo. No confían en alguien tan guapo como tú, ¡lo que es una suerte para los patitos feos como yo!».

Estaba decidido a demostrar que King se equivocaba. Permanecí perfectamente inmóvil, observando cómo se apoyaban la una en la otra mientras caminaban. Me recordaron a mis hermanas cuando hablaban y sacudían la cabeza con gestos, riéndose.

Fue la más baja de las dos la que me vio primero. Vaciló un poco y luego tironeó ansiosamente de la manga de la muchacha más alta. Se detuvieron. Volví a ponerme

rápidamente la camisa y me incorporé, saludándolas con un gesto de la mano. Tras un momento más de vacilación, la muchacha más alta empezó a caminar hacia mí, seguido de cerca por la otra.

Busqué mentalmente todas las palabras japonesas adecuadas con las que presentarme, pero al final, cuando ya estaban lo bastante cerca como para oír mi voz, me limité a inclinarme ante ellas y decir:

—*Konnichiwa*.

Mi saludo fue contestado con pequeñas risas. Las dos muchachas se miraron, antes de volverse hacia mí e inclinarse rápidamente para saludarme.

Me di cuenta de que la más alta era la más adulta de las dos, con su rostro más contenido y su risa más controlada. Me dirigió una mirada tímida y, sin embargo, inquisitiva. Tenían un cierto parecido, pero la más baja poseía un rostro más lleno y joven. Probablemente, no tenía más años que Pie, que, a los doce, parece mayor de lo que es en realidad.

—*Hajimemashite*. ¿Cómo estáis? Me llamo Stephen Chan —les dije, volviendo a inclinarme profundamente, con cuidado de no hacer nada que pudiera asustarlas y alejarlas.

La más alta me devolvió la inclinación y el saludo.

—*Hajimemashite*. Me llamo Keiko Hayashi y ésta es mi hermana Mika.

Mika se volvió a mirar a su hermana y empezó a tironearla del brazo.

—Me pregunto si podría tener el honor de hablar con vosotras un momento —me apresuré a decir, confiando en que esta vez no se marcharan tan rápidamente.

Al parecer, Mika ya había tomado la decisión de marcharse, pero Keiko vaciló y luego afianzó los pies sobre la arena, resistiéndose a los impulsos de su hermana.

—¿Vivís por aquí? —pregunté en un japonés entrecortado, pero amable.

Mika se echó a reír, pero Keiko asintió con un gesto de la cabeza y luego contestó, con un tono de voz claro y agudo:

—Sí, vivimos en el pueblo.

—Creo que ya os he visto antes por aquí —dije, centrando mi atención en Keiko.

—Sí, es posible, porque tenemos la costumbre de pasear por la playa —asintió Keiko.

Se desprendió de la mano de Mika, que seguía acuciándola. Tenía un rostro agradable y bonito y hablaba con seguridad.

—¿Hay mucha gente joven por aquí ahora? —seguí preguntando.

—No hay muchos. Sólo unas pocas familias. La mayoría de los hombres jóvenes se han enrolado en el ejército y los otros se trasladan a la ciudad en cuanto pueden.

Mika empezó a tironear de nuevo del brazo a su hermana y luego le susurró rápidamente algo, ante lo que Keiko asintió con un gesto de cabeza.

—Tenemos que marcharnos —dijo Keiko, mirándome tímidamente.

—¿Podemos hablar en otra ocasión? —me apresuré a preguntar.

Keiko se inclinó para despedirse, pero no dijo nada más. Inmediatamente después, ella y Mika se volvieron, echaron a correr hacia las dunas y se alejaron. Esperé hasta que desaparecieron completamente de la vista y sus voces se desvanecieron en el aire fresco y calmado. Luego, di media vuelta y eché a correr hacia el agua, olvidándome de quitarme la ropa.

Una vez que me encontré a salvo, de regreso en el jardín, me quité las ropas empapadas y las dejé en un montón, junto a los escalones de la entrada. Después de ponerme ropa seca encontré a Matsu en la cocina, limpiando un pescado y tarareando una melodía en voz baja, en una actitud relajada y feliz. No estaba acostumbrado a verlo así. Su estado de ánimo no distaba mucho de lo que yo mismo sentía después de haber establecido finalmente contacto con Keiko y Mika. Ahora, al menos, sabía que no eran un producto de mi imaginación. Durante el período álgido de mi enfermedad, en Hong Kong, a veces creía ver espíritus que no podían ser explicados o identificados. Me asustaban esas apariciones, a pesar de que siempre se me aproximaban como niños pequeños e inofensivos. Deseaba hallar una explicación acerca de por qué se quedaban tranquilamente cerca, observándome. Generalmente, yo me encontraba en mi habitación o sentado tomando el sol en el patio. Esos espíritus aparecían de pronto y desaparecían con la misma rapidez. Tenía la sensación de que esperaban algo y me preguntaba si acaso no sería cierto que estaban allí para llevarme con ellos. Ching dijo que eso se debía a la fiebre, mientras que mi madre lo achacó a los trucos de una mente creativa. «Los espíritus están más vivos para ti», me dijo. Me aconsejó que los ignorase y que, en tal caso, pronto desaparecerían por completo. Procuré no prestarles atención, pero, en realidad, los espíritus sólo desaparecieron cuando mi salud empezó a mejorar. Ahora no me había atrevido siquiera a pensar que esos fantasmas habían regresado.

—¿Cómo fue tu baño? —preguntó Matsu al oír que me aproximaba.

—Fantástico —contesté—. Finalmente hablé con las dos muchachas de las que te hablé.

—De modo que existen.

—Viven en el pueblo.

Matsu se volvió a mirarme y me sonrió.

—¿Les dijiste que dejaran de tirar pétalos de flores en mi jardín?

—Se me olvidó —tuve que confesar.

—¿Tanto te cautivaron? —preguntó Matsu echándose a reír.

—Apenas tuve tiempo de decir nada cuando ya se habían alejado corriendo.

—Regresarán —me aseguró Matsu con naturalidad.

—Espero que sí —dije, hablando más conmigo mismo que con él.

—¿Cómo podrían resistirse a un hombre joven y agraciado como tú?

—Pues hasta ahora se me han resistido —dije, riendo.

—Eso forma parte del juego —dijo Matsu—. Ya lo verás.

Me disponía a preguntarle a Matsu cómo sabía tanto sobre las estrategias de las dos muchachas, cuando, antes de que pudiera hacerlo, él carraspeó y preguntó:

—Sachi ha enviado una nota invitándonos a almorzar. ¿Dispones de tiempo mañana, o te reunirás con tus nuevas amigas?

—¿A qué hora debería estar preparado? —le pregunté.

—Saldremos antes del mediodía —contestó Matsu echándose a reír.

30 de octubre de 1937

Me he levantado temprano esta mañana, demasiado animado para seguir durmiendo, ante la idea de ver a Sachi de nuevo. Me quedé en la cama y esperé a oír los primeros ruidos de Matsu preparando el desayuno en la cocina. Sólo entonces me levanté y me puse una camisa blanca limpia y unos pantalones de algodón de color beis. Al deslizar la puerta a un lado percibí los deliciosos aromas procedentes de la cocina y me di cuenta en seguida de que no eran los habituales del pescado salado o las verduras encurtidas a los que estaba acostumbrado.

El umbral de la puerta de la cocina se había convertido en el lugar en el que solía quedarme, puesto que la cocina no era muy grande y no quería molestar a Matsu.

—¿Qué es lo que huele tan bien? —pregunté.

—Huevos con tocino —contestó, sin levantar la mirada de la sartén.

—¿Y cómo has aprendido tú a preparar huevos con tocino?

—¿Cómo quieres los huevos: revueltos, apenas hechos o pasados por agua? —me preguntó, volviéndose a mirarme con una sonrisa.

—Revueltos —me apresuré a contestar.

Hacía muchísimo tiempo que no comía huevos con tocino. Antes de mi enfermedad, cuando todos estábamos en casa, en vacaciones de la escuela, mis padres nos llevaban a menudo a hoteles occidentales para tomar un abundante desayuno almuerzo. Las largas mesas del comedor siempre contenían algo especial para cada uno de nosotros. Pie se apresuraba a dar buena cuenta de los entremeses, para poder servirse los pequeños bollos de crema y los *puddings*, mientras que Henry y yo nos concentrábamos en el tocino y las salchichas y Anne prefería picar de las ensaladas.

—Tu *oji-san* siempre los tomaba remojados en aceite.

—¿A mi abuelo le gustaba comer huevos? —pregunté.

—Cuando estaba aquí, comía tres huevos cada mañana y el café europeo fuerte que traía consigo desde Tokio.

—¿Qué edad tenías cuando empezaste a trabajar para mi abuelo?

—No tenía muchos más años de los que tienes tú ahora. Mi familia siempre se ha ocupado de cuidar esta casa. Incluso cuando éramos pequeños, mis hermanas y yo nos ocupábamos de hacer pequeños recados y ayudábamos a mi padre a cuidar del

jardín. Cuando mis padres se hicieron demasiado viejos, yo me encargué de hacer su trabajo.

Le miré atentamente, mientras él partía dos huevos en un cuenco de arcilla, los mezclaba meticulosamente y luego los vertía sobre una sartén caliente.

Luego, mientras se cocían los huevos, se echó a reír con voz ronca y siguió diciendo:

—La primera vez que le preparé el desayuno a tu *oji-san*, temía no saber hacerle los huevos como a él le gustaban. Seguramente, había preparado ya media docena de huevos cuando él entró en la cocina y me enseñó a prepararlos.

—Nunca he sabido muchas cosas de mi abuelo. Murió antes de que tuviera la oportunidad de conocerlo realmente. Sólo recuerdo su bastón tallado y los sombreros altos que llevaba.

—Tu *oji-san* fue un hombre muy elegante e inteligente. Sabía muy bien cuáles eran sus puntos fuertes y a veces le gustaba pavonearse un poco. —Matsu hizo una pausa y luego añadió rápidamente—: Pero nunca de una forma que pudiera ofender a nadie. En Tarumi, tu *oji-san* le caía bien a todo el mundo. Era un hombre muy generoso.

—¿Venía aquí con frecuencia? —le pregunté, al pensar en las visitas tan poco frecuentes de mi propio padre.

—Una vez al mes o cada vez que sus negocios de importación le traían de regreso a Japón. A diferencia de tu *o-tosan*, que se toma su trabajo más seriamente, tu *oji-san* parecía relajarse de inmediato en cuanto llegaba aquí.

Matsu vertió los huevos revueltos en un plato, colocó tres trozos de tocino junto a los huevos y dejó el plato sobre la mesa de madera.

—A comer —dijo.

Saqué un tambaleante taburete de debajo de la mesa y me senté, dispuesto a cumplir lo que se me ordenaba. Matsu se preparó un plato para sí mismo y se sentó a mi lado. Se inclinó después sobre el mostrador de la cocina y acercó una tetera, llenando las dos tazas que ya había colocadas delante de nosotros. Luego, esperó a que yo empezara el primero a comer. Tomé una loncha de tocino y le di un gran mordisco.

—Está muy bueno —dije, saboreando su gusto ahumado—. ¿Cómo lo conseguiste?

—Tengo un amigo que me consigue todo lo que necesito, incluido el tocino —contestó Matsu echándose a reír.

—Pues está delicioso.

Él asintió y luego empezó a comer con evidente placer. Al principio me pareció extraño estar comiendo en la pequeña y atestada cocina, con Matsu, pero no tardé más que un par de bocados en sentirme perfectamente a gusto.

Me pareció ése un buen momento para sacar a relucir otro tema en el que había estado pensando.

—¿Sería correcto que le llevara algo a Sachi-san? —pregunté—. Sólo un pequeño regalo, para demostrarle mi aprecio.

Observé a Matsu, que masticaba, sumido en sus pensamientos. Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que levantara la cabeza y dijera suavemente:

—No es necesario. Eso únicamente la haría sentirse azorada.

—Sólo será algo muy pequeño —dije.

Matsu carraspeó y no dijo nada más. Acepté aquel gesto suyo como una afirmación, pero tampoco quise insistir.

Matsu habló muy poco durante la caminata hasta Yamaguchi. Yo no estaba muy seguro de saber si se sentía molesto porque le llevaba algo a Sachi, pero en realidad había sonreído, mostrándome su aprobación, cuando le mostré el dibujo hecho al carboncillo que había dibujado en la playa, después del desayuno. Había ido allí con la esperanza de encontrarme de nuevo con Keiko y Mika, pero la playa permaneció vacía.

Al terminar la carretera, seguimos un camino de tierra que serpenteaba gradualmente ascendiendo por la montaña. Como quiera que el camino era a veces demasiado estrecho para que dos personas caminaran juntas cómodamente, seguí a Matsu, que permaneció sumido en sus propios pensamientos. Nada parecía desalentarlo, mientras que yo tuve que saltar sobre rocas y matorrales demasiado crecidos durante todo el trayecto. Matsu caminaba delante, con paso seguro, y sólo se volvió una vez para comprobar si yo seguía allí. Llevaba varios periódicos y revistas bajo un brazo. En el otro, sostenía un paquete envuelto en papel marrón. Ni siquiera se dio cuenta cuando tuve que detenerme para recuperar el aliento.

Cuando llegamos a Yamaguchi, el pueblo estaba relativamente tranquilo. La mayoría de sus habitantes estaban dentro de las casas, almorzando. Al pasar, pude ver sombras que se movían de un lado a otro, tras los umbrales en penumbras.

De vez en cuando, un gruñido, una voz fuerte acogía nuestra presencia con un animado saludo.

—*Konnichiwa*, Matsu-san, ¡ven a comer algo con nosotros!

Matsu levantaba la mano para indicar que lo lamentaba y seguíamos caminando.

Experimenté una punzada de nerviosismo cuando la casa de Sachi apareció a la vista. Llevaba enrollado el dibujo al carboncillo en mi mano sudorosa. No era mi mejor trabajo, pero creía haber captado una cierta cualidad infinita y serena del mar, que esperaba que sería apreciada por Sachi.

Matsu llamó a la puerta y aguardó. Yo esperaba ver la misma sonrisa tímida saludándonos desde debajo de la bufanda negra, pero transcurrió un rato y nadie contestó. Matsu retrocedió un paso y llamó más fuerte. Al ver que seguía sin haber respuesta, se volvió hacia mí y dijo con tranquilidad:

—Debe de estar en el jardín.

Seguí a Matsu por un sendero de piedra que daba la vuelta alrededor de la casa hasta la parte de atrás. Abrió una alta puerta de bambú y se hizo a un lado, permitiéndome pasar el primero. En lugar de los verdes, los marrones y los destellos de color que caracterizaban el jardín de Matsu, la sobriedad del jardín de Sachi me dejó atónito. No había árboles, flores o agua, sino sólo un paisaje hecho de arena, piedras, rocas y algo de musgo de un verde pálido que cubría las zonas más sombreadas. Tardé unos pocos minutos en captarlo todo. Sobre la tierra escabrosa y en pendiente, Sachi había creado montañas a base de rocas dispuestas artísticamente, rodeadas de gravilla y de piedras alargadas que parecían fluir hacia abajo, como una corriente entre las rocas que condujese a un lago o al mar. La superficie lisa del agua estaba formada por guijarros suaves y redondeados, ordenados en líneas rectas y circulares para sugerir remolinos y olas.

—Un paisaje seco —susurré en voz alta.

—Se llama *kare sansui* —dijo de pronto Matsu y sólo entonces recordé que estaba detrás de mí.

—Es hermoso —dije, extrañado al observar cómo la luz diferente y las piedras oscuras eran capaces de crear aquella textura e ilusión.

—¿Adónde habrá ido Sachi? —preguntó Matsu, hablando más consigo mismo que conmigo—. Seguramente le habría gustado mostrarte ella misma el jardín.

—Seguro que regresará pronto —le dije.

Era la primera vez que lo veía tan perturbado.

Matsu se dirigió rápidamente a la parte delantera de la casa, pero yo no pude moverme. Eché otro prolongado vistazo al jardín de Sachi antes de dar media vuelta y seguirlo.

Matsu ya había iniciado el recorrido de regreso al pueblo cuando, en la distancia, vi a Sachi que se le acercaba presurosamente. El kimono azul oscuro se arrastraba sobre el polvo al caminar. Matsu se detuvo y esperó, mientras ella se acercaba, y luego se inclinó para saludarla. Tomó los paquetes que llevaba y ambos caminaron de regreso a la casa.

—*Sumimasen*, discúlpame por haber llegado tarde —dijo Sachi con una inclinación al acercarse a donde yo estaba, mientras con una mano mantenía la bufanda cerca del lado izquierdo del rostro.

Le devolví la inclinación de saludo y sonreí.

—No hemos esperado mucho tiempo.

—Tanaka-san me preguntó si le llevaría algunos periódicos viejos. No me di cuenta de lo tarde que se había hecho —siguió disculpándose Sachi—. La mayor parte de la comida ya está preparada.

—No hay prisa —le dije—. Matsu preparó esta mañana un gran desayuno americano.

—¡Ah, tus huevos! —exclamó Sachi, volviéndose hacia él.

—A Sachi le gustan los huevos revueltos, como a ti —comentó Matsu echándose a reír.

Sachi sonrió tímidamente, se arrebujo más en la bufanda y se apresuró hacia la casa, sin decir nada más.

Una vez más, me sentí impresionado por la sencillez de su mundo, elegante y sin acumulación de objetos. Matsu le entregó a Sachi los periódicos y revistas y luego llevó los demás paquetes a la cocina.

—Esto es para ti —le dije, entregándole el dibujo enrollado y manchado, lamentando no haberlo envuelto en otro trozo de papel.

—*Domo arigato gozaimasu* —dijo Sachi, inclinándose tímidamente.

—Espero que te guste.

Sachi sonrió, pero vaciló antes de desenrollar el papel delante de mí.

—Por favor —le dije, con un gesto de asentimiento.

Medio se volvió y desenrolló el papel lentamente. Al ver que era un dibujo al carboncillo del mar, se giró rápidamente hacia mí y se inclinó de nuevo, dejando parcialmente al descubierto la parte cicatrizada de su cara.

—Me siento muy honrada.

—Sólo es un dibujo que he hecho muy rápidamente esta mañana. Deseaba traerte una muestra de mi aprecio.

—Me has traído mucho más que eso. Me has traído el mar —dijo Sachi, con la voz quebrada por la emoción.

No supe qué decir, pero me salvó Matsu, que levantó su paquete marrón y exclamó en voz alta desde el otro lado de la estancia:

—¡Y yo te he traído un pollo!

Sachi y yo nos echamos a reír, mientras ella enrollaba cuidadosamente el dibujo y lo dejaba sobre la mesa. Su mano le dio una suave palmadita justo antes de volverse hacia mí.

Almorzamos en la mesa baja del comedor de Sachi. Había preparado pastel de pescado, arroz, delgados filetes de pescado crudo, anguila adobada y verduras encurtidas. Todo estaba servido en una caja *bento* de color negro, dividida en secciones. Mientras Matsu y yo comíamos, Sachi se limitó a probar su comida, a servirnos té cada vez que tomábamos de nuestras tazas y a estar preparada en todo momento para regresar a la cocina por más comida.

—Ha sido un almuerzo magnífico —le dije, inclinando la cabeza como muestra de aprecio.

—Me hace feliz ver que has podido venir —dijo Sachi.

Luego, se levantó lentamente para recoger las cajas vacías.

—Deja que te ayude —le ofrecí.

—Yo me ocupo de eso —intervino de pronto Matsu—. Sachi, ¿por qué no acompañas a Stephen-san al jardín?

Sachi se volvió a mirarme.

—Si quieres ver el jardín, será para mí un honor mostrártelo.

Me levanté presuroso y, al estirar los músculos, noté la rigidez a lo largo de las piernas.

—Me encantaría ver tu jardín.

Seguí a Sachi, que abrió lateralmente la puerta *shoji* que daba directamente al jardín.

—Es maravilloso —le dije, todavía más intrigado que la primera vez que lo había visto.

El sol estaba casi en su cenit, lo que aclaraba el color de las rocas, hasta el punto de que parecían relucir.

—No podría haberlo hecho sin la ayuda de Matsu —confesó Sachi—. Hace muchos años, cuando llegué a Yamaguchi por primera vez, para mí se había desvanecido por completo la posibilidad de tener una vida propia. Matsu fue el que insistió en que tuviera un jardín.

—¿Y tú misma creaste todo esto?

—Con ayuda de Matsu. Él me mostró que la vida no procede simplemente desde dentro, sino que se extiende a todo nuestro alrededor, tanto si se quiere como si no. Así, este jardín se ha convertido en una parte de mi vida.

Hubiera querido decirle algo, pero las palabras se me atragantaron. Su jardín era una mezcla de hermosura y tristeza, las rocas y las piedras una ilusión de movimiento. ¿Qué podía haber hecho ella para merecer tal destino? ¿Acaso su familia nunca había tratado de ayudarla? Observé a la mujer delgada y tímida que estaba de pie delante de mí y hubiera deseado encontrar respuesta a todas mis preguntas, pero mantuve la serenidad y únicamente pude confiar en que se me darían las respuestas a su debido tiempo.

—Si invitáramos a Sachi-san a la casa, ¿aceptaría? —le pregunté a Matsu en el camino de regreso.

Me arrebujaba en la chaqueta para protegerme del viento frío. Las pequeñas ramas caídas crujían al partirse bajo nuestros pies, mientras caminábamos. Él iba un paso por delante de mí y parecía estar de buen humor.

Matsu carraspeó, aminoró el paso y se volvió hacia mí.

—No ha salido de Yamaguchi desde hace casi cuarenta años. Al principio, intenté que bajara al pueblo, pero se sentía demasiado avergonzada.

—¿Es que a su familia no le preocupó lo que le había sucedido?

—Su familia la abandonó hace mucho tiempo.

—¿Le dieron de lado debido a la enfermedad? —pregunté, encendido de rabia.

Matsu sacudió la cabeza, antes de decir:

—No fue así de sencillo. Fue una cuestión de honor. Una vez que se vio afectada por la enfermedad fue ella misma la que eligió no deshonrar a su familia más de lo que ya lo había hecho.

—¿Qué?

—Fue decisión de ella.

—Pero ¿por qué?

—No veía razón alguna para que ellos sufrieran su vergüenza.

—¿Y no crees que podría bajar ahora al pueblo? —me atreví a preguntar.

—Una vez más, tendrá que ser ella misma quien lo decida —contestó Matsu antes de reanudar el paso vivo y caminar por delante de mí.

19 de noviembre de 1937

Esta mañana he terminado la pintura del jardín. Acabarla ha sido como despedirme de nuevo de mi familia para quedar a la deriva sobre un mar infinito; ése ha sido el vacío que he sentido.

—La he terminado —le grité a Matsu cuando éste entró en la casa.

Una pequeña réplica de su jardín aparecía sobre el caballete, secándose. Me quedé de pie delante del lienzo, esperando con avidez cualquier reacción por su parte, una simple sonrisa de reconocimiento o, por lo menos, una mirada de contemplación. En lugar de eso, Matsu entró en la habitación secándose las manos manchadas de barro en un viejo paño. Apenas le dirigió un vistazo al cuadro, lanzó un gruñido de aprobación y se volvió, dispuesto a marcharse de nuevo.

Mis dedos se cerraron con fuerza alrededor de uno de los pinceles de mi abuelo. El olor fuerte y penetrante de las pinturas llenaba la habitación. Luego, como si hubiera adivinado mis pensamientos, Matsu se detuvo y se volvió para preguntarme:

—Tengo que ir al pueblo ahora, ¿quieres venir?

—Me encantaría —asentí—. Sólo deja que limpie estos pinceles.

Resultaba extraño pensar que ya habían transcurrido dos meses sin haber visto nada del pueblo. Y, sin embargo, cuando acudíamos a Tarumi, de niños, raras veces salíamos de la casa y de la playa. Siempre era Ching o cualquier otro sirviente quien caminaba más de un kilómetro hasta el pueblo para comprar comida y lo que se necesitara. Para mí, el pueblo no era más que unos pocos edificios diseminados pero, ahora, la perspectiva de verlo me pareció una buena forma de pasar la tarde.

Tarumi no estaba lejos de la estación de tren, situado justo en la dirección contraria a la que estaba nuestra casa de la playa. Cuando Matsu y yo nos acercamos a la pequeña estación y sus gastados rieles, un tren acababa de detenerse en ella. La gente había empezado a descender mientras nosotros nos dirigíamos hacia el pueblo. Tuve la impresión de que sus miradas nos seguían. Sabía que no era sólo porque yo fuese un rostro chino en su pueblo, sino también porque en Tarumi quedaban muy pocos hombres jóvenes. La mayoría de las mujeres vestían kimonos negros y acolchados, pero unas pocas jóvenes llevaban vestidos y abrigos a la occidental. Me sentí como hipnotizado por el hecho de hallarme nuevamente rodeado de tanta gente, por los sutiles olores dulces y agrios de perfume y sudor, por los tonos agudos y roncós de tantas voces diferentes. Si hubiese cerrado los ojos, casi podría haberme imaginado estar en Kobe.

Tarumi parecía un lugar cansado y desvaído bajo la luz grisácea. Los edificios se alineaban a cada lado de una calle polvorienta, contruidos de deslucida madera oscura. El pueblo estaba compuesto por una tienda, una oficina de correos y un salón de té. Los caracteres, grandes y negros, aparecían cuidadosamente pintados en carteles sobre cada edificio. Más abajo de la calle había otras casas más pequeñas, donde vivía la gente del pueblo. Se observaban fragmentos de sus vidas, en forma de bicicletas y juguetes apoyados contra las destartaladas verjas de bambú. Los perros correteaban libremente por la calle, y las figuras de mujeres y niños regresaban a sus casas. No pude evitar el preguntarme cuál de aquellas casas sería la de Keiko y Mika.

—Vamos por aquí —dijo Matsu.

Le seguí calle abajo, hacia el salón de té. En la puerta nos saludó un hombre delgado que llevaba un paño blanco colgado del hombro. Tenía unos ojos oscuros y agudos y observé cómo levantaba la mano derecha contra la luz apagada de la calle.

—¡Matsu, *konnichiwa*! Ya me preguntaba cuándo pasarías por aquí —saludó, con una inclinación.

—¿Crees que se me iba a olvidar, Kenzo? —replicó Matsu.

—No, eso no sería propio de ti, Matsu —admitió con un entusiasmo casi infantil.

Matsu se volvió, me tomó firmemente por el brazo y me hizo avanzar.

—Éste es Stephen-san —me presentó—. Y el aquí presente es Kenzo-san, el que prepara las mejores galletas de arroz de todo Japón. También es el que me consigue el tocino y todo lo que necesito.

Kenzo y yo nos inclinamos el uno hacia el otro.

—Venid, sentaos —dijo Kenzo, conduciéndonos a una mesa situada al fondo de la gran estancia.

Una vez que mis ojos se adaptaron a la débil luz interior, observé que, junto a nosotros, había un hombre anciano y solitario, sentado en la esquina más alejada. Las mesas, en hileras, estaban separadas por sencillos paneles de madera, mientras que el techo aparecía cruzado por recias vigas de madera. La estancia ofrecía un ambiente invitador y cómodo.

—¿Lo habitual para ti, Matsu? —preguntó Kenzo.

—¡No he recorrido todo este camino sólo para visitarte! —exclamó Matsu echándose a reír.

Kenzo se volvió y desapareció tras una puerta cubierta por dos alargados paneles de tela azul. Sobre cada panel aparecía pintado un gran carácter blanco, de modo que, al leer los dos juntos, decía: «Gran armonía».

—¿Es un viejo amigo tuyo? —le pregunté.

—Uno de mis más viejos amigos —contestó Matsu pasándose una mano por la hirsuta mejilla—. Kenzo y yo crecimos juntos. Este salón de té pertenecía ya a su familia. —Sonrió, como si los recuerdos le agradasen—. Recuerdo la primera mañana que nos vimos. Kenzo vino a la casa de tu *oji-san* mientras yo trabajaba con mi padre en el jardín. A diferencia de lo que sucedía conmigo, Kenzo siempre había sido muy popular. Era el último a quien hubiese esperado ver allí. Recuerdo que yo estaba lleno de tierra. Apenas dije una palabra. Kenzo estaba allí, erguido, vestido con sus ropas limpias y almidonadas. Incluso de muchacho, era ya una persona muy orgullosa y segura de sí misma.

—¿Qué quería?

—Había venido para preguntarme si tenía tiempo para trabajar en el jardín de su padre. Me quedé tan sorprendido que apenas murmuré que pasaría por su casa y echaría un vistazo. Al final, resultó que no acepté el trabajo que me ofrecía su padre. Mi propio padre quería que dedicara más tiempo a mis estudios. Pero, poco después, Kenzo empezó a hablarme en la escuela y nos hicimos buenos amigos.

—¿Fue en la misma época en que conociste a Sachi-san? —le pregunté.

Matsu negó con un gesto de la cabeza.

—Sachi ya era la mejor amiga de mi *imoto*, Tomoko. Eran dos jóvenes muy populares. Se pasaban la mayor parte del tiempo susurrando y riendo entre ellas, sin prestarme nunca mucha atención. Tuvo que haber sido difícil para los demás creer que Tomoko y yo procedíamos de la misma *ryoshin*.

—Supongo que tú eras el tipo fuerte y silencioso —bromeé.

—Más bien era invisible para ellas —dijo Matsu con suavidad.

Bajé la mirada y no supe qué decir.

—Kenzo-san parece muy amable —comenté finalmente.

—Kenzo fue más listo que todos nosotros. Debería haberse marchado a la ciudad, como los demás. Si lo hubiera hecho, ahora sería un hombre rico.

—¿Por qué no se marchó?

Matsu tosió y se frotó de nuevo la mejilla.

—Desde que guardo recuerdos, vi siempre enfermo al padre de Kenzo. Al ser él su único hijo, creyó que era su responsabilidad cuidar de su madre una vez que su padre murió. Por aquel entonces, teníamos diecisiete años.

Me disponía a preguntarle a Matsu por qué no se había marchado él de Tarumi cuando los paneles de tela azul se abrieron y Kenzo regresó, trayendo una bandeja.

La dejó sobre la mesa y a continuación distribuyó un cuenco de galletas de arroz, una gran botella marrón de cerveza para Matsu y un refresco de color rosado para mí.

—*Domo*, Kenzo —dijo Matsu con un gesto de asentimiento.

Luego, le invitó a sentarse a mi lado con un gesto. Kenzo tomó el paño del hombro y limpió las gotas de agua que habían caído sobre la mesa. Se inclinó y dispuso el cuenco de galletas de arroz de modo que quedara exactamente en el centro de la mesa. Al instalarse en la silla, junto a mí, trajo consigo el olor aceitoso de la cocina, mezclado con el del humo de tabaco.

Matsu ya se había servido su cerveza, de la que se apresuró a beber la mitad del vaso de un solo trago. Kenzo señaló el vaso que yo tenía delante.

—*Dozo* —dijo, mirándome.

Sonreí e incliné mi cabeza. Noté el cristal húmedo y frío en la mano y tomé un sorbo de la bebida rosada. Tenía un sabor dulce y como a flores.

—Está bueno —dije amablemente.

Kenzo sonrió y se volvió hacia Matsu.

—¿Lo ves? ¡El joven tiene buen gusto!

—¿Qué esperabas? —preguntó Matsu riendo—. Sólo trata de ser amable.

—Está bueno —dije de nuevo, sin comprender del todo la broma que se hacían entre ellos.

—¡No todo el mundo está de acuerdo con lo que piensa el potente Matsu-san! —exclamó Kenzo.

Y entonces, antes de decirse nada más, Matsu y Kenzo estallaron en carcajadas.

—Kenzo lleva más de veinticinco años tratando de que ese brebaje suyo le guste a alguien —explicó Matsu—. Ha probado ya con todos los habitantes de Tarumi, sin la menor suerte hasta ahora.

—No le hagas caso —dijo Kenzo, limpiando una nueva mancha de agua dejada por la botella de cerveza de Matsu—. Lo que pasa es que siempre ha sentido celos de mí.

—Está loco —dijo Matsu riendo y llevándose los gruesos dedos a un lado de la cabeza.

Tomé otro sorbo de la bebida, demasiado dulce. Cada sorbo me permitía darme cuenta de algo nuevo; el sabor era cada vez más como a flores, con un fuerte aroma a rosas.

—¿Qué contiene? —le pregunté a Kenzo.

Pero fue Matsu quien respondió, entre risas.

—Es su receta secreta que nadie quiere.

Kenzo emitió un gruñido desde el fondo de la garganta, pero no dijo nada.

En la penumbra del salón de té, volví a observar a Matsu como si lo viera por primera vez, como alguien a quien no conociera, ligero y juguetón. Imaginé que aquellos dos hombres conocían muy bien las costumbres del otro. Matsu era siempre el que dejaba las marcas de agua sobre la mesa, mientras Kenzo las limpiaba.

Escuché sus voces bajas y roncadas, que llenaban la estancia.

—¿Te has enterado de que nuestras tropas han capturado Soochow? Muramoto-san acaba de venir a darme la noticia —dijo Kenzo—. ¡Shanghai está prácticamente tomada!

Matsu me miró y luego dijo bruscamente:

—En tiempos de guerra siempre hay rumores.

Me desanimé con la noticia y me sentí agradecido cuando Matsu cambió de tema y habló del tiempo, de cómo iba el negocio en el salón de té y de su jardín. Mis propios pensamientos fueron asimilando la noticia. En lo más profundo sabía que era cierto que Shanghai no tardaría en caer ante los japoneses. Luego, continuarían hacia el sur, destruyendo todo lo que se interpusiera en su camino. Intenté pensar en otra cosa, en la posibilidad de encontrarme con Keiko y Mika si salía a dar un paseo. Estaba a punto de pedir disculpas y marcharme cuando las preguntas de Kenzo me obligaron a prestar atención de nuevo a la conversación.

—¿La has visto? —preguntó Kenzo.

—Hace unos días —contestó Matsu—. Está bien.

—¿Le llevaste el pollo?

—Sí.

—¿Te preguntó por mí?

Antes de contestar, Matsu se bebió el resto de la cerveza.

—No —dijo despacio—, pero me dio esta nota para ti.

El rostro de Kenzo se iluminó. Extendió rápidamente la mano sobre la mesa y tomó la nota que le tendía Matsu, casi arrebatándosela, para guardarla cuidadosamente en el bolsillo de la camisa.

—Es agua de rosas —me susurró Kenzo cuando salimos al aire fresco—. Sólo una gota.

Me eché a reír y me incliné, dándole las gracias por la bebida.

—¿Qué mentiras te está contando ahora? —preguntó Matsu.

—Es un secreto —le contesté.

Kenzo sonrió, satisfecho, y luego miró a Matsu.

—Si ella necesita algo, ¿me lo dirás?

—Desde luego —asintió Matsu.

Kenzo se inclinó y se llevó la mano al bolsillo de la camisa, como para asegurarse de que la nota seguía allí. Permaneció un momento más de pie a la puerta de su salón de té y luego desapareció en el interior.

—Necesito recoger el correo —dijo Matsu, mientras yo le seguía, cruzando la calle, para dirigirnos a otro edificio.

—¿Conoce Kenzo a Sachi? —pregunté rápidamente.

Matsu aminoró el paso y se volvió a mirarme.

—Tarumi es un lugar pequeño. Aquí, todos nos conocíamos cuando éramos jóvenes.

—Entonces, ¿por qué Kenzo no va a visitarla?

—Cuando éramos jóvenes, a Sachi le importaba mucho Kenzo, pero la enfermedad lo cambió todo. Después de que se marchara a Yamaguchi, no quiso volver a verlo.

—¿Del mismo modo que no quiso volver a ver a su familia?

—Sí.

—Pero a ti te permitió visitarla, ¿verdad? —pregunté, sin estar seguro de que Matsu me daría una respuesta.

—En aquellos momentos, a Sachi le resultó mucho más fácil ver a alguien que no le importaba tanto —contestó finalmente Matsu, después de habérselo pensado un poco.

Su rostro era inexpresivo cuando se volvió y caminó con rapidez hacia la oficina de correos.

Nunca deja de asombrarme lo mucho que una oficina de correos se parece a otra en los diferentes lugares donde he estado, aunque varíen todas las demás costumbres. La oficina de correos de Tarumi era idéntica a las que había visto en Hong Kong y en Cantón. Un hombre pequeño y nervudo estaba sentado detrás de una ventanilla con barrotes, convertido en el mensajero de las palabras. La estancia, desnuda, estaba atestada de gente que hacía cola y hablaba en voz baja. Matsu me hizo un gesto brusco, indicándome que esperase mientras él recogía el correo. Le vi dirigirse con rapidez hacia el fondo de la estancia, descender por un estrecho pasillo y detenerse a medio camino ante lo que seguramente era su casillero postal. Esperaba no haberlo ofendido al hacerle demasiadas preguntas. Cuando regresó, Matsu no dijo nada y, simplemente, me tendió un sobre en el que aparecía mi nombre.

20 de noviembre de 1937

Esta mañana, el tiempo ha cambiado drásticamente. Me di cuenta en seguida por el pesado olor que pendía en el aire. El cielo se había vuelto de un gris oscuro tan bajo y espeso que casi parecía sofocante. Matsu no dejaba de mirar hacia la puerta del fondo y en dirección al cielo, con tal intensidad que parecía como si fuese de noche y estuviera tratando de encontrar una determinada estrella. Luego, murmuró algo que no pude escuchar y regresó a la mesa sin decir nada.

Después del desayuno, salí al jardín y leí de nuevo la carta de mi madre. Casi había esperado que, durante la noche, algo hubiera cambiado su contenido. Me preguntaba si había sabido algo de una mujer que mi padre mantenía en Kobe. La conmoción y la incredulidad de ayer dieron paso ahora a un dolor punzante que me recorrió todo el cuerpo cuando volví a leer sus palabras.

Siempre he sabido que podía haber alguien más —escribía mi madre—. Un hombre no puede estar tan lejos de su familia sin buscar consuelo en otra parte. En eso, nunca ha habido falta de consideración por parte de tu padre. Siempre se ha ocupado de nosotros y nos ha proporcionado todo lo que necesitábamos. Lo que hace cuando vive en Japón ha sido siempre asunto suyo. Pero me acabo de enterar, a través del señor Chung, del Royal Hong Kong Bank, que tu padre ha estado retirando grandes sumas de dinero que pone a nombre de una mujer que reside en Kobe, Japón. El señor Chung se sintió en la obligación de comunicármelo cuando tu padre pidió un préstamo hipotecario sobre nuestra casa de Hong Kong. Todo esto ha sido una gran conmoción para mí, Stephen. Pero mi primera preocupación debe ser para vosotros, mis hijos. Ahora que ya estás mejorando, quizá debieras regresar antes a Kobe. Tienes ya edad suficiente para entender estas cosas y siempre has sido el que más cerca ha estado de tu padre. Quizá tú puedas descubrir a qué viene todo esto.

La carta añadía algunas pequeñas formalidades. En Hong Kong, todo el mundo estaba bien y Pie escribiría pronto.

Me quedé allí sentado, atónito ante las palabras cada vez que volvía a leerlas. Me resultaba difícil tragar y dejé que la mirada se deslizara, sin verlos, sobre los caracteres rectos, limpiamente escritos. Sabía que el tono imperturbable de mi madre encubría la turbación que debía de sentir y una parte de mí mismo hubiera deseado estar en Hong Kong para consolarla. Intenté imaginar a mi madre después de que se enterara de la noticia. Seguramente, debió de quedarse de pie ante el balcón delantero de nuestra casa, desde el que se dominaba el puerto de Hong Kong, moviendo el pesado aire con el abanico, con la otra mano levantada para protegerse del resplandor del sol. Desde el patio, llegarían hasta ella las voces agudas y quejumbrosas de los sirvientes, mientras que Pie podía andar entrando y saliendo, sin dejar de hacerle una pregunta tras otra. Mientras tanto, sabía que mi madre sólo podría estar pensando en una cosa: ¿quién era esta mujer que le había robado el amor de mi padre?

Guardé de nuevo las delgadas hojas de papel en el sobre y cerré los ojos. Había empezado a soplar el viento, agitando el pesado aire. Deseaba llorar. Mi madre se equivocaba: no me sentía lo bastante mayor como para comprender nada de lo que ocurría. Mi padre nunca me había hablado de que hubiese otra mujer en su vida. Él siempre era el hombre que llevaba los trajes oscuros inmaculados, que se preocupaba

por mi salud, que se sentaba en la playa, esperando que yo oyera su voz serena. Nunca le vi dar dinero a otras mujeres. Sólo estaba seguro de una cosa: todavía no me sentía preparado para abandonar Tarumi.

A últimas horas de la tarde, el viento empezó a soplar con más fuerza. Estaba sentado ante la mesa de mi abuelo, tratando de escribirle una carta a mi madre cuando oí la cólera del viento silbando por entre la casa. Hizo traquetear las paredes *shoji* y sacudir el suelo, por debajo de mis pies. Matsu había desaparecido después del almuerzo, sin decir adónde se iba. Al principio, me sentí feliz de estar a solas pero ahora, al levantarme, sentí que el suelo vibraba y empecé a preocuparme.

De repente, oí la voz de Matsu que llamaba desde el jardín. Me dirigí hacia la puerta principal y lo vi cruzar apresuradamente el jardín, hacia la casa.

—Se avecina una gran tormenta —gritó Matsu.

Llegó al *genken* y me dijo que le siguiera.

De un pequeño espacio de almacenamiento que había junto a la cocina, Matsu empezó a extraer grandes tablones de madera.

—Se colocan en su lugar, por delante de los paneles *shoji* —dijo, alcanzándome uno.

Primero colocamos los paneles de madera sobre las ventanas *shoji* de delante. Empezó entonces a llover y el viento aumentó su fuerza, de tal modo que apenas si podíamos caminar erguidos. No pude imaginarme que Matsu tuviera que hacer todo esto a solas. Trabajamos con toda la rapidez que pudimos alrededor de la casa, hasta que los paneles *shoji* quedaron cubiertos y protegidos y la casa pareció toda ella metida dentro de una enorme tumba. Estábamos empapados, corriendo de un lado a otro para asegurar todo aquello que pudiera ser arrancado por el viento. Al detenerme para recuperar el aliento, pude oír cómo el océano se hinchaba y chocaba estruendosamente contra la carretera, delante de la casa.

Matsu estaba de pie ante la puerta abierta y observaba las olas que azotaban las dunas y se desbordaban sobre la carretera.

—¿Crees que se acercarán más? —le pregunté a gritos.

—Ya ha sucedido otras veces —me contestó.

—¿Qué deberíamos hacer?

—Esperar a ver. A veces, la tormenta amaina —contestó Matsu volviéndose a mirar la carretera.

Pareció como si la tormenta fuese a durar siempre, ya que fue cobrando poco a poco una mayor fuerza. El viento y la lluvia continuaron y el ruido que producía la violencia del mar era ensordecedor. Armado con una red de alambre, Matsu recogió cuidadosamente los peces del estanque inundado, para dejarlos en un barril de

madera. Yo observaba las olas, que se acercaban más y más a la casa, deslizándose bajo la puerta de bambú y penetrando en el jardín. Cada vez que una ola se retiraba, dejaba tras de sí una línea de espuma blanca que marcaba cada avance que hacía.

—Las olas son cada vez más fuertes —le grité a Matsu.

Asintió con un gesto de la cabeza.

—Será mejor que te metas en la casa —me gritó, sin dejar de trabajar frenéticamente.

Empecé a dirigirme hacia la casa, pero entonces me detuve y me volví rápidamente para ayudar a Matsu a recoger los últimos peces. Justo en ese preciso momento, la primera ola se estrelló con fuerza contra la verja de bambú empapándonos aún más. Vi varios peces arrancados del barril, agitándose sobre la tierra. La siguiente ola fue incluso todavía más potente y la que le siguió rugió sobre la verja de bambú, con tal rapidez y fuerza que ninguno de nosotros tuvo la oportunidad de sujetarse. La muralla de agua nos levantó y nos arrojó fuertemente contra la casa. Me golpeé tan duramente contra la casa, que me faltó la respiración. Intenté ponerme de pie, pero la siguiente ola volvió a derribarme antes de que supiera qué estaba ocurriendo. Me sujeté a un poste del *genken* y traté de incorporarme de nuevo. Oí la voz de Matsu llamándome a gritos, pero me pareció extrañamente lejana, como si ya nos hubiésemos perdido y estuviésemos profundamente hundidos en el agua.

24 de noviembre de 1937

Al despertar, estaba desnudo, tumbado en mi cama. Abrí los ojos a la débil luz de una parpadeante lámpara de aceite. Las ropas empapadas estaban en el suelo, a mi lado. A medida que se me despejó un poco la cabeza, recordé que lo último que recordaba fue el fuerte golpe del agua que se precipitaba sobre mí y luego nada, la negrura. Había sido un milagro que la casa se mantuviese en pie y que hubiera sobrevivido de algún modo al choque de las olas.

Al tratar de levantar la cabeza, sentí un intenso martilleo que me obligó a bajarla de nuevo. Cerré los ojos hasta que se calmaron las palpitaciones y luego los abrí con cuidado, esperando que la luz gradual no le hiciera daño a mi cabeza.

Las ventanas *shoji*, protegidas por los paneles de madera, no permitían adivinar si era de día o de noche. La casa estaba completamente silenciosa y no se oía a Matsu por ningún lado. Pude oír la lluvia, en el exterior, pero los fuertes vientos parecían haber remitido. La habitación se llenaba con el olor dulce, fuerte y agrio del tatami empapado. Lo único que deseaba era recuperarme lo suficiente como para levantarme y ver qué estaba pasando.

Muy lentamente, moví los pies desde el futón hasta las esterillas del tatami y, con toda la fortaleza que pude reunir en mis brazos, icé gradualmente la parte superior del

cuerpo hasta quedar sentado. La cabeza empezó a latirme de nuevo. Me froté las sienes con suavidad, todavía pegajosas con la sal del mar. Por detrás de la oreja derecha detecté un chichón de buen tamaño.

Fue el sonido de las voces lo que percibí primero, seguidas después por los pasos que entraban en el *genken*. Reconocí inmediatamente la voz de Matsu, pero la otra era apenas audible. A juzgar por la tranquilidad con la que hablaba Matsu, me di cuenta de que estaba en compañía de alguien a quien conocía bien. El sonido de los pasos continuó por el pasillo hasta que las figuras en penumbra se detuvieron delante de mi puerta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó estruendosamente la voz de Matsu en cuanto abrió la puerta.

Le sonreí débilmente mientras él permanecía en el umbral. Llevaba un largo vendaje blanco que le cruzaba la mejilla izquierda.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Eso es lo que me preguntaba sobre ti —replicó riendo y llevándose una mano a la mejilla vendada.

—Me duele la cabeza —dije, procurando reponerme.

—Perdiste el conocimiento cuando una ola te arrojó contra la casa. La sentí más fuerte que un *tsunami* —dijo Matsu, que volvió a palparse la mejilla.

Levanté de nuevo las debilitadas piernas, dejándolas descansar sobre el futón, y me apresuré a cubrir mi desnudez.

—Ha venido alguien a hacerte una visita —dijo Matsu con una sonrisa.

Sólo entonces recordé que había oído dos voces que entraban en la casa. Levanté la mirada justo en el momento en que Sachi salía desde detrás de las amplias espaldas de Matsu.

—¡Sachi-san! —exclamé, sorprendido.

A la parpadeante luz observé una ligera sonrisa desde detrás de la bufanda. Hice esfuerzos por sentarme de nuevo, pero las palpitaciones de mi cabeza se intensificaron. Sachi se inclinó.

—Decidí bajar una vez que hubo pasado la tormenta —dijo—. A nosotros apenas nos afectó en las montañas. Pero de mi niñez recuerdo lo violentas que pueden ser las olas.

—Gracias —le dije, tragando saliva con dificultad y sintiéndome mareado y febril.

—Me sentía preocupada por ti y por Matsu-san —siguió diciendo Sachi, que se volvió y miró tímidamente a Matsu.

—Me siento muy honrado por tu visita —conseguí decir, al tiempo que me dejaba caer de nuevo, suavemente, sobre el futón.

Me esforcé por no perder de vista a Sachi. Suspiré ante el placer de tenerla tan cerca, consciente de que era la primera vez que había abandonado Yamaguchi desde hacía cuarenta años. Murmuré algo sobre cuánto tiempo iba a quedarse, con la

esperanza de que nunca se marchara, pero la cabeza me empezó a palpar con tal fuerza que apenas si pude mantener los ojos abiertos.

—¿Crees que deberíamos enviar a buscar al *isha*? —le oí preguntar a Sachi en un susurro.

De repente, me pregunté si en Tarumi había habido alguna vez un médico. Hubiera querido decir algo más, pero me exigiría demasiada energía decirles que sólo necesitaba mantener los ojos cerrados durante un buen rato.

—Necesita descansar —fue lo último que le oí decir a Matsu.

Cuando desperté de nuevo, una luz blanca penetraba a través de las ventanas *shoji* y llenaba la habitación. Entrecerré los ojos para protegerlos del resplandor. La casa estaba en silencio. Miré lentamente a mi alrededor, hasta que recordé todo lo ocurrido. Mis vivos recuerdos de la tormenta dieron paso rápidamente a la carta de mi madre, a la infidelidad de mi padre y, finalmente, a la visita de Sachi. De repente, me pregunté si la presencia de Sachi había sido una alucinación. Si no había sido un sueño, ¿había regresado ya a Yamaguchi? ¿O era posible que todavía estuviese allí? Impulsado por un repentino acceso de energía, me levanté.

Junto a la cama había una bandeja con té frío y unas galletas. Tenía tanta sed que tomé la taza de té y bebí todo su contenido, deseando tomar más. Aún me sentía un poco mareado y notaba la cara caliente y encendida, pero los latidos en mi cabeza habían desaparecido.

Lentamente, me levanté y me enderecé. Sentía la espalda inflamada de tanto tiempo pasado en el futón. Me puse unos pantalones y una camisa y me dirigí despacio a la cocina, pero allí no había nadie. Me pregunté si Matsu estaría en el jardín o si se habría ido al pueblo. Quizá había acompañado a Sachi de regreso a Yamaguchi. Sólo esperaba que mis recuerdos de su visita hubieran sido reales.

La brillante luz del sol me dio en los ojos al salir al *genken* y echar un vistazo. A medida que la vista se adaptó a la luz, quedé conmocionado al comprobar que el hermoso jardín de Matsu no era más que un recuerdo. Las algas y la arena lo cubrían todo y había restos y ramas rotas por todas partes. El puente de madera que se levantaba sobre el estanque había desaparecido por completo y la mayoría de los grandes pinos aparecían tumbados, arrancados de cuajo en medio de todo aquel revoltijo cubierto de barro. Un olor espeso y acre a pescado y a tierra salada llenaba el aire.

Mientras contemplaba incrédulo lo que había sido el jardín, percibí un movimiento y levanté la mirada para ver a Matsu que llevaba dos cubos de madera desde la parte de atrás. El vendaje de su mejilla izquierda, que había visto limpio la primera vez, estaba ahora manchado y tenía un sucio color amarronado.

—Ah, por fin te has levantado —dijo Matsu—. Ya pensaba que ibas a dormir durante otro día completo.

—¿Cuánto tiempo he estado así? —pregunté, frotándome la cabeza y notando el latido del chichón.

—Estamos casi al final del segundo día. Te despertaste una o dos veces, pero has permanecido inconsciente durante la mayor parte del tiempo. Sachi quería que trajera al *isha*, pero ha tenido mucho trabajo atendiendo a otros heridos a lo largo de la costa. —Matsu dejó los cubos y, mirándome, añadió seriamente—: Nos tenías muy preocupados.

—Sólo es un chichón —le dije, tranquilizándolo—. ¿Todavía está Sachi aquí? Creí que sólo había sido un engaño de mi imaginación.

—¡Sachi-san! —gritó Matsu, riéndose—. ¡Mira quién ha resucitado!

Un momento más tarde, Sachi apareció desde el otro lado de la casa. Se apretó la bufanda alrededor del rostro y, después de verme, se inclinó varias veces para saludarme, feliz.

—Stephen-san, me siento muy feliz de ver que estás mejor —dijo.

—Pensé que eras una ilusión —le dije.

—Como puedes ver, sigo realmente aquí —dijo ella, sonriente—. He vuelto esta mañana, con la esperanza de que te sintieras mejor.

—Gracias, me siento muy honrado.

Incliné la cabeza, pero me apresuré a enderezarla en cuanto noté que volvían los latidos. Sachi apartó su mirada, como azorada.

—Matsu también ha necesitado de ayuda con su jardín.

—La tormenta lo ha destruido —intervino Matsu, señalando su árbol de la seda favorito, arrancado de cuajo.

—Lo siento —le dije con voz ronca.

—No ha ocurrido nada que no se pueda remediar —dijo Sachi serenamente.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté.

Descendí un peldaño y me apoyé débilmente contra el *genken*.

—No te preocupes por el jardín —replicó Matsu—. Lo primero que tienes que hacer es recuperar tu fortaleza.

—¿Y qué mejor forma de recuperarla que ponerme a trabajar al aire libre? —argumenté.

Luego, Sachi se volvió hacia Matsu y dijo suavemente:

—Recuerdo que en una época me dijiste que trabajar en el jardín me devolvería las ganas de vivir.

Matsu miró a Sachi, se rascó la cabeza, pensativo y dijo:

—Está bien, pero sólo un trabajo ligero hasta que estés mejor.

30 de noviembre de 1937

Ahora, Sachi baja desde Yamaguchi cada día y llega tan temprano que para cuando me he levantado y desayunado ella ya está trabajando duro en el jardín. Seguramente, emprende la caminata cuando todavía es de noche y llega aquí cuando la luz de la mañana llena el cielo. Y no se marcha hasta que se ha puesto el sol, para desaparecer, envuelta en la bruma grisácea, justo antes del anochecer. Habitualmente, Matsu la acompaña de regreso a la montaña. Cuando regresa hace gala de una serenidad que únicamente Sachi puede darle.

Sachi y yo nos estamos haciendo buenos amigos mientras trabajamos en el jardín de Matsu. Ayer y hoy volvimos a plantar algunos pinos y limpiamos el estanque. Matsu terminó de construir un nuevo puente para el estanque y luego se fue al pueblo, en busca de peces nuevos con que llenarlo. Le pedí que enviara por correo una carta breve y un tanto evasiva que le había escrito a mi madre. Le comentaba brevemente lo ocurrido durante la tormenta, mi recaída y le decía que pronto le escribiría una carta más completa. Lo único que le aseguraba era que necesitaba descansar un poco más en Tarumi y que trataría de hablar pronto con mi padre. Sin embargo, la simple idea de enfrentarme a mi padre me hacía sentir náuseas.

Cada día que trabajo en el jardín con Sachi me siento más fuerte. Los dolores de cabeza dejan de ser tan apremiantes una vez que hundo las manos en la tierra fresca y oscura y huelo la humedad de la tierra y de los pinos. Hasta el viento frío invernal que ya se aproxima hace que me sienta más vivo.

—¿Cómo te sientes al estar aquí? —le he preguntado esta mañana a Sachi.

Ella estaba arrodillada, plantando musgo junto al estanque. El puente de madera recién construido por Matsu se elevaba a un lado y su fresco aroma de cedro llenaba el aire frío. Ella se arrebujó más con la bufanda alrededor de la cara y se volvió a mirarme.

—Tengo la sensación de que vivir esta vida es como un sueño —me contestó Sachi—. Espero siempre el momento de despertarme.

—Quería pedirte que nos visitaras —le dije, mientras excavaba un agujero lo bastante grande como para que encajara un pequeño pino que Matsu nos había pedido que replantáramos.

—Se necesitó una tormenta para hacerme bajar de la montaña —siguió diciendo ella.

Se volvió de nuevo hacia su trabajo y se dedicó a hacer más profundo el agujero que yo había hecho.

—¿Habías pensado alguna vez en bajar?

—Matsu ya me lo había pedido antes —contestó ella, tras una vacilación.

—Pero nunca quisiste bajar.

—No conseguí reunir el valor para hacerlo.

—¿Y por qué ahora? —le pregunté, sin dejar de trabajar, sin atreverme a mirarla.

—Vine por ti y por Matsu, no por mí misma.

Noté que el ritmo del corazón se me aceleraba.

—Nunca olvidaré tu amabilidad —le dije, mirándola rápidamente.

Sachi sonrió y guardó silencio.

—¿Nunca echas de menos a tu familia y a tus viejos amigos, como Kenzo-san?
—le pregunté de pronto, tras una larga pausa.

Incluso mientras pronunciaba las palabras, lamenté inmediatamente el haberle hecho una pregunta tan personal.

Sachi se incorporó lentamente, se limpió el polvo del kimono marrón oscuro, se apretó la bufanda alrededor de la cara y miró hacia la puerta. Imaginé que Matsu podía entrar por aquella puerta en ese preciso momento, enojado y sintiéndose deshonrado ante mi descortesía.

Antes de que pudiera añadir nada más, Sachi se volvió y me miró directamente.

—De modo que has conocido a Kenzo —dijo, deteniéndose de nuevo, sumida en sus pensamientos—. Fue para mí un amigo difícil de perder, pero hace ya tiempo que he dejado atrás la época en que lo echaba de menos. Ahora, en Yamaguchi, tengo muchos nuevos amigos. Y siempre ha estado Matsu.

—Siento haberlo preguntado —le dije. Me incorporé rápidamente y me incliné ante ella—. Sé que tuvo que haber sido muy difícil.

—Me honra el que te hayas atrevido a preguntarlo —dijo Sachi. Luego, se volvió y señaló hacia el puente recién construido por Matsu. Era una réplica exacta del original y sus curvas ascendente y descendente formaban un arco perfecto—. Matsu me dijo en cierta ocasión que el puente representaba el difícil tránsito del samurái desde este mundo a la vida en el más allá. Al llegar a lo más alto del puente, puedes ver el camino que conduce al paraíso. Tengo la sensación de que los últimos días me han permitido echar un vistazo a eso. El llevar una vida sencilla, sin temor, ha sido un verdadero paraíso.

Toqué la madera del puente, que se elevaba hasta la mitad de la altura de mi cuerpo. De repente, me sentí impaciente por verlo de nuevo en su lugar, sobre el estanque lleno otra vez de peces. No supe qué decir.

Permanecimos durante un buen rato sumidos en un incómodo silencio hasta que Sachi suspiró y señaló un pino tumbado sobre el suelo.

—Déjame que te ayude a levantar ese pino —dijo.

Entre los dos levantamos cuidadosamente el pino tumbado y lo volvimos a colocar suavemente en el agujero que habíamos excavado. Volví a echarle tierra alrededor con la pala, mientras Sachi se arrodillaba y presionaba la tierra con las manos para rellenar el agujero.

—¿Crees que vivirá? —le pregunté.

—Nadie conoce este jardín mejor que Matsu —contestó Sachi—. No tardará mucho en parecerse de nuevo al que tú pintaste.

—¿Has visto la pintura?

—Eso fue lo primero que me mostró Matsu. Se siente muy orgulloso de ti.

—Pues a mí nunca me lo ha dicho —confesé.

—Con Matsu, todo estriba en lo que no dice —me aseguró Sachi, mirándome con una sonrisa.

En ocasiones, cuando Sachi está trabajando y no presta atención, la bufanda se le desliza a un lado, lo suficiente como para que pueda ver las cicatrices blanquecinas y arrugadas que le cubren un lado de la cara. Me pregunto cómo debe sentir la presencia de esas cicatrices; las líneas translúcidas se extienden como un mapa a través de la cara. Tengo la sensación de que cuanto más las miro, menos efectivo es su poder para asustarme y repugnarme. Sachi sigue siendo muy hermosa. Quisiera decírselo, pero temo que mis palabras no harían sino azorarla e inducirla a regresar a su escondite.

Matsu se siente definitivamente más feliz cuando Sachi está presente. Se percibe en él una actitud muy apacible cuando está con ella. Suelen hablar en voz baja y él siempre la está haciendo reír. La llama «pequeña *hana*» cuando ella se lamenta de que él haya perdido todas sus flores de otoño. Ella es la única flor que verdaderamente le importa. En ocasiones, me pregunto cómo habría sido su vida en común si Sachi no se hubiera visto afectada por la enfermedad. ¿Se habrían casado y estarían viviendo felizmente juntos en Tarumi? ¿Se habría casado Sachi con Kenzo? ¿Se habría marchado Sachi de Tarumi, como tantos otros, para encontrar una nueva vida en otra parte? Quizá Sachi tenga razón y debamos cerrar la puerta al pasado.

Las noticias del presente siguen agobiándonos. Mientras estábamos comiendo felices en la cocina, se interrumpió bruscamente la música de la radio y una voz anunció: «El honorable ejército imperial de Japón ha logrado finalmente el éxito y ha convencido a Shanghai para que acepte su protección».

Matsu me miró y observé cómo desaparecía lentamente su sonrisa, al tiempo que apretaba los labios con fuerza. Sachi bajó la mirada y permaneció en silencio. Yo tuve la sensación de que los tallarines que acababa de comer se me habían quedado alojados en el fondo de la garganta, dejándome sin voz.

Me he sentido animado esta noche, cuando he vuelto a ver a Keiko. Después de que Matsu se marchara para acompañar a Sachi de regreso a Yamaguchi, intenté no pensar en la guerra en China y me dediqué a trabajar en el jardín. Lo primero que vi fueron unas sombras entre las rendijas de la verja de bambú. Luego, oí susurros que se detuvieron al llegar delante de la puerta. Me quedé completamente inmóvil y esperé a ver qué harían a continuación. Hubo más susurros y luego oí el sonido de alguien que se alejaba precipitadamente. Me disponía ya a abrir la puerta de bambú cuando oí que alguien llamaba suavemente desde el otro lado. Abrí la puerta y me

encontré con Keiko, a solas, allí de pie, embutida en un kimono azul y un abrigo forrado.

—*Konnichiwa* —saludó con una amable inclinación.

—*Konnichiwa*, Keiko-san —la saludé a mi vez—. ¿Dónde está Mika?

—Ha tenido que regresar a casa —contestó Keiko tímidamente—. Oímos decir que no te encontrabas bien y queríamos traerte algo.

Keiko me tendió una caja lacada negra, envuelta en un paño de color marrón.

Me incliné para expresar mi agradecimiento.

—*Domo arigato gozaimasu*. ¿No quieres entrar?

—No, *domo* —contestó Keiko con una negación de la cabeza—. Tengo que regresar a casa.

Se volvió, dispuesta a marcharse, pero antes de que pudiera hacerlo le pregunté:

—¿Podemos volver a vernos para hablar? Parece como si nunca tuviéramos tiempo suficiente.

—Tarumi es un lugar muy pequeño. Estoy segura de que volveremos a vernos —contestó Keiko, con la mirada fija en el suelo.

—Pensé que quizá podríamos acordar una hora —insistí.

Keiko levantó la mirada, tímidamente.

—Quizá mañana por la mañana, en la playa, donde hablamos por primera vez —dijo.

Luego, se inclinó rápidamente e inició el camino de regreso al pueblo.

—¿A qué hora? —le pregunté.

Keiko se detuvo y se volvió a mirarme.

—*Ju-ji* —contestó.

Vaciló un momento, se despidió con un gesto de la mano y siguió caminando.

—Está bien, te veré a las diez —le dije, aunque ya no estuve seguro de que me hubiese oído mientras se apresuraba por el camino de regreso al pueblo.

Esperé, impaciente, a que Matsu regresara a casa. Ya estaba acostado cuando lo oí entrar en el *genken*. Antes de que llegara a la cocina, deslicé la puerta a un lado, abriéndola, y le entregué la caja lacada negra.

—¿Qué es? —me preguntó, sorprendido.

—Un regalo de convalecencia de Keiko-san, una de las muchachas de las que te hablé. Voy a verla mañana por la mañana. ¿Quieres probar uno?

Matsu abrió la caja y sonrió.

—*Yokan* casero. Vaya, tienes que ser alguien muy especial para esa muchacha —bromeó.

—Sólo es una de tantas —repliqué riendo, siguiéndole la broma.

Matsu tomó uno de los pequeños pasteles rectangulares de judía roja y se lo metió entero en la boca. Lo masticó lentamente y lo tragó.

—Está muy bueno —me aseguró, con un guiño.
—¿Alguna vez te ha preparado Sachi *yokan*? —le pregunté.
—Creo que más bien deberías preguntar si yo le he preparado *yokan* a Sachi —replicó echándose a reír.
—¿Se lo has preparado?
—No me atrevería.
—¿Por qué?
—Porque, entonces, Sachi podría habérmelo devuelto.
—Quizá antes, pero no ahora —le dije.
Matsu sonrió. Tomó rápidamente otro *yokan* de la caja y luego me la devolvió.
—Será mejor que descanses en preparación de tu gran cita de mañana.
De repente, recordé que Sachi bajaría desde la montaña.
—¿Y qué pasará con Sachi? —le pregunté.
—Creo que podrá resistir mi compañía aunque sólo sea por una mañana —me contestó Matsu en tono tranquilizador.
—Quizá sólo por una mañana —asentí, sonriente, cerrando la caja lacada negra.

1 de diciembre de 1937

Matsu y Sachi ya estaban trabajando en el jardín cuando me he despertado esta mañana. De espaldas a mí, permanecí un rato en el *genken*, observando cómo se movían de un lado a otro, cada uno a su propio ritmo. Sachi parecía forcejear con algo que tenía delante cuando la bufanda se le deslizó de la cabeza, cayéndole sobre la nuca y los hombros. Pude ver entonces, por primera vez, las líneas agrisadas que cruzaban el cabello oscuro y un atisbo de su cuello, de un blanco pálido. Matsu se inclinó para ayudarla y luego le susurró algo que a Sachi le hizo reír. Me di cuenta de lo bien que debía de sentirse al vivir una vida normal y no tener que ocultarse entre los enfermos. Me parecía injusto que hubiera tenido que pasar tanto tiempo alejada.

Bajé del *genken* y examiné rápidamente el jardín, que ya empezaba a regresar, lentamente, a su antigua belleza. Muchos de los pinos habían sido replantados, se había retirado la mayor parte de los escombros y Matsu había colocado el nuevo puente samurái de cedro sobre el estanque. Esta vez, sin embargo, parecía diferente. Sachi aportaba una profunda riqueza que casi hacía zumbar el jardín.

—*Ohayogozaimasu* —les saludé levantando la voz.

Matsu se volvió hacia mí. Sachi se incorporó rápidamente, se cubrió la cabeza y se inclinó antes de devolverme el saludo. Matsu levantó la mano como para saludarme y luego señaló hacia la casa para decirme que mi desayuno ya estaba preparado en la cocina.

—No tengo hambre —dije, caminando hacia ellos.

—Ah, demasiado *yokan* —bromeó Matsu.

—¿Yokan? —repitió Sachi.

—Un regalo de convalecencia de la muchacha a la que va a ver esta mañana —le aclaró Matsu, antes de que yo tuviera oportunidad de abrir la boca.

Sachi asintió, como con un gesto de comprensión, y sonrió.

—Un hombre joven como Stephen-san debería tener muchas amigas así.

—No tardaré mucho —les aseguré.

—Estaremos aquí —asintió Sachi, inclinándose de nuevo.

Matsu sonrió y regresó a su trabajo. Le hizo gestos a Sachi para que sostuviera un joven árbol de la seda mientras él desenvolvía el trapo de arpillera que rodeaba sus raíces y, entre los dos, lo depositaron en la tierra. Sólo entonces me di cuenta de que quizá disfrutaban estando juntos, sin mi presencia.

Ya estaba en la playa antes de que llegara Keiko. En más de una ocasión se me había ocurrido pensar que quizá no acudiera, pero cada vez que surgía alejaba ese pensamiento y me disponía a esperar pacientemente. El aire era cortante. Por primera vez en una semana, el sol se esforzaba por penetrar débilmente entre las nubes grises. Dejaba una extraña luz brillante sobre la arena, todavía cubierta por los restos de la tormenta. Empecé a caminar, sorteando trozos de algas, ramas y grandes depresiones todavía llenas de agua de mar. El aire olía a pescado seco y salado. Las olas rompían tranquilamente, lamiendo la arena tan ligeramente que casi parecía imposible que hubieran podido causar tantos daños. Me volví y miré hacia el mar, protegiéndome los ojos del resplandor del sol. Las aguas, de color azul grisáceo, reflejaban el cielo y, como éste, se extendían hasta el horizonte.

Un crujido distante atrajo mi atención. Al volverme hacia la duna de arena, vi a Keiko, vestida con un kimono azul oscuro con dibujos claros. Sus sandalias de madera castañetearon sobre la arena blanca y las mangas amplias del kimono aletearon al aire al acercarse presurosa hacia donde yo estaba. Me sentí aliviado al comprobar que Mika no estaba con ella.

—*Konnichiwa*, Stephen-san —me saludó con una inclinación.

El cabello, que le llegaba hasta la cintura, aparecía sujeto sobre la espalda, para dejar al descubierto su rostro delicado y arrebolado. Los dibujos de su kimono eran círculos blancos. Le sonreí y me incliné.

—*Konnichiwa*, Keiko-san. Espero que no hayas tenido que correr.

Keiko se sacudió algo de arena del kimono, se inclinó de nuevo y se disculpó:

—Siento haber llegado tarde.

—Me alegro de que hayas podido venir.

—Tuve que asegurarme de que Mika... —empezó a decir.

—Espero que Mika esté bien —dije, al darme cuenta de que, probablemente, era raro que no estuviesen juntas.

—Está muy bien —me aseguró Keiko, echándose a reír repentinamente y levantando una mano pálida para cubrirse la boca.

—¿Qué te parece tan divertido?

—Mika se ha quedado en casa, ocupada en lavar la ropa. Esta mañana hice una apuesta con ella, asegurándole que sería incapaz de permanecer en silencio durante cinco minutos seguidos. Perdió y ahora tiene que lavar la ropa a solas.

—¿Habló?

—Apenas un momento después de aceptar la apuesta —asintió Keiko, sonriente—. Era mi única oportunidad de poder alejarme a solas.

Dimos un paseo a lo largo de la playa vacía. Al principio, Keiko parecía ansiosa ante la posibilidad de que Mika nos encontrara, pero poco tiempo después se relajó lo suficiente como para dejar de mirar por encima del hombro. En una de aquellas ocasiones en que miró hacia atrás, aproveché para observar detenidamente su piel suave y pálida, su nariz recta y sus ojos oscuros. Keiko era bastante alta y, cuando no se inclinaba o bajaba la mirada, se erguía a una altura que me llegaba a algún punto entre la barbilla y la nariz. Si King hubiera podido verme ahora, se habría sentido más que satisfecho de poder ocupar mi lugar.

—Me gustó mucho el *yokan* —le dije.

—Espero que te sientas mejor, Stephen-san —dijo Keiko, con la mirada fija en la arena, por delante de nosotros.

—Sí, ahora me siento mucho mejor. He estado ayudando a Matsu en su jardín.

—He oído comentar que Matsu-san es un jardinero experto.

—En efecto, lo es —le aseguré, sintiéndome orgulloso por el hecho de que fuese conocido en el pueblo por su arte en la jardinería.

Tras un momento de silencio, Keiko me miró tímidamente y preguntó:

—¿Cómo se vive en una gran ciudad como Hong Kong?

—Es un lugar muy ruidoso y lleno de gente, pero entre los cines y los restaurantes siempre hay algo que hacer.

—¿Echas de menos el estar allí?

—A veces —le contesté y, con una sonrisa, añadí—: Pero no ahora.

Keiko apartó la mirada, turbada. En el silencio que siguió oí los graznidos rítmicos de las gaviotas. Caminamos por la playa hasta que ella se detuvo y preguntó:

—¿Podemos sentarnos un momento?

—Desde luego —asentí.

Nos sentamos sobre la arena blanca, que todavía guardaba algo de humedad y frío. Aparté unos grandes trozos de algas tubulares y hubiera deseado entonces haber llevado algo que ofrecerle para que se sentara.

—¿Estás cómoda aquí? —le pregunté.

Keiko asintió con la cabeza y miró hacia el mar.

—Siempre está muy hermoso después de una tormenta, tan tranquilo y sereno después de toda la destrucción que ha causado. Esta vez fuimos muy afortunados porque la tormenta apenas afectó al pueblo.

—La verdad es que no tenemos mucho control sobre la naturaleza —añadí, recordando algunos de los tifones que habían afectado a Hong Kong.

Llegaban gradualmente y sólo dejaban tras de sí árboles arrancados de cuajo, restos y hasta fragmentos de casas improvisadas diseminados por toda la isla.

—Eso nos recuerda toda la fortaleza interior que poseemos —dijo Keiko con una sonrisa—. Hace muchos años, mis padres me hablaron de una tormenta que había destruido buena parte del pueblo original de Tarumi. Los aldeanos discutieron mucho acerca de dónde reconstruir el pueblo, temerosos de que otra tormenta lo destruyera de nuevo. Sólo un pescador se mantuvo impávido y se negó a trasladarse a ningún otro lugar, convencido de que la mejor pesca estaba precisamente aquí. Dijo que cada tormenta no haría sino fortalecerlos siempre y cuando llevaran consigo el recuerdo de su propia fortaleza y la utilizaran para prepararse para la siguiente tormenta. Desde entonces, Tarumi se levanta donde está.

—¿Y tú siempre has vivido en Tarumi?

—Mika y yo nacimos aquí. Mi hermano mayor nació cerca de Kobe.

—¿Tienes un hermano mayor? —le pregunté, sorprendido.

—Sí —contestó con una sonrisa—. Y tú, ¿tienes hermanos o hermanas?

—Tengo dos hermanas y un hermano. Mi hermana mayor y mi hermano menor estudian en Macao y mi hermana más pequeña está en Hong Kong. Mika me la recuerda mucho.

De repente, Keiko se volvió y miró hacia atrás.

—Debería regresar ahora. Mi familia ya estará preguntándose dónde estoy.

Nos levantamos y nos limpiamos la arena de la ropa. La arena húmeda había dejado una mancha de humedad en el trasero de mis pantalones, que esperaba que pasara desapercibida para Keiko. Me quedé un poco atrasado y dejé que ella caminara por delante.

—¿Dónde está ahora tu hermano? —le pregunté.

Keiko apartó la mirada, vaciló un instante y contestó:

—Está en el ejército japonés, en China.

Luego, los dos guardamos silencio. Me pregunté si su hermano estaría en Shanghai, celebrando su victoria después de varios meses de lucha. Me volví hacia ella, para comprobar cualquier señal de que Keiko pudiera estar sintiendo lo mismo. Creí verla estremecerse, pero simplemente cruzó los brazos, como abrazándose a sí misma para entrar en calor. Luego, poco a poco, aceleró el paso, con el rostro sereno, la mirada fija por delante de ella, sin darme la menor indicación del giro que tomaban sus pensamientos.

Acompañé a Keiko hasta la mitad del camino de regreso al pueblo, cuando ella se detuvo, se inclinó hacia mí y dijo:

—*Domo arigato gozaimasu*, Stephen-san, pero a partir de aquí prefiero caminar sola.

—¿Estás segura? —le pregunté.

—Creo que sería lo más prudente —me contestó con una sonrisa.

—¿Tienes miedo de que te vean conmigo?

—Mi padre es muy antiguo —dijo Keiko.

—¿Podemos vernos de nuevo? —me apresuré a preguntarle.

—Imagino que lo haremos —fue su respuesta, evitando mirarme a los ojos.

—Lo espero con ilusión —le aseguré, inclinándome.

Keiko levantó un momento la mirada, sonrió tímidamente y dijo:

—*Sayonara*, Stephen-san.

Antes de que pudiera decir nada, Keiko se dio rápidamente la vuelta y siguió camino adelante, de regreso al pueblo. En ese preciso momento me di cuenta de lo mucho que deseaba volver a verla. Me tuve que morder el labio para evitar llamarla. En lugar de eso, la vi desaparecer por el camino, dejando tras de sí una ligerísima nubecilla de polvo.

Para cuando regresé a la casa, ya había pasado la hora del almuerzo y el estómago gruñía anunciando su hambre. Estaba impaciente por contar a Matsu y a Sachi la mañana pasada con Keiko. Esperaba encontrarlos enfrascados en el trabajo, en el jardín, pero al abrir la puerta de la verja vi que el jardín estaba vacío. Había un ambiente de quietud que lo llenaba todo, hasta que percibí las voces que llegaban desde la casa.

Supe que ocurría algo en cuanto llegué al *genken*. Desde la cocina llegaba hasta mí otra voz que no era la de Sachi ni tampoco la de Matsu. Apenas si pude captar todas las palabras, expresadas con evidente cólera. Avancé en silencio por el vestíbulo y me detuve delante de mi habitación.

—¿Qué otras mentiras me habéis estado contando? —gritó la voz.

—Nunca te mentimos, Kenzo —contestó la voz de Matsu.

—¡Nunca dijisteis la verdad!

—Por favor, Kenzo-san, no comprendes —oí que decía la voz suplicante de Sachi.

Me acerqué más a la puerta de la cocina, con cuidado de permanecer en el vestíbulo y de que no me vieran. Pude ver a Sachi, que se apretaba más la bufanda sobre la cara, acurrucada junto a Matsu. El rostro delgado y colérico de Kenzo estaba enrojecido, erguido delante de ellos. No se parecía en nada al hombre sereno y agradable que había conocido en su salón de té.

—Comprendo perfectamente —gritó Kenzo, que movió los brazos en el aire, frenéticamente.

—Kenzo —dijo Matsu, que avanzó un paso hacia él.

Sin ninguna advertencia previa, Kenzo se lanzó hacia delante y empujó a Matsu hacia atrás. Matsu vaciló un poco y recuperó el equilibrio, pero no hizo nada. Era mucho más corpulento y fuerte que Kenzo y podría haberse defendido con facilidad, pero se limitó a quedarse quieto. Eso no hizo sino enfurecer más a Kenzo. Apretó con fuerza ambos puños y un ronco gruñido surgió desde lo más profundo de su garganta. Entonces, de repente, se volvió hacia Sachi y le arrancó la bufanda de la cara. Sachi lanzó un pequeño grito de sorpresa al ver caer la bufanda al suelo. Durante una fracción de segundo, los tres se quedaron petrificados, mientras la brillante luz magnificaba las abultadas cicatrices. Kenzo retrocedió un paso.

—¡Eres realmente un monstruo! —rugió y se echó a reír histéricamente.

Sachi se apartó de Kenzo, dándose media vuelta y recogiendo rápidamente la bufanda para cubrirse de nuevo la cara. Yo aferré con fuerza el pomo de la puerta. Hubiera deseado hacer algo para ayudarla, pero sabía que no debía estar allí. Tragué saliva con dificultad y esperé a ver qué haría Matsu.

—¡Un monstruo! —volvió a gritar Kenzo.

Sólo entonces recuperó Matsu su voz.

—¡Tú eres el monstruo! —exclamó con un tono de voz bajo y amenazador.

Avanzó y empujó a Kenzo hacia la puerta del fondo. El cuerpo de éste golpeó duramente contra la puerta y Kenzo se agarró el hombro con un gesto de dolor.

—¡Matsu! —gritó Sachi.

Pero él siguió acercándose a Kenzo, lo agarró por los hombros y de un violento empujón lo lanzó al otro lado de la puerta. Kenzo cayó torpemente escaleras abajo, sobre la tierra. Luego, Matsu se quedó de pie ante la puerta, inmóvil. Yo me adelanté, apenas lo suficiente para ver cómo Kenzo se recuperaba y se levantaba.

—Y pensar que he desperdiciado todos estos años por un monstruo —gritó, alejándose de Matsu—. ¡Ahora lo comprendo todo! Ella es toda tuya, Matsu, ¡nadie más la desearía!

Matsu no dijo una sola palabra más y se limitó a proteger a Sachi, que estaba detrás de él, lloraba suavemente y se apretaba la bufanda contra la cara.

Retrocedí rápidamente de regreso a mi habitación y me apoyé pesadamente contra la pared, como si hubiese recibido los golpes propinados a Kenzo. No quería que Sachi supiera que había sido testigo de su vergüenza. Si lo hubiera sabido, quizá no habría podido volver a verme. No deseaba otra cosa sino decirle lo hermosa que era, hacerle saber que no tenía por qué ocultarse de nadie y menos de una persona tan cruel como Kenzo. Pero sabía que mis palabras serían una pérdida de tiempo, que no significarían nada para ella y menos ahora, cuando las palabras de Kenzo lo significaban todo. Así pues, me oculté de ellos hasta que oí sus pasos moviéndose por la casa y las suaves y tranquilizadoras palabras de Matsu se hicieron más distantes.

Volví a tragar con dificultad y sentí un gran vacío interior sabiendo, en el fondo de mi corazón, que Sachi regresaba a Yamaguchi y que no volvería.

2 de diciembre de 1937

—Sachi ha regresado a Yamaguchi —fue todo lo que dijo Matsu al volver, ayer.

Luego, se dirigió al jardín y empezó a plantar más musgo alrededor del estanque. No fue sino hasta que estábamos cenando un plato de anguila adobada y arroz cuando levantó repentinamente la mirada del cuenco y recordó preguntar:

—¿Viste a la muchacha esta mañana?

—Sí —le contesté—. Fue muy agradable.

Luego, la habitación se llenó de un silencio tan denso que pude oír el sonido de los palillos al deslizarse contra el lado de mi cuenco. Miré a mi alrededor de la pequeña cocina, en la que no se observaba la menor señal de lo que había sucedido aquella tarde.

Matsu dejó su cuenco sobre la mesa y se frotó la barbilla. Había comido poco y parecía sentirse inquieto. Me pareció mejor apartarme de su camino y permanecer tranquilo.

—Esta tarde ha habido problemas aquí —dijo de repente, con un tono de voz bajo y cansado.

—Lo sé.

Matsu me miró, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Lo sabes?

—Regresé y oí vuestras voces. No supe que era Kenzo hasta que no oí los gritos.

Matsu movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Bien, entonces no tendré que explicarte por qué Sachi no volverá a visitarnos. —Se adelantó, apoyado sobre la mesa de madera—. Kenzo raras veces viene hasta la casa, pero se le había olvidado darme una carta para Sachi, así que decidí traérmela. Estábamos en el jardín, trabajando, cuando él cruzó la puerta de la verja. Pensamos que eras tú, que regresabas, de modo que Sachi ni siquiera intentó ocultarse. Cuando me di cuenta de que no eras tú, ya era demasiado tarde. Kenzo no se dio cuenta en seguida de que se trataba de Sachi. Se quedó allí un momento parado, como sorprendido de que una mujer pudiera estar conmigo. Fue Sachi la que se incorporó y se inclinó hacia él para saludarlo por su nombre. Al escuchar su voz, se le encendió la mirada, al reconocerla. Avanzó un paso, se detuvo y luego susurró apenas el nombre de Sachi. Cuando ella se inclinó de nuevo y asintió con un gesto de la cabeza, Kenzo se quedó allí, sin saber realmente qué decir. Fue Sachi la que lo invitó a entrar en la casa para tomar el té.

—¿Y qué dijiste tú?

—¿Qué podía decir? Le había permitido a Kenzo pensar que Sachi jamás saldría de Yamaguchi. Y eso fue así hasta que la tormenta la indujo a salir.

—¿Por qué todavía mantiene Kenzo unos lazos tan fuertes con Sachi? —pregunté.

Matsu no me contestó. Se levantó y se dirigió al pequeño armario situado sobre el mostrador de madera. Sacó una botella de whisky y un vaso.

—Hubo un tiempo en el que estuvieron prometidos —contestó finalmente—. Sachi fue la única mujer a la que Kenzo ha amado. Yo era su mejor amigo y me convertí en el enlace entre los dos cuando surgió la enfermedad. Al principio, Kenzo no tuvo el valor para ver a Sachi, pero más tarde, al darse cuenta de lo mucho que la amaba, su familia le prohibió ir a Yamaguchi, de modo que me convertí en el único vínculo de unión entre los dos.

—¿Y qué sucede con tus propios sentimientos? —me atreví a preguntar.

Matsu se sirvió el whisky y tomó un largo trago. Cuando habló de nuevo, su voz sonó tensa.

—Kenzo ha sido mi mejor amigo desde que éramos jóvenes. Si siento algo por Sachi, él no debía saberlo jamás.

—Pero, después de todos estos años... —empecé a decir.

—Nunca había visto a Kenzo tan encolerizado. Desde que nos conocemos, nunca le he visto enojado. He permitido que se llame a engaño y, con ello, me he deshonrado a mí mismo y nuestra amistad —dijo Matsu, antes de vaciar el contenido del vaso.

—¿Por qué no fue él mismo a ver a Sachi después de que muriesen sus padres?

—Para entonces ya era demasiado tarde —contestó Matsu—, y la perspectiva de verla le asustaba. Se sentía avergonzado por su debilidad. Le resultaba más fácil hablar a través de mí.

Guardé un momento de silencio, antes de decir:

—No hay ninguna razón por la que Sachi no deba volver ahora.

Matsu se sentó pesadamente en su taburete.

—Ella ha tenido que soportar una desgracia en su vida y debido a que yo he sido un viejo estúpido, ahora tendrá que soportar otra.

—Yo podría hablar con ella.

—No serviría de nada —se limitó a decir Matsu.

—Podría intentarlo.

De repente, Matsu se inclinó, adelantándose sobre la mesa. Su mano, fuerte y ruda, me sujetó por el hombro al tiempo que decía con firmeza:

—No permitiré que nadie vuelva a hacer daño a Sachi.

INVIERNO



He intentado pintar de nuevo, pero con muy poco éxito. No he dejado de pensar en el brusco regreso de Sachi a Yamaguchi. Desde la fuerte discusión con Kenzo, Matsu se pasa la mayor parte del tiempo a solas, en el jardín, que ha vuelto a convertirse en su refugio, en el único lugar donde parece encontrar algún alivio. Es allí donde se convierte en un verdadero artista, dedicado a añadir y mezclar colores. Sin embargo, a pesar de que el jardín recupera poco a poco su antiguo aspecto, parece como si le faltara algo. Ha desaparecido la presencia de Sachi, que nos había mantenido cautivos a nosotros y al mismo jardín, dejando tras de sí un vacío que no se puede llenar.

Esta mañana he decidido visitar a Sachi, a pesar de los deseos de Matsu. Debaté interiormente si debía decírselo a él o no, pero al final decidí mantenerlo en secreto. Temía que Matsu no me permitiera ir o, lo que es peor, que quisiera acompañarme. Necesitaba ver a Sachi a solas.

Me levanté antes que Matsu, por primera vez desde que había llegado a Tarumi. La casa crujía en la quietud y pude oír los sonidos del sueño inquieto de Matsu, procedentes de su pequeña habitación, mientras yo entraba en silencio en la cocina. Le escribí una nota, diciéndole que no podía dormir y que había salido a dar un paseo. Luego, la firmé rápidamente y la dejé sobre la mesa de madera.

En el exterior, acababa de salir el sol, iluminando el cielo de un gris pálido. Matsu no tardaría en levantarse. Cerré la puerta de bambú al salir y eché a caminar rápidamente por el camino que conducía a Yamaguchi.

El aire frío de la mañana me entumecía los labios y las yemas de los dedos. Notaba las piernas débiles por la ansiedad. Era la primera vez que emprendía el viaje a Yamaguchi sin la compañía de Matsu. ¿Y si Sachi no deseaba verme? ¿Debía regresar entonces sin protestar o debía obligarla a escuchar lo que tenía que decirle? Y, en definitiva, ¿qué era lo que tenía que decirle? Todos esos pensamientos cruzaron por mi mente mientras iniciaba la ascensión gradual de la montaña.

Para cuando llegué a Yamaguchi, jadeaba y me había calentado tanto que sudaba. Desde la tormenta, no había hecho nada más vigoroso que ayudar a limpiar el jardín de Matsu. Me detuve un momento para recuperar la respiración. Cada vez que me dolían los pulmones, recordaba que yo también era un convaleciente oculto. La mayoría de las veces, esos pensamientos brotaban en mi mente justo antes de dormirme, en la semioscuridad de mi habitación, mientras observaba las ramas de los pinos que bailoteaban sobre las ventanas *shoji*.

Una vez que la respiración se tranquilizó un poco, crucé Yamaguchi, dirigiéndome hacia la casa de Sachi. El sol brillaba débilmente mientras las gentes del pueblo empezaban a salir del sueño. Había un olor acre de hierbas puestas a hervir, que me recordaba los tés amargos de Ching. Mientras avanzaba presuroso, oí

voces y vi sombras dentro de las casas. En cuanto vi la pequeña casa de Sachi, decidí decirle que había venido porque me sentía preocupado desde que me había enterado de que ya no volvería a visitarnos. Era una excusa más bien débil, pero confiaba en que Sachi no la cuestionaría.

Subí los escalones que conducían a su casa y llamé ligeramente a la puerta. Al ver que nadie respondía, volví a llamar y esperé. En ningún momento se me ocurrió pensar que quizá Sachi no estuviera en casa. Oí entonces un sonido apagado procedente del interior de la casa y, un momento después, se abrió la puerta delantera con un pequeño crujido.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Sachi débilmente.

—Soy Stephen-san —contesté.

La puerta se abrió más y Sachi se apretó la bufanda contra el rostro y me saludó con una inclinación.

—*Ohayogozaimasu*, Stephen-san. Me siento muy feliz de verte —dijo, evidentemente sorprendida.

—*Ohayogozaimasu* —le dije, inclinándome a mi vez.

—¿Ha venido Matsu-san contigo? —preguntó Sachi, que se adelantó y miró más allá de donde yo me encontraba.

—No, he venido solo. Él me dijo que no bajarías más a la casa, al menos durante un tiempo, y me preguntaba si estarías enferma o si yo podía hacer algo.

Sachi apartó la mirada. Retrocedió y abrió más la puerta.

—Entra, Stephen-san —me invitó.

Al entrar en la calidez de su casa, llenó mi cabeza el dulce olor del *congee*.

—Siéntate, por favor —dijo Sachi, señalándome los cojines extendidos junto a la baja mesa lacada en negro. Luego, desapareció en la cocina, para reaparecer un momento más tarde trayendo dos tazas de té—. Debes de tener frío y sed después de una caminata tan larga.

Recibí la pequeña taza de arcilla de sus manos y tomé un sorbo. El té caliente, ligeramente amargo, suavizó mi reseca garganta. Sonreí, levanté la mirada y pregunté:

—¿Va todo bien?

—¿Acaso Matsu-san te ha inducido a pensar otra cosa? —replicó ella.

—La verdad es que me ha dicho muy poco.

Sachi emitió una sonrisa y tomó un sorbo de té.

—Eso es propio de Matsu —asintió con un movimiento de la cabeza. Se sentó ante la mesa, frente a mí—. Matsu no quería decirte que yo no podía ya bajar a Tarumi. Mi presencia allí os ha causado un gran deshonor a todos vosotros.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—La mañana que tú estabas fuera de casa fui vista por Kenzo-san.

—¿Y qué diferencia supone eso?

—Te he deshonrado a ti y a Matsu, así como a mí misma.

—Tú no has deshonrado a nadie —le aseguré.

—Jamás debería haber regresado a Tarumi —dijo Sachi, bajando la mirada—. Debería haber sabido que el pasado no desaparece tan fácilmente. Kenzo se enojó mucho al verme con Matsu. Creyó que lo habíamos engañado premeditadamente durante todos estos años.

—Pero tú y Matsu quizá nunca os hubierais hecho amigos de no haber sido por...

—No hay ninguna justificación —me interrumpió Sachi con voz temblorosa.

Dejé mi taza de té sobre la mesa y miré duramente lo que podía ver del rostro pálido y cansado de Sachi, parcialmente oculto bajo la bufanda de color oscuro. Hubo algo en su voz que me hizo desear inclinarme sobre la mesa y tomarla de la mano. Sin pensarlo, me incliné hacia ella y, en el instante siguiente, mi mano se levantó y se deslizó bajo la bufanda, posándose sobre las cicatrices blancas y abultadas. Las noté más suaves de lo que había esperado, como si fuesen las venas abultadas de un brazo. Sachi se quedó petrificada al principio, sin darse cuenta realmente de lo que estaba sucediendo. Sus ojos fueron los primeros en reaccionar, al abrirse ampliamente en cuanto se dio cuenta. Dejé escapar un pequeño grito y se apartó rápidamente de mí.

Se levantó de la mesa y retrocedió.

—Ahora tienes que marcharte, *Stephen-san*.

—He venido para decirte que no tienes por qué ocultarte de nosotros. Tus cicatrices no representan nada para mí y sé muy bien que nunca le importaron a Matsu —dije presurosamente.

Sachi retrocedió aún más.

—No te deshonraré más de lo que ya te he deshonrado —repitió—. Y ahora vete, por favor.

—Sólo quiero hablar contigo —le rogué—. Siento mucho si con ello te perturbo.

—No hay nada de qué hablar —dijo Sachi moviendo lentamente la cabeza.

—Al contrario, hay mucho de qué hablar. ¡Matsu te necesita! —le dije finalmente.

Sachi se detuvo de improviso. Pareció asombrada ante mis palabras. Permaneció completamente inmóvil durante un rato y luego, sin decir una sola palabra, tiró de la bufanda, apartándola de su rostro. Giró hacia mí el lado afectado de su cara, al tiempo que su ojo izquierdo se esforzaba por abrirse más ampliamente. Las cicatrices parecían como una especie de red enmarañada de color blanquecino y se extendían desde la barbilla hasta el ojo. Una parte de su nariz había desaparecido y se observaba una pequeña depresión cerca de la boca, lo que hacía que el labio inferior le colgase. Me sentí más asombrado por el hecho de ver todo su rostro al descubierto, que por las cicatrices que lo distorsionaban. Llevaba el cabello recogido en un moño y en su ojo bueno todavía pude observar su belleza juvenil. Si Sachi trataba de impresionarme, fue ella la que se llevó una sorpresa. Desde el momento en que la conocí, sabía que era muy atractiva, pero no fue hasta que empecé a conocerla cuando comencé a darme cuenta de lo realmente hermosa que era.

—¿Crees que Matsu necesita esto? —susurró, con la bufanda oscura cayéndole sobre los hombros.

En ningún momento aparté la mirada de su rostro cicatrizado.

—Sí —le aseguré.

Sachi inclinó la cabeza y no dijo nada.

Pensé que Sachi me acompañaría hasta la puerta de la casa para una breve y definitiva despedida. Pero, en lugar de eso, se limitó a inclinarse y hacerme un gesto para que la siguiera. Me levanté y esperé, mientras ella deslizaba a un lado el panel *shoji* que daba acceso a su jardín e iba al exterior.

La luz del sol me deslumbró y mis ojos trataron de adaptarse a la brillante luz y a la escasa claridad del jardín. El fuerte olor a pino húmedo no sino intensificar la sensación de paz y tranquilidad que ella había creado en el jardín.

Inmediatamente, Sachi se puso a trabajar como si yo no estuviera allí. Tomó un rastrillo y entró en el mar de piedras grises. Luego, con movimientos rápidos y fáciles, empezó a recrear las pautas ondulantes en las piedras que tenía delante. Todavía llevaba la bufanda alrededor de los hombros, pero ya no hizo ningún intento por ocultarse el rostro. Los sonidos de las piedras al chocar entre sí me recordaron los de las fichas en los juegos de *mah-jong* de mi madre.

En ese momento, confié en que mi madre se encontrara bien. Al recibir la carta en la que me hablaba de mi padre, no pude creer lo que estaba leyendo, seguido por mis propios pensamientos egoístas al ver nuevamente perturbada mi vida. Hasta este preciso momento, había bloqueado en mi mente lo que la infidelidad de mi padre significaba realmente para mi madre, el dolor que ella tuvo que haber sentido. Sabía que en cuanto regresara a casa le escribiría una larga carta a mi madre.

Me hice a un lado y observé a Sachi adquirir fortaleza e impulso a medida que trabajaba. Se movió hacia atrás, cubriendo sus huellas a cada nuevo movimiento del rastrillo, retrocediendo, sin dejar de trabajar, hasta donde había empezado. De repente, se detuvo y se volvió a mirarme.

—¿Quieres ayudarme? —me preguntó.

—No quiero echar a perder el dibujo —le contesté, retrocediendo un paso y encogiéndome de hombros.

Sachi levantó la mano derecha y ocultó una risita.

—¿Cómo puedes echar a perder las piedras, Stephen-san? Lo único que puedes hacer es reacondicionarlas y quién sabe si eso no será para bien.

Me entregó el rastrillo y se apartó de mi camino. Muy lentamente, empecé a moverme entre las piedras que había delante de mí, con mucho cuidado de no perturbar las líneas suaves y ondulantes formadas por las piedras. Experimenté una

extraña sensación, muy diferente a la que solía tener al trabajar con la fluidez del pincel y la pintura o con el agua y la tierra. El peso de las piedras se oponía a cada movimiento del rastrillo y tuve una clara sensación de fortaleza y permanencia.

—A menudo cambio los dibujos que trazan las piedras —confesó Sachi—. Al principio, cuando inicié el jardín, a veces llegaba a cambiar los dibujos varias veces en un mismo día.

—¿Qué decía Matsu de eso? —pregunté, deteniéndome.

—Matsu no dijo nada. Él sabía muy bien que ésa era la única forma de que yo pudiera conservar mi cordura.

Permanecí en silencio, sin saber qué decir. Luego, la voz de Sachi volvió a sonar.

—¿Quién podría saber que Matsu me salvó la vida? Siempre creí que sería Kenzo, hasta aquel fatídico día en que Tomoko se suicidó.

—¿Tomoko?

—La *imoto-san* de Matsu. Su hermana menor —dijo Sachi tras una pausa—. Ella era mi mejor amiga y muy *kirei*. Era como si hubiese heredado toda la belleza de la familia.

—¿Se quitó la vida?

—Debido precisamente a esto —asintió Sachi, señalándose la cara cicatrizada.

—Lo siento.

—Tomoko fue una de las primeras personas en Tarumi que se dieron cuenta de que algo andaba mal —dijo Sachi con un gesto de la cabeza—. Descubrió en el brazo una erupción que no desaparecía. Por aquel entonces, todos pensamos que no era nada importante. Pero, cuando empezó a extenderse, Tomoko no supo qué hacer. Se volvió una persona muy tranquila y no quería salir de casa, a pesar de que yo le rogaba que saliera a pasear conmigo. De muchachas, caminábamos a menudo hasta la playa y regresábamos, riendo, sin preocuparnos más que de nosotras mismas. Era como si todo el pueblo fuese nuestro.

—¿Conocías ya a Matsu?

—Sólo como el *o-nii-san* de Tomoko, como el hermano siempre silencioso que no hacía más que trabajar en el jardín. —Sachi hizo una pausa antes de continuar—. Nadie sabrá nunca por qué fue precisamente Tomoko una de las primeras personas afectadas por la enfermedad. Quizá porque las dos éramos demasiado vanidosas y frívolas.

Tomé el rastrillo y me acerqué a Sachi.

—No tienes por qué decir nada más —le aseguré.

—He guardado silencio durante muchísimo tiempo y ahora ya ni me acuerdo del porqué —replicó Sachi—. Quizá sea éste el momento adecuado para recordar el pasado. La mañana en que la enfermedad se extendió sobre su rostro, Tomoko pareció enloquecer. Fue Matsu quien acudió a buscarme, con la esperanza de que yo pudiera hacer algo por tranquilizarla. Pero Tomoko se negó a permitir que nadie la viera. Nadie sabía lo que estaba sucediendo. Ella siempre había sido la muchacha más

hermosa de Tarumi y tenía el temperamento propio de alguien que a menudo se sale con la suya. Ni siquiera la cólera de su padre supuso diferencia alguna para ella. No fue sino hasta varios meses más tarde cuando otras personas del pueblo empezaron a verse afectadas por la enfermedad. Y todavía transcurrió otro año completo hasta que yo misma descubrí en mi brazo las primeras señales —dijo Sachi, tocándose el brazo cicatrizado.

—¿Tomoko seguía todavía con vida?

Sachi negó lentamente con un gesto de la cabeza.

—Ella fue la primera afectada y se aisló por completo. Nada de lo que hacía tenía efecto alguno: tomaba té muy fuertes, se espolvoreaba la cara con hierbas, rezaba a los dioses; nada funcionaba. La enfermedad no sólo se mantenía, sino que empeoraba a cada día que pasaba. Tomoko no quería ver a nadie y yo únicamente podía hablar con ella a través de su puerta *shoji*. La mayoría de las veces contestaba a mis ruegos con un simple «Vete». Fue apenas un mes más tarde cuando Tomoko se quitó la vida. Fue Matsu el que la encontró, tumbada boca abajo, sobre su propia sangre. Tomoko se había practicado el *seppuku*. Se había abierto en canal con el cuchillo de pescador de su padre.

—Lo siento tanto —le dije, apoyado pesadamente sobre el rastrillo.

El viento frío sopló sobre nosotros mientras estábamos entre el mar de piedras grises. Sachi emitió un leve suspiro y luego tomó el rastrillo de mis manos.

—Aunque Matsu era el hermano de Tomoko y uno de los mejores amigos de Kenzo, lo cierto es que le había prestado poca atención. Era siempre un joven tan silencioso. Hasta la propia Tomoko hacía bromas sobre su silencio. «Matsu es como una montaña —me decía—. Nada lo conmoverá nunca». Nadie logró comprender nunca cómo él y Kenzo se hicieron tan buenos amigos. Y, sin embargo, parecía como si hubiese algo mágico entre ellos. Kenzo empezó a pasar más tiempo con él, en el jardín, o pescando, tratando de romper el muro que Matsu se había construido a su alrededor. Kenzo siempre fue una persona extravertida. Era un joven agraciado y siempre estaba lleno de ideas y bromas. Agradaba a todo el mundo y eran muchas las personas que deseaban estar en su compañía, en el salón de té de su *o-tosan*. Me sentí muy honrada cuando Kenzo eligió estar conmigo. Hasta la propia Tomoko se sintió feliz por mí. Ella siempre había abrigado planes de trasladarse a Tokio y trabajar allí para alguna gran empresa. Tarumi siempre había sido un lugar demasiado pequeño para ella, que andaba continuamente a la espera de que sucediese algo más.

—¿Y tú nunca quisiste más? —le pregunté.

—Yo nunca me atreví a tanto con mis sueños.

—Así que, después de la muerte de Tomoko, ¿empezaste a conocer mejor a Matsu? —seguí preguntando.

—Matsu era el único que nunca tenía miedo de hablar conmigo sobre Tomoko —contestó Sachi con una sonrisa—. Ya desde el principio, afrontó su muerte con un cierto respeto y comprensión. Sabía que la belleza lo era todo para ella. Sin la belleza,

la única alternativa de Tomoko era la muerte. Me sentí destrozada y Matsu fue el único que me hizo sentir algo de paz. Kenzo intentó consolarme pero, por alguna razón, no pude soportarlo. De una forma bien extraña, él me recordaba a Tomoko más que el propio Matsu. —Sachi se detuvo bruscamente y luego me tocó el brazo.— Empieza a hacer mucho frío, *Stephen-san*. Deberíamos entrar en la casa.

Eché un vistazo a las líneas que había creado en las piedras. No eran tan uniformes como las de Sachi, pero las ondulaciones eran aparentes y había experimentado el sencillo poder de moverlas. Seguí a Sachi hacia el calor del interior de la casa. Ella se dirigió a la cocina y salió con una tetera humeante y unas galletas de arroz.

—¿Cómo era Matsu de joven? —pregunté, sentándome sobre uno de los cojines bajos, junto a la mesa.

—Bastante parecido a como es ahora. Nunca se mostraba como los demás. Era algo taciturno, pero sé que Tomoko se equivocaba al pensar que Matsu nunca había deseado marcharse de aquí. En realidad, abrigaba sueños de abandonar Tarumi.

—Entonces, ¿por qué...?

Me detuve de improvisto, al darme cuenta de que la respuesta se hallaba precisamente ante mí.

—Creo que Matsu ha tenido siempre una gran fortaleza interior, incluso cuando sólo era un muchacho. Es posible que algunas personas nazcan de ese modo. Ciertamente, Matsu era así —contestó Sachi.

—¿Te convertiste entonces en su mejor amiga tras la muerte de Tomoko?

—Sí, después de su muerte —asintió Sachi con un gesto de la cabeza—. Vino a mi casa a la mañana siguiente del entierro de Tomoko y me regaló su amuleto de la suerte. —Sachi señaló las dos brillantes piedras negras que estaban sobre la mesa, en el vestíbulo—. Las encontramos cuando éramos muchachas y siempre las asociamos con la buena suerte y con todos los demás sueños de la juventud. Recuerdo que Matsu me las entregó, diciéndome: «De Tomoko». No dijo nada más. Luego, se inclinó, se dio media vuelta y comenzó a alejarse. Fui yo la que lo detuve. Después de ignorarlo durante tantos años, sentí la necesidad de oír su voz.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que Tomoko descansaba en paz y que yo debía seguir adelante con mi propia vida. —Sachi se detuvo y sonrió como para sus adentros—. De algún modo, le creí.

—Las palabras de Matsu son muy ciertas —asentí.

—*Stephen-san* —me preguntó Sachi de repente—, ¿sabe Matsu que estás aquí?

Me llevé la taza de té a los labios y tomé un sorbo, evitando su mirada.

—Le dejé una nota diciéndole que salía a dar un paseo.

—Pues creo que ahora deberías regresar —dijo Sachi, levantándose—. Matsu empezará a sentirse preocupado.

La miré. La bufanda ya no ocultaba su encantadora cara. Hubo algo en la ansiedad de su tono de voz que me hizo comprender que nuestra conversación había terminado.

—¿Puedo volver a verte? —le pregunté, levantándome.

—Sería un honor para mí disfrutar de tu compañía, Stephen-san —asintió Sachi con una inclinación—. Siempre y cuando Matsu lo sepa.

—No volveré a engañaros, a ninguno de los dos —le aseguré.

Ella se limitó a sonreír.

Al marcharme, Sachi se quedó en la puerta, apoyada ligeramente contra el marco de madera, con la cara envuelta de nuevo en su bufanda oscura.

6 de diciembre de 1937

Al salir de Yamaguchi no dejé de pensar en la rica percepción y las cuidadosas palabras de Sachi, que me permitían empezar a componer los fragmentos de su historia con Matsu. No podía olvidar la sensación extrañamente suave de su cicatrizado rostro y cómo ella confió finalmente en mí, al permitirme verlo y tocarlo. Aunque hubiera tenido que mentirle a Matsu acerca de mi partida hacia Yamaguchi, me di cuenta de lo mucho que necesitaba saber que Sachi estaba nuevamente protegida, a salvo de las crueles palabras de Kenzo.

Al cruzar la puerta de la verja de bambú, vi a Matsu en el jardín, arrodillado junto al estanque, espolvoreando comida sobre las turbias aguas. Me di cuenta en seguida, a juzgar por el rápido giro de su cabeza hacia mí, de que se sentía ansioso.

—Fui a Yamaguchi —le confesé rápidamente, evitando mirarlo a los ojos.

—¿Sachi está bien? —preguntó.

—Está muy bien. Sólo necesitaba comprobarlo por mí mismo.

—¿Y lo comprobaste?

—Sí.

Matsu asintió con un gesto de la cabeza y dejó escapar un gruñido de satisfacción. Luego, se levantó lentamente y señaló hacia la casa.

—Tu *o-tosan* te está esperando —me dijo.

—¿Mi padre está aquí?

—Llegó hace una hora —asintió Matsu.

Experimenté una sensación de desastre inminente. No esperaba ver a mi padre hasta después de haber tenido tiempo para pensar en lo que deseaba decirle. Multitud de pensamientos cruzaron por mi mente mientras caminaba lentamente hacia la casa. Al quitarme los zapatos, en el *genken*, y entrar en el vestíbulo, decidí que sería mejor permitir que fuese él quien más hablara.

Encontré a mi padre esperándome en el despacho de mi abuelo. Estaba cómodamente sentado sobre un cojín bajo, tomando té. En medio de la confusión de todos mis cachivaches de pintura, iba impecablemente vestido con un traje gris oscuro, con un sombrero de fieltro a juego que había dejado en el suelo, a su lado. Las pinturas y los lienzos estaban desparramados sobre el suelo y sobre la mesa de despacho lacada en negro y cubierta por un paño, que había arrastrado hasta un lado para acomodar el caballete. Matsu ya no prestaba atención a la forma en que yo utilizaba la estancia. Una vez que estuvo claro que mis pinturas tendrían que compartir la pequeña casa con nosotros, llegamos a una especie de entendimiento sin necesidad de palabras. Mientras que la cocina y el jardín eran dominios de Matsu, mi territorio estaba compuesto por mi propia habitación y el despacho de mi abuelo. Cada uno se aproximaba a la zona del otro con un cierto cuidado y respeto.

Entré en el despacho, con su fuerte y penetrante olor a pintura y trementina. Me incliné instintivamente ante mi padre.

—Ba-ba, no sabía que venías. Siento haberte hecho esperar. Fui a visitar a una amiga.

Sus ojos parecían preocupados e insólitamente cansados cuando levantó una mano y me tocó en un brazo.

—Tienes buen aspecto, Stephen. Me alegra ver que te sientes lo bastante fuerte como para ir de un lado a otro. Mah-mee y yo nos sentíamos muy preocupados por ti. Sé que le escribiste para decirle que te estabas recuperando, pero en el último momento decidí que sería mejor venir a comprobarlo por mí mismo.

Me enderecé y me quedé de pie delante de él.

—Estoy bien.

Mi padre sonrió, después dirigió la mirada hacia el caballete donde estaba la pintura del jardín.

—Te estás convirtiendo en todo un experto.

Sé que me ruboricé al oír su elogio porque sentí cómo me recorría una oleada de calor. Después de tantos años, todavía me sentía azorado y como quien pide disculpas cada vez que se trataba de hablar de mi pintura con mi padre.

—Sólo estoy empezando de nuevo. Siento mucho todo este desorden —le dije tímidamente, al tiempo que apartaba un lienzo en blanco—. En realidad, no tenías necesidad de realizar este viaje.

Mi padre me indicó que me sentara sobre un cojín situado frente a él.

—Sólo quería comprobar si estabas bien. —Vaciló un momento, antes de añadir—: Pero lo cierto es que también necesitaba hablar contigo sobre otra cuestión.

En ese preciso instante hubiera querido dar media vuelta y abandonar la estancia, mientras aún tuviera la oportunidad de hacerlo. En lugar de eso, permanecí pesadamente sentado sobre el rígido cojín, con las piernas debilitadas por el nerviosismo y la larga caminata. Me tragué mi ansiedad y dije con serenidad:

—Recibí una carta de Mah-mee.

Mi padre carraspeó y sus cansados ojos evitaron los míos. Luego, con voz tensa, dijo:

—Mah-mee me dijo que te había escrito. Al principio me enojó mucho saber que te contaba nuestros asuntos personales, sobre todo durante tu convalecencia. Una mujer japonesa jamás haría una cosa así.

Aparté la mirada, tratando de ocultar mi propia cólera.

—Quizá sea porque las mujeres japonesas no son tan conscientes de lo que hacen sus maridos —le espeté.

Me incliné hacia delante y me serví una taza de té, con la esperanza de contenerme y evitar el decir nada más que luego pudiera lamentar.

Pude sentir sobre mí la mirada fija y penetrante de mi padre. Al principio, pensé que se enojaría ante mi falta de respeto, pero se limitó a quitarse las gafas con montura metálica y a limpiarlas con su pañuelo. Parecía sumido en sus propios y profundos pensamientos. Cuando finalmente volvió a ponerse las gafas, me miró y dijo:

—Tu madre no debería haberlo sabido nunca.

—¿Cómo pudiste engañar a Mah-mee de ese modo? —pregunté con voz temblorosa.

—Nunca quise hacerle daño. Tienes que creerme, Stephen. El dinero que saqué del banco fue de mis negocios. Sé que fue una tontería no haberlo mantenido en otra cuenta, pero siempre ha habido dinero suficiente para cubrir todos los gastos de la casa, incluidos los de Mah-mee. —Mi padre se detuvo y sacudió la cabeza lentamente, antes de continuar—. Los negocios, sin embargo, no han ido tan bien con esta escalada de la guerra, al mismo tiempo que aumentaban los gastos de tu Mah-mee.

Pensé en lo solitaria que debía de sentirse a veces mi madre, siempre perdida en sus obras de caridad, sus constantes expediciones de compras para encontrar los últimos estilos procedentes de Europa y los prolongados almuerzos y partidas de *mah-jong* que a menudo terminaban en pérdidas.

—¿Desde cuándo estás viendo a esa mujer? —quise saber.

Mi padre guardó silencio durante un momento.

—Desde hace más de doce años —contestó finalmente.

Me quedé atónito. Mi padre había estado con aquella otra mujer desde que nació Pie. Me habría resultado más fácil perdonarlo si se hubiese tratado de una relación casual y rápida, nacida a partir de la necesidad y la satisfacción del hombre, en lugar de una relación que había resistido el paso del tiempo y que, muy probablemente, indicaba la existencia de amor.

Mi padre tomó otro sorbo de té y habló con serenidad.

—No es lo que quizá imaginas. Yoshiko trabaja en una tienda cerca de mi despacho y es una mujer muy buena. Me ha dedicado su vida y quería asegurarme de que se sintiera cómoda a pesar de esta locura de guerra.

—¿Y qué ocurre entonces con tu propia familia? —le pregunté.

Mi fría mirada se trasladó desde la taza de té ya vacía que sostenía entre las manos a su mirada preocupada y atenta. Mi padre no vaciló un instante.

—Nunca he comprometido mi dedicación ni a mis hijos ni a tu madre. Precisamente porque os amo a todos no pude abandonar a la una por la otra. Yoshiko siempre ha aceptado serenamente el hecho de que mi familia es lo primero.

—¿Y crees que eso lo endereza todo?

Desde el exterior llegó hasta nosotros un ruido repentino que nos hizo guardar silencio. Los dos vimos a Matsu que pasaba junto a la ventana del frente, llevando sus herramientas de jardinería. Mi padre esperó a que terminara de pasar antes de contestar.

—No estoy aquí para pedirte disculpas, Stephen. Ésta nunca ha sido una situación sencilla para mí. Me he pasado la vida haciendo en cada momento lo que me ha parecido correcto. Nunca he tratado de hacerle daño a nadie, ni en mis asuntos de negocios ni, desde luego, a mi propia familia. Siempre me he dejado guiar en todo por mi propio juicio, sopesando una decisión contra otra alternativa. En esta cuestión, sin embargo, no tuve más remedio que seguir los dictados de mi corazón. Todos estamos aquí para vivir nuestro propio destino. Sólo confío en que procures entender lo que ha sucedido. Lo más importante es que sepas que os quiero mucho a todos.

Observé a mi padre, mientras él seguía explicándose serenamente. Hablaba con lentitud y precisión, como si hubiera ensayado sus palabras. No sé por qué debería haber pensado otra cosa en el caso de que, de repente, él hubiera cambiado su actitud. A pesar de todo, busqué ese cambio en sus ojos oscuros y cansados y en su cabello gris, siempre tan limpiamente peinado hacia atrás con una brillantina que olía a rosas. Yo tenía ya edad suficiente para comprender todo lo que me decía pero, a medida que su boca formaba suavemente las palabras, supe que acababa de morir en mi interior aquella sensación de integridad que siempre había admirado en él y cuya pérdida ya estaba lamentando.

—¿Y ahora qué? —pregunté, tras el incómodo silencio que se hizo entre nosotros.

—Seguiremos viviendo —fue su respuesta.

—¿Os vais a divorciar tú y Mah-mee?

Mi padre se inclinó hacia delante y me tomó por el brazo.

—Nada cambiará, Stephen. Nada.

7 de diciembre de 1937

Mi padre y yo pasamos el resto de la tarde hablando sobre la guerra en curso. Le escuché con amabilidad, con el deseo de volver a estar a solas en mi habitación. Tenía la sensación de hallarme sentado ante un completo extraño, mientras buscaba las palabras que llenasen el denso silencio. Ni siquiera me sentía aliviado con las sutiles

señales de familiaridad, como el gesto de mi padre de pasarse los dedos por entre el cabello o su constante ajuste del nudo de la corbata. Le vi asentir tristemente con la cabeza, al confirmar mis temores sobre el feroz impulso japonés de seguir avanzando hacia Cantón. A la velocidad con la que cruzaban China, Cantón caería en sus manos en cuestión de pocos meses. La carnicería de muerte y destrucción que eso dejaba tras de sí hacía que mi padre se quedara sin palabras. Yo ni siquiera podía empezar a imaginar a Sachi y a Matsu como mis enemigos y, sin embargo, me resultaba extraño pensar que mientras me hallaba allí, cómodamente sentado en medio de ellos, Japón seguía devastando nuestra patria. Siempre había sabido que mi padre amaba a Japón sólo después que a China y ahora todo parecía indicar que se vería obligado a demostrar su lealtad a uno u otro país. No me cabía la menor duda de que su lealtad estaba con China, la tierra de sus antepasados, pero eso, en todo caso, no dejaría de causarle dolor. Sentí incluso la pesadez de sus pensamientos y no pude evitar el preguntarme si eso significaba que pronto tendría que regresar a Hong Kong, para estar con mi madre y con Pie. Las palabras acudieron lentamente a mis labios, pero no me decidí a hacerle la pregunta.

Para la cena, Matsu nos preparó sopa de mijo, tajadas fritas de cuajada, lonchas de ternera adobada y arroz. Luego, desapareció durante el resto de la noche. Durante un rato, pude escuchar la música de Bach que brotaba, a bajo volumen, de la radio de Matsu, en la cocina; luego, se hizo el silencio. Cuando nos sentimos agotados de nuestra tensa conversación, mi padre me preguntó si me apetecía pasar las vacaciones en Kobe, con él. Después de darle una respuesta con la que no me comprometía a nada, él se levantó, pidió disculpas y salió de la casa para dar un paseo. Para cuando lo oí regresar, yo ya estaba en mi habitación, a oscuras, fingiendo estar dormido.

Al despertar me enteré de que mi padre había tomado el primer tren de regreso a Kobe. El aire estaba cargado de humedad y me sentí aliviado por el hecho de no tener que volverlo a ver. Supongo que a él le sucedió lo mismo. Lo único que sé es que una gran insensibilidad se ha apoderado de mí y que no siento nada.

Durante toda la mañana experimenté un sabor rancio en la boca. Mi padre había regresado a su otra vida en Kobe y yo sabía que les había fallado a los dos, tanto a mi madre como a mi padre. No fui capaz de aceptar a la amante de mi padre y, sin embargo, tampoco podía hacerla desaparecer de nuestras vidas, como hubiera deseado mi madre.

—Tu *o-tosan* se ha marchado esta mañana muy temprano —me dijo Matsu, despertándome de mi ensimismamiento.

Estábamos sentados a la mesa de la cocina, tomando nuestro desayuno habitual, a base de arroz y verduras adobadas. Yo apenas había pronunciado una sola palabra en toda la mañana. Habitualmente, era yo el que iniciaba las conversaciones y le hacía preguntas a Matsu, pero, ahora, su intervención no hizo más que irritarme. El día

anterior, Matsu había desaparecido durante toda la tarde y ahora quería saber lo que había sucedido. Me limité a asentir con un gesto de la cabeza, sin decir nada.

Matsu tampoco dijo nada. Una vez que terminó de comer, se levantó y se dedicó a sus cosas, en la cocina. Yo no pude evitar el sentirme de mal humor. Comí solemnemente, haciendo un esfuerzo por introducir el arroz en mi boca hasta que terminé por comer la mayor parte.

—Estaba bueno —le dije a Matsu al entregarle el cuenco e inclinarme ante él, con la esperanza de compensar un poco mi grosería.

Matsu asintió con un gesto y luego se dedicó a lavar el cuenco. Cuando ya casi había vuelto a mi habitación, oí su voz alta, que preguntaba:

—¿Qué vas a hacer hoy?

No podía quedarme encerrado en la casa, aunque sabía que tenía que escribirle una carta a mi madre.

—No lo sé —contesté—. Quizá más tarde salga a dar un paseo.

Matsu apareció en la puerta de la cocina, secándose las manos con un paño.

—Más tarde iré a Tama. Quizá te guste verlo.

—¿Qué hay allí? —pregunté.

—Es un santuario sintoísta —contestó Matsu con una sonrisa—. ¿Acaso tu *go-ryoshin* nunca te habló de Tama?

—No —contesté, negando con la cabeza.

Mis padres nunca le habían dado una gran importancia a la religión. Lo que aprendí durante mi infancia fue gracias a mi asistencia a St. Matthew's, una escuela primaria católica en Hong Kong, a cargo de monjas, que recorrían los pasillos con sus misteriosos faldones negros y velos. Cada mañana, antes de la clase, recitábamos «la oración del Señor», que me seguía zumbando en la cabeza durante el resto del día. De pequeño, lo había absorbido todo: el boato de la misa, las vistosas túnicas de los sacerdotes y los brillantes rosetones de cristales de colores a través de los que se me transmitía el conocimiento secreto de haber sido salvado. Al trasladarme a una escuela secundaria inglesa de carácter privado, tuve la sensación de haber perdido a un amigo de la infancia que hubiera conocido todos mis secretos. Y, sin embargo, todo aquello pareció desvanecerse gradualmente de mi mente a medida que la vida seguía su curso.

—No está muy lejos de Tarumi —siguió diciendo Matsu—. Podemos salir dentro de unas pocas horas.

—Nunca me pareciste una persona muy religiosa —le dije, empezando a sentirme mejor.

Matsu se echó el paño sobre el hombro al tiempo que se volvía hacia la cocina.

—Todavía hay muchas cosas que desconoces de mí —dijo.

Empecé a escribirle una carta a mi madre, procurando centrarme en la visita de mi padre y en las próximas vacaciones. En algún momento había confiado en estar con mi familia para las Navidades, pero a medida que éstas se aproximaban, sin recibir ninguna noticia de Hong Kong, terminé por relajarme ante la idea de que las pasaría en Tarumi. Tuve la sensación de tardar muchas horas en escribir aquella carta. No tenía ni la menor idea de lo mucho o poco que pudiera saber mi madre sobre la situación entre aquella mujer, Yoshiko, y mi padre, de modo que, en lugar de hablarle de eso, le escribí sobre la inesperada visita de mi padre, nuestra breve discusión sobre el tema del dinero que había retirado para ayudar a una amiga en los negocios y lo preocupado que se había sentido por mi enfermedad. Mis palabras sonaban torpes y difusas, pero tenía que decirle algo. Cambié de tema para tratar el de la guerra en curso. No quería alarmar a mi madre, pero quería saber si ella necesitaba que regresara a Hong Kong. Luego, le preguntaba por Pie, de la que no había tenido noticias en mucho tiempo. ¿Se encontraba bien? ¿Cómo le iban las cosas en la escuela? Sonreí para mis adentros sólo de pensar en ella, dándome cuenta de lo mucho que deseaba escuchar sus curiosas preguntas y tener aquí su mente rápida y vivaracha para disipar la tristeza que sentía.

Terminé la carta tratando de tranquilizar a mi madre acerca de la decisión de mi padre de ayudar a su amiga. «Es una cuestión de negocios, más que ninguna otra cosa», le escribí, aun sabiendo que ella no se lo creería del todo. Únicamente confiaba en que eso le diera la excusa que necesitaba para fingir que todo volvía a estar bien. Detestaba mentirle a mi madre y detestaba todavía más a mi padre por obligarme a hacerlo.

Me sentí feliz de salir de la casa al aire fresco. Descendimos por el camino de la playa y cruzamos la calle principal del pueblo para llegar al santuario Tama. Daba la sensación de que todo el pueblo estuviese dormido. Ni un solo perro acudió a olfatear o ladrar a nuestros talones mientras descendíamos por el camino.

Matsu llevaba algo envuelto en un *furoshiki* de algodón blanco y azul oscuro. Pude observar los músculos tensos de su cuello y me pregunté qué sucedería si Matsu y Kenzo se encontraran en la calle. ¿Pasarían uno al lado del otro, en silencio? ¿O continuarían enzarzándose en las coléricas palabras que se habían intercambiado en la casa? Hice esfuerzos por mirar hacia el interior del salón de té, a oscuras, pero no percibí ningún movimiento.

Desde el pueblo, seguimos por un camino de tierra que ascendía hacia las montañas. Al cabo de poco tiempo llegamos a un claro, en el centro del cual se levantaba el santuario de Tama, erguido serenamente sobre una elevación desde la que se dominaba el pueblo de Tarumi. Lo primero que llamó mi atención fueron las tres puertas de acceso, idénticas, de un rojo desvaído, que se cruzaban una tras otra hasta la entrada al santuario. Cada una de ellas estaba compuesta, simplemente, por

dos postes de madera levantados, cruzados en lo alto por un dintel, que se extendía más allá de los postes elevados y que aparecía tallado en forma de la ligera curva de una sonrisa. Por debajo había otra viga horizontal que conectaba los dos postes, pero sin extenderse más allá de ellos. Cada uno se asemejaba a una gran percha de pájaro. Había visto puertas similares en Kobe, pero con elaboradas tallas y diseños, construidas de hierro o de piedra.

—Las puertas *torii* —dijo Matsu—. Se dice que al pasar bajo ellas, el devoto será purificado en su corazón y en su mente antes de llegar al santuario.

Ascendimos por un sendero recubierto de piedras planas de extrañas formas y pasamos bajo las otras dos puertas *torii*. El santuario propiamente dicho se hallaba alojado en un sencillo edificio cuadrado de madera, parecido a cualquier otra casa del pueblo. Matsu se detuvo ante una piedra que había en la entrada. A un lado, colgado por el asa, había un cucharón de madera que él tomó e introdujo en el agua. Le vi beber de aquella agua pero, en lugar de tragarla, se enjuagó la boca con ella y luego la escupió sobre la tierra. Introdujo de nuevo el cucharón en el agua y se lavó las manos. Una vez que hubo hecho sus meticulosas abluciones, me tendió el cucharón y me indicó con un gesto que hiciera lo mismo.

—Hay que purificarse antes de entrar en el santuario —dijo en un susurro, como si no quisiera perturbar la paz de los dioses.

Intenté imitar sus movimientos, sorprendido ante lo fría que estaba el agua. Tuve la tentación de tragármela para aplacar mi sed después del largo paseo, pero sentí que los ojos de Matsu me observaban, así que me limité a repetir lo que él había hecho. Sólo cuando hube terminado, se dio media vuelta, se quitó las sandalias y entró en el edificio de madera que contenía el santuario.

En el interior había un fuerte olor a incienso quemado y a rico vino de arroz. Subimos a una plataforma de madera donde el santuario no era más que una mesa de piedra sobre la que reposaba una caja de madera intrincadamente tallada. Contenía lo que, según me dijo Matsu, era la divinidad zorra, el *kami*, Inari. Delante del santuario había delgadas varillas de incienso para quemar y un cuenco vacío de arroz, de un azul vidriado. A la derecha, una pared estaba cubierta con lo que parecían ser cientos de pequeñas tiras de papel blanco. Matsu me susurró que contenían las oraciones y ofrendas de los habitantes del pueblo. Lo observé con mucha atención mientras él ascendía hasta el altar y daba tres fuertes palmadas antes de levantar una mano para tirar suavemente de una gruesa cuerda trenzada sujeta a un badajo de madera situado en el techo. El rápido sonido que produjo, como de una palmada, arrancó ecos en el pequeño edificio. A continuación, Matsu cerró los ojos y se inclinó respetuosamente, mientras yo permanecía en silencio, apartado, a la espera.

Cuando Matsu se enderezó de nuevo, introdujo una mano en el *furoshiki* que llevaba y extrajo un puñado de arroz pegajoso que dejó en el cuenco vidriado situado delante del santuario.

—¿Y tú? —preguntó entonces.

Se hizo a un lado y me animó a adelantarme.

Me encogí de hombros y vacilé. Sentía como algo embarazoso el tener que hacer algo tan extraño para mí, pero Matsu me empujó hacia el santuario y luego me adelantó las manos, juntándolas, para que pudiera dar tres palmadas, como él había hecho.

—Debes hacer saber a los dioses que estás aquí —me susurró.

Di rápidamente tres palmadas y tiré de la cuerda. Miré fijamente el santuario cerrado y el cuenco de arroz. El incienso encendido me picaba en los ojos. Efectué una inclinación y traté de concentrarme en algún tipo de plegaria. Pero mi mente estaba confusa. ¿A quién o qué debía rezar? Demasiados pensamientos se agolpaban en mi mente como para poder elegir sólo uno. Hubiera deseado rezar por el matrimonio de mis padres, o por la felicidad de Sachi y de Matsu, o para que terminara la guerra en China. Sentía la presencia de Matsu tras de mí, de pie, a la espera. Así que, simplemente, cerré los ojos con fuerza y recé por todos nosotros.

Nos sentamos en una ladera cubierta de pinaza, desde la que se dominaba Tarumi, a comer el almuerzo que Matsu había traído consigo. Desenvolvió el *furoshiki* para dejar al descubierto una caja lacada en negro, dotada de tres compartimientos y un termo de té verde. Cada compartimiento estaba lleno con un surtido de *sushi* y pasteles de pescado. Me impresionó darme cuenta de que había preparado todo aquello en tan corto espacio de tiempo. Matsu levantó el compartimiento superior de la caja y me lo entregó. Sujetándolo con los dedos, tomé un gran *sushi* de arroz, envuelto en tofu marinado, y le di un buen bocado.

—¿Visitas el santuario con frecuencia? —le pregunté.

Matsu se metió en la boca un *sushi* completo. Lo masticó pensativamente y lo tragó antes de contestar.

—Sólo cuando me parece necesario.

—¿Y por qué te ha parecido necesario acudir esta mañana? —le pregunté.

—Pensé que para ti podría ser necesario venir aquí —me contestó.

—¿Para mí? —pregunté, sorprendido.

—Debido a la visita de tu *o-tosan* —me contestó, al tiempo que tomaba otro *sushi*.

De repente, tuve la sensación de que Matsu lo sabía todo. Me enojó la idea de que él pudiera ser incluso un conspirador en lo que mi padre había estado haciendo. El trozo a medio comer del *sushi* que todavía sostenía se me deslizó de entre los dedos y cayó al suelo.

—¿Sabías que mi padre tenía una amante? —pregunté, en tono acusador.

Matsu dejó de comer y abrió mucho los ojos ante mi pregunta. La sonrisa desapareció de su rostro.

—No me ocupo de las cuestiones personales de tu *o-tosan* —contestó.

—¿Es ésa la razón por la que has sido nuestro sirviente durante tanto tiempo, para poder mantener los secretos de mi padre? —le espeté.

Lamenté mis palabras en cuanto las hube pronunciado. Sabía que no estaba bien dirigir mi enojo contra Matsu, pero ya era demasiado tarde. La vergüenza que experimenté pareció arrancar ecos a través del aire frío.

—He tenido el gran honor de trabajar para tu *oji-san* y para tu *o-tosan* —fue la respuesta de Matsu.

Me levanté rápidamente, me limpié los pantalones de las agujas de pino que se habían adherido y me incliné profundamente ante Matsu.

—Lo siento. No tenía ningún derecho a decirte eso, Matsu-san.

Matsu se tomó su tiempo antes de levantar finalmente la mirada hacia mí, ahora algo suavizada.

—Fue el enojo el que habló, no el hombre —dijo. Palmeó el suelo, a su lado, indicándome con ese gesto que volviera a sentarme—. Tienes que darte cuenta, Stephen-san, de que eso no cambia en nada lo que tu *o-tosan* siente por ti, sino únicamente lo que tú sientes por él. Es triste pensar que, a veces, la felicidad de una persona tiene que alcanzarse a expensas de los demás.

Asentí con un gesto de la cabeza y permanecí en silencio. Pensé en mi padre, en lo mucho que había trabajado siempre para su familia. Mi enfermedad le había preocupado profundamente y fue idea suya que viniera a Tarumi para recuperarme. Miré a Matsu, consternado por mi propio comportamiento. Él se hallaba profundamente sumido en sus propios pensamientos. Sólo entonces recordé que él también tenía que estar pensando en Sachi y sufriendo la pérdida de su amistad con Kenzo.

—Al principio —empecé a decir y, tras una pausa, continué—, pensé que podrías haber venido aquí para rezar por Kenzo-san.

Matsu se volvió a mirarme.

—Es inútil rezar por los demás. He venido aquí para rezar por mí mismo.

—Pero tú lo conoces desde que erais jóvenes. ¡Es tu mejor amigo!

—Entonces, tendremos que dejar que todo el asunto dependa de la fortaleza de nuestra historia en común —dijo.

Me tumbé sobre la tierra, con la cabeza apoyada sobre las manos ahuecadas y entrelazadas, reflexionando sobre las palabras de Matsu. Me pregunté si podría suceder lo mismo con mis padres. ¿Sería posible que su historia en común fuera lo suficientemente fuerte como para mantenerlos en el matrimonio? ¿Podía yo cambiar de algún modo los acontecimientos que ocurrían entre mi madre y mi padre? El simple hecho de pensar en esas posibilidades hizo que me sintiera mejor. Cerré los ojos y escuché el viento, que susurraba suavemente entre los árboles.

21 de diciembre de 1937

Hoy he recibido una carta de mi madre. Esperaba tener noticias de ella y, sin embargo, al principio vacilé antes de abrir la carta, temeroso de lo que pudiera comunicarme. Desde mi visita al santuario Tama, intenté no pensar en el matrimonio de mis padres. Aquello no parecía sino otra pérdida que se deslizaba fuera de mi vida.

Querido Stephen:

No me he sentido muy bien últimamente. Recibí tu carta y te agradezco que pudieras hablar con tu Ba-ba. Él también me dijo que el dinero lo había utilizado en un negocio y que no debía preocuparme. Teniendo en cuenta las circunstancias parece que no me queda más alternativa que creerle. Después de todo, sólo soy una mujer con cuatro hijos de los que ocuparse, pero sin educación suficiente para ganarse la vida. Tu Ba-ba y yo nos casamos cuando yo sólo tenía quince años. Fue una unión perfecta. Su tía Chin me vio caminando con mis hermanas por el centro y se apresuró a comunicárselo a su sobrino, tu padre. Pero ya has oído contar esta historia muchas veces, discúlpame. Ahora ya soy vieja. Ya casi tengo cuarenta años. No sabría qué hacer ahí fuera, en el mundo.

Sé que no debería contarte estos pensamientos, Stephen. Quiero que sepas que no me quejo. He llevado una vida mejor que muchas otras mujeres. Si tiene que cambiar algo para satisfacer las necesidades de tu Ba-ba, que así sea. Quizá nuestro matrimonio se encuentre en el punto en que él y yo tengamos que seguir caminos separados. Puedo aceptar ese hecho, tengo que aceptarlo, siempre y cuando la familia se mantenga unida en todos los demás aspectos. Tu Ba-ba ha estado de acuerdo con esto.

Nuestra principal preocupación es que te sientas mejor. Confiaba en estar contigo durante las vacaciones, pero sé que comprenderás que mi estado de salud me obligue a quedarme aquí ahora. Ya te he enviado los regalos de Navidad. A tu Ba-ba le gustaría que fueses a Kobe para estar con él. Creo que el viaje te sentaría bien.

Hasta entonces, mi querido Stephen, debes saber que te amo. Mi principal preocupación es tu salud y tu felicidad en el año que comienza.

Ching me recuerda que te diga que te mantengas caliente y seco.

Con todo mi amor,

Mah-mee.

Dejé la carta e inmediatamente experimenté melancolía por la vida que conocí en otros tiempos en Hong Kong. El sonido de la voz de mi madre a través de su carta me produjo un dolor apagado en el corazón. Durante los últimos años, mis padres habían dejado de ser las dos mismas personas a las que había conocido y con las que había crecido. Recordé cómo, de niño, me tomaban ambos de la mano y nunca me sentí más seguro que cuando caminaba entre ellos por la calle Lee Yuen Este. Oigo de

nuevo mentalmente el frenético regateo entre los vendedores y los clientes en plena calle y la chirriante forma de detenerse de los trolebuses en Central. Por aquel entonces, en las noches, antes de que los negocios de mi padre empezaran a alejarlo de casa, nos sentábamos y cenábamos el pato troceado que preparaba Ching, y el pollo salteado, ante nuestra gran mesa lacada negra, con mis padres tratando de mantener una conversación coherente mientras nosotros, los niños, nos gastábamos bromas y nos agitábamos. Ahora, la idea de que permanecieran juntos en el matrimonio como si se tratase de un acuerdo comercial entre ellos, me llenaba de una inconsolable pesadez. Tenía que admitir que las cosas habían empezado a cambiar poco después de que naciera Pie. Mi padre tuvo que viajar con más frecuencia a Japón y durante períodos de tiempo cada vez más prolongados, hasta que vivía allí más tiempo que con nosotros, en Hong Kong. El Ba-ba que conocí de pequeño ya no era el mismo. Cada vez que regresaba a casa, en una de sus breves visitas, trayendo consigo regalos y rápidos abrazos, empezaba a sentir que, de algún modo, hasta el aire que respirábamos era diferente.

Esta tarde he caminado hasta el pueblo para enviarle un telegrama a mi padre, comunicándole que me quedaría en Tarumi a pasar las vacaciones.

25 de diciembre de 1937

Me he despertado esta mañana, dispuesto a pasar mi primera Navidad en Tarumi. Matsu deslizó hacia un lado la puerta de mi habitación y con voz natural y ligera me dijo:

—Ven conmigo. Quiero que veas algo.

Me levanté rápidamente y me vestí. Matsu estaba en el *genken*, esperándome, impaciente.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, frotándome los ojos para ahuyentar el sueño.

Matsu se apartó un poco al acercarme y señaló hacia el jardín.

—Pensé que te gustaría tener un árbol de Navidad —dijo.

Allí, en el extremo más alejado del jardín, Matsu había decorado uno de los pinos con vistosos fragmentos de papeles *origami* ornamentados con grullas y peces.

Permanecí en silencio, sin saber qué decir. Hacía apenas un rato estaba en la cama, pensando en lo que me estaría perdiendo allá en casa, en Hong Kong. Cuando éramos pequeños, mi madre insistía cada año en tener en nuestra casa un árbol de Navidad vivo, con ornamentos. Nos levantábamos con el cálido aroma del pino, del que no podíamos apartar la vista, hasta que Ching nos conducía tranquilamente al comedor para desayunar y allí esperábamos impacientes a que mis padres se levantaran para que pudiésemos abrir nuestros regalos. Las dos o tres horas de espera

eran horribles para Pie y Henry. Mi hermana menor apenas comía nada, mientras que Henry se comía prácticamente todo lo que encontraba y los dos desviaban continuamente la mirada del reloj al árbol y viceversa. Yo ya tenía edad suficiente para saber que mis padres dormirían hasta muy tarde, para reponerse de los efectos de la fiesta de Nochebuena a la que habían asistido la noche anterior y que aún pasarían varias horas antes de que se levantaran.

Durante años celebramos las cenas de Navidad en el hotel The Hong Kong. Allí nos sentábamos a la mesa, dispuestos a dar buena cuenta de una cena continental de cinco platos, incluidos ganso, patatas y *pudding* de pan. Junto con la cena, mi madre nos daba su conferencia anual acerca de cómo utilizar los numerosos cubiertos de la vajilla de plata perfectamente alineados al lado de nuestros platos. «Hay que utilizarlos siempre, moviéndose desde el exterior hacia el interior», decía su voz desde el otro lado de la mesa. El primer año de esta tradición, también se le pidió a Ching que nos acompañara, pero se negó a comer nada en cuanto vio el complicado juego de cubiertos. Si no podía usar los palillos, prefería no comer nada. Después de ese frustrado intento, Ching permaneció recluida en los seguros confines de su cocina y mi madre se hizo cargo de la responsabilidad de cuidarnos a todos durante la cena de Navidad.

—Es el árbol de Navidad más bonito que he visto —dije finalmente.

Matsu asintió con un gesto de felicidad, sin decir una sola palabra. Permaneció allí durante un rato más, mirando fijamente el árbol. Luego, le vi sonreír como para sí mismo, satisfecho con lo que había creado. Un momento más tarde se daba media vuelta para dirigirse a la cocina.

—¿Cómo quieres que te prepare los huevos? —preguntó.

1 de enero de 1938

Siempre había oído decir que el *ganjitsu*, el día de año nuevo, era una fiesta nacional para los japoneses. Acostumbrado en Hong Kong al ruido de los petardos y a las vistosas celebraciones del año nuevo chino, tengo la sensación de que en este día de renovación hay algo más espiritual en Japón. Se siguen las ceremonias de entrega de regalos sencillos, de visitar los templos y santuarios y de pagar las deudas del año anterior. Se borran todo lo malo y todos los daños y a todo el mundo se le garantiza un renovado principio para el siguiente año. Así pues, no podría haber sido más feliz que cuando se decidió que iríamos a Yamaguchi para celebrar el año nuevo con Sachi.

Esta mañana, después de un temprano desayuno, Matsu y yo hemos envuelto en un *furoshiki* la comida que él había preparado, para llevarla con nosotros a Yamaguchi. Durante los días anteriores al año nuevo, Matsu había estado bastante ocupado en preparar *sushi*, lechada de arenque y pasteles de judías rojas. La casa se había llenado con el dulce aroma de las judías puestas a hervir. Matsu había colgado un *kado-matsu* en el dintel de la puerta, una especie de guirnalda que confeccionó con pequeñas ramas de pino, ciruelo y bambú. También me di cuenta de que, en el *genken*, había otras dos guirnaldas parecidas, apoyadas contra la pared.

A principios de la semana había ido al pueblo para comprarle a Sachi un pino en miniatura, de apenas treinta centímetros de altura, colocado elegantemente en una vasija de arcilla. Esta mañana le he entregado a Matsu un muñeco *daruma* de buena suerte, que mira ciegamente, sin ojos pintados en él. La costumbre indica que se debe pintar un ojo y expresar un deseo. Si el deseo se convierte en realidad, entonces se puede pintar el otro ojo. Matsu observó durante un rato la cara sin ojos y luego se inclinó hacia mí, antes de depositarlo suavemente sobre una repisa de la cocina. Luego, desapareció rápidamente en su habitación y salió un momento más tarde con un libro de poesía japonesa para mí.

Al salir de la casa, Matsu se detuvo para tomar una de las guirnaldas que había preparado para Sachi, mientras yo le esperaba, sosteniendo en mis manos el pino en miniatura.

—¿Qué simboliza la guirnalda? —le pregunté cuando regresó con una segunda guirnalda y emprendimos el camino.

Matsu hizo oscilar el *furoshiki* que llevaba y miró la guirnalda que sostenía en la otra mano.

—Cada árbol es símbolo de prosperidad, pureza, longevidad y lealtad.

—¿Y para quién es la otra?

Matsu se volvió a mirar a su alrededor, como si alguien pudiera oírle.

—Para Kenzo-san —contestó finalmente.

Cuando llegamos a Yamaguchi, todo el pueblo estaba muy animado, en plena fiesta. Hombres y mujeres se habían puesto kimonos de colores brillantes. Las pequeñas casas parecían haber cobrado vida con helechos, guirnaldas y naranjas adornando los dinteles de las puertas. Apenas podíamos avanzar un paso sin que alguien nos ofreciera castañas pilongas y *tosu*, un sake dulce. Matsu rechazó amablemente todos los ofrecimientos, con el propósito de ver primero a Sachi.

A diferencia del ambiente festivo que reinaba en el pueblo, la casa de Sachi estaba en silencio y no llamaba la atención. La única señal del año nuevo era lo que Matsu llamó un *shime-nawa*, una cuerda de paja entrelazada, adornada con tiras de papel, que colgaba sobre la entrada de la casa. Se suponía que ahuyentaba a los malos espíritus, impidiéndoles el acceso a la casa.

Sachi abrió la puerta incluso antes de que llegáramos a ella. Se inclinó profundamente varias veces y luego nos hizo entrar en la casa, muy animada. En lugar de los colores apagados que solía llevar, Sachi lucía un kimono rojo y amarillo. Eran los primeros colores brillantes que le había visto. Antes que nada, insistió en que cada uno de nosotros tomara un cuenco de *zoni*, una sopa que contenía *mochi*. Estaba realmente hermosa mientras se movía nerviosamente de un lado a otro, tomando el *mochi* y las judías negras que había preparado para la fiesta. Después nos uniríamos al resto de los habitantes del pueblo para celebrar el año nuevo.

Más tarde, mientras tomaba sorbos de *tosu* en compañía de Matsu, Sachi y el resto de los habitantes del pueblo de Yamaguchi, me di cuenta de que aquello era para mí como una especie de *hajime*, una ceremonia iniciática. Si el año nuevo representaba un nuevo comienzo en todo, desde tomar el primer baño hasta plantar una nueva flor, este día podía ser considerado como un nuevo principio para todos nosotros. Me pregunté qué estaría haciendo Keiko, mientras observaba a Matsu y a Sachi, que volvían a sentirse felices, con la esperanza de que aquello significase también un nuevo comienzo para ellos. Intenté imaginar a Kenzo haciendo lo mismo, allá en Tarumi, mientras observaba las guirnaldas de pino y bambú colgadas de las puertas de las casas, recordando a sus dos amigos más antiguos.

15 de enero de 1938

Durante la semana pasada recibí por correo, de mis padres y de Pie, un reloj nuevo, un suéter de cachemira, dos camisas y algunos libros. Parecía como si las fiestas no hubiesen terminado. Entonces, ayer mismo, recibí una carta de King. Estaba sellada en Hong Kong, lo que significaba que había regresado a casa desde Cantón para pasar las fiestas, y confiaba en que hubiese recibido mi tarjeta.

Inmediatamente me di cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. Sus palabras me hicieron regresar al viejo estilo de vida en la Universidad de Lingnan, a los prados recortados y los majestuosos edificios de ladrillo, a las largas horas de estudio y la precipitación a altas horas de la madrugada hacia los cuencos de *jook* con los que llenar nuestros vacíos estómagos. Fue sólo hacia el final de la carta cuando desapareció aquella magia y cuando quedé atónito ante sus palabras.

Estoy seguro de que habrás oído alguna versión de la masacre de Nanking. Se ha informado de que miles de hombres, mujeres y niños chinos inocentes han sido asesinados y violados innecesariamente por los bastardos japoneses. Me presentaría ahora mismo voluntario para luchar si creyera que eso pudiese servir de algo. Pero, a medida que se van acercando a Cantón, sé que muchos de los alumnos de Lingnan temen regresar a la universidad después de las vacaciones. He convencido a mi familia para que me permita regresar. Pero

únicamente lo he logrado después de haberles prometido solemnemente que regresaré a Hong Kong si los diablos japoneses se acercan demasiado. Sólo desearía que pudieras tomar conmigo el barco de regreso a Cantón.

De repente, tuve la sensación de que las paredes se cerraban a mi alrededor, mientras doblaba la carta de King y volvía a guardarla en el sobre. En la radio de Matsu no se había dicho nada sobre la masacre. Sólo otro discurso de victoria acerca de cómo el ejército imperial se había apoderado valerosamente de Nanking y Tsingtao, con poca resistencia. Una parte de mí deseaba regresar con King allí donde se desarrollaban los acontecimientos, angustiado por todos aquellos impotentes que habían sido masacrados en Nanking, mientras que otra parte no podía imaginar siquiera el tener que abandonar a Matsu, Sachi y Keiko. Quise sentarme para escribirle una carta a King, pero no pude pasar de la primera frase: «Recibí tu carta y desearía poder estar contigo».

4 de febrero de 1938

Setsubun, los primeros ritos de la primavera, han llegado a pesar de que el frío del invierno sigue con nosotros. Matsu me aconsejó anoche que durmiera bien, para estar así preparado para acompañarlo al santuario Tama.

—¿Para qué? —le pregunté.

—Pronto lo verás, mañana mismo —fue su respuesta.

Me levanté temprano y me vestí con ropas cálidas, convencido de que saldríamos muy pronto, pero no lo hicimos hasta más tarde, y cuando llegamos a Tarumi ya era más del mediodía. Muchos de los habitantes del pueblo también habían iniciado la excursión montaña arriba, hacia el santuario. Pude ver que a través de las puertas *torii* y cerca del santuario ya se había reunido una multitud. Miré a mi alrededor, entre personas cuyos rostros ya me resultaban familiares, en busca de Keiko y su familia. Matsu también parecía estar buscando a alguien y sólo pude suponer que se trataría de Kenzo. Había confiado en que el silencio entre ellos desaparecería con el año nuevo, pero se mantuvo. No se habían vuelto a hablar desde el incidente en la casa y, aunque Matsu guardaba silencio acerca de sus sentimientos al respecto, a menudo podía percibir su tristeza.

Pero ni Keiko ni Kenzo se hallaban entre la gente. Pronto vimos atraída nuestra atención hacia el ruido metálico fuerte del badajo y los dos sacerdotes sintoístas que subieron a la plataforma de madera. Vestían túnicas rojas y doradas al estilo samurái y cada uno llevaba un gran cuenco lleno con lo que parecían ser judías.

—¿Qué están haciendo? —le pregunté a Matsu en un susurro.

—Es la ceremonia del *mame-maki*, que consiste en arrojar judías. Cada año, con esas judías se arrojan el invierno y sus demonios del frío y la pestilencia. También

simbolizan la tierra, que está siendo impregnada con las semillas de la vida.

La voz de Matsu pronto quedó apagada por el creciente entusiasmo de la multitud. La gente levantó las manos y empezó a empujar hacia delante, al tiempo que los sacerdotes hundían las manos en los grandes cuencos y nos arrojaban puñados de judías. A medida que éstas llovían sobre nosotros, la multitud empezó a canturrear al unísono: «*Fuku wa uchi, oni wa soto*» que, por lo que entendí, significa: «Que venga la buena suerte, fuera con los demonios».

Para cuando iniciamos el camino de regreso a Tarumi, ya eran las últimas horas de la tarde y me sentía cansado. No me atreví a pedirle a Matsu que nos detuviéramos a descansar, puesto que el único lugar que yo conocía para hacerlo era el salón de té de Kenzo. Las fiestas de los pasados meses y la caminata hasta el santuario habían sido más de lo que estaba acostumbrado a resistir. Había recuperado cierta fortaleza gracias a todo el ejercicio, pero cuando finalmente entramos caminando en Tarumi, notaba mi cuerpo dominado por una pegajosa debilidad.

El pueblo parecía recobrar la vida a medida que sus habitantes volvían a llenar las calles. Había gente corriendo de un lado a otro y el corazón me empezó a latir con fuerza mientras trataba de encontrar a Keiko. Al acercarnos al salón de té de Kenzo, vi a una gran multitud reunida delante. Matsu emitió un gruñido, pero no dijo nada. Se detuvo un momento, vaciló y luego se dirigió resueltamente hacia el salón de té.

—¿Qué ocurre? —preguntó, al acercarnos a la gente.

Varios rostros animados se volvieron a mirarnos, ávidos de contarnos lo que sabían. Pero al ver que se trataba de Matsu, se detuvieron bruscamente y se mordieron la lengua. Los susurros surgieron entre la gente y, a juzgar por su actitud, era evidente que muchos estaban enterados de la pelea entre los dos amigos. Tanto si conocían la causa como si no, eso no parecía disminuir los crecientes cuchicheos. Transcurrió un buen rato hasta que una anciana, vestida con un pesado kimono oscuro, se adelantó hacia Matsu y le dijo con serenidad:

—Es Kenzo-san.

Matsu se abrió paso entre el gentío y se apresuró hacia el salón de té, sumido en la penumbra. Le seguí sin pensarlo. Nuestros ojos tardaron un momento en adaptarse a la semioscuridad y, cuando empecé a distinguir algo entre las sombras, lo primero que oí fue un profundo gemido que surgió desde lo más profundo de la garganta de Matsu. Me froté los ojos y seguí su mirada petrificada, dirigida hacia las vigas del techo. Por encima del mostrador, a no más de un metro de distancia de donde nos encontrábamos, colgaba, flácido, el cuerpo de Kenzo.

Matsu bajó el cuerpo de Kenzo, soltándolo de la cuerda que lo sujetaba a la viga de madera. No permitió que nadie tocara a su amigo. Oí el ruido sordo del cuerpo de

Kenzo al caer sobre el mostrador. Atónito, me acerqué un poco más para ver sus ojos en blanco, abultados, y el tono azulado de la piel de su cara, que parecía cerosa e irreal. Me volví hacia Matsu, que miraba fijamente a su amigo y que no se movió durante un buen rato. Luego, se inclinó hacia Kenzo, le susurró unas palabras inaudibles al oído y, con mucho cuidado, le cerró los ojos. A continuación, sin decir una sola palabra más, se dio media vuelta y salió lentamente del salón de té, cruzó de nuevo por entre la gente y tomó el camino de regreso a la casa.

5 de febrero de 1938

No sé muy bien cómo pude llegar ayer a la casa, tras la muerte de Kenzo, pero sentía las piernas débiles y pesadas, me faltaba la respiración y tosía bastante cuando crucé la puerta de bambú y entré en el jardín. Lo único que recuerdo es que me sentía como si no pudiera respirar, como si me ahogara rodeado por los olores dulces del jardín, que me producían unas fuertes náuseas. Antes de que pudiera llegar a la casa había vomitado junto a los escalones de acceso al *genken*. Después de eso, el tiempo pareció convertirse en un sueño. No sé de dónde surgió Matsu, pero me ayudó a entrar en la casa, me limpió y me acostó. Recuerdo su rostro, cansado y pálido. Hubiera querido decirle algo sobre la pena y lo perturbado que me sentía, pero cerré los ojos y caí sumido en un profundo sueño.

Me quedé en la cama durante la mayor parte del día, recuperándome. Aparte de las piernas, que seguía notando débiles e inseguras, mis pulmones volvían a estar bien, aunque Matsu insistió en que descansara. La verdad es que no tenía la energía para resistirme ante su insistencia. Me controlaba constantemente, me trajo galletas de arroz y una clara sopa de algas para beber. Me di cuenta de lo profundamente cansado que se sentía, con los ojos inyectados en sangre a causa de la falta de sueño, ayudado por el *whisky* que se le notaba en el aliento. Ninguno de los dos dijo una sola palabra sobre Kenzo, aunque yo no podía cerrar los ojos sin ver de nuevo la congelada imagen de su piel azulada y su mirada fija, muerta.

Durante toda la mañana escuché la radio de Matsu, desde la cocina. La música clásica me arrullaba en mi somnolencia, hasta que un concierto de Mozart se vio interrumpido repentinamente por el chirriante sonido de la voz aguda de una mujer. Hice un esfuerzo por despertarme y escuchar: «El ejército imperial japonés en China continúa su valerosa y victoriosa marcha hacia el sur. Es inútil que los chinos sigan resistiéndose. Deberían rendirse simplemente ante la amabilidad del ejército japonés y no les sucederá nada».

Por alguna razón, Matsu no intentó siquiera apagar la radio o cambiar de canal, como solía hacer cuando llegaban las noticias. En lugar de eso, fue como si

permitiera que la voz penetrante, de tonalidades mojigatas, se hiciera más fuerte.

«Es la voluntad de nuestra más imperial majestad, que Japón encuentre el lugar que le corresponde entre las naciones del mundo. No transcurrirá mucho tiempo antes de que el ejército japonés se apodere de Cantón».

Escuché atentamente, con el ansia de saber lo que sucedía en China y de dilucidar cómo me podría afectar en poco tiempo. Después de que el ejército japonés llegara a Cantón, nada les impediría continuar hacia Hong Kong. La colonia británica siempre había sido un centro de negocios, no una fortaleza militar. Me quedé en la cama y empecé a preocuparme, tratando de decidir si debía regresar a Hong Kong para estar con mi madre y con Pie. Me pregunté qué tendría la intención de hacer mi padre y si, en lugar de eso, no debería reunirme con él en Kobe. A cada uno de estos pensamientos, el corazón parecía latirme con mayor fuerza.

Después del almuerzo, Matsu pasó a verme por si necesitaba algo. Al comprobar que había comido y que me sentía mucho mejor, se relajó, recogió los cuencos vacíos y los llevó a la cocina. Tuve que haberme quedado dormido de nuevo, pues cuando me desperté, varias horas más tarde, la casa estaba en el más completo silencio. Me quedé en la cama y escuché con atención, tratando de captar cualquier sonido que pudiera hacer Matsu moviéndose en la cocina, un taburete que se arrastrara sobre el piso de madera o un apagado tintineo de metal mientras afilaba los cuchillos. Al no oír absolutamente nada, me sentí extrañamente solo y temeroso. Luego, al soplar repentinamente el viento, las ventanas *shoji* se estremecieron, como si se moviera toda la casa.

Me incorporé en el futón, con la espalda dolorida por haber permanecido tanto tiempo seguido en cama. Me dirigí a la cocina en busca de un vaso de agua y luego salí al jardín. No había el menor rastro de Matsu por ninguna parte. Me pregunté adónde se habría ido y me quedé allí, solo, en medio de los pinos negros y del membrillo japonés en flor. Respiré lentamente para aplacar los nervios. A diferencia de lo que me sucediera el día anterior, los olores dulces y fragantes del jardín me rodearon y me transmitieron una profunda sensación de consuelo.

Matsu no regresó hasta casi la noche. Yo estaba en mi habitación, tratando de leer un libro cuando oí sus pesados pasos en el *genken*. Un momento después deslizó a un lado mi puerta *shoji* y se inclinó rápidamente para hacerme saber que había regresado.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó con brusquedad.

—Me siento mejor —contesté.

Me sentí estúpido ahora, por haber tenido miedo cuando él se marchó.

Matsu me miró fijamente un momento, después se frotó la mejilla y emitió un suave gruñido de aprobación. Parecía estar más tranquilo, con los rasgos de su rostro más suavizados bajo la luz de la noche. Hubiera querido preguntarle dónde había estado o decirle lo mucho que me sentía preocupado, tanto por él como por esta guerra de locura que se estaba acercando tan rápidamente a mi familia y a mis amigos. Me senté en el futón, con la esperanza de continuar la conversación, pero Matsu ya había dado media vuelta y se dirigía a la cocina para preparar la cena.

6 de febrero de 1938

—Kenzo será enterrado mañana por la mañana —dijo Matsu con serenidad mientras estábamos sentados el uno frente al otro, en la cocina, dando buena cuenta de nuestra comida matinal de arroz y verduras.

Me sentía cansado, pero mucho más fuerte.

El sonido de su voz me asombró. Era prácticamente lo único que me había dicho desde que me encontrara vomitando en el jardín y me llevara a la cama. El suicidio de Kenzo lo había sumido en un silencio casi absoluto. Todavía me preguntaba si se había marchado para ver a Sachi, o había regresado al santuario Tama para rezar por su gran pérdida, pero evité el preguntárselo. De hecho, temía mencionar incluso el nombre de Kenzo. Cuanto más silencioso se mostraba Matsu, tanto más atentamente le observaba. Supongo que una parte de mí temía que pudiera cometer alguna locura. Desde mi llegada a Tarumi, Matsu había sido el ancla que me había permitido mantenerme a flote. No estaba preparado para intercambiar ahora de lugar con él.

—¿Dónde? —pregunté, súbitamente despierto—. ¿En el santuario Tama?

—Será una ceremonia budista —contestó Matsu sacudiendo la cabeza.

—¿Sería correcto que te acompañara al funeral?

Matsu me miró y la expresión de su rostro se suavizó.

—Si así lo deseas... —dijo.

—Sé que no conocí muy bien a Kenzo-san, pero quisiera presentarle mis respetos.

—Creo que él se sentiría muy honrado por ello —afirmó Matsu.

Aproveché la oportunidad para seguir haciéndole hablar.

—¿Qué sabes de Sachi? —le pregunté—. ¿Sabe lo ocurrido?

Matsu guardó silencio durante largo rato, mirando fijamente su comida.

—Ayer fui a verla —dijo finalmente.

Dejé de comer y lo miré con ansiedad.

—¿Cómo está? —le pregunté.

Casi pude sentir las cicatrices blanquecinas y abultadas que se extendían por un lado de la cara. Matsu se apoyó pesadamente contra la pared.

—En cuanto entré en la casa, Sachi se dio cuenta de que había sucedido algo. Se quedó junto a la puerta y me miró, como si lo hubiera comprendido todo por la forma en que entré. Luego, simplemente, me preguntó: «¿Se trata de Kenzo-san?». No pude mirarla a los ojos y únicamente asentí con un gesto de la cabeza.

Matsu se detuvo un momento y tragó saliva antes de continuar.

—Sachi levantó una mano para cubrirse la boca. No pudo decir nada. Me hizo un gesto para que me sentase, mientras ella desaparecía en la cocina. Cuando finalmente regresó, traía té recién hecho. Se sentó delante de mí y sólo preguntó: «¿Cuándo?». Le conté que Kenzo había sido encontrado ayer y que se había ahorcado.

Bajé la cabeza, recordando el pesado golpe sordo del cuerpo de Kenzo al caer sobre el mostrador. Matsu esperó a que volviera a levantar la mirada. La expresión de su rostro pareció relajarse al seguir hablando.

—Al principio, Sachi se quedó sin habla. Simplemente estaba allí, sentada, como si la hubiese abofeteado con las palabras. Daba la impresión de que hubiésemos podido permanecer allí sentados eternamente. Por fin, levantó la mirada y empezó a hablar extrañamente del pasado.

»“¿Recuerdas aquel año del *Tama Matsuri*? —me preguntó—. El festival que se celebró hace tantos años, en el que Kenzo fue uno de los portadores *mikoshi* y todo el mundo estaba ebrio de fiesta”.

»“Sí” —le contesté, sorprendido por el hecho de que sacara a relucir algo ocurrido hacía tanto tiempo. Fue el verano en el que ella y Tomoko tenían quince años y eran las dos muchachas más hermosas de todo el pueblo. Kenzo había sido uno de los hombres jóvenes elegidos para llevar el santuario, lo que suponía un gran honor. Aquél había sido un buen año de pesca para Tarumi y todo el mundo celebraba su buena suerte. Hasta mi padre salió de su jardinería y se unió a las fiestas.

»“Cuando la gente se sintió tan animada —siguió diciendo Sachi—, estaba convencida de ser derribada entre el gentío. Fuiste tú el que me ayudaste a levantarme, ¿verdad?”, me preguntó.

»Me encogí de hombros y vacilé. “Eso sucedió hace ya mucho tiempo, ¿por qué sacarlo a relucir ahora?”, le pregunté. Sachi me sonrió tristemente y me tocó la mano. Aquel momento había quedado tan enterrado en mí durante todos aquellos años que ya casi no parecía pertenecerme. Aquel día en que sacaron el santuario, la multitud echó a correr frenéticamente hacia él, animada por el sonido rítmico de los tambores y de las campanas que resonaban. Yo estaba detrás de ellos cuando vi a Sachi y a Tomoko echar a correr, empujadas frenéticamente por la multitud. Inmediatamente después, Sachi tropezó y fue lanzada al suelo, mientras la gente seguía empujando. Hasta la propia Tomoko siguió avanzando, sin darse cuenta de lo que le había sucedido a Sachi. Yo dispuse apenas de un instante para tomar a Sachi por detrás y alzarla en vilo. Era tan ligera que necesité poco esfuerzo para hacerlo. Al volverse hacia mí, yo ya había desaparecido entre la multitud.

—¿Por qué no le hiciste saber que habías sido tú? —le pregunté.

Matsu carraspeó para despejarse la garganta.

—Sucedió todo tan rápidamente que no quise ponerla en una situación embarazosa. Más tarde, una vez terminado el festival, Tomoko difundió el rumor de que había sido Kenzo quien salvó a Sachi de ser pisoteada, a pesar de que, en aquellos momentos, él era uno de los porteadores que llevaban el santuario.

—¿Sachi o Kenzo no dijeron nada?

—Sachi nunca dijo nada, hasta ahora. A veces resulta más fácil creer lo que cree todo el mundo. Además, eran dulces el uno con el otro y ¿qué podía ser más romántico?

—¿Y cuál es su actitud ahora que sabe la verdad? —pregunté.

—Sachi únicamente me dijo: «A veces no se puede ver lo que se tiene delante. Lo siento Matsu-san».

»“Todos aquellos años son como otra vida”, le dije.

»Al cabo de un rato, Sachi dijo: “En muchos aspectos, Kenzo-san y Tomoko fueron muy parecidos, tan llenos de vida. No puedo evitar el pensar que él habría encontrado una vida mejor si se hubiese marchado de Tarumi”.

»Yo guardé silencio. Sólo yo sabía que Kenzo jamás se habría marchado de Tarumi sin ella. No consiguió aceptar a Sachi tal como quedó después de la enfermedad, pero nunca pudo apartar el recuerdo de su mente. Me sentía honrado de ser su amigo y mantuve sus secretos. Jamás tuve la intención de traicionarlo. Al final, resultó que él y yo éramos muy parecidos: durante todos estos años, ambos fuimos fieles a la misma mujer.

—¿Tú y Kenzo nunca os fijasteis en ninguna otra mujer? —pregunté.

—¿Quién me habría querido a mí? —replicó Matsu echándose a reír y señalándose la cara—. Yo solía pensar que el *kami* de Kenzo debía de estar sonriéndole. Si el éxito se mide por el número de amigos que uno tiene, Kenzo fue un hombre de mucho éxito, pero nadie pudo ocupar jamás el lugar de Sachi.

Matsu bajó la mirada, sumido en sus pensamientos. Me pregunté por un momento si él consideraba su vida como un fracaso.

—¿Acudirá Sachi al entierro de Kenzo-san? —pregunté.

—No —contestó Matsu.

—¿Estaría bien que yo la visitara pronto?

Matsu miró más allá de donde yo me encontraba, como si no estuviera presente.

—A su debido tiempo —contestó, preocupado.

Me di cuenta de que había algo más que le preocupaba. Frotó el borde del cuenco, con una expresión pensativa.

—Había confiado en proporcionarle a Sachi un poco de paz mental —siguió diciendo Matsu—. No quería dejarla tan sola. Pero cometí la torpeza de decirle que Kenzo no había sufrido mucho. Sachi me miró entonces con una expresión de incredulidad y luego, con una voz llena de abatimiento, me susurró: «Pero ¿acaso no hemos estado sufriendo todos durante años?».

Matsu se detuvo. Tomé mi cuenco y empecé a comer de nuevo. Me di cuenta de que cualquier otra pregunta por mi parte habría sido una intrusión.

Después del desayuno, Matsu salió al jardín mientras yo me quedaba sentado en el despacho de mi abuelo para escribirle una carta a mi madre. En mi cabeza daban vueltas todos los acontecimientos ocurridos en los últimos días. Deseaba visitar a Sachi, pero no sabía qué decirle. Aunque la muerte de Kenzo llenaba mis pensamientos, no le comenté a mi madre nada de lo ocurrido. Supuse que ella lo conocía y no quise preocuparla con otro asunto. En lugar de eso le expresaba mi esperanza de que se sintiera mejor, resaltaba lo mucho que me habían gustado los regalos que me había enviado y le decía lo mucho que echaba de menos el estar con ella, en Hong Kong. Luego, dedicaba el resto de la carta a contarle lo agradables que habían sido aquí las vacaciones y lo bien que me cuidaba Matsu. Tuve buen cuidado de no mencionar en ningún momento el tema de mi padre.

Sellé la carta en un delgado sobre azul y salí a buscar a Matsu para decirle que iba a enviarla por correo. Él estaba todavía en el jardín, apoyado en las rodillas, plantando un nuevo pino.

—Voy al pueblo para enviarle esta carta a mi madre —le dije.

Matsu levantó la mirada hacia mí.

—¿Te sientes bien? —preguntó.

Sabía que las náuseas del día anterior estaban relacionadas con el hecho de haberme esforzado demasiado físicamente y no con mi enfermedad. Pensé inmediatamente en la preocupación que habrían sentido mi madre y Ching de haber sabido lo que había estado haciendo. «Ve despacio, ve despacio», casi oí el sonido de sus voces.

—Estoy muy bien —le tranquilicé—. ¿Necesitas que te traiga algo del pueblo?

Matsu se levantó lentamente del suelo. Me examinó atentamente, como a la búsqueda de cualquier señal de fiebre o fatiga. Cuando finalmente se sintió satisfecho, preguntó:

—¿Puedes recoger el correo? Me ahorrarás la caminata.

—Desde luego —asentí.

Matsu sonrió al comprobar mi ávida disposición y la piel de la frente y alrededor de los ojos se le curvó en pequeñas arrugas. Fue ésa la primera vez, desde mi llegada a Tarumi, en la que empecé a darme cuenta de que Matsu ya no era un hombre joven. Durante los últimos meses, me había demostrado de innumerables maneras que no era precisamente viejo. Mientras lo miraba, hundió la mano en un bolsillo del pantalón y extrajo una pequeña llave metálica.

—El nombre de tu *oji-san* sigue puesto en el buzón —me dijo, entregándome la llave.

—Regresaré pronto —le dije, guardándome la llave en el bolsillo.

Ya ante la puerta de bambú me volví para ver cómo Matsu se arrodillaba cuidadosamente. El cielo tenía un color gris oscuro y sentí que me tenía que esforzar para contener las lágrimas. Hubiera deseado decirle a Matsu que todo saldría bien, que la muerte de Kenzo era algo que el propio Kenzo había decidido, lo mismo que había sucedido con Tomoko. Sería tan sencillo que Matsu y Sachi fuesen felices ahora, que dejaran atrás el pasado. Pero incluso mientras todos estos pensamientos cruzaban por mi mente y casi afloraban en la punta de mi lengua, me los tragué y eché a caminar por el camino blanco y cubierto de arena que conducía al pueblo.

El ambiente en el pueblo se sentía frío y oscuro para cuando envié la carta, recogí el correo y salí de la oficina de correos. Eché un rápido vistazo a los sobres, pero no encontré nada dirigido a mí. Miré al otro lado de la calle, hacia el salón de té de Kenzo, a oscuras, en el que trozos de tela negra cubrían las ventanas *shoji*. En la puerta, rodeado de un crespón negro, había una fotografía de Kenzo. Me quedé un momento allí, en silencio, con la mirada fija en la tela negra, todavía incapaz de aceptar que Kenzo había muerto realmente.

La tranquila actividad del pueblo se desarrollaba como siempre, aunque los viejos que se sentaban fuera de las tiendas para hablar de la pesca, de sus familias y de la guerra, lo hacían ahora con voces bajas y respetuosas. Ni me miraron ni detuvieron su conversación al pasar yo por delante. Fue aquella la primera vez en la que tuve la sensación de que mi presencia en Tarumi ya no constituía una novedad. Las mujeres llevaban cestas o bebés a las espaldas mientras se movían de un lado a otro haciendo sus compras. Sentí entonces la mano de alguien sobre mi brazo y me volví para encontrarme con Keiko.

—*Konnichiwa*, Stephen-san —saludó Keiko con una inclinación, al tiempo que retrocedía un paso.

Llevaba un kimono oscuro y sostenía una cesta marrón llena de palos santos de un profundo color anaranjado.

Le sonreí, sorprendido. Parecía aquélla la única ocasión en la que había ido al pueblo sin mirar instintivamente de un lado a otro, buscándola.

—Keiko-san, *konnichiwa* —repliqué, devolviéndole la inclinación.

—Es muy triste lo que le ha sucedido a Kenzo-san —dijo ella mirando hacia el salón de té—. Todo el pueblo está de luto. ¿Por qué quiso Kenzo-san quitarse la vida? Sacudí la cabeza lentamente, con cuidado de no revelar nada.

—Sí, es muy triste.

Keiko levantó la cesta que llevaba.

—Sé que él y Matsu eran muy buenos amigos.

—En efecto, lo eran —asentí. Luego, le ofrecí—: Deja que te lleve esa cesta.

Keiko vaciló, pero luego me entregó la cesta y se inclinó varias veces para demostrar su gratitud. Ella olía encantadoramente, como a jazmín.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—Iba de regreso a casa.

—Bueno, yo he terminado lo que vine a hacer. ¿Te puedo llevar la cesta hasta tu casa?

Keiko retrocedió otro paso y se apresuró a contestar:

—No está muy lejos, Stephen-san. Por favor, ahora tengo que irme.

Extendió una mano para tomar el asa de la cesta y rozó mi propia mano. Nos quedamos allí, sin que ninguno de los dos soltara la cesta.

—¿Temes que Mika pueda vernos juntos?

Keiko negó con un gesto de la cabeza. Luego, de un inesperado tirón recuperó la cesta en sus manos. Pero el tirón hizo que cayeran al suelo varios palos santos. Me agaché rápidamente y los recogí, sosteniéndolos entre las manos, mientras ella no apartaba la vista de cada uno de mis movimientos.

—Te volveré a ver pronto —dijo ella, extendiendo la cesta para que depositara los palos santos en ella.

Los retuve deliberadamente entre mis manos.

—¿De qué tienes miedo? Sólo pretendo ayudarte a llevar la cesta hasta tu casa —le dije, algo exasperado.

Keiko apartó la mirada de los palos santos y la fijó en mis ojos, con una expresión de súplica.

—Por favor, son para la comida de mi padre. Es muy anticuado y ya llego tarde.

—¿Acaso temes que no le agrade a tu padre?

—Por favor, Stephen-san.

Todavía dudé un instante, pero al observar su angustia, dejé los palos santos en la cesta sin añadir una sola palabra más. Keiko se inclinó y luego me miró agradecida, antes de alejarse precipitadamente. Al observar el temor de Keiko, no pude evitar el preguntarme si su padre era tan anticuado como para prohibirle estar a solas en compañía de un hombre joven o si acaso aquello tendría que ver con el hecho de que yo fuese un joven chino. Me quedé allí de pie, sin moverme, hasta mucho después de que Keiko hubiera desaparecido al doblar una esquina.

7 de febrero de 1938

El entierro de Kenzo hizo salir a todo el pueblo de sus casas. Se reunieron en la ceremonia toda clase de ancianos, mujeres y niños. Hasta que Keiko mencionó a su hermano mayor, di por sentado que la mayoría de los hombres jóvenes de Tarumi se habían marchado a las principales ciudades del país, en busca de fortuna. Ahora no podía evitar el darme cuenta de que la mayoría de ellos se habían enrolado en el ejército japonés. Al preguntarle a Matsu acerca de la ausencia de hombres jóvenes y saludables en Tarumi, se limitó a mover la cabeza con pesar y contestó:

—Se han marchado para satisfacer el sueño de los soñadores.

Durante el primer mes después de mi llegada a la casa de la playa, me había convencido de algún modo de que estar en Tarumi me permitía permanecer alejado de todo lo que estaba sucediendo en China. Pero la toma de conciencia me afectó de golpe mientras caminaba con Matsu: yo era el único hombre joven de toda la multitud que asistía al entierro. Aunque los habitantes del pueblo ya se habían acostumbrado a mi presencia, yo me sentía demasiado singular e incómodo.

Tiré con fuerza para apretar el fajín *obi* del kimono de algodón negro que me había dejado Matsu. Precisamente esta mañana me di cuenta de que no tenía nada negro que ponerme. A diferencia de ciertos entierros chinos, en los que se va de blanco, una ceremonia budista exigía ponerse colores negros. Matsu se rió y me dejó un kimono negro demasiado grande, con el que quizá podría haberme envuelto dos veces. Fue lo único que encontré para ponerme de una forma tan improvisada de modo que, con el kimono colgándome flácidamente del cuerpo, avanzaba torpemente tras Matsu, embutido en un par de sandalias de madera.

El dulce olor del humo del incienso llenaba el aire mientras la procesión se dirigía al templo budista que se levantaba en las afueras del pueblo. Matsu me había comentado que, a diferencia del santuario Tama, donde se celebraban los nacimientos y las bodas, los entierros eran siempre ceremonias budistas. En la fe budista se creía que se podía alcanzar el nirvana a través de una vida y un pensamiento correctos.

El templo era una gran estructura de madera y se trataba, de hecho, del edificio más ornamentado que hubiese visto en Tarumi, lo que me recordaba extrañamente a Hong Kong, con sus paredes rojas y doradas y sus tejados curvados de tejas. Se hallaba a relativamente poca distancia al pie del pueblo, para que no estuvieran tan solos muchos de los antepasados de los habitantes allí enterrados o incinerados.

La multitud avanzó como en una ola oscura por el camino de tierra, y fue entrando lentamente en el templo. Matsu guardó silencio durante toda la procesión y se limitó a inclinar la cabeza ante aquellos que le demostraron su simpatía por la pérdida de su buen amigo. Si los habitantes del pueblo sabían algo más, lo guardaron para sí mismos, ofreciéndole a Matsu el respeto de su silencio.

En el interior de la gran sala hacía calor y el aire denso olía a incienso. Al fondo había un sencillo altar de madera, pero no se veía ninguna señal del cuerpo de Kenzo. Unos monjes, vestidos con unas amplias túnicas de color naranja, iniciaron la ceremonia con unos cánticos bajos que resonaron como un fuerte murmullo en toda la sala. Los cánticos estuvieron constantemente acompañados por el permanente sonido metálico de gongs y címbalos. Nos inclinamos varias veces y repetimos los cánticos, rezando para que el alma de Kenzo encontrara la felicidad suprema. Durante la ceremonia miré a mi alrededor y vi a Keiko unas filas más allá, vestida con un kimono oscuro y un velo. La reconocí por el pequeño anillo de perla que llevaba en la mano derecha. Junto a ella estaba Mika y a su lado un hombre y una mujer de mayor edad, que debían de ser sus padres. Aunque no pude ver con claridad el rostro de su

madre, el de su padre era grueso y calvo y parecía tener el aire y la apariencia de un hombre de negocios, antes que los de un pescador.

Una vez terminada la ceremonia, decidí acercarme a Keiko y a su familia. No podía olvidar, sin embargo, lo ocurrido el día anterior en el pueblo, cuando Keiko hizo tantos esfuerzos por alejarse de mí. Recordé nuevamente aquellos ojos oscuros que me miraron implorantes, rogándome que la dejara marchar, y me detuve en seco al ver a su familia junto a ella. Pero ya era demasiado tarde, pues en ese preciso momento Keiko se volvió y me vio. Tomó rápidamente a Mika por el brazo y empezó a apartarse, pero su padre se volvió entonces hacia mí. Se quedó allí mirándome, sólido e inmovible. Su penetrante y seria mirada pareció atravesarme, valorándome. Me quedé petrificado, sin saber muy bien qué debería hacer, pero demasiado cerca de él como para ignorarlo. Entonces, él se inclinó y le susurró algo a la madre de Keiko. Vi cómo ésta asentía obedientemente. Cuando el padre se volvió a mirarme de nuevo, lo hizo con una expresión tan llena de odio que, simplemente, incliné la cabeza, saludándolo, y luego me alejé apresuradamente.

Ya fuera del templo, busqué con la mirada a la familia de Keiko y me sentí aliviado al comprobar que ya se había marchado. Ahora sabía, al menos, por qué Keiko se mostraba siempre ansiosa por alejarse de mí. La forma en que su padre me detestaba, fuera cual fuese la razón, era demasiado evidente. Nunca había sentido tanto odio y me estremecí sólo de pensarlo.

Las voces sonaban en la distancia, a medida que los grupos de gente avanzaban por el camino de tierra que conducía de regreso al pueblo. Esperaba a Matsu, apartado a un lado, cuando de pronto la vi por el rabillo del ojo. Vestía un kimono negro y un velo y su figura ligera y grácil se movía por entre los árboles. Desde el momento en que me volví para mirarla, supe que no era una ilusión: Sachi había acudido al funeral. Se levantó el velo y sus ojos se fijaron en los míos por un instante; inmediatamente después se inclinó en mi dirección, saludándome. Miré a mi alrededor, para asegurarme de que nadie observaba, y luego le devolví la inclinación pero, al levantar de nuevo la mirada, Sachi ya había desaparecido.

7 de marzo de 1938

Todo parece moverse a cámara lenta o incluso permanece inmóvil. Las noticias de la radio y los periódicos que me envía mi padre desde Kobe, y que ya tienen una semana cuando los recibo, demuestran únicamente que la guerra en China sigue avanzando con una rápida brutalidad, lo que deja un regusto agrio y ansioso en mi boca. Espero cada día una carta de mi madre o un mensaje de mi padre pidiéndome

que regrese a Kobe, donde al menos estaría más cerca de las noticias actuales. Lo que predomina, sin embargo, es un silencio preocupante.

He sentido miedo desde que vi a Sachi y a Keiko en el templo budista. Ambas han desaparecido de mi vida, se han desvanecido de la vista. Aunque sé que Sachi está oculta y a salvo en Yamaguchi, bajo cada día a la playa con la esperanza de ver a Keiko. La fría mirada de odio de su padre parece ahora muy lejana a pesar de que, como si fuese una pesadilla, regresa con toda su fuerza en los momentos más inesperados. No puedo evitar el preguntarme si sentiría tanta hostilidad por su parte en el caso de que yo fuese japonés. ¿Podría tratarse acaso de algún agravio pasado entre nuestras familias? ¿Era eso lo que despertaba su odio nada más verme? Es la única ocasión en la que he tenido la sensación de hallarme en medio de alguna clase de enemigo aquí, en Tarumi. Sin embargo, lo único que sé es que deseo volver a ver a Keiko y únicamente espero que ella desee lo mismo. Pero cada día que he bajado hasta la playa sólo he visto el mar infinito y una playa blanca y vacía.

Después de que Matsu permaneciera cerca de la casa durante semanas, ha desaparecido esta mañana y no lo he podido encontrar por ningún lado. Había esperado secretamente que hubiese ido a Yamaguchi, aunque fuera sin mí. Me preocupaba la idea de que Sachi estuviera sola después del entierro de Kenzo, aunque no me atrevía a plantársela a Matsu. Desde la muerte de Kenzo tenía la impresión de que la nueva vida que había descubierto en Tarumi se hubiese detenido por completo. Había vuelto a caer en una rutina de inválido, en la que me acostaba tarde y hacía lo menos posible. Matsu trabajaba en silencio en su jardín, día tras día, guardando para sí mismo el dolor por la pérdida de su amigo. La promesa que le había hecho a Sachi me impedía alejarme furtivamente para verla. La recordaba como una figura delgada, de rostro cubierto por el velo, que apenas apareció un instante entre los árboles, hasta el punto de que a veces me preguntaba si no habría sido simplemente una ilusión. No obstante, mantuve en secreto su presencia en el templo, al no saber si ella hubiera deseado que Matsu lo supiera. Parecía como si él se mantuviese deliberadamente alejado de Sachi, como si la muerte de Kenzo los hubiera convertido en extraños. En ocasiones, sentía deseos de zarandear a Matsu y hacerlo despertar de su engaño. Pero me daba cuenta de que necesitaba tiempo, de modo que procuré mantenerme alejado de su camino y esperé pacientemente.

14 de marzo de 1938

Esta mañana me sentía inquieto y decidí hacer algunos dibujos del jardín. Matsu se había marchado al pueblo y yo me hallaba sentado junto a su árbol favorito de la seda cuando, de pronto, oí el apagado claqueteo de unas sandalias de madera y vi una sombra tras la verja de bambú que avanzaba lentamente hacia la puerta. Me levanté y esperé, con los latidos del corazón acelerados. La sombra se detuvo justo ante la

puerta y no se movió durante un buen rato. Luego, de repente, oí una débil llamada con los nudillos en la puerta. Supe inmediatamente que era Keiko. Me precipité entonces a abrir la puerta y la vi de pie, a pocos pasos de distancia, vestida con un kimono de color azul pálido.

—*Ohayogozaimasu*, Keiko-san —la saludé, con la esperanza de que no echara a correr.

Keiko se inclinó y luego me devolvió el saludo. Pero, en lugar de mirarme directamente a la cara, su mirada permaneció dirigida hacia el suelo.

—¿Está todo bien? —le pregunté.

Keiko no se atrevía a mirarme.

—He venido para disculparme por mi *o-tosan* —dijo finalmente.

—No tienes por qué hacerlo. —Seguí la mirada de Keiko, hacia el suelo—. Tu hermano y la guerra... —conseguí decir, antes de que mi voz se detuviera.

Me pregunté si habrían recibido alguna noticia de su hermano o si Keiko sabía algo sobre la masacre de Nanking.

—Fue decisión propia de Toshiro el enrolarse para combatir por nuestro emperador. No hay ninguna excusa que justifique el comportamiento grosero que tuvo mi *o-tosan* contigo —susurró—. Ha traído la vergüenza a nuestra familia.

En ese momento hubiera querido tocarle la cara a Keiko, levantar sus labios hacia los míos para poder besarla, pero sabía que únicamente la asustaría. En lugar de eso, me aparté a un lado y me incliné de nuevo.

—Keiko-san, ¿quieres hacerme el honor de sentarte un momento conmigo, en el jardín?

Keiko lanzó una mirada hacia atrás, por encima del hombro.

—Tengo que regresar, Stephen-san.

—En tal caso, permíteme que te acompañe, aunque sólo sea una parte del camino —le ofrecí rápidamente.

Antes de que ella pudiera decir nada me aparté de ella y avancé hacia la puerta.

En lugar de tomar el camino principal, caminamos a lo largo de la playa, sintiendo la arena cálida y suave contra mis pies desnudos. Levanté la mirada hacia la duna, temeroso de que pudiéramos ver a Mika, pero me relajé al darme cuenta de que Keiko y yo estábamos a solas.

—Confiaba en volver a verte —fui el primero en hablar.

Keiko caminó a mi lado, en silencio. Seguía evitando mi mirada. Yo no sabía si se trataba de timidez o era porque todavía se sentía perturbada por el comportamiento grosero de su padre.

—Ha sido difícil poder alejarme —dijo ella—. Mika está constantemente a mi lado y mi *o-tosan* es muy estricto. Les dije que iba a rezar por Toshiro al santuario Tama, sabiendo que Mika preferiría quedarse en casa.

—Ni siquiera estaba seguro de que quisieras volver a verme.

Keiko se detuvo de repente.

—Quería volver a verte —me aseguró suavemente, alejando un pequeño montículo de arena con su sandalia de madera—. Esperaba que aceptaras mis disculpas.

Me acerqué un poco más a ella y pude sentir su cuerpo tenso contra el mío, pero Keiko no se apartó. Toqué dulcemente la suave piel blanca de su rostro y luego le levanté lentamente la barbilla, de modo que sus ojos se encontraron con los míos, antes de inclinarme despacio hacia delante y besarla. La hubiera vuelto a besar, si ella no se hubiese apartado.

—Tengo que irme ahora, Stephen-san —dijo, con el rostro arrebolado.

No quería que se alejase tan pronto, sintiendo todavía el cálido ímpetu del deseo. Pero me quedé allí de pie, con los pies dejando profundas huellas en la arena.

—¿Cuándo te veré de nuevo? —le pregunté cuando ya se alejaba.

Keiko se detuvo un momento y luego se volvió hacia mí.

—Yo vendré a verte —dijo.

Su voz aleteó en el aire incluso cuando hice un esfuerzo por conservar su recuerdo. Luego, echó a correr hacia la duna de arena, levantando los brazos apenas lo suficiente para que las mangas del kimono flamearan elegantemente en el aire, como alas.

PRIMAVERA



Ha empezado a hacer bastante más calor durante las últimas semanas. Desde el día en que vi a Keiko, me he sentido mucho más ligero. Es como si se hubiera disipado la oscuridad del invierno. Cada día veo la llegada de la primavera, observada en las más pequeñas formas, sobre todo en las dobles flores del cerezo que brotan en el *Higan* de Matsu y en el aroma claro y ligero que huelo cada vez que salgo al jardín.

Hoy, al regresar de nadar en la playa, Matsu abandonó el jardín, en el que estaba trabajando, y me siguió hasta mi habitación.

—Hay una carta para ti —me dijo, dejando el delgado sobre azulado en la mesa.

—¿Ya has ido al pueblo? —le pregunté, sorprendido.

—Necesitaba arroz —contestó— y pensé que te ahorraría un viaje trayendo el correo.

Aparté la mirada para fijarla en la escritura grande y uniforme del sobre. Supe en seguida que era una carta de Pie.

—Es de mi *imoto* —le dije, sin ocultar la dicha que sentía.

Matsu sonrió, comprendiendo.

—Estaré en el jardín —dijo.

Una vez que se hubo marchado, abrí rápidamente el sobre y leí la carta, ansioso por saber cómo estaba Pie. Mientras leía las palabras pude ver sus grandes ojos oscuros y oír su voz aguda, de tonalidades inteligentes.

Querido hermano mayor:

Debes de estar enojado conmigo por no haberte escrito, pero cuando te explique por qué ha pasado tanto tiempo, sé que me perdonarás.

No pude evitar el sentir un nudo en la garganta ante la expectativa de su explicación.

Durante todo el pasado mes he estado acudiendo, después de la escuela, al centro de refugiados de la Cruz Roja, en Wan Chai. Hago allí muchas cosas, desde enrollar vendajes hasta clasificar las ropas que se entregan en el centro y llenar paquetes de primeros auxilios. Mah-mee no sabe lo que estoy haciendo, así que, por favor, no le digas nada. Cree que estoy en el cine Queen's, viendo la última película de Errol Flynn o yendo de compras a Central. Ella no comprendería de la misma forma que sé que tú comprenderás. Mah-mee tiene miedo de todos estos pobres refugiados hambrientos que acuden a Hong Kong desde China y prefiere que permanezcamos a una distancia segura. No importa que los diablos japoneses hayan violado y asesinado a sus familias y amigas, dejándolas sin hogar, teniendo que huir precipitadamente para salvar sus vidas. Mah-mee está convencida de que hace más de lo que le corresponde por el simple hecho de entregar dinero para obras de caridad. Preferiría seguir con su vida de partidas de *mah-jong*, aparentando que todas esas personas que se

mueren de hambre en las calles son invisibles. Además, no sé por qué, pero Mah-mee ha estado de muy mal humor últimamente y sale con frecuencia de casa o se esconde en su habitación. Ching no me permite hacer ruido alguno cuando estoy en casa, de modo que igual me quedo fuera.

Cuando regreses no vas a reconocer el Hong Kong que dejaste. Durante los últimos meses, las montañas cercanas a Wan Chai se han convertido en el hogar de miles de refugiados. Viven en casas improvisadas hechas con todo lo que encuentran a mano, como trozos de madera o cartón. Familias enteras se apretujan en cajoneras sucias y oscuras. Son como hormigas sobre una colina. Los miembros de estas familias no tardan en caer enfermos de tos ferina o diarrea. Cuando llueve fuerte, la mayoría de sus barracas se deslizan montaña abajo como casas de papel arrastradas por el agua. Muchas familias han quedado enterradas en el barro y entre los restos. En cuanto ha desaparecido una de esas aglomeraciones de barracas, aparece otra en su lugar. No es suficiente con intentar darles dinero, así que tenía que hacer algo.

Las palabras de Pie me habían llegado directamente al corazón. A los doce años de edad ya tenía más valor que cualquiera de nosotros. Lo único que enturbiaba mi felicidad era el inocente y ligero comentario que añadía al final de su carta: «He oído a Mah-mee decirle a Ching que le gustaría que regresaras pronto, porque es posible que ya no estés a salvo en Japón. ¡Estoy impaciente por verte!».

Casi pude oír la voz de mi madre resonando en el aire inmóvil. Dejé la carta sobre la mesa, con el deseo de contarle lo seguro que me sentía aquí, con Matsu y Sachi, y cómo empezaba a conocer a Keiko.

15 de abril de 1938

Ya me había decidido a ver a Sachi esta mañana. He esperado tiempo más que suficiente para que Matsu llore la pérdida de su amigo. Pero, al levantarme, encontré la casa vacía. Busqué a Matsu en todas las habitaciones pero, por lo visto, se había marchado en algún momento, mientras yo dormía.

Mientras lo esperaba, puse la radio y oí unas inesperadas buenas noticias: «La batalla de Taierchwang no fue más que un revés temporal. El ejército imperial continuará avanzando venciendo la resistencia china. Las vidas perdidas en nombre de nuestra majestad imperial han alcanzado un gran honor».

Luego, me mantuve ocupado en completar otro dibujo del jardín que había empezado antes. Decidí iniciar otra pintura en el despacho de mi abuelo cuando oí que Matsu llegaba finalmente desde el jardín. Se detuvo un momento ante la puerta *shoji* y carraspeó ligeramente antes de entrar en mi habitación.

—He oído en la radio que hubo grandes pérdidas en la batalla de Taierchwang —le dije.

Por toda respuesta, Matsu se limitó a emitir un gruñido.

Yo seguí mezclando las pinturas, sin mucho entusiasmo por empezar a trabajar. Lo que buscaba era cualquier distracción que me permitiera seguir experimentando la felicidad que había sentido al enterarme de la victoria china en Taierchwang. Terminé de verter pintura amarilla sobre la bandeja de madera que me servía de paleta.

Pero, en lugar de abandonar rápidamente la habitación, como solía hacer, Matsu se quedó junto a la mesa, observándome. Extendió una mano y tocó el lienzo blanco colocado sobre el caballete.

—Bien —dijo—. Otra pintura.

—Espero poder empezar algo —asentí.

—Lo harás —me aseguró.

Deseé poder estar tan seguro como Matsu, que nunca parecía tener dudas de nada. Se mostraba siempre tan contundente como una piedra. Aparté la mirada del lienzo vacío.

—Te dejo con tu pintura —dijo Matsu—. Tengo que empezar a preparar el almuerzo.

—Todavía es temprano —murmuré.

Apenas si le había prestado atención mientras seguía mezclando los colores.

—Pensé que después podríamos visitar a Sachi.

Asentí con un gesto de la cabeza, ausente. De repente, comprendí lo que Matsu me acababa de decir. Levanté la mirada, con un giro brusco de mi cabeza. Hubiera querido decirle lo feliz que me hacía saber que íbamos a ver a Sachi, pero él ya había salido del despacho, de regreso a su cocina. Pude oírlo mientras vertía agua en la vieja y golpeada olla que tanto le gustaba, dejándola con un apagado sonido metálico sobre el fuego, a calentar.

La caminata hasta Yamaguchi estuvo llena de expectativa. Salimos poco después de tomar un almuerzo sencillo a base de tallarines y pastel de pescado. Matsu llevaba consigo un pequeño paquete que, supuse, sería un regalo para Sachi, pero ninguno de los dos dijo nada al respecto. Caminamos montaña arriba en silencio, cada uno de los dos sumido en sus propios pensamientos.

Además de ver a Keiko y de recibir la carta de Pie, iba a visitar finalmente a Sachi. Por muy feliz que me sintiera, no lograba desprenderme del todo de la amargura de tener que regresar pronto a Hong Kong y de pensar que, quizá, ésta fuese mi última visita a Yamaguchi.

Al acercarnos a Yamaguchi, Matsu aminoró el paso y se volvió, como si de repente hubiese recordado que yo estaba detrás de él.

—¿No hueles algo a quemado? —preguntó.

Me detuve y, por primera vez, presté verdadera atención a los árboles y arbustos que me rodeaban. Soplaban una ligera brisa que traía hasta nosotros un aire caliente. Me di cuenta instantáneamente de lo silencioso que estaba todo. No se oía el canto de los pájaros y parecía como si pudiese percibir hasta la ligera inspiración de la respiración de Matsu. Fue entonces cuando lo detecté: un débil olor a humo que teñía el aire. Levanté la mirada hacia el cielo, completamente despejado, y vi una nube oscura de humo que se elevaba por encima de los árboles entre el lugar donde nos hallábamos y Yamaguchi.

—¡Mira! —exclamé.

—¡Regresa! —gritó Matsu antes de volverse y echar a correr camino arriba.

Me detuve un momento, indeciso, sin saber qué hacer. Matsu ya había dejado una nubecilla de polvo tras de sí. Sin pensarlo, lo seguí camino arriba, avanzando con toda la rapidez que me permitían mis piernas y mis pulmones.

Matsu dejó rápidamente una buena distancia entre los dos, sin dejar de correr a lo largo de los últimos cientos de metros que nos separaban de Yamaguchi. El calor y el humo se hicieron más fuertes a medida que ascendía. El corazón me latía con fuerza, pero me negué a permitir que mis ardientes pulmones me obligaran a aminorar el paso. Sólo me detuve una vez y levanté la mirada para ver a Matsu desaparecer en el claro humeante. Respiré varias veces profundamente y continué camino arriba, siguiendo a Matsu hacia el centro del pueblo, cegado por el picante humo, mientras utilizaba las manos para protegerme la boca y los ojos. No pude evitar el pensar en la carta de Pie y en los refugiados que vivían en las montañas y que eran arrastrados por la lluvia. Yamaguchi había sobrevivido durante años en esta misma montaña; se necesitaría algo más que una lluvia torrencial para hacerlo desaparecer, pero nadie había hablado del fuego.

Por lo que pude ver, las casas que se levantaban al borde del claro habían sido respetadas hasta entonces por las llamas. El incendio parecía proceder del otro lado del pueblo, más cerca de donde vivía Sachi. Notaba el corazón como si quisiera saltar en el pecho. Cuanto más me internaba en el pueblo, tanto más denso y negro era el humo que me rodeaba. Tosí y sentí una picante sequedad en la garganta, mientras buscaba mi pañuelo en el bolsillo para cubrirme la boca. Hice un esfuerzo por continuar y empecé a oír voces apagadas que se elevaban por encima de los silbidos y crujidos de la madera al quemarse. Antes de que me diera cuenta de lo que sucedía fui empujado por atrás por alguien que me adelantó. Me tambaleé hacia delante pero logré recuperar el equilibrio antes de caer.

—¡Mizu! —gritó el hombre—. ¡Mizu!

Lo seguí. Los grandes cubos de madera llenos de agua que llevaba derramaban el agua a uno y otro lado sobre el suelo, mientras él se apresuraba hacia el incendio.

—¡Déjeme ayudarlo! —le grité, poniéndome a su altura.

No sé si me entendió o no, pero me entregó uno de los cubos, cuya cuerda basta me arañó la palma de la mano. Utilizando las dos manos, pude equilibrar el cubo sin perder demasiada agua.

Más adelante, sentí el intenso calor y vi las llamas de color rojoanaranjado que envolvieron por completo una cabaña de madera y luego saltaron hacia el cielo. Las llamas parecieron tragársela en cuestión de minutos, mientras que las figuras neblinosas de hombres y mujeres se precipitaban hacia ellas con cubos de agua que vertían sobre las rugientes llamas. Otros hombres se subían a los árboles, para cortar las ramas que colgaban hacia fuera, antes de que se incendiaran. Miré rápidamente a mi alrededor, pero no pude encontrar a Sachi. Entonces, como surgida de la nada, oí la voz de Matsu que gritaba instrucciones para contener el fuego, antes de que alcanzara a más casas. Por detrás de él oí el grito de una mujer que luego se puso a sollozar. Lancé el agua del cubo con toda la fuerza que pude observando cómo el agua se elevaba y descendía sobre las llamas, aunque pareció hacer muy poco por extinguirlas.

Alguien me tocó en el hombro y, al volverme, vi al hombre que me había entregado el cubo. Me hizo gestos para que lo siguiera. Era bajo de estatura, pero de constitución fuerte. Al llegar ante un gran tonel de agua pude observar que tenía los dedos de las manos casi en carne viva. Las gruesas y toscas cuerdas de los cubos de agua que había llevado le habían quemado la piel, dejándole franjas rojizas en los antebrazos. Con los muñones de sus brazos, se movía con una notable rapidez, descendiendo un cubo en el interior del tonel e izándolo lleno de agua. Empapé el pañuelo en agua y me lo até alrededor de la boca y la nariz. Después, llené también mi cubo. Era evidente que el tonel no contenía agua suficiente para apagar las llamas. A pesar de todo, llenamos los cubos y repetimos nuestro esfuerzo una y otra vez.

Parecieron haber transcurrido horas antes de que las llamas fueran finalmente dominadas y de que el humo se hubiese despejado lo suficiente como para ver que el fuego sólo había consumido dos o tres casas. Utilizando la tierra de un cortafuegos que Matsu había cavado alrededor de las casas, se pudo controlar el fuego antes de que se extendiera más. Todos estábamos aturdidos, cubiertos de cenizas negras y de suciedad. En la distancia, pude ver la casa de Sachi, incólume. Sentada sobre los escalones, Sachi consolaba a otra mujer que había perdido su casa.

Me solté el pañuelo y me limpié la cara. Cuando Matsu se dio cuenta de que yo había estado entre los que ayudaron a apagar el fuego, se me acercó y me puso una mano en el hombro.

—Tu *o-tosan* se sentiría muy orgulloso de ti.

—¿Cómo empezó todo? —pregunté.

Matsu se frotó los ojos para ahuyentar el humo. Los tenía enrojecidos a causa del ardiente calor.

—Nadie lo sabe todavía con certeza —contestó. Luego, con un tono de voz lleno de preocupación, preguntó—: ¿Te encuentras bien? ¿Cómo te sientes?

Le sonreí. Aunque todavía me ardían los pulmones y el deseo de toser acudía a mi garganta, no quería preocuparle, así que le dije:

—Nunca me he sentido mejor.

Matsu y yo contemplamos los rescoldos del incendio y los habitantes del pueblo se reunieron a su alrededor, sin dejar de arrojar agua sobre los restos ennegrecidos que siseaban y humeaban. Observé y tragué el aire lleno de humo. La mayoría de los velos oscuros y de los vendajes de los habitantes del pueblo se les habían caído durante su desesperada lucha contra el fuego. Pero ninguna de aquellas terribles cicatrices, narices ausentes, dedos inexistentes y muñones de extremidades impidieron a ningún hombre o mujer luchar valerosamente para salvar Yamaguchi. Se quedaron alrededor de los restos, limpiándose las cenizas negras de sus rostros y haciendo ya planes para la reconstrucción.

—Ha sido una verdadera suerte que decidieras hacer esta visita —dije.

Matsu se echó a reír.

—El *kami-sama* del pueblo tuvo que haber estado hoy con Yamaguchi.

—Han tenido suerte de contar contigo —añadí.

—La suerte es que lo hayamos podido detener —asintió Matsu apartando la mirada—. Si el incendio se hubiese descontrolado, lo habrían perdido todo.

—¿Es la primera vez que han sufrido un incendio?

—Ha sido el más grande hasta ahora, que yo sepa. Tienen mucho cuidado. Hay que tenerlo cuando se vive tan alejado y aprender a sobrevivir sin verdaderos contratiempos. —Matsu sacudió la cabeza con pesar—. Imagino que eso se hace cada vez más difícil a medida que nos hacemos más viejos.

Pensé en lo difícil que tenían que ser las cosas, al estar tan alejados de toda ayuda en caso de emergencias. No había Cruz Roja a la que acudir, ni voluntarios como Pie que pudieran ayudar, ni familia en la que apoyarse. Parecía muy injusto que tuvieran que luchar siempre solos para conservar lo poco que tenían.

—*Domo arigato, gozaimasu* —oímos de pronto una voz por detrás de nosotros.

Al volvernos, vimos a Sachi tan profundamente inclinada que su frente casi tocaba el suelo.

Sachi sirvió el té verde en sus familiares tazas de arcilla, mientras nos sentábamos alrededor de su mesa baja. El olor del humo parecía haberlo impregnado todo, desde nuestras ropas hasta los tatami.

—Le dije a Tanaka-san que no guardase tantas revistas. Estaban allí, todas guardadas, preparadas para encenderse con una sola chispa —dijo Sachi con un

movimiento de pesar de su cabeza—. Ahora han perdido todo lo que tenían.

—Eso se puede sustituir —intervino Matsu.

—No tendrían por qué reconstruir su vida dos veces —observó Sachi con tristeza.

—Mientras estén vivos para hacerlo, eso es lo que importa —afirmó Matsu mientras tomaba su té, para luego empujar la taza hacia Sachi, que se la rellenó.

—Nunca había visto tanto valor —añadí.

Sachi levantó la mirada y sonrió.

—No es un acto de valor tratar de salvar el propio pueblo. Es un instinto por proteger lo que se posee. El valor es cuando alguien que no tiene nada que perder interviene para ayudar, como por ejemplo Matsu-san y tú, Stephen-san. Vosotros sois los valientes.

—Teníamos que perder mucho más de lo que te podías imaginar —dijo Matsu.

Observé cómo Sachi bajaba la mirada y se ruborizaba. Me tomé rápidamente el resto del té y me levanté.

—Creo que voy a darme una vuelta por ahí para ver qué ocurre —dije, mirándolos a los dos.

—Ten cuidado, Stephen-san —oí la voz de Sachi tras de mí, al tiempo que cerraba la puerta.

Una vez que finalmente se despejó el humo, las lámparas de aceite emitieron un débil resplandor amarillo en la oscuridad. El denso olor del humo y de los árboles chamuscados permanecería durante más tiempo. Los habitantes del pueblo, que calculé que debían de ser unos cien, se hallaban reunidos cerca de la zona quemada para rezar y ofrecer su agradecimiento al *kami-sama* del pueblo, ante un altar improvisado.

Decidimos pasar la noche en Yamaguchi. No tenía sentido hacer toda la caminata de regreso a Tarumi sólo para volver al día siguiente para ayudar a limpiar. Quienes habían perdido sus hogares se instalaron con otros del pueblo, cuyas barracas atestadas se convirtieron en un bien recibido refugio. Matsu y yo nos quedamos en la casa de Hiro-san, uno de los hombres del pueblo. Él y yo ya nos habíamos hecho buenos amigos transportando cubos de agua desde el tonel hasta el incendio. En cuanto se enteró de que Matsu y yo nos quedábamos, fue el primero en ofrecernos voluntariamente pasar la noche en su casa.

—Hemos pasado por momentos más duros que éste —me dijo más tarde Hiro-san—. Nadie puede decirle a la madre naturaleza lo que debe hacer. Estamos impotentes en sus manos. —Hizo oscilar sus deformados brazos delante de mí y sonrió, en una boca sin dientes. Estábamos sentados en el suelo de su pequeña casa de dos habitaciones.

Estaba todo limpio y desprovisto hasta de los más sencillos lujos y posesiones—. Hace años, en 1923, sufrimos un terremoto que no dejó una sola casa en pie.

—¿Resultó muerto alguien?

—Enterramos a algunos —contestó, señalando por la ventana hacia otro claro—. Por ahí, detrás de esos árboles. Pudo haber sido peor si hubiésemos tenido casas más fuertes. Afortunadamente, nuestros materiales ligeros se cobraron menos vidas cuando se derrumbaron.

Hiro golpeó ligeramente las delgadas paredes de la casa, compuestas principalmente por piezas de *shoji* y restos de madera claveteados juntos.

—¿Cómo conseguís traer los materiales hasta aquí arriba? —pregunté.

Era la primera vez que cobraba conciencia de que, en Yamaguchi, todo tenía que ser transportado montaña arriba.

Hiro señaló hacia la otra habitación pequeña, donde Matsu estaba preparando las ropas de cama.

—Principalmente a través de Matsu-san —contestó en voz alta y clara—. Al principio, no habríamos podido sobrevivir sin su ayuda. Él es el verdadero *kami* de Yamaguchi, que es lo que probablemente le ha traído hoy hasta aquí.

—Nunca deja de sorprenderme —asentí con un gesto de orgullo.

Hiro desplazó las piernas bajo su *zabuton* y bajó el tono de voz.

—Conozco a Matsu-san desde hace más años de los que soy capaz de recordar y nunca ha sido un hombre expresivo.

—Supongo que eso mismo se podría decir de todos los habitantes de Yamaguchi.

—¿Y qué me dices de ti, Stephen-san? —replicó Hiro echándose a reír—. ¿Qué es lo que nos dice tu perfecta cara?

—Que tengo muchas cosas que aprender —contesté, inclinándome y llenándole la taza de té.

Me desperté más temprano que Hiro y que Matsu, con los músculos tensos y doloridos por la lucha contra el fuego. Me levanté despacio del futón, venciendo el apagado dolor que sentía en brazos y piernas, me vestí en silencio y luego salí a hurtadillas por la puerta, antes de que ellos se despertaran. El sol acababa de salir y la mayoría de los habitantes de Yamaguchi seguían dormidos. Respiré profundamente y noté la garganta seca e inflamada. El pesado olor del humo pendía aún en el aire, mientras que la cicatriz negra y quemada del incendio del día anterior aparecía ahora desnuda y tosca bajo la luz gris de la mañana. Oí débilmente los apagados sonidos de alguien al moverse en el interior de una de las frágiles cabañas. Empecé a caminar lentamente hacia la casa de Sachi, aun sabiendo que todavía era demasiado temprano como para molestarla. Sin embargo, experimenté la extraña necesidad de ver de nuevo el jardín de rocas, de sentarme en medio de su silencio y pensar en cómo iba a poder soportar de nuevo el ruido de Hong Kong.

Caminé alrededor de la casa hacia la puerta batiente, tal como hicimos el día que Matsu y yo llegamos de visita. La puerta emitió un débil crujido al abrirse y la cerré suavemente. Al volverme, la luz brillante del sol matinal acababa de llenar el jardín, encendiendo con su resplandor la corriente de rocas. Me quedé allí de pie, contemplando la forma en que la luz jugueteaba sobre las rocas, consciente de que, al cabo de pocos momentos, el sol volvería a cambiar de posición y, una vez más, el jardín parecería diferente.

—*Ohayogozaimasu*, Stephen-san.

Di un salto, sorprendido al oír la inesperada voz de Sachi. Al volverme vi que acababa de salir de la casa, vestida con un kimono de algodón azul y cerraba la puerta *shoji* tras ella. Sachi parecía muy delgada y pequeña, pero su presencia llenó inmediatamente el jardín con una vida propia. Fue como si, de repente, hubiese elevado el jardín de su quietud, dándole un alma. Se acercó y se inclinó para saludarme, irguiéndose después lentamente y quitándose por completo el velo oscuro que cubría su cabeza y ocultaba sus cicatrices.

—Creí haber oído a alguien aquí fuera —dijo con una sonrisa—. Te has levantado muy temprano, Stephen-san.

—*Ohayogozaimasu* —la saludé con una inclinación—. Ya no podía dormir.

Una vez que me hube erguido, Sachi levantó la mano para protegerse los ojos contra la brillante luz de la mañana.

—Me parece que yo tampoco duermo mucho —asintió con una sonrisa—. Me siento demasiado ansiosa allí tumbada. Tiene mucho más sentido levantarse y empezar a hacer algo.

Respiré el aire cálido, matizado por el humo y me sentí feliz y triste a un tiempo en el silencioso jardín, en compañía de Sachi. Surgieron de nuevo los mismos pensamientos incordiantes de tener que abandonar Tarumi. Cada día que pasaba, a medida que la guerra se extendía en China, la voz incorpórea de la radio hacía llamamientos para que más hombres jóvenes japoneses se incorporaran a filas «para cumplir los deseos de su majestad imperial» o para «disipar las ansiedades de vuestro emperador». La carta de Pie y el gran número de refugiados que inundaban Hong Kong me inducían a pensar que era sólo cuestión de tiempo el que llegara el momento en que tendría que abandonar a Matsu y a Sachi. Trataba, sin embargo, de contener aquellos perturbadores pensamientos, para no perder ni uno solo de los preciosos momentos de nuestra mañana juntos.

—¿Y Matsu-san? —preguntó Sachi.

—Todavía está dormido.

—Debe de estar agotado —asintió Sachi—. A menudo me pregunto de dónde saca tanta energía. —Miró alrededor de su inmaculado jardín y luego me tocó el brazo ligeramente—. Ven, Stephen-san. Quisiera mostrarte algo.

La seguí hacia el fondo del jardín, donde unas grandes rocas formaban, de modo natural, una pequeña ladera montañosa. Pude observar los lugares en los que Matsu

había dejado su toque especial, llenando las grietas con corrientes de rocas que parecían descender en cascada, bordeadas por manchas de musgo verde. Sachi caminó por un estrecho sendero, con rapidez y firmeza. A medio camino se detuvo y se volvió para asegurarse de que yo la seguía. Luego, se arrodilló y miró entre las rocas. Yo seguí la dirección de su sonriente mirada para ver lo que había descubierto. Allí, entre dos grandes rocas, surgía un ramillete de flores, asombrosamente hermosas, como un destello de azul púrpuro elevándose entre una extensión de hojas verdes que, de algún modo, lograban aferrarse y prosperar entre las apagadas piedras grises.

—¿Cómo es posible que puedan crecer ahí? —pregunté, extrañado de que algo tan delicado pudiera crecer entre las rocas.

—Es uno de los pequeños milagros de la vida —contestó ella con una sonrisa—. Como diría Matsu, no se puede cambiar la voluntad de los dioses una vez que ésta se ha establecido.

Los capullos, en forma de burbuja, brotaban en el extremo de unos tallos altos y delgados, como varillas de incienso.

—Son muy hermosos —afirmé.

—Y tenaces —dijo Sachi echándose a reír, al tiempo que sostenía suavemente uno de los capullos entre sus dedos—. Se les llama flores globo. ¿Ves cómo los capullos tienen la forma de pequeños globos?

Asentí con un gesto, feliz. Luego, me apoyé contra una roca y observé a Sachi con atención, mientras ésta cuidaba de los capullos. Pude ver en su rostro lo mismo que había observado cientos de veces en el de Matsu cada vez que trabajaba en su jardín: una serenidad perfecta. También empecé a preguntarme si las flores globo serían realmente un milagro o si quizá Matsu había plantado secretamente las semillas, sabiendo que Sachi no tardaría en descubrir su belleza.

Entonces, como si hubiera adivinado mis pensamientos, Sachi levantó la mirada hacia mí.

—El tiempo cambia algunas cosas —dijo—. Recuerdo una época en la que apenas podía soportar la vista o el aroma de una flor. No me aportaban nada, ni belleza ni serenidad. —Sachi señaló el jardín con un amplio gesto—. No quería permitir que Matsu plantara ninguna flor en este jardín, porque lo consideraba muy difícil para mí. Las flores me recordaban el pasado, me hacían pensar en Tomoko y en todo lo que había sucedido en mi vida sólo para abandonarme después de una corta y hermosa floración.

—¿Y ahora? —le pregunté.

Sachi se frotó las manos y, todavía arrodillada, se echó hacia atrás, apoyada sobre las piernas.

—Ahora, Stephen-san, me siento agradecida por cualquier tipo de belleza que pueda encontrar la forma de llegar hasta Yamaguchi. Jamás soñé que, después de todos estos años, tendría la buena fortuna de encontrar a un nuevo amigo como tú.

Guardé un momento de silencio, pensativo y me pasé los dedos por entre el cabello.

—No estoy muy seguro de cuánto tiempo más podré permanecer en Tarumi. La guerra parece estar dictando mi futuro.

Sachi asintió tristemente con la cabeza.

—¿Lo ves, Stephen-san? Ni siquiera en Yamaguchi podemos ocultarnos de eso. Todos estamos afectados por esa locura.

No supe qué decir. Resultaba difícil imaginar que nuestros dos países estuviesen en guerra y que Sachi y yo debiéramos ser enemigos. Sentí la mirada de Sachi sobre mí.

—No importa lo que suceda, sé que siempre seremos amigos —le dije sencillamente.

—Jamás me habría imaginado otra cosa, Stephen-san —dijo ella con una dulce sonrisa.

De repente, recordé a Kenzo, a quien había olvidado casi por completo en medio de la agitación del incendio.

—Siento mucho la pérdida de tu viejo amigo, Kenzo-san.

Sachi bajó la mirada hacia las flores globo y luego me miró de nuevo, esta vez con una expresión dolorida.

—Siempre había confiado en que pudiéramos encontrar una forma de vivir en paz el resto de nuestras vidas. Recé a los dioses para que así fuese, pero no había de ser así.

—Creí estar soñando cuando te vi en el entierro de Kenzo-san —le dije.

No tenía ni la menor idea de cuál podría ser la respuesta de Sachi, y tampoco quería ponerla en una situación embarazosa.

Pero Sachi me contestó sin vacilar.

—Deseaba estar segura de que el espíritu de Kenzo descansaría en paz. Sabía que para mí era importante despedirme de algún modo de él. No decidí acudir al entierro hasta el último momento, de modo que Matsu no sabía que estaría allí. De haberlo sabido, se habría preocupado innecesariamente.

—No le dije a Matsu que te había visto —me apresuré a añadir, contento ahora de haber guardado su presencia en secreto.

Sachi se inclinó profundamente ante mí.

Permanecemos sentados en silencio como si una cálida mano invisible se hubiese cerrado a nuestro alrededor, protegiéndonos. Pero eso no duró mucho tiempo. La jornada se iniciaba poco a poco y se podían oír los característicos sonidos del pueblo que despertaba, las voces diseminadas, los pesados calderos de agua puestos a calentar sobre las piedras calientes para hervirla para el té o el arroz.

Deseaba hacerle muchas preguntas a Sachi y las voces distantes infundieron valor a la mía.

—¿Nunca sentiste deseos de vivir con los demás, en el pueblo? —pregunté.

Sachi respiró profundamente y se tomó su tiempo para contestar.

—No recuerdo haber tenido que tomar siquiera esa decisión. Fue Matsu quien me construyó esta casa, algo alejada del pueblo. En aquella época, sabía que no podría soportar el estar tan cerca de los demás. Fue él quien transportó todas las maderas y las piedras montaña arriba, cuando nadie se atrevía a acercarse por aquí. En muchos sentidos, fue Matsu quien construyó Yamaguchi. Muchos de nosotros habríamos muerto sin él.

—Eso mismo fue lo que me dijo Hiro-san.

—Ah, sí, Hiro-san ha estado en Yamaguchi desde el principio.

—¿Y qué hizo Kenzo-san? —me atreví a preguntar.

Esta vez, Sachi apartó la mirada durante más tiempo. Esperé pacientemente a que contestara.

—Parece como si todo hubiese ocurrido hace mucho tiempo. A veces pienso que he vivido dos vidas separadas, una como una jovencita tonta y superficial, y la otra como una mujer sabia que acabó por aprender, aunque demasiado tarde, lo que es realmente importante en la vida. Lo único que recuerdo es que, cuando me sentí afectada por la enfermedad, Matsu fue el único a quien pude soportar ver.

—Pero ¿por qué Matsu? Si apenas lo conocías.

—Quizá fuera ésa la razón. Eso y el hecho de que él fuese el único que pudo ayudarme a comprender la muerte de Tomoko cuando me parecía algo tan sin sentido. Luego, al verme afligida por la enfermedad, sentí pánico y no había nadie en quien apoyarme.

—¿Ni siquiera en Kenzo?

—Especialmente no en Kenzo. ¿Cómo podría explicártelo, Stephen-san? Él era alguien muy querido para mí, alguien a quien amaba mucho, pero siempre supe que faltaba algo entre nosotros. Cuando se es joven, se disculpan muchas cosas con la esperanza de que terminarán por enderezarse con el tiempo. Kenzo era un buen hombre, pero nunca tuvo la fortaleza interior para afrontar una tragedia así. Mientras las cosas se desarrollaron suavemente, todo fue bien. Cuando la enfermedad me afectó, supe que él jamás entendería realmente cómo podía sucedernos algo tan deshonesto.

—Pero no hay excusa. Es algo que se podría haber tratado, haber mantenido bajo control.

Sachi negó con un gesto de la cabeza.

—En aquel entonces no teníamos ni la menor idea de lo que había que hacer. Lo único que sabía es que finalmente acabaría convirtiéndome en un monstruo y que tenía algo que ver con alguna debilidad que había dentro de mí.

—¿De modo que acudiste a Matsu?

Sachi se quedó mirando fijamente hacia algún punto y luego casi susurró:

—Fue Matsu quien me encontró sumida en mi más profunda vergüenza.

Guardé silencio, con la esperanza de que Sachi terminaría por encajar todas las piezas del rompecabezas que yo trataba de armar. Pero, al ver que no continuaba, pregunté:

—No lo entiendo. ¿Cómo te encontró Matsu?

—Es una larga historia, Stephen-san —contestó Sachi, al tiempo que se inclinaba hacia delante y acariciaba las flores con ternura.

—Por favor, si quieres contármela, me sentiría muy honrado de escucharla.

—A veces es mejor desprenderse del pasado —dijo Sachi, titubeante.

—A veces no puede uno desprenderse del pasado sin afrontarlo de nuevo —observé.

—Eres tan tenaz como estas flores, Stephen-san —dijo ella con una sonrisa—. Ya veo que no te marcharás de esta casa sin llevarte contigo una parte de mi pasado.

—Sólo si me haces el honor de compartirlo conmigo.

Sachi me miró atentamente durante un rato y luego se tocó las cicatrices blanquecinas que se extendían por el lado izquierdo de su cara. Respiró de nuevo profundamente y expulsó el aire con lentitud.

—Debes de tener hambre, Stephen-san. Entremos en la casa. El arroz ya debe de estar listo.

Sin decir otra palabra, Sachi se incorporó, se limpió el kimono de polvo e inició el camino de regreso por el sendero. Me levanté lentamente y la seguí, asumiendo que no quería hablar del asunto. Pero cuando Sachi llegó al final del sendero, se volvió hacia mí y dijo:

—No quisiera que escucharas mi historia con el estómago vacío.

Me senté ante la familiar mesa baja, negra y lacada de Sachi, mientras ella desaparecía en la cocina. Regresó al poco tiempo con una bandeja en la que había té recién hecho, verduras troceadas y dos cuencos de humeante arroz. Se arrodilló ante la mesa y dejó la bandeja delante de mí. La comida estaba caliente y deliciosa. Había olvidado lo reseca que tenía la garganta al despertarme por la mañana. Había salido de la casa de Hiro sin beber o comer nada, de modo que el arroz y las verduras preparadas por Sachi fueron como un regalo para mí. Una vez que hube terminado, ella empujó su cuenco hacia mí sin decir una palabra y, con un gesto, me indicó que comiera algo más. Agradecido, observé cómo Sachi tomaba un sorbo de su taza de té. Por la forma en que miraba sin ver, más allá de donde yo estaba, sabía que ya se hallaba profundamente sumida en sus recuerdos. Guardé silencio y permanecí a la espera. Luego, con una voz suave y clara, Sachi empezó a contarme su historia.

—Si yo hubiera sido valiente como alguno de los otros, ahora estaría en el otro mundo. Todavía recuerdo el agua salada del océano, manchada con el rojo de la sangre, en aquella mañana de hace tantos años. A menudo recuerdo también la voz de mi padre al contarme cómo los samuráis mantienen su honor cometiendo el *seppuku*. La parte más difícil era la de hundir el cuchillo por primera vez. Después de que la hoja te desgarrase el vientre, desaparecía todo dolor mundano.

»Todavía sueño a veces que tengo la oportunidad de hacerlo todo de nuevo, sólo que esta vez nado hacia el interior de ese océano enrojecido. Entonces, al menos, no habría recuerdos. Sé que fue un deseo infantil pensar que podía olvidar, pero los recuerdos no se han desvanecido con el tiempo, como yo esperaba. A los diecisiete años, ya había avergonzado a mi familia dos veces; la primera cuando la enfermedad me eligió y luego cuando fui demasiado débil como para honrarlos con mi muerte.

»Mi padre había confiado en que, al dar por terminada mi vida, podría recuperar el honor de nuestra familia. Al final, ni siquiera le permití alcanzar eso. Habría sido, simplemente, hacer el *ko*, someterse a sus deseos. Era una obligación, el deber supremo de una hija, el cumplir con los deseos de sus padres, pero yo le fallé a mi padre.

»Sólo ahora, cuando ya me dirijo hacia el final de mi vida, empiezo a comprender la enorme tarea que él me pedía y a perdonarme a mí misma por no haberla sabido cumplir. Y, como una niña, *Stephen-san*, he alcanzado esa edad en la que ya no me siento afectada por la vergüenza, en la que soy finalmente libre para contarte mi historia que siento, incluso ahora, como si todavía fuese *kino* y estuviese llena de muchos sueños.

—Recuerdo la primera vez que conocí a Matsu. Yo tenía doce o trece años y había ido a visitar a Tomoko. Hasta entonces únicamente había visto a su hermano desde la distancia o de pasada. Matsu tenía tres años más que yo y ya era un joven más musculoso que la mayoría de los hombres del pueblo. Se parecía a su padre; los dos eran corpulentos y silenciosos cuando trabajaban juntos en el jardín de su casa. Tomoko, que tenía la belleza frágil de su madre, parecía no tener nada que ver con los dos hombres a los que conocí aquella mañana. Me saludaron torpemente con rápidas inclinaciones y mientras su padre iba a buscar a Tomoko, Matsu regresó a su trabajo, allanando suavemente la tierra alrededor de una nueva planta. Me quedé allí de pie, a su lado, sobre mis sandalias de madera, balanceándome de un lado a otro sobre las piedras planas y desiguales que cubrían el camino de acceso a su casa, preguntándome si acaso no debería tratar de entablar con él una conversación amable.

»“*Sumimasen*, Matsu-san —le dije tímidamente—. ¿Qué es lo que estás plantando”.

»Matsu tardó un momento en levantar la mirada, como si no estuviera muy seguro de si me dirigía a él o no. “*Crisantemos*”, me contestó finalmente.

»Después de eso, Tomoko y yo vimos con frecuencia a Matsu caminando desde el pueblo hasta la casa de la playa de tu *oji-san*. Al cruzarse con nosotras en el camino, murmuraba algo y nos dirigía una inclinación y hubo momentos en los que, con un ánimo juguetón, Tomoko regañaba burlonamente a su hermano por ser tan hosco. “Matsu —le decía, riéndose—, pareces un viejo. ¡Ven con nosotras a la playa!”. Pero él se encogía de hombros y se alejaba rápidamente de nosotras. A veces, al volverme, me daba cuenta de que Matsu se había detenido y se nos quedaba mirando mientras nosotras seguíamos riendo y bajando hacia la playa.

»“¿Qué le sucede a Matsu?”, le pregunté a Tomoko una de aquellas tardes.

»“No le pasa nada —contestó Tomoko, poniéndose seria—. Es como mi padre. Se relacionan mejor con los árboles de la seda y los crisantemos que con la gente”.

»En aquella época no se me ocurrió preguntarle nada más. Después de todo, Matsu sólo era el hermano mayor de Tomoko. Achaqué su distanciamiento a algo que jamás me afectaría a mí.

»No obstante, mi amistad con Tomoko floreció. Lo hacíamos todo juntas y fuimos creciendo como tallos de bambú. Aunque a veces nos inclinábamos de uno u otro lado, se habría necesitado mucha fuerza para quebrarnos. Incluso ahora, después de tantos años, sonrío al recordar que lo único que le fastidiaba a Tomoko de mí era que fuese ligeramente más alta que ella. Y, como la mayoría de las cosas que tienen que ver con el aspecto, era muy consciente de ello y procuraba caminar con los hombros muy erguidos y la cabeza regiamente levantada para alcanzar así un poco más de altura que la igualara conmigo. Por mi parte, de buen humor, yo procuraba encogerme un poco.

»Tomoko poseía una chispa que parecía encender todo lo que tocaba. Nadie podía sustraerse a su belleza y entusiasmo. Lo hacía todo rápidamente, desde las tareas de la escuela hasta el trabajo de la casa. Ahora que lo pienso, quizá lo hiciese demasiado rápidamente. A veces, un cuerpo puede llegar a quemarse demasiado de prisa. Pero yo la esperaba cada día con impaciencia, sabiendo que una vez que terminara con su trabajo, acudiría a buscarme a mi casa. Y, por mucho trabajo que yo tuviese, Tomoko siempre me convencía para seguirla. Generalmente, paseábamos hasta la playa, con vestidos de algodón al estilo occidental, que la madre de Tomoko nos había cosido accediendo a los ruegos de su hija. Tomoko siempre quiso ser la primera en hacer las cosas de modo diferente a como lo hacían las demás muchachas y yo siempre estuve dispuesta a ser su cómplice.

—Fue justo al cumplir los catorce años, cuando Kenzo empezó a prestarnos más atención. En ocasiones, él y sus amigos aparecían por la playa o formaban grupitos delante del salón de té de su padre, donde Kenzo ayudaba después de la escuela. Al principio, pensé que se interesaba por Tomoko, pero lentamente empezó a hablarme

más a mí. Tomoko bromeaba conmigo, diciéndome: “¿Lo ves, Sachi?, Kenzo-san ni siquiera me ve cuando tú estás. ¡Es como si yo fuese invisible!”.

»Pero Tomoko distaba mucho de ser invisible. Era demasiado hermosa como para pasar desapercibida. Y aunque era cortejada por muchos de los jóvenes de Tarumi, nunca demostró verdadero interés por ninguno de ellos. Siempre hablaba de marcharse a Tokio después de la escuela secundaria, de encontrar trabajo allí en unas grandes oficinas o quizá en unos grandes almacenes donde se vendiera la ropa de la última moda. Estaba decidida a no permitir que ningún muchacho del pueblo arruinara sus planes. Incluso de joven, siempre pareció ser muy consciente de lo lejos que podría llegar con su belleza. A veces, todavía me pregunto si todavía estaría entre nosotros en el caso de que hubiese valorado también otras cosas. Aunque eso no habría evitado el verse afectada por la enfermedad, quizá le hubiese permitido soportarla. Eso, sin embargo, parece otra historia, Stephen-san.

»Al principio, yo no sabía que Kenzo y Matsu eran muy buenos amigos. Descubrí de improviso ese hecho un buen día en que los vi juntos en el salón de té. Era la primera vez que veía a Matsu como una verdadera persona, capaz de reír y conversar cómodamente. Pero, en cuanto di a conocer mi presencia, Matsu se levantó, se inclinó amablemente ante mí y volvió a transformarse en el silencioso hermano de Tomoko.

»“¿Cómo es que conoces a Matsu-san?”, le pregunté a Kenzo. Se limitó a sonreír y contestó: “Bueno, Tarumi no es precisamente una gran ciudad. Matsu siempre ha sido amigo mío”.

»“Pues yo creía que no le gustaba la gente”, le dije ingenuamente.

»Kenzo se echó a reír. “Sólo alguna gente”, dijo.

»Después de eso, hice unos pocos y débiles intentos por hablar con Matsu cuando visitaba a Tomoko, pero sus contestaciones bruscas me hicieron pensar que quizá yo fuese una de aquellas personas con las que prefería no relacionarse.

»Estuve demasiado cegada por mi juventud y por lo que creía que era una vida bendecida por la buena fortuna, como para darme cuenta de la realidad. Kenzo y yo fuimos haciéndonos cada vez mejores amigos y, al cumplir yo los quince años, fuimos prometidos por nuestros padres. Me preparé para convertirme en su esposa aprendiendo de mi madre a cocinar las comidas que a él le gustaban, como la col adobada y el *tonkatsu*, y a mantener la casa limpia y ordenada. Durante aquellos meses de preparación, todo el mundo y todo lo demás quedó simplemente sumido entre las sombras. Me avergüenza confesar, Stephen-san, que no empecé a conocer realmente a Matsu hasta que ocurrió la tragedia de Tomoko y, después, la mía.

—Así pues, había transcurrido ya casi un año desde la muerte de Tomoko cuando me apareció un eczema blanquecino en el antebrazo izquierdo. La superficie afectada no era más grande que una moneda de yen. Al principio, no le di importancia hasta que empecé a sentirme febril y mareada y me di cuenta de que el eczema no desaparecía.

Tuve que admitir entonces que aquello podían ser las señales de la enfermedad. Llena de pánico al recordar que había sido un eczema lo primero que apareció en el rostro de Tomoko, lo oculté a mi familia bajo la manga del kimono y, al cabo de un tiempo, el eczema empezó a desvanecerse, para regresar pocos meses más tarde. Para entonces, nuestras respectivas familias ya habían elegido una fecha para celebrar el matrimonio entre Kenzo y yo. Yo todavía era muy joven y, hasta entonces, había dado gracias a los dioses por aquella unión afortunada con el joven al que amaba. Pero cada vez que me atrevía a mirar el abultado eczema, era como una pesadilla para mí. No sabía a quién pedir ayuda y fue entonces cuando pensé en Matsu. Él había sido muy amable y comprensivo cuando Tomoko se quitó la vida. Era el único que no temía hablarme de su muerte, el que me aseguró que Tomoko hubiese querido que yo siguiera adelante con mi vida. Tuve la sensación de que podía confiar en él para que me ayudase a afrontar lo que fuese.

»Una tarde, cuando sabía que Matsu estaría trabajando en la casa de tu familia, me detuve para hablar con él. Recuerdo que me sentía muy asustada. En realidad, no sabía lo que le iba a decir. De algún modo rezaba para que él supiera qué hacer para que desapareciese el eczema.

»“*Konnichiwa, Matsu-san*”, le saludé. Se quedó tan sorprendido al verme que casi estuvo a punto de tropezar al incorporarse del lugar donde estaba plantando islotes esféricos de musgo verde. Incluso ahora me siento mal, porque, durante meses, no le había dirigido la palabra, a pesar de lo amable que había sido conmigo, al consolarme por la muerte de Tomoko. A pesar de todo, aquel día en el jardín de tu *oji-san*, Matsu se inclinó profundamente ante mí y me dijo: “Me siento muy honrado de volver a verte, Sachi-san”.

»No supe qué decir, de modo que, simplemente, extendí hacia él mi brazo izquierdo desnudo. Al principio, Matsu retrocedió un paso, como si le pudiese golpear en caso de acercarse más. “¿Qué es?”, le pregunté al tiempo que señalaba la mancha abultada y pálida. Inmediatamente, se acercó más, me tomó la mano en la suya y pasó los dedos ligeramente sobre el eczema. Matsu nunca pareció sentir miedo alguno ante la enfermedad, ni de ninguno de los que vivimos aquí, en Yamaguchi, incluso después de habernos convertido en monstruos para el resto de los habitantes de Tarumi.

»“¿Es lo mismo que afectó a Tomoko?”, le pregunté.

»Matsu guardó silencio durante largo rato, antes de contestar: “No puedo estar seguro. ¿Has visto al *isha*?”.

»Por aquella época había un joven médico de vacaciones en el pueblo. Le contesté que no se lo había mostrado a nadie. Le dije que no quería que mi familia o Kenzo lo supieran. Matsu se inclinó y me pidió que lo esperase, que él se ocuparía de todo. Luego, se marchó. Pareció transcurrir una eternidad antes de que volviera, pero cuando lo hizo traía consigo las ciruelas más rojas que haya visto jamás. “Cómelas — me dijo—. Te darán fortaleza. Le he pedido al joven médico que acuda a vernos

aquí”. Luego, me trajo agua fresca y comimos y bebimos mientras esperábamos a que viniera el médico. En aquellos momentos habría hecho todo lo que Matsu me pidiera pero, mientras aguardábamos, creo que no pronuncié más de dos palabras. Más tarde, tras la llegada del médico, guardé silencio mientras él examinaba mi brazo y confirmaba mis peores temores. “Lo siento —me dijo el médico, sacudiendo la cabeza con pesar—. Cada día aparecen nuevos tratamientos que pueden ayudar a mantener la enfermedad bajo control”, siguió diciendo, pero yo sólo recuerdo que un enorme grito llenaba mi cabeza, ahogando el resto de sus palabras. Cuando me calmé, sólo pude escuchar la voz serena de Matsu que hablaba con el médico, dándole las gracias por el tiempo que me había dedicado. A continuación, el médico se marchó con una cesta llena de ciruelas y Matsu me acompañó en silencio hasta mi casa.

»Oculté el eczema durante todo el tiempo que pude. Matsu intentó convencerme de que se lo dijera a mi familia, pero yo me sentía demasiado avergonzada. Sabía que sería una gran deshonra que mi padre tendría que soportar y ni siquiera me imaginaba diciéndoselo a Kenzo. Entonces, varios meses después de que apareciera el eczema sobre mi brazo, éste empezó a extenderse por el cuello, hacia mi cara. Sabía que ya no podía ocultar la verdad por más tiempo. Sólo era cuestión de tiempo antes de que todo el mundo se diese cuenta.

»La noche en que se lo conté a Kenzo, él creyó que se trataba de una broma. “¡Pero si eres muy hermosa! —exclamó, echándose a reír—. ¿Quién te ha inducido a esto?”. Entonces, le mostré las señales de la enfermedad. Nunca olvidaré la expresión de sus ojos al darse cuenta de que no era ninguna broma: apareció en ellos una mirada de temor y de revelación. Soltó entonces mi mano rápidamente y, sin decir una sola palabra, retrocedió ante mí y se alejó. Después de eso, ya nunca volví a ver a Kenzo hasta aquel día, en casa de tu *oji-san*. Ahora, incluso después de tantos años, veo la misma expresión de traición en sus ojos.

»No quiero que te enojas con los muertos, Stephen-san. Kenzo no supo qué otra cosa podía hacer. Ahora sé que todo aquello fue demasiado para él. Estaba convencido de que la vida debía ser simple y uniforme, llena de un cierto sentido del orden y del honor. Al final, él estuvo conmigo a su modo, de la única forma que sabía.

»Al principio, mi padre también se negó a aceptarlo. Casi me arrastró hasta el santuario Tama para rezar y ser purificada por una curandera. Cuando todo demostró ser inútil, recurrió a probar el tratamiento *moxa*, consistente en encender un pequeño cono de polvo directamente sobre mi piel para que hiciera desaparecer el eczema por medio de la combustión. Aparte del dolor agónico y del olor a carne quemada, que nunca olvidaré, el eczema ennegrecido pronto reapareció y se extendió hacia otro lugar. Mi padre ya no quería mirarme y mi madre se limitaba a llorar. Para entonces, otros cuatro habitantes del pueblo habían hallado en sus cuerpos señales de la enfermedad. Tuvo que haberse estado incubando durante años antes de que saliera a la luz en aquellos de nosotros que fuimos más susceptibles. Mi padre temía que

podiera contagiar a mi hermano pequeño y los habitantes del pueblo también estaban asustados. Querían que los afectados se alejaran de ellos. Se habían oído rumores sobre la existencia de un lugar para los de nuestra clase, oculto en las montañas, pero nadie creía realmente que existieran esas gentes en las montañas. No podíamos ir a ninguna parte, no había forma de saber qué sería de nosotros. Parecía más fácil acabar sencillamente con nuestras vidas.

»No me quedaba ninguna otra cosa por hacer. Lloré hasta que ya no me quedaron más lágrimas. Luego, recé durante un día y una noche, para que los dioses me infundieran fortaleza. A la mañana siguiente, los afectados por la enfermedad tratamos de acabar con nuestra miseria y restaurar el honor de nuestras familias. Mientras los habitantes del pueblo aún dormían, los cinco nos dirigimos en silencio hacia la orilla del mar.

—Incluso ahora siento las olas frías que empujaban y tiraban de mis piernas mientras yo permanecía arrodillada esa mañana en el agua. Había una bandada de pájaros que volaban por encima, como si hubiesen acudido a observar, animándonos con sus chillidos. Cuando el agua ya me rodeaba vi a un hombre, el padre de una amiga del colegio, caminar recto hacia el océano. No regresó jamás, no vaciló ni un instante. En un momento estaba allí y al siguiente había sido tragado por el mar. Era como una pesadilla.

»Una mujer de mayor edad que yo extrajo un cuchillo de la manga de su kimono, levantó las manos y se hizo profundos cortes en las muñecas. Recuerdo cómo le corría la sangre a borbotones por los brazos, tiñendo de rojo el agua a su alrededor. Se volvió a mirarme y con una sonrisa extraña y serena se inclinó hacia mí y me tendió el cuchillo. Lo sentí muy ligero y frío en mi mano. Me pregunté cómo podría acabar con una vida. Observé la hoja afilada y vi mi mano cubierta con la sangre de la mujer. Hubiera querido gritar, pero pareció como si, de repente, hubiese perdido la voz. El cuchillo se me cayó rápidamente de la mano al agua.

»“No te asustes, muchacha —murmuró la mujer mayor—. Encuentra el cuchillo y pon fin a tu miseria. Devuelve el honor a tu familia”.

»Pero en ese momento supe que no tenía el valor de Tomoko ni el de aquella mujer que agonizaba delante de mí. Al adelantarse hacia mí, la empujé hacia atrás y ella cayó de rodillas, sin dejar de gritarme que acabara con mi vida cuando, de pronto, una ola se abalanzó sobre ella.

»Di media vuelta, apartándome de ella, y eché a correr. Corrí y corrí, alejándome de la playa y de todos los muertos y moribundos. Ni siquiera ahora recuerdo lo que pensaba. El mayor honor que hubiera podido darle a mi familia era el de mi propia muerte y, sin embargo, me alejaba corriendo de ella. Estaba asustada y no cumplía con mi obligación, no les ofrecía el *ko* a mis padres. Y, sin embargo, una voz dentro de mí seguía diciéndome que escapara de allí. Me alejé de Tarumi como si todo el

pueblo fuera el enfermo. Al caer la noche, me oculté entre los árboles, a lo largo del camino que ahora conduce a Yamaguchi.

»Aquella primera noche sentí mucho frío y tuve mucha hambre. Empecé a pensar que quizá la muerte era, después de todo, mejor que la vida. Jamás había sentido antes aquel vacío negro de abandono, pero sabía que nadie me buscaría. Por lo que a mi familia y al pueblo respectaba, me había ahogado con los otros en aquella mañana. Todo había sido planeado sin que nadie lo supiera. Cada uno de nosotros había dejado notas para sus familias, en las que expresábamos la esperanza de honrarles mejor en el otro mundo. La noche anterior me había despedido de mi familia por última vez, sabiendo que en cuanto saliera de la casa a la mañana siguiente, dejaría de ser una carga para ellos. La única forma en que podía honrarles era permitiéndoles pensar que estaba muerta.

»Pero a la mañana siguiente, en medio de los bosques, me despertó el sonido de unos pasos. Tenía tanto frío que había tratado de protegerme con un montón de hojas. Si me movía, seguramente llamaría la atención hacia donde me encontraba, así que permanecí quieta y en silencio, con la esperanza de que, fuera quien fuese, continuara su camino. Recuerdo que, a través de las hojas que me cubrían, me quedé contemplando el cielo muy azul. Estaba tan nítido y claro que casi parecía irreal. Al oír que los pasos se acercaban, cerré los ojos y empecé a rezar a los dioses. Al abrir de nuevo los ojos, oí la respiración de alguien y casi sentí el calor de otro cuerpo, de tan cerca como estaba de mí. Entonces oí su voz, que me llamaba, en voz baja y tranquilizadora: “¡Sachi! ¡Sachi! Soy yo, Matsu, deja que te ayude”.

»Imaginé que había muerto y que estaba en el otro mundo. ¿Cómo me había podido encontrar?

»“¿Matsu?”, le susurré, saltando de entre el montón de hojas como un animal herido. Se me olvidó todo, incluso la vergüenza de permitir que me viera en aquel estado.

»Matsu me observó un momento y luego se echó a reír. “¿Eres tú? —preguntó—, ¿o es la diosa zorra Inari?”. Era la primera vez que Matsu se atrevía a gastarme una broma. Siempre se había mostrado muy silencioso conmigo.

»Pero no era momento para risas. Me sentía muy cansada y hambrienta. Si yo hubiera sido la diosa Inari, podría haber hecho aparecer algo de comida y agua. No obstante, había tenido la buena fortuna de que Matsu me encontrara. Sonriéndome amablemente, se inclinó profundamente ante mí y me ayudó a limpiarme las hojas.

»“Te he estado buscando durante toda la noche”, me dijo.

»“¿Hay otros?”, le pregunté, con la garganta tan reseca y dolorida que apenas si pude pronunciar las palabras.

»“Creen que te has ido a un mundo mejor”, me contestó.

»“¿Cómo me has encontrado?”.

Matsu se limitó a sonreír. Abrió el *furoshiki* que llevaba y sacó de él una botella de té verde. Aunque el té estaba frío y amargo, nunca me he sentido más agradecida

por ninguna otra cosa en la vida. También traía consigo unos pasteles de arroz y un paquete de algas secas, que comí ávidamente.

»Una vez que hube terminado, me incliné ante Matsu y le pregunté de nuevo: “¿Cómo sabías que estaba aquí?”.

»“Tomoko”, me susurró.

»“¿Qué ocurre con Tomoko?”, repliqué tomándome el resto del té amargo.

»Matsu recogió lo poco que quedaba de la comida y la envolvió, guardándola de nuevo en el *furoshiki*. “Ayer por la mañana, te seguí, a ti y a los demás, hasta la playa. Me preguntaba si intentarías encontrar tu camino hacia la paz, como hizo ella”.

»“No pude”, confesé, y me eché a llorar para alejar mi vergüenza. Entonces, Matsu se inclinó hasta cerca de mi oreja. Olía a sudor y a tierra cuando me susurró: “Se necesita mayor valor para vivir”.

—Soy una persona afortunada. Ahora sé que, aunque raras, hay personas que te ayudarán a soportar tus cargas a través de esta vida. Recuerdo que mi madre me decía que eso sucedía porque esas personas están cumpliendo una penitencia por el mal que hicieron en una vida pasada. Yo estoy convencida de que quizá le hice mal a alguien y estaba cumpliendo mi propia penitencia. Pero ¿qué decir de Matsu? ¿Acaso había sido tan cruel en otra vida? En Tarumi siempre se había comportado de la forma más silenciosa y tranquila posible, sin crear nunca ninguna perturbación. Y, sin embargo, fíjate en lo que había terminado en convertirse para mí, en el que soportaba mis propias cargas, el último que hubiera soñado que pudiera ser mi salvador.

»Después de eso, en medio del silencio de aquellos árboles, Matsu me habló de otros que habían preferido no acabar con sus vidas. En lugar de eso, habían iniciado un pueblo en las montañas, un pueblo llamado Yamaguchi, donde trataban de vivir sus vidas lo mejor que podían.

»“¿Cómo sabes tanto?”, le pregunté.

»“Porque es a donde había esperado llevar a Tomoko”, me contestó.

Me apoyé pesadamente hacia atrás y la pared *shoji* traqueteó como si hubiese sido un terremoto. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. No podía apartar la mirada de Sachi y sólo pude suspirar profundamente el aire dulce y volver a expulsarlo. No me quedó voz para pronunciar palabras. Luego, como si Sachi hubiera comprendido exactamente lo que yo estaba sintiendo, puso su marchitada mano sobre la mía, transmitiéndome su calor.

—Aquella misma mañana emprendimos el camino montaña arriba. Me sentía reconfortada por el hecho de tener allí a Matsu, como una cálida manta protectora. Él

había visto toda mi *haji*, la vergüenza que ardía en mi interior y, sin embargo, no me abandonó. Por un momento, había olvidado incluso toda la penosa experiencia del día anterior. Era como una pesadilla en la que únicamente había algo de bueno: mi familia creía que estaba muerta. De repente, me sentí más ligera, aliviada de la carga que se me había impuesto cuando me creían viva. Y, sin embargo, había alguien que sabía que yo existía, y eso me permitía volver a sentirme como una persona real y no como un fantasma deambulando por la tierra.

»Pero la pesadilla no tardó en regresar. Al llegar al claro, pude ver con mis propios ojos que Yamaguchi no era sino el principio de mis horrores. En aquella época el pueblo no contaba más que con unas pocas cabañas desvencijadas ocupadas por leprosos con síntomas mucho más avanzados que los míos. Matsu me dijo que muchos de ellos habían llegado desde otras partes de Japón. Intenté ser amable, pero tuve que cubrirme la boca y la nariz con la mano para alejar el olor nauseabundo de la carne putrefacta que precedía a varios de los mutilados habitantes del pueblo. Parecían conocer ya a Matsu. La mayoría de ellos estaban sucios, descuidados, con vendajes manchados medio caídos, y el hedor se hacía más fuerte cuanto más nos acercábamos al centro del claro. Al ver las heridas abiertas, en carne viva, con la carne corroída allí donde antes habían existido bocas y narices, dedos de manos y pies, ahora desaparecidos, sentí unas fuertes náuseas. Todos ellos eran monstruos. Recuerdo que pensé que si Yamaguchi había de ser mi destino, la muerte sería algo más amable. Miré a Matsu y, de repente, lo vi como a un enemigo por haberme llevado a aquel lugar. Entonces, sin decir nada, di media vuelta y eché a correr. No tenía ni la menor idea de hacia dónde iba, pero empecé a desandar el camino recorrido, montaña abajo. El sol pegaba fuerte y su brillante luz me deslumbraba.

»“¡Sachi! ¡Sachi! ¿Adónde vas?”, oí que me gritaba Matsu. Me sentí aún más asustada al oír sus apagadas pisadas que se me acercaban con rapidez. Intenté correr más de prisa y los latidos que sentía en la cabeza se hicieron más fuertes hasta que tropecé con algo y caí a tierra de cabeza. No recuerdo lo que sucedió después, pero al despertar ya había oscurecido. Cuando mis ojos se adaptaron a las sombras, me di cuenta de que me encontraba tumbada en una de las improvisadas cabañas y observé el perfil de una mujer junto a la puerta, dormida. Pensé en escaparme de nuevo, pero al intentar sentarme me sentí mareada. Sólo estaba vestida con mi ropa interior y no pude encontrar mi kimono. Me sentía muy asustada y cansada y no tenía adonde ir. Cerré los ojos de nuevo y lo siguiente que supe fue que era ya de mañana y pude oír a la mujer moviéndose en silencio por la pequeña habitación desnuda.

»Al principio, fingí seguir durmiendo y abrí los ojos apenas lo suficiente para ver a la borrosa figura vestida de negro vertiendo agua de un cubo de madera en una tina. Pero, antes de que tuviera la oportunidad de decidir lo que quería hacer, la mujer, algo mayor que yo, se volvió hacia mí y se acercó al lado del futón, mirándome. No sé si sabía que estaba despierta, pero entonces se arrodilló a mi lado y me limpió suavemente la cara con una toalla húmeda, antes de dejarla extendida sobre mi frente.

No creo que haya sentido nunca nada tan tranquilizador. Sólo entonces me decidí a abrir los ojos y fue así como vi por primera vez a Michiko, la *oba-san* de Yamaguchi.

»Incluso ahora, al pensar en su amabilidad, hay dolor en mi corazón, al recordar cuál fue mi primera reacción ante ella. Al abrir los ojos por completo y ver la cara sin nariz y los rasgos distorsionados comidos por la enfermedad, no pude evitar lanzar un grito tan fuerte que todos los habitantes del pueblo acudieron ante la puerta de la cabaña. Inmediatamente después, Matsu estaba de pie junto a Michiko, tranquilizándola. Ella asintió con un gesto de la cabeza, se inclinó amablemente y se alejó. Sólo me calmé cuando Michiko hubo abandonado la estancia y me quedé a solas con Matsu.

»“¿Por qué me has traído aquí? ¿Por qué no me dejaste morir en los bosques?”, le grité.

»Matsu guardó silencio. Después de observarme durante largo rato, se limitó a decir: “Márchate si quieres”.

»Entonces fue a mí a quien le tocó guardar silencio. No sabía qué hacer ni adónde ir. Me puse rápidamente mi kimono manchado, que estaba en el suelo, a mi lado, y empecé a levantarme del futón, sin preocuparme por la presencia de Matsu. Él no hizo ningún ademán por detenerme, aunque le oí arrastrar los pies sobre el suelo sucio antes de dar media vuelta y abandonar la cabaña. Unos momentos más tarde regresó Michiko, esta vez con la cara cubierta por un velo negro. Se inclinó profundamente ante mí y dijo: “Perdóname por haberte asustado”.

»Me quedé allí de pie, avergonzada, pero sin encontrar el valor para mirarla. La amabilidad de su voz me llenaba de *haji*. Entonces sentí que su mano deformada me levantaba la barbilla, de modo que no tuve más remedio que mirar su cara cubierta por el velo. A través del paño oscuro pude ver que los perfiles de sus labios formaban una sonrisa.

»“Lo siento”, le susurré.

»“¿Qué es lo que hay que sentir? —replicó—. Yo misma me asustaría de esta cara si eso fuera lo primero que viese por la mañana. A menudo se me olvida el efecto que tiene sobre alguien que llega aquí por primera vez, especialmente cuando se trata de una joven tan *kirei* como tú, Sachi-san”.

»“No puedo quedarme aquí”, le dije.

»Michiko no me dijo nada de inmediato. Vertió algo de agua en una olla y la puso a hervir sobre las piedras calientes. “No hay muchas alternativas para nosotros”, dijo finalmente.

»“¡Prefiero acabar con mi vida antes que quedarme aquí!”, amenacé, dando un paso hacia la puerta, aunque me detuve ante de llegar a ella, a la espera de que Michiko dijera algo. En lugar de eso, ella se apartó y permaneció absolutamente en silencio. La vi extender una mano hacia una estantería improvisada, tomar un recipiente de cristal lleno de té verde y espolvorear unas hojas sobre un cuenco de arcilla. Una vez que hirvió el agua, Michiko la vertió en el cuenco con las hojas

verdes y ambas esperamos, sumidas en un denso silencio. Me sentí extrañamente tranquilizada ante este sencillo ritual, que había visto hacer a mi madre cientos de veces. Aquello pareció ser suficiente para darle sentido a aquel lugar y me aferré a eso como alguien que se estuviese ahogando. Debería haber estado ya a medio camino de bajada de la montaña y, sin embargo, era incapaz de alejarme de aquel olor tan dulce y cálido, el último y delgado hilo que me conectaba con mi niñez.

—Desde aquel día he permanecido en Yamaguchi. Matsu empezó a vivir entonces entre los dos mundos; regresaba a Tarumi para trabajar, dormir y comprar los necesarios suministros y materiales de construcción para Yamaguchi. Ni siquiera ahora sé lo que tuvo que decirle a su familia acerca de su desaparición durante todos aquellos meses que dedicó a cuidar de mí. Afortunadamente, Matsu siempre había sido alguien independiente, incluso de joven.

»Pero tienes que recordar, Stephen-san, que yo apenas tenía diecisiete años y que nunca me había alejado de mi familia. Nada de todo aquello ocurrió con la facilidad con la que ahora surgen las palabras. Estuve histérica durante meses y no quería hablar ni confiar en nadie más que en Matsu y, luego, muy poco a poco, en Michiko. No sé qué me asustaba más, si el hecho de vivir entre monstruos o la idea de que pronto me convertiría en uno de ellos. Como puedes ver, por aquel entonces era muy egoísta, convencida de que el mundo giraba a mi alrededor. Tomoko y yo siempre habíamos sido tratadas como princesas cuando éramos jóvenes y nunca supe lo que significaba esforzarse por ayudar a los demás. Aunque me conmovió darme cuenta de que el hermano de Tomoko estaba creando una nueva vida para mí, me sentí totalmente dependiente de él.

»Incluso ahora, después de transcurridos tantos años, sigo sin comprender cómo se las arreglaron Matsu y Michiko para soportarme. Al darme cuenta de aquello en lo que se había convertido mi vida, no pude evitar el arrojar toda mi cólera y frustración sobre ellos. Y, sin embargo, soportaron todos mis llantos, mis negativas a levantarme y bañarme. Seguramente, debieron de haber pensado que yo era el ser monstruoso y no todos aquellos habitantes del pueblo que trataban de construir valerosamente Yamaguchi. A pesar de todo, ninguno de los dos me levantó jamás la voz.

»Había muchas noches en las que me quedaba tumbada en el delgado futón, sobre el duro suelo de la cabaña de Michiko, incapaz de dormir. Sentía que me ahogaba, con los ojos ardientes por las lágrimas, mientras escuchaba la dificultosa respiración de Michiko. Lloré por la profunda soledad de mi vida pasada y porque eso era lo único que me quedaba. ¿Cuántas veces llegué a preguntarme qué estaría haciendo Kenzo, o si mi madre había guardado el kimono de boda junto con mis otros tesoros de la infancia en su cofre lacado negro? A veces, tenía la sensación de estar volviéndome loca por no poder saber la respuesta a aquellas sencillas preguntas. Las cosas siempre eran más difíciles durante la noche, cuando la oscuridad me privaba de

cualquier señal de esperanza. A veces, me golpeaba la frente con el puño hasta que la cara se me amorataba y las uñas habían abierto huecos ensangrentados en las palmas de mis manos.

»Sólo muy lentamente empecé a curar. Con frecuencia, me sentía abrumada por un dolor fantasmagórico que parecía cortarme por la mitad, como un cuchillo. Estaba segura de que si bajaba la mirada, vería sangre por todas partes, como el cuchillo que sostuve una vez entre mis manos. Todo eso, sin embargo, únicamente estaba en mi mente. Poco a poco, a lo largo de los meses, aprendí a guardar aquellos pensamientos para mí misma. Y así, cuando Matsu creyó que ya me encontraba lo bastante bien para no seguir haciéndome daño, empezó a dejarme gradualmente con Michiko durante períodos cada vez más prolongados. Luego, una mañana, Matsu, simplemente, no apareció. No le dimos importancia, puesto que a menudo desaparecía un día entero, pero al ver que transcurrían varios días y no regresaba, empecé a preocuparme y recorría de un lado a otro la pequeña cabaña que compartía con Michiko. ¿Y si le había ocurrido algo? Él era la única conexión que me quedaba con mi vida anterior. Me resultaba demasiado difícil de soportar la idea de perder a la única persona en Tarumi que sabía que yo existía. Michiko trató de tranquilizarme, diciéndome: “Matsu-san no tardará en regresar; no hay ninguna necesidad de preocuparse”. Pero el temor que anidaba en mí no hizo sino fortalecerse. Por primera vez desde mi llegada a Yamaguchi, salí yo sola de la pequeña cabaña y empecé a recorrer el pueblo, buscando a Matsu ansiosamente. Y aunque no vi la menor señal de él, otros tres leprosos empezaron a seguirme, tratando de hablar conmigo. “¿Adónde vas, Sachi-san? Permítenos ayudarte”, me decían. Sabía que no me querían causar daño alguno, pero era joven y seguía sintiéndome muy asustada por sus deformidades y extraños olores. Cuando uno de ellos extendió una mano y trató de tomarme por el brazo, empecé a gritar. No me calmé hasta que Michiko acudió corriendo a mi lado. Recuerdo que, en su precipitación, se había olvidado de ponerse el velo. Pero cuando vi sus ojos oscuros y oí las suaves palabras que me susurró, me relajé en sus brazos, sintiéndome por fin a salvo.

—Dulce Michiko-san. Incluso ahora, después de tantos años, todavía la veo y a veces hasta sueño con ella, viéndola cruzar la puerta, con sus serenas palabras. Terminé por ver con agrado su monstruosa cara que antes me había aterrorizado. No puedo olvidar el irregular agujero que se abría donde debería haber estado su nariz y las costrosas llagas en que se habían convertido sus cejas. La lepra había consumido casi toda su cara. Debía de hallarse ya en las últimas fases de la enfermedad cuando yo llegué a Yamaguchi. Ocultaba el olor de la carne podrida frotándose el cuerpo con hojas aplastadas de eucaliptus. Lo que le quedaba del pelo lo mantenía brillante lavándoselo con una mezcla de algas. Me contó muchos de aquellos secretos durante los pocos años que estuvimos juntas. Para cuando llegué a conocerla bien, era ya una

mujer encogida y vieja y yo hacía esfuerzos por no imaginar la mujer que había sido antes de la enfermedad.

»Pero aún mejor que los consejos que compartió conmigo mientras me adaptaba a mi nueva vida, fueron las historias que Michiko me contó. Anhelaba escuchar cada una de sus palabras, como si, de algún modo, mi vida creciera con ellas. Y fue así como Michiko nutrió mi cuerpo en aquellos primeros días y mantuvo viva mi mente contándome muchas historias.

»La tercera noche de la ausencia de Matsu me sentí tan aterrorizada ante la perspectiva de que él no volviera nunca, que permanecí acurrucada toda la noche en la cama. No quise comer nada y apenas sorbí un poco del té verde y acre que me trajo Michiko. Acababa de cerrar los ojos y empezaba a llorar de nuevo cuando la sentí a mi lado en el futón y oí su voz suave llenando la estancia. “Cuando yo era joven, Sachi-san, mi madre me contaba historias en las ocasiones en que no me sentía bien. Una de las historias que más me gustaban es la que me gustaría contarte ahora”.

»No dije una sola palabra y me quedé allí, asintiendo con la cabeza, a la débil y parpadeante luz de un candil, esperando.

»“Hubo una vez una muchacha llamada Sumiko —empezó a contar Michiko—, nacida en la prefectura de Mie, cerca de la ciudad de Toba, en la península de Shima. Desde que era muy pequeña, había soñado con llegar a ser una *ama-san*, una buceadora que busca perlas en el fondo del mar, como su propia madre. Sumiko estaba convencida de que eran las mujeres más hermosas que existían, vestidas con sus ropas de algodón blanco de la cabeza a los pies. Ya de niña había visto a su madre muchas veces zambullirse en el mar y bucear una y otra vez, para traer consigo una tosca ostra configurada por el mar o conchas de abulón con las que llenaba un gran cubo de madera. El padre de Sumiko observaba desde la orilla, como habían hecho los hombres del pueblo desde hacía cientos de años. Únicamente las mujeres buceaban en busca de las relucientes perlas. Se creía que las mujeres eran más capaces de resistir el frío. Algunas de las *ama-sans* permanecían durante tanto tiempo bajo el agua que Sumiko temía que sus pulmones estallaran y sus cuerpos sin vida ascendieran inermes a la superficie, como algas. Pero su padre siempre tranquilizaba a Sumiko, asegurándole que su madre era capaz de contener la respiración durante más tiempo que ninguna otra buceadora. Para Sumiko, las *ama-sans* eran como una escuela de delfines blancos que aletearan elegantemente en el agua. Y cada noche, Sumiko tomaba entre sus manos las toscas conchas del cubo, rezando para que se abrieran sus bocas cerradas y encontrar las perlas translúcidas que se ocultaban bajo sus lenguas”.

—Aquella noche, preocupada como estaba por la desaparición de Matsu, Michiko atrajo toda mi atención. Me quedé allí escuchándola, tratando de imaginar a aquellas mujeres buceadoras y buscadoras de perlas, que relucían blancas sobre la vítrea

superficie del mar. La voz de Michiko pareció llenar la pequeña estancia como si fuese magia.

—”Sumiko se casó a los catorce años con un muchacho del pueblo llamado Akio, a quien conocía de toda la vida. Sus familias se sintieron felices y también lo fueron ellos, especialmente cuando Sumiko se convirtió en *ama-san*. Ese día, el agua estaba muy fría, pero en el momento en que se hundió en el agua y extrajo su primera concha, tuvo la sensación de que el mar formaba parte de ella. Se zambulló una y otra vez hasta que llenó no sólo un cubo, sino tres. Akio tuvo que amenazarla con saltar al agua y sacarla antes de que se detuviera. Sumiko estaba convencida de que jamás se había sentido más feliz..., hasta el día que descubrió que esperaba a su primer hijo. Cuando se lo dijo a Akio, ambos se echaron a reír de alegría.

»”Pero, como sucede tantas veces en la vida, las cosas no salieron como se habían planeado. A medida que Sumiko engordaba más y más en su embarazo, Akio empezó a sentirse preocupado y le pidió que dejara de bucear. ‘Cuando nuestro bebé sea grande y fuerte, podrás volver a bucear’, le dijo. Sumiko sabía que era una petición razonable y, aunque de mala gana, consintió.

»”Pero, siendo una verdadera *ama-san*, después de una semana de no bucear, Sumiko enfermó. Se puso tan débil que apenas si podía levantarse de la cama. Llamaron al médico del pueblo, pero éste no pudo descubrir nada. Sumiko parecía estar en perfecto estado de salud y el bebé se desarrollaba bien. Sumiko, sin embargo, se debilitaba a cada día que pasaba y no buceaba. Akio se sentía muy apesadumbrado. Estaba convencido de que si no hacía algo pronto, perdería tanto a Sumiko como al bebé.

»”Una noche, Sumiko se sintió mareada y fría. Akio apenas si pudo detectar los latidos del corazón. Completamente desesperado, llevó a su frágil esposa junto al mar. Al introducirse con ella en las frías aguas, Akio temió que ésta fuese su última oportunidad. Introdujo a Sumiko en las frías aguas, sosteniéndola entre sus brazos. Entonces, como un milagro, una gran oleada de calor se apoderó del cuerpo de Sumiko, calentando el agua a su alrededor. Sumiko abrió los ojos muy lentamente y recuperó su fortaleza. Akio pronunció su nombre lleno de felicidad, pero Sumiko únicamente lo miró con los ojos en blanco y luego dio media vuelta y se hundió en el mar. Akio intentó detenerla, pero Sumiko ya había desaparecido. Él se quedó allí durante horas, con la esperanza de que regresara, pero en las aguas serenas y oscuras no se veía el menor rastro de ella.

»”Akio lloró su pérdida durante tres meses. Entonces, una noche en que se preparaba para acostarse, oyó una voz extraña que cantaba. Precipitándose hacia el exterior, se sintió encantado de ver a Sumiko de pie junto a su casa. Iba completamente vestida con las ropas blancas de una *ama-san* y volvía a estar delgada. ‘¿Dónde has estado?’, le preguntó Akio. Pero, antes de que pudiera

abrazarla, ella tendió hacia él algo envuelto en una manta blanca. ¡Era su bebé! Akio se sintió inundado de alegría mientras sostenía entre los brazos a su pequeña hija, pero al ver que Sumiko se volvía de nuevo hacia el mar, le gritó que se detuviera. Ya a orillas del agua, ella se volvió y le dijo: ‘Ahora tengo que regresar al mar. Mi vida, tal como la conocía, ha quedado atrás. Ocúpate de que nuestra hija viva bien’. Y, tras decir esto, Sumiko se desvaneció para siempre.

»“Aunque nunca supo adónde se había marchado, Akio parecía saber que una misteriosa bendición había permitido a su esposa traerle a su hija recién nacida. Así, cuidó de su pequeña Kuniko hasta que se convirtió en una joven y hermosa mujer, tan parecida a su madre que el corazón se le encogía de dolor cada vez que la miraba. Y cuando ella expresó el deseo de ser una buceadora buscadora de perlas, como su madre, Akio no dijo ni hizo nada por impedirselo, convencido de que, en alguna parte de las oscuras profundidades del mar, Sumiko siempre estaría allí para protegerla”.

—Cuando Michiko terminó de contarme esta historia, tuve la sensación de haber despertado de un sueño. Durante toda la noche permanecí tumbada en la cama, pensando en Sumiko, la buceadora buscadora de perlas, y en cómo se las había arreglado para darle vida a su hija, sabiendo que no podría quedarse para verla crecer. ¿Qué acuerdo habría establecido con el mar como para permitirle regresar con su hija y entregársela a su esposo? Esos pensamientos daban vueltas en mi cabeza, hasta que finalmente caí sumida en un profundo sueño.

»Cuando Matsu regresó finalmente, al día siguiente, tenía un aspecto pálido y estaba más delgado. Me enteré de que había estado muy enfermo y por ello no pudo emprender la caminata montaña arriba. Sentí entonces todo lo tonta que había sido. No dejaba de pensar en el mucho esfuerzo y energía que a él le costaba ir y venir a Tarumi. Siempre me había parecido indestructible.

»“¿Te sientes mejor?”, le pregunté, inclinándome ante él.

»“Mucho mejor”, asintió Matsu con un gesto de la cabeza.

»“Me preocupaba que hubiera podido suceder algo”, le dije tímidamente.

»Matsu sonrió. “¿Y tú, estuviste bien aquí, con Michiko?”.

»“Ella me ayudó a pasar los momentos difíciles”, confesé.

»“¿Qué ocurrió?”, preguntó Matsu, preocupado.

»“Eso no tiene importancia ahora”, le contesté, levantándome para poner agua a hervir.

»Sentí los ojos de Matsu clavados en mí, observándome intensamente. Empezaba a sentirme ya muy incómoda bajo aquella mirada cuando él dijo suavemente: “Has cambiado. —Luego, se apresuró a añadir—: ¿De qué hablaste con Michiko? ¿Te contó que en otros tiempos fue una buceadora buscadora de perlas?”.

»Me detuve de pronto, sorprendida y le pregunté a Matsu: “¿Sabes si tenía una hija pequeña?”.

»Al principio, Matsu guardó silencio, con la frente arrugada, tratando de recordar. “Sí —contestó finalmente—, tenía una hija”.

»Como puedes ver, Stephen-san, ese día aprendí que había pérdidas mucho más grandes que las mías. Cada mujer y cada hombre de Yamaguchi había tenido una vida diferente antes de llegar aquí. A partir de entonces, ya no podría mirar a ninguno de ellos sin preguntarme: “¿A quién habrá dejado atrás? ¿Cuánto habrá tenido que abandonar? ¿A qué tratos intentó llegar?”. Si hasta entonces no había aprendido nada de humildad, a partir de aquel día supe lo que significa esa palabra. Aquí, en Yamaguchi, aprendí que la belleza existe incluso allí donde menos espera una encontrarla.

»Muy lentamente, Matsu y Michiko me enseñaron a vivir con los demás. Y también conmigo misma. Poco a poco, desapareció de mi mente la idea de quitarme la vida. Y, como si fuese una niña que aprendía a caminar de nuevo, Matsu me indujo a dar un paso tras otro: me trajo primero a Yamaguchi, después me construyó una casa y, finalmente, creó este jardín para que yo lo cuidara.

»Durante todos aquellos primeros años, el pueblo fue creciendo lentamente, adquiriendo una extraña vida propia. Plantamos huertos de verduras que pronto crecieron frondosos en hileras ordenadas, tan limpias y rectas como el vuelo de una grulla, tan diferentes de las cicatrices hechas a la tierra por los jardineros. El terrible hedor a podredumbre se nos hizo soportable gracias a los vendajes limpios y a las hojas de eucaliptus. Se construyeron más cobijos para alojar a los desplazados que encontraban la forma de llegar a Yamaguchi. La amabilidad de los habitantes del pueblo pronto me permitió comprender lo equivocada que había estado al creer que eran como monstruos. Me trajeron arroz y todo lo que podían conseguir para ayudarme a sentirme mejor. Yo, a mi vez, empecé a trabajar en el huerto de verduras, a recoger leña para el fuego y a traer agua desde la corriente.

»Pero al cuarto año de estar aquí sufrí más dolor. Michiko se sintió cada vez más débil. Hasta el más pequeño esfuerzo la hacía sentirse muy cansada, de modo que tuve que hacerme cargo hasta de las más sencillas tareas de cocina y limpieza. Habíamos intercambiado los papeles y ahora era yo la que cuidaba de Michiko. Recuerdo muy vivamente aquellos días. Para entonces, su cuerpo se había convertido en una masa informe de carne en putrefacción. Sólo podía estar tumbada sufriendo un dolor muy intenso. Hacia el final, quedó completamente ciega e incapaz de moverse. Yo sólo podía rezar a los dioses para que se la llevaran rápidamente, liberándola de su sufrimiento. Pero Michiko no maldijo en ningún momento la vida que se le había dado.

»La mañana del día de su muerte, después de haber pasado una terrible noche de dolor, me despertó llamándome “Michiko”, con una respiración muy forzada. Al llegar a su lado, ya había muerto. Le acaricié la cara, deformada y casi sin rasgos y experimenté un gran alivio porque al fin había encontrado la paz. Nunca olvidaré la serena dignidad con la que siempre vivió y que llevó hasta la muerte.

»En el silencio de las primeras horas de la mañana, bañé su desgastado cuerpo por última vez. Necesitaba estar a solas con Michiko durante un poco más de tiempo antes de hacer saber a los demás que había muerto. Me dolía la simple idea de no poder oír ninguna otra historia de sus labios. Hubiera deseado que su voz llenase el silencio. Esperaba ardientemente que, en la fracción de segundo transcurrida inmediatamente antes de su muerte, Michiko creyera realmente haber encontrado de nuevo a su hija Michiko. Ese pensamiento me proporcionó cierto alivio, sabiendo, además, que ahora ya era feliz de nuevo y que buceaba en el frío mar, sacando de él puñados de perlas.

—Tras la muerte de Michiko-san se inició otra parte de mi vida en Yamaguchi. Matsu empezó a construirme esta casa, para que pudiera disponer de un lugar propio, lejos de los demás y, sin embargo, lo bastante cerca del pueblo para el caso de que necesitara ayuda. Cada vez que se quedaba en Yamaguchi, Matsu ya estaba trabajando en la casa antes de que yo me levantara cada mañana. Yo le ayudaba en todo lo que podía. Y por el simple acto de introducir un clavo en la madera o de colocar una pantalla *shoji* terminaba el día tan cansada que sentía lástima de mí misma. Creo que, para Matsu, aquello también fue una forma de comunicarse conmigo. Él siempre se ha sentido más cómodo trabajando con las manos. Y yo nunca le he visto tan relajado como cuando describía cada paso de la construcción de la casa. “Sachi —me decía—, las ventanas deberían colocarse aquí, para que el calor del sol se mantenga durante la tarde. Más tarde, podríamos plantar ahí un árbol de la seda si es que hace demasiado calor”. Fue algo natural que Matsu quisiera plantar un jardín.

»“Por favor, Matsu —le dije, poco después de que la casa quedara terminada—, no deseo tener flores”.

»Nunca me contradijo. Yo necesitaba que mi vida fuera sencilla, sin ninguna belleza que me recordara toda la que había perdido. Y aunque no se lo había dicho a él, tuvo que haberlo visto así en mis ojos. “No te preocupes, Sachi —me aseguró—. No habrá flores”.

»A la mañana siguiente de terminar la casa, se marchó temprano, diciendo que regresaría en algún momento de la tarde. Lentamente, intenté adaptarme a mi nuevo hogar en Yamaguchi, pero me sentía sola. Una vez desaparecida Michiko, la idea de estar a solas seguía asustándome y, sin embargo, no me decidía a estar en compañía de nadie más. Incluso el pensar en mi propia familia parecía algo distante, como si perteneciese a otra vida.

»Ya has visto la clase de jardín que Matsu me hizo. Regresó esa misma tarde trayendo dos bolsas de piedras planas, grises, del tamaño de la palma de la mano. Dedicó las semanas siguientes a despejar un trozo de terreno y a planificar dónde iba a colocar qué. Nunca había visto a Matsu tan animado como el día en que empezó a

situar las piedras cuidadosamente, una junto a otra, hasta que formamos un dibujo ondulado. “Será un jardín creado a partir de tu imaginación”, me dijo, animándome a volver a disponer las piedras de cualquier otra forma que yo deseara.

»Stephen-san, te aseguro que me pasé horas volviendo a colocar aquellas piedras, como si tuviesen un poder extraño e hipnotizador que me aportaba una gran serenidad. Día tras día, Matsu traía bolsas de guijarros y piedras de diferentes formas y tamaños, para lo que tomó prestadas una mula y un carro. Yo le esperaba con ansiedad, como si tratara de encajar cada pieza en un complicado rompecabezas que necesitara terminar. Tuve la sensación de haber caído en una especie de trance del que no pudiera salir hasta que se hubiese completado el jardín. Gracias a la ayuda y a la paciencia de Matsu, había creado algo a partir de los elementos más comunes y, cuando el jardín estuvo finalmente terminado, me di cuenta por primera vez de que había logrado algo en mi vida. Lo que había creído que sería algo estéril y distante, resultó estar lleno de una serena belleza. Recuerdo que me volví hacia Matsu mientras estábamos allí, de pie, observando el jardín de rocas y le pregunté: “¿Sabías que sería tan sencillo y tan hermoso?”.

»“Sabía que su belleza surgiría si trabajábamos lo suficiente”, me contestó.

»“Pues yo nunca esperé que fuese nada como esto”.

»Matsu sonrió. “La belleza se puede encontrar en la mayoría de lugares”.

»Me volví para mirarlo y, por primera vez, examiné intensamente sus gruesos y fuertes rasgos. Eran muy diferentes a los de Tomoko y pensé de nuevo que no podían estar emparentados. Tras un momento de silencio, le dije: “Creía que ya no me quedaba ningún deseo de belleza. La he tenido toda la vida ¡y fíjate lo que ha hecho por mí!”.

»Matsu sacudió la cabeza y se quedó contemplando el jardín. “Sachi-san, sólo has conocido la clase de belleza normal que aparece en el exterior. Quizá ahora desees algo más profundo”.

»Hubiera querido decirle algo y sabía en lo más profundo de mí misma que tenía razón, pero todavía no pude encontrar las palabras. Hasta que la enfermedad me había elegido, había vivido una vida encantada de elegancia y facilidad, mientras que Matsu siempre había tenido que trabajar duro para conseguir lo que deseaba. Él siempre ha sabido de dónde proviene la belleza. Más tarde, cuando la enfermedad se extendió sobre el lado izquierdo de mi cara, intenté aceptar la nueva carga que se me imponía, convencerme de que la verdadera belleza procede de lo más profundo de nosotros mismos. Pero me temo que, a veces, regresaba a mi antigua forma de pensar. Y, sin embargo, Stephen-san, ¿te puedes imaginar lo que supone ver cómo tu propia cara se va transformando en la de un monstruo? ¿Te has despertado alguna vez por la mañana, después de una serie de pesadillas, temiendo aquello en lo que podrías haberte convertido durante la noche? No te mentaré, diciéndote que fue fácil. Hubo momentos en los que tuve realmente la sensación de que la piel se me encogía, que tironeaba contra mis huesos y músculos, ahogándome lentamente. Matsu me consoló

tanto como pudo al hacerme trabajar en la casa, o en el jardín, pero por mucho placer que encontrara en esas cosas, seguían siendo frías e inanimadas para mí. Seguía anhelando mi vida pasada. Matsu siempre supo que la paz mental que yo necesitaba únicamente la encontraría dentro de mí misma.

»Aproximadamente por la misma época, Kenzo sospechó que estaba sucediendo algo a juzgar por los suministros que Matsu necesitaba constantemente. Empezó entonces a enviarme alimentos y mensajes. Y, sin embargo, las latas de col o un pollo no podían sustituir el hecho de que Kenzo jamás sería capaz de volver a verme.

»Cuando el jardín quedó terminado, yo tenía poco más de veinte años. Recuerdo que fue a finales del verano y que Matsu tuvo que regresar a Tarumi durante varios días para ayudar a su padre. Le eché terriblemente de menos y era incapaz de dormir. Nos habíamos sentido muy unidos. Empecé a recorrer la casa de un lado a otro, como un animal enjaulado. Cada día que pasaba me sentía más y más llena de una rabia y una cólera muy intensas contra la enfermedad que estaba consumiendo mi vida. ¿Cómo podría soportar la soledad de Yamaguchi? ¿Cómo podría seguir viviendo como una mujer proscrita? Entonces, volvieron a surgir en mi mente oscuros pensamientos sobre acabar con mi vida.

»Y fue entonces cuando sucedió algo extraño. Un fuerte viento empezó a sacudir la casa y me sentí de repente impulsada a salir al jardín, como si el viento me llamase. Abrí la pantalla *shoji* y salí al jardín de rocas grises, que pareció abrazarme, envolverme, tranquilizarme con su imperturbable quietud. Recuerdo que me quedé allí de pie, con los pies descalzos, con la apagada sensación de que las piedras me empujaban por debajo de los pies. Fue como un sueño pensar que había trabajado durante meses para crearlo, sólo para darme cuenta finalmente de lo que tenía delante. En ese momento, todo pareció cobrar vida. De repente, oí fluir el agua y vi las suaves ondulaciones sobre su superficie. Pero, sobre todo, ahora podía disfrutar verdaderamente del hecho de que su belleza era algo que ninguna enfermedad o persona podría arrebatarme jamás. Me quedé allí durante largo rato hasta que tuve la sensación de no ser yo misma, sino parte del jardín.

La voz de Sachi se detuvo. Volvió la cabeza hacia el jardín, como escuchando. Pocos segundos más tarde oí el suave sonido de unos pasos y me di cuenta de lo que ella ya sabía, de que alguien entraba por la puerta para dirigirse hacia el jardín.

22 de abril de 1938

No puedo olvidar la expresión del rostro de Matsu cuando me encontró en la casa de Sachi la semana pasada. No fue una expresión de sorpresa, sino de feliz satisfacción, como si ya me hubiese imaginado sentado a la mesa con ella y su intuición acabara

de verse confirmada. Recuerdo que, al principio, me sentí molesto por su interrupción. Hubiera querido seguir escuchando más de la historia de Sachi, pero en cuanto Matsu entró en la casa, supe que la voz arrulladora de Sachi tendría que dejar de seguir sonando.

Matsu había venido para decirme que tendríamos que regresar a Tarumi. Tenía que comprar unos materiales que se necesitaban para reconstruir las dos casas quemadas, y quería regresar cuanto antes a Yamaguchi para traerlos. Intercambió unas pocas frases con Sachi, en voz demasiado rápida y baja como para que yo pudiera entenderlas, pero ella pareció complacida con lo que le dijo y se inclinó varias veces ante él.

Salimos tan rápidamente de casa de Sachi que me sentí mal por el hecho de no haberle dado adecuadamente las gracias, por no haberle dicho lo agradecido que me sentía ante el hecho de que hubiese confiado en nuestra amistad. En lugar de eso, únicamente pude darle las gracias por el arroz y las verduras, diciéndole, simplemente, «*Sayonara*» cuando ella se quedó junto a la puerta, viéndonos partir.

Durante el camino de descenso de la montaña, hablamos poco. Imaginé que Matsu se iba haciendo una lista mental de todo lo que necesitaba comprar y traer de regreso a Yamaguchi, cosas como clavos, tablones, mantas, es decir, lo más esencial. Mis propios pensamientos se centraron en la impecable infancia de Sachi, irrevocablemente distinta de los sufrimientos por los que había tenido que pasar como joven muchacha. No me podía imaginar lo terrible que tuvo que ser todo aquello para ella; muerta para su familia para luego tener que llevar una vida en compañía de leprosos, sabiendo que ése se convertiría dentro de poco en su propio destino. Eso tuvo que haber sido mucho peor que mirarse en el espejo: ver el propio destino reflejado en las caras de aquellos mismos con quienes se cruzaba en el pueblo. De repente, recordé algo que Mah-mee le había dicho en cierta ocasión a Pie, cuando ella se quejó de no haber ganado un concurso de dibujo en el que había participado. «Es mejor de este modo. Si tienes demasiado buena suerte cuando eres joven, no te quedará nada de buena suerte cuando seas mayor».

En ese momento oí que Matsu carraspeaba. Levanté la mirada y vi que se había detenido, más adelante, en el camino, esperando a que lo alcanzara. Me había quedado retrasado un poco, debido a mi propia ensoñación y a mis doloridos músculos, que me hacían tener la sensación de que el camino de bajada de la montaña era más pronunciado de lo que parecía. Al acercarme a él, observé con atención su corpulencia y los fuertes y poderosos brazos y piernas, preguntándome cómo debió de ser como hombre joven. Físicamente no había cambiado mucho con el transcurso de los años. Recordaba al joven Matsu con los mismos rasgos fuertes que poseía ahora, mientras trabajaba en el jardín de mi abuelo. Siempre parecía hallarse rodeado por un halo de misterio, por la forma en que aparecía y desaparecía tan rápidamente, como si tuviera siempre prisa por llegar a alguna parte. Ahora me pregunto si eso se debió a que iba a ver a Sachi. Pero, al acortarse la distancia que nos separaba,

también pude observar que los años lo habían suavizado, que su cuerpo se había hecho más pesado y que su cabello corto estaba completamente encanecido.

—Lo siento —me disculpé—, pero hoy camino bastante lento.

—No hay necesidad de darse prisa —dijo Matsu, entrecerrando los ojos para protegerlos del sol—. Sólo iba a preguntarte cómo te sientes.

—Estoy bien —contesté, a pesar de que notaba una tensión en el pecho.

Sabía, sin embargo, que ésta desaparecería en cuanto tuviera oportunidad de descansar. No había razón alguna para que Matsu se preocupase por nada.

—Puedes echarte un rato cuando regresemos —dijo, como si hubiese adivinado mis pensamientos.

Quizá sea eso lo que sucede cuando dos personas viven en la misma casa durante un prolongado período de tiempo, que uno empieza a adivinar lo que piensa el otro. Matsu guardó silencio y aminoró el paso, mientras continuábamos el descenso.

—Te has levantado muy temprano esta mañana, ¿verdad? —preguntó de repente.

—No podía dormir.

—¿Y Sachi tampoco? —preguntó.

—No —contesté, divertido al ver que, a su modo más o menos sutil, trataba de averiguar de qué habíamos estado hablando—. Sólo quería ver su jardín. No estaba seguro de que ya se hubiese levantado, pero, en efecto, estaba levantada.

—Ella no solía levantarse muy temprano —comentó Matsu. Azorado repentinamente por la implicación de cómo podía él saber eso, añadió—: Cuando eran jóvenes, ella y Tomoko se habrían quedado durmiendo hasta el mediodía si las hubieran dejado.

—¿Te sentías tú muy cerca de Tomoko? —le pregunté.

Aunque, a juzgar por la historia que me había contado Sachi, era evidente que los dos hermanos eran muy diferentes, seguía sintiendo curiosidad por saber lo que sentía Matsu.

Ante mi pregunta, pareció sorprendido al principio, pero se aclaró la garganta y contestó:

—Tomoko y yo éramos muy diferentes, como el fuego y la lluvia. Creo que sólo empecé a conocerla mejor poco antes de que se quitara la vida.

—¿Qué quieres decir?

—Que, para mi forma de ver las cosas, estuvo más presente para mí durante aquel difícil período —contestó, acelerando el paso a medida que pronunciaba las palabras—. Hasta entonces, sólo fue una jovencita algo tonta, que no se preocupaba por nada excepto por sí misma. Pero, durante los días que precedieron a su muerte, empezó a comprender la estupidez de todo, a pesar de que ya era demasiado tarde para ella. No olvidaré la noche en que acudió para pedirme ayuda. Hasta entonces, después de que se descubriera el eczema en un lado de la cara, había permanecido encerrada en su habitación durante días seguidos.

»“Ani”, me susurró Tomoko, sacándome de un profundo sueño. Por un momento, pensé que todavía estaba soñando, pero me incorporé en cuanto noté su mano fría sobre mi mejilla. Al principio, pensé que era mi madre que se arrodillaba a mi lado, pero la mano pequeña y suave y el perfil oscuro y delgado me indicaron que se trataba de Tomoko.

»“¿Va todo bien?”, le pregunté, pensando que algo podía haberles sucedido a nuestros padres.

»“Necesito tu ayuda”, me dijo.

»Me incliné hacia ella y traté de encender la lámpara de aceite, pero Tomoko me detuvo. “Déjalo a oscuras”, me susurró.

»“¿Qué ocurre?”, le pregunté.

»“Quiero que me ayudes a hacer algo”.

»“¿De qué se trata?”, pregunté, un tanto molesto por haber sido despertado. Pensé que sólo se trataba de otra de sus ideas estúpidas.

»Tomoko vaciló. Permaneció en silencio durante lo que me pareció demasiado tiempo. Siempre fue ruidosa y extravertida, incluso de bebé; era muy diferente a todos nosotros. Esperé. Percibí cómo desplazaba su peso de una rodilla a otra.

»Finalmente, se me acercó más y susurró: “¿Puedes conseguirme el cuchillo de pesca de mi padre?”. Desde que era pequeña tenía prohibido acercarse a ese cuchillo.

»“¿Para qué?”.

»Esta vez no vaciló en contestar: “No quiero vivir así”.

»“¿Cómo?”, le pregunté.

»Esperé la respuesta de Tomoko. A través de las paredes *shoji* la luz de la luna me permitió verla con claridad. Parecía una muchacha diferente a la que siempre había conocido; ahora estaba pálida y su actitud era muy seria. Sus ojos me miraron fijamente.

»“Con esta enfermedad”.

»Por aquella época todavía confiábamos en que no fuese la lepra. Nadie en el pueblo había sufrido ningún síntoma. Pero Tomoko se puso frenética cuando la enfermedad se le extendió a la cara. A partir de entonces empezó a ocultarse. “Mejorará”, recuerdo que le dije, tratando de infundirle seguridad.

»“No —negó con la cabeza—. Sé que no lo hará”.

»“Sabes que no te está permitido tocar el cuchillo de padre”, le susurré. Yo todavía no estaba despierto del todo y la actitud solemne de mi hermana no se parecía en nada a la Tomoko que yo siempre había conocido.

»“Entonces, ¿no me lo conseguirás para mí?”, preguntó, con la mirada repentinamente avivada.

»“No”, le contesté.

»Entonces, Tomoko se levantó y salió de mi habitación, tapándose un lado de la cara con la mano. A partir de entonces, no pasó día sin que tratara de hablar con ella. Quería hablarle de Yamaguchi, pero Tomoko permaneció todo el tiempo encerrada en

su habitación. “No quiero vivir así”, repetía una y otra vez, como un cántico. Era como si ya supiese lo que sería de sí misma. Tres días más tarde, cuando fui a ver cómo estaba, mi hermana de dieciséis años había encontrado el cuchillo de pesca de mi padre y se había quitado la vida.

Al regresar a la casa de mi abuelo, tenía la sensación de que habían transcurrido semanas y no sólo un día. El cerezo había florecido de la noche a la mañana. Hasta las ramas más pequeñas del árbol aparecían completamente cubiertas de flores rosadas. En el jardín, todo desprendía un olor dulcemente remoto, que percibí como algo tan distante que incluso pensé que tendría que volver a familiarizarme de nuevo con todo. Pero, en lugar de eso, anhelaba regresar a Yamaguchi, sentarme cálidamente en la casa de Sachi y escuchar sus historias.

Después de hablarme de Tomoko, Matsu había vuelto a guardar silencio y regresado a su jardín. Insistió en que me acostara y descansara, sobre todo si pretendía ir de nuevo a Yamaguchi para ayudarlo en la reconstrucción.

15 de mayo de 1938

Hemos hecho varios viajes de regreso a Yamaguchi para llevar suministros. Matsu confía en iniciar la reconstrucción mañana mismo. Esta mañana se fue al pueblo para comprar los últimos suministros, mientras yo me quedaba en casa a descansar. Intenté permanecer acostado, pero al cabo de poco tiempo me levantaba, inquieto, deambulando por la casa. El lienzo blanco y vacío me miraba fijamente desde el caballete montado en el despacho de mi abuelo. Las endurecidas gotas de pintura de la bandeja de madera me recordaban el último intento que había hecho por pintar. Al final del vestíbulo, la cocina aparecía bien fregada y como desvaída por el uso. Recorrí a mis anchas el pequeño dormitorio de Matsu, desprovisto de toda clase de lujos, excepto el montón de revistas que recibía de su hermana mayor desde Tokio y la radio que estaba junto a su cama. Encendí la radio y el zumbido de la estática del mundo real penetró de nuevo en mi vida. La voz sonó aguda y rasposa al anunciar orgullosamente que los japoneses se habían apoderado de Hsuehowfu, un importante nudo de comunicaciones ferroviarias entre Nanking y Pekín. Sentí que la sangre se me agolpaba de pronto en la cabeza. Los japoneses habían logrado paralizar buena parte de amplias zonas del norte y del sur de China. Ahora ya no quedaba nada que les impidiera apoderarse de Cantón y era evidente que a lo largo de su camino dejarían muy pocas cosas intactas. Me quedé anonadado al darme cuenta repentinamente de que su próximo objetivo podría ser Hong Kong.

Regresé rápidamente al despacho de mi abuelo, me senté y empecé a escribir dos cartas, una a mi madre y la otra a Pie, aprovechando mi acceso de fortaleza. Cada vez

que pensaba en la perspectiva de tener que abandonar a Matsu y a Sachi sentía como una especie de dolor apagado. Le dije a Mah-mee que seguía sintiéndome cada vez más fuerte y que, teniendo en cuenta la agresividad con la que los japoneses avanzaban a través de China, quizá fuera prudente que regresase a Hong Kong lo antes posible. A Pie le decía esencialmente lo mismo, sólo que empezaba por hablarle de nuevo de Yamaguchi y de lo orgulloso que me sentía por ella y el trabajo que desempeñaba en la Cruz Roja.

Cuando Matsu regresó del pueblo, sellé las cartas y fui a comunicarle mi decisión de regresar a Hong Kong. Pero, antes de que pudiera decirle nada, Matsu se quitó el calzado en el *genken* y me entregó un sobre azul dirigido a mi nombre por mi madre.

Querido Stephen:

Recibí tu última carta. No te preocupes, ya me siento mejor. Estoy recuperando lentamente la salud. Ching me ha estado preparando sopas hechas a base de raíces de yam chino, de astrágalo y de la fruta de la enredadera del matrimonio. «Fortalece la sangre», me asegura. Ahora me siento con algo más de energía. Durante un tiempo me sentí como si un viento frío soplara a través de mi cuerpo.

¿Recuerdas al tío Sing? Es amigo de tu Ba-ba, de los tiempos en que estuvo en Cantón. Nos vimos un día en Central y ha asistido a algunas de nuestras partidas de *mah-jong*. De joven, el tío Sing también estuvo enfermo. Me asegura que pronto saldrás de esto y eso aligera mi corazón.

En cuanto a ti, creo que sería mejor que te quedaras en Tarumi un poco más de tiempo. Para fortalecerte. Al menos durante el verano. Hong Kong ya es un lugar sofocante. Necesitas aire fresco para recuperarte por completo. Ahí estarás más cerca de tu Ba-ba y él te hará saber si las cosas se ponen más difíciles. Aunque los diablos japoneses se apoderen de Cantón (algo que quizá no suceda), no olvides que nosotros, aquí en Hong Kong, estamos bajo la soberanía británica.

Creo que es mejor que Penelope y yo no vayamos este verano a Tarumi, como habíamos planeado. No, al menos, mientras tu padre y yo tratamos de solucionar las cosas entre nosotros. Espero que comprendas. Es posible que nos vayamos a Macao para visitar a Anne y Henry. O quizá..., bueno, no importa, ahora no me quedan fuerzas para pensar en esas cosas.

Ching te recuerda que debes descansar. Te escribiré pronto.

Con amor,

Mah-mee.

Arrugué la carta de mi madre entre mis manos y me sentí desconcertado de nuevo. Era cierto que, después de haber pasado casi un año en Tarumi, ya me había adaptado al estilo de vida japonés, desde los silenciosos jardines hasta el pueblo montañoso de

Yamaguchi. Pero, a diferencia de mi padre, seguía sintiéndome atraído hacia el hogar por los aromas y el sonido de mi otra vida. Tomé, pues, las cartas que acababa de escribir y las guardé en el cajón inferior de la mesa de despacho de mi abuelo. Sentí agobiado el corazón al saber que no vería a mi madre y a Pie pronto. Y, por mucho que lo intenté, no conseguí recordar a ningún tío Sing.

Un repentino y agudo sonido de raspadura procedente del jardín me arrancó de mis pensamientos. Con un sobresalto, me apresuré a ver de qué se trataba. Allí, en el extremo más alejado del jardín, estaba Matsu, afilando algo en una amoladora giratoria.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

Matsu esperó a que disminuyera la velocidad de la rueda de amolar y se detuviera por completo. Luego, me mostró el cuchillo para que pudiera ver con claridad su mango de marfil y su hoja afilada.

—Era el cuchillo de pesca de mi padre —dijo.

30 de mayo de 1938

No he escrito nada desde hace semanas. Matsu y yo hemos pasado la mayor parte del tiempo en Yamaguchi, reconstruyendo las dos casas perdidas en el incendio. Tenía la sensación de hallarme muy lejos del mundo real. Apenas vi a Sachi durante esos días, ya que ella y otras mujeres andaban muy ocupadas moliendo *mochi*, preparándose para la celebración en honor de las casas recién construidas. Ésa era su forma de darnos las gracias por toda nuestra ayuda, aunque para nosotros era suficiente con observar el impulso de energía que se había apoderado del pueblo. Mientras las mujeres se preparaban para la fiesta, Hiro-san y la mayoría de los hombres a los que no les quedaban dedos y manos con que ayudar en la construcción, se dedicaban alegremente a darnos toda clase de consejos, a traernos agua y alimentos a intervalos regulares.

Mientras veía trabajar a Matsu, empecé a comprender a qué se refería Sachi cuando dijo que él se sentía mucho más a gusto cuando trabajaba con las manos. Disfrutaba encajando y claveteando los trozos de madera y dedicaba a ello la misma concentración que le dedicaba a su jardín. Matsu trabajaba con habilidad y seguridad en sí mismo, ya que primero visualizó y luego creó las paredes y las habitaciones, hasta que finalmente quedaron completadas las dos casas.

La fiesta fue una de las mejores noches de mi vida. El centro del pueblo estaba rodeado por farolillos amarillos que formaban un círculo perfecto de luz. Matsu y yo nos sentamos en el medio, como invitados de honor, bebimos sake y comimos *sushi* o *mochi* empapado en salsa de soja y azúcar. Sachi nunca me había parecido más feliz

que en aquellos momentos, sin dejar de hablar y reír, y Hiro-san cantó y narró historias. Daba la impresión de que nuestras risas pudieran oírse a muchos kilómetros de distancia, incluso llevadas quizá hasta Tarumi como voces de fantasmas arrastradas por el viento.

Al final de la velada caí sumido en un profundo sueño inducido por el sake, que me hizo soñar en Yamaguchi. Sólo que, en lugar de hallarse en Japón, el pueblo se encontraba en medio de un ajetreado Hong Kong, rodeado de coches y multitudes que iban y venían a sus asuntos cotidianos. Y, en el centro de todo, pude ver a Pie entregando ropas cálidas y enrollando vendajes blancos alrededor de las extremidades de Sachi y Hiro, recomidas por la enfermedad.

VERANO



Los días más cálidos y luminosos del verano parecen inducirme a levantarme y salir más pronto. Esta mañana fui caminando hasta Tarumi con Matsu. No había estado en el pueblo desde el entierro de Kenzo, hacía ya dos meses, aunque a mí me parecía que había transcurrido más tiempo. El salón de té de Kenzo seguía cerrado y aunque se había quitado el material funerario, la puerta seguía claveteada con una madera. Los malos espíritus de su suicidio parecían rondar por allí. Al pasar ante el salón de té, camino de la oficina de correos, Matsu le echó un vistazo, como si todavía esperase ver salir a Kenzo para saludarlo. Pero, al comprobar que no se oía otro sonido que nuestros propios pasos apagados sobre el camino de tierra, se volvió rápidamente y miró directamente hacia delante.

Fui al pueblo para enviar dos cartas que había escrito a Mah-mee y a Pie. Unos pocos días antes, mi padre me había cableografiado para decirme que vendría a visitarme al siguiente fin de semana. Las cartas que enviaba decían esencialmente lo mismo: que me sentía bien aunque, debido a la carta de mi madre, ya no hablaba de mi regreso a Hong Kong. A pesar de sentirme aliviado al saber que me quedaría más tiempo en Tarumi, también sabía que mi partida sólo era una cuestión de tiempo.

Cuando ya salíamos de la oficina de correos, vi a Keiko al otro lado de la calle, que se acercaba hacia nosotros. A diferencia de lo sucedido en nuestro encuentro previo en el pueblo, Keiko no se mostró nada tímida en esta ocasión. En lugar de eso, se dirigió directamente hacia nosotros y se inclinó profundamente, con un saludo muy amistoso.

—*Ohayogozaimasu*, me siento honrada de veros aquí esta mañana —dijo.

Pude ver que Matsu trataba de reprimir una sonrisa, al tiempo que le devolvía la inclinación de saludo. Luego, encontró rápidamente una excusa para dejarnos a solas.

Realmente, echaba de menos el ver a Keiko. Con todo el trabajo que habíamos estado haciendo en Yamaguchi, la verdad es que me quedaba poco tiempo para nada más. Pero verla ahora allí, justo delante de mí, con sus ojos oscuros y su fuerte aroma a jazmín, hizo renacer en mí el impulso del deseo que había experimentado en nuestro último encuentro.

—¿Cómo has estado? —le pregunté.

—Muy bien —fue su respuesta, volviendo a mostrarse tímida.

—Yo he estado muy ocupado. No he tenido mucho tiempo para venir al pueblo.

Al principio, Keiko guardó silencio y luego, precipitadamente, dijo:

—Pensé que quizá te habías marchado de Tarumi para regresar a Hong Kong.

—No, ¿qué te hizo pensar eso?

Keiko bajó la mirada hacia mis pies.

—Logré acercarme un día hasta tu casa, pero no vi a nadie.

—Estaba ayudando a Matsu a hacer unos trabajos en otra parte —le dije tranquilamente.

—Entiendo. —Keiko guardó silencio de nuevo y luego me miró y preguntó—: ¿Podemos vernos mañana por la tarde, hacia las tres, en el santuario Tama?

—Pues claro —contesté.

Me di cuenta de que ella hubiera deseado sonreír, pero se contuvo. Miró a su alrededor como para asegurarse de que nadie nos observaba y luego extendió una mano y me tocó ligeramente la mía, antes de inclinarse y dar media vuelta para marcharse.

Mientras regresábamos a casa, Matsu respetó mi silencio, sumido, como estaba, en mis pensamientos sobre Keiko. Para cuando llegamos a la casa y cruzamos la puerta del jardín, ninguno de los dos estaba preparado para encontrarnos allí mismo con Sachi, que nos esperaba, vestida con un kimono oscuro y un velo.

—¿Qué sucede? —preguntó Matsu incluso antes de inclinarse para saludarla.

—Es Hiro-san —contestó Sachi—. Falleció anoche, mientras dormía.

Matsu no me permitió regresar a Yamaguchi con ellos. Sabía que tenía razón al pensar que la caminata montaña arriba me cansaría demasiado después de nuestro regreso de Tarumi. No discutí con él. Sachi, como siempre, fue amable y sabia.

—Quédate aquí, Stephen-san. Aférrate a tu último recuerdo de Hiro-san, en la noche de la fiesta, cuando se sintió más feliz y más vivo.

Una vez que se hubieron marchado, me senté en el jardín durante largo rato. Intenté comprender qué significaba morir, como moverse hacia un sueño eterno y no volver a despertar nunca más. Desde mi llegada a Tarumi, he visto más muertes de las que había visto en toda mi vida en Hong Kong. Todo estaba cambiando ante mí. Sabía que jamás podría regresar a mi cómodo pasado. Ante mí acechaba la violenta perspectiva de la guerra, que quizá trajera consigo la muerte de personas a las que conocía y amaba, junto con el final del matrimonio de mis padres. Aquellos eran terrores a los que había escapado de algún modo hasta ahora. Y mientras permanecía sentado entre las celindas de espigas, experimenté una extraña sensación de dolores de crecimiento que me recorrían todo el cuerpo, como el apagado dolor de sentirse arrastrado hacia otras direcciones.

7 de junio de 1938

Matsu no regresó anoche de Yamaguchi. Me quedé despierto hasta tarde, pero no pude dormir. Luego, esperé durante todo el día hasta que tuve que salir para ir al encuentro de Keiko en el santuario Tama, sin que hubiese la menor señal de él. Le

dejé una nota encima de la mesa y cuando finalmente inicié el camino hacia Tarumi y el santuario, ya se me había hecho tarde y me sentía agotado.

Cuando llegué, Keiko paseaba de un lado a otro delante de la primera puerta *torii*. Llevaba puesto un kimono de algodón de color ciruela y sostenía un parasol beis. Al verme, se detuvo de improvisto, como paralizada de repente. Para entonces, yo sentía ya mucho calor y estaba sudoroso por la ascensión montaña arriba, con la camisa pegada a la espalda y el rostro encendido. No pude evitar el haber deseado encontrarnos en algún otro lugar más cercano.

—*Konnichiwa* —saludó Keiko con una inclinación.

Esperé a estar lo bastante cerca como para extender una mano y tocarla antes de detenerme y devolverle el saludo con una inclinación.

—*Konnichiwa*, Keiko-san. Confío en que no hayas tenido que esperar mucho tiempo.

—No, no he esperado mucho tiempo, Stephen-san —replicó.

Ambos nos quedamos de pie, sintiéndonos torpes, hasta que Keiko dio media vuelta.

—No debo olvidarlo —dijo. La vi dirigirse hacia la sombra de unos árboles y retirar de atrás un *furoshiki*, antes de que regresara junto a mí—. Pensé que podrías tener sed después de una caminata tan larga.

—Y la tengo —afirmé con una sonrisa.

Nos alejamos un poco del santuario, hacia una ladera cubierta de altos y gruesos pinos. Casi podía saborear el rico perfume de la resina de los pinos, mezclado con el aroma a jazmín de Keiko. Ella se detuvo en un pequeño claro y se sentó, para luego desatar cuidadosamente el *furoshiki* y extender su contenido. Daba la impresión como si estuviésemos en una fresca y pequeña habitación rodeada por un muro de árboles. Me senté junto a Keiko y bebí rápidamente el té dulce y frío que me tendió. Luego, me ofreció pasteles de judías y galletas de arroz, que comí con ganas, a pesar de que ella misma no probó nada. Me recliné sobre un lecho de pinaza y me relajé, cerrando los ojos.

Fue entonces cuando el aroma del jazmín se hizo más fuerte. Abrí los ojos y encontré a Keiko mirándome, con su rostro tan cerca del mío que teníamos que estar respirando el aliento del otro. Quise decir algo pero, en lugar de eso, levanté la cabeza para besarla. Ella no se apartó, sino que dejó caer el peso de su cuerpo sobre el mío, con un calor que inmediatamente recibí con agrado. Le rodeé la cintura con las manos y la sostuve apretada contra mí, besándola más intensamente. Ella tampoco se apartó, excepto para soltarse el pelo, que dejó caer sobre sus hombros suaves y pálidos. Jamás había tocado una piel tan suave. Sólo entonces le desaté el fajín del kimono y mi boca encontró sus pechos, mientras sus manos descendían a lo que ya se había puesto duro y andaba perdido, a la búsqueda de algo blando donde ocultarse.

Fue una pequeña agitación del viento a través de los árboles lo que me despertó. Por un momento, me sentí mareado, tratando de salir del sueño. En cuanto abrí los ojos por completo vi a Keiko, sentada frente a mí, sonriente. No sé muy bien cuánto tiempo estuve dormido, pero guardé silencio, azorado, al tiempo que me incorporaba y me sentaba, apoyado contra un árbol.

—¿Te sientes mejor, Stephen-san? —preguntó Keiko.

—Lo siento, anoche no pude dormir muy bien —le contesté.

Ella se inclinó hacia mí y me tendió una taza de té.

—Tienes que estar muy cansado.

Asentí con un gesto de la cabeza.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Algo menos de una hora —contestó, cruzando los brazos, como si se abrazara a sí misma.

A la sombra de los árboles, la temperatura había descendido bastante.

—Lo siento mucho —dije de nuevo.

—Únicamente lamento haberte despertado.

—Desearía que lo hubieses hecho antes.

—No, nunca se debe sacar a nadie de sus sueños —replicó ella.

—¿Cómo sabes que estaba soñando? —pregunté.

—¿Cómo podrías tumbarte en un lugar como éste y no soñar? —fue su réplica.

Luego, Keiko se sentó sobre las rodillas y cambió amablemente de tema, mientras recogía el *furoshiki*. Me dijo que le encantaba el silencio y la quietud de Tarumi y que temía las hordas de visitantes veraniegos que descenderían sobre el pueblo hacia finales del mes siguiente.

—Cuando están aquí, sólo siento deseos de marcharme —dijo.

Su mayor deseo era ir a la universidad y estudiar arquitectura. El diseño siempre le había fascinado, incluso de pequeña. Mientras escuchaba la voz suave y melodiosa de Keiko, anhelaba poseer su misma certidumbre y tomé sus delicados dedos entre los míos mientras iniciamos el lento descenso hacia Tarumi.

Cuando llegué a casa ya eran las últimas horas de la tarde. Matsu había regresado finalmente de Yamaguchi y parecía cansado y pálido. Estaba sentado en los escalones del *genken* y apenas levantó la cabeza cuando crucé la puerta de entrada al jardín.

—Enterramos a Hiro-san esta mañana —dijo al acercarme a él.

—Lo siento.

—Le falló el corazón. Murió tranquilamente, mientras dormía —dijo Matsu, que se frotó la coronilla con la palma de una mano—. Merece estar ahora en un mundo mejor.

—Estoy seguro de que allí está —le dije torpemente.

—Hiro estuvo en Yamaguchi desde el principio. Procedía del norte, de alguna parte cerca de Hokkaido. Ahora ya nunca sabré cómo es que llegó tan lejos al venir aquí. Siempre me decía que algún día me lo contaría.

Guardé silencio y miré desde arriba la coronilla de Matsu, cubierta por un pelo gris. Intenté imaginar el terrible dolor que debía de sentir después de haber perdido a Kenzo y a Hiro en tan poco tiempo. Mientras lo observaba, pude ver repentinamente pequeñas grietas en su armadura, dolor en la curva de la espalda y de los hombros. Durante mucho tiempo, él había sido la fortaleza de ambos mundos, el héroe improbable. Y, como si hubiese adivinado mis pensamientos, Matsu levantó los ojos hacia mí, mirándome como si tratara de adivinar por qué la muerte le había arrebatado a otra persona de su vida. Vi en sus ojos algo que me hizo pensar que deseaba decir algo, así que esperé paciente. Pero él se limitó a respirar profundamente y volvió a pasarse la palma de la mano por la coronilla, en un movimiento lento. Al mirarlo a los ojos, lo único que pude observar fue lo apagados que estaban, casi vidriosos por el cansancio. Se levantó, entró en la casa y empezó a preparar la cena.

15 de junio de 1938

Mi padre ha venido y se ha vuelto a marchar. Cada vez que lo veo, lo hago con nuevos ojos. Esta vez parecía haber envejecido pero, por lo demás, estaba tan inmaculado y elegante como siempre. No comenté nada de la carta de mi madre y él tampoco me dio ninguna información. Intentó aparentar que todo seguía igual y quizá lo fuera así en su mente. Después de todo, en Kobe se habrían producido muy pocos cambios en su vida, si es que hubo alguno.

Al principio, adopté con facilidad la actitud tranquila de mi padre y nos pasamos la mayor parte de los dos días que duró su visita en un estado de calma. Ninguno de los dos quería perturbar la tranquilidad, de modo que evitamos todo tema que pudiera ser antagónico. Así, raras veces surgió el nombre de mi madre. Generalmente, nos centramos en lo suave que había sido el invierno anterior y en la maravillosa y cálida primavera de la que habíamos disfrutado. Debido a ello, mi padre estaba convencido de que podríamos tener una temporada veraniega lluviosa. Cuando finalmente agotamos todos los temas que nos parecieron seguros, hablamos de cosas más importantes, como la guerra y si ésta afectaría a mi estancia en Tarumi.

—¿Ha cambiado la guerra alguna cosa en Kobe? —le pregunté.

Habíamos bajado a la playa después de almorzar, durante su segundo día de visita. Mi padre vestía unos pantalones blancos y una camisa azul pálido. Por primera vez, se quitó los mocasines y caminó con los pies desnudos sobre la arena.

—Hay una especie de entusiasmo en el ambiente —contestó—. Como ya sabes, avanzan cada día hacia Cantón. Hay pocos obstáculos que se les opongan en el

camino y que no puedan destruir.

Observé que mi padre se refería a los japoneses como «ellos», como si eso los alejara un poco de él. Pero, mientras le miraba caminando lentamente a mi lado, me di cuenta de que, en muchos aspectos, ahora era más japonés que chino. Se había adaptado muy fácilmente a la contención y la sencillez de la vida en Japón y siempre había detestado las multitudes y el ruido de Hong Kong.

—He estado pensando, Ba-ba. Quizá debería regresar a Hong Kong dentro de poco —le dije.

Mi padre me miró, protegiéndose los ojos del sol con la palma de la mano.

—Quizá deberías quedarte aquí durante todo el verano para luego regresar en el otoño —dijo—. No preveo ningún problema.

—¿Qué me dices de Mah-mee y de Pie? —pregunté, en una de las pocas veces que las mencioné durante su visita.

—Ya hemos hablado de eso y hemos acordado que deberías quedarte aquí un poco más —me contestó suavemente—. No hay ningún peligro inmediato de que se produzca ninguna lucha en Hong Kong.

Seguí caminando. Era evidente que él y Mah-mee habían encontrado algo de tiempo, entre sus problemas, para hablar de mi estancia en Tarumi. De algún modo, aquella decisión conjunta me sorprendió, incluso después de la serena carta de mi madre. Todo parecía mucho más digno y lógico de lo que creía. La situación poseía una clara resolución que me pilló desprevenido. Yo sentía una pesadez en el pecho que no tenía precisamente nada que ver con mi enfermedad, sino con la pena que experimentaba. Aunque eso significara tener que abandonar la vida que llevaba en Tarumi, no podía evitar sino abrigar la esperanza de que mi padre hubiese cambiado de opinión, de que realmente hubiera acudido para llevarme, de modo que los dos pudiésemos regresar pronto a Hong Kong.

—Si tú crees que eso es lo mejor —conseguí decir finalmente.

Observé cómo mi padre se relajaba.

—Stephen, ¿no querías venir, quizá, a Kobe para el festival *O-bon*? Sería un cambio agradable para ti.

Me encogí de hombros.

—Creo que Matsu mencionó que se iba a organizar una fiesta aquí, en el pueblo —le mentí. No quería que se diese cuenta de mis sentimientos. Bajé la mirada y empecé a desabrocharme la camisa—. Creo que voy a tomar un baño. ¿Quieres venir?

Mi padre sonrió.

—No, ve tú. Yo te miraré desde aquí.

29 de junio de 1938

Mi padre tenía razón. El tiempo ha cambiado espectacularmente durante las dos últimas semanas transcurridas desde su visita. Hemos tenido lo que Matsu llama «el *baiu*» o «las lluvias del ciruelo» que, según se dice, duran exactamente dos semanas. Aunque a veces caen chaparrones, con más frecuencia hay días soleados mezclados con días de una neblinosa llovizna persistente que lo deja todo húmedo y mohoso. En Hong Kong estoy acostumbrado a veranos durante los que puedo observar realmente lágrimas de humedad que resbalan por las paredes. Las lluvias del ciruelo constituyen un cambio casi refrescante con respecto a los infinitos cielos azules que tuvimos.

Esta mañana, al salir al jardín, una nube había descendido sobre él envolviéndolo en la niebla. No creo haber visto nunca nada tan hermoso. No me di cuenta de que Matsu ya estaba trabajando en el extremo más alejado del jardín hasta que, de repente, se incorporó y empezó a caminar hacia mí en medio de la niebla.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Parece como si acabaras de ver un fantasma.

He tratado de captar esta belleza fantasmagórica en el lienzo pero, como suele suceder con algo demasiado hermoso, resulta muy difícil recrear su realidad. Hay algo especial en aquello que es demasiado perfecto, esa serenidad y uniformidad que, en ocasiones, parece rígida, casi aburrida. Finalmente, renuncié después de varios intentos.

5 de julio de 1938

He pasado mucho tiempo en la playa, que ha estado relativamente vacía debido a las inesperadas lluvias. Nado envuelto en la cálida neblina y, a veces, permanezco sumergido bajo el agua cuando empieza a llover, observando cómo las gotas de lluvia bailotean sobre la superficie, como dedos que tocan la piel.

Vi a Keiko una vez, en el pueblo, cuando fui allí con Matsu. Estaba en compañía de Mika y únicamente se atrevió a mirar con rapidez hacia donde yo estaba, inclinándose apenas lo suficiente como para saludarme. Mika hizo lo mismo antes de arrastrar a su hermana hacia otra parte. Pero, a diferencia de nuestros otros encuentros casuales, observé que en los ojos de Keiko se había producido un cambio. Aparecía erguida en medio de la espesa niebla, con el cabello húmedo pegado contra la frente, como si poseyera un conocimiento secreto de quién era yo. Me había observado mientras dormía y quizá incluso había comprendido el hecho de que soñaba estar con ella. Ahora había algo muy íntimo entre nosotros. Sentía que ese algo nos acercaba, alejados de todos los demás, incluso mientras la vi dar media vuelta y alejarse de mí.

9 de julio de 1938

Esta mañana, Matsu me ha contado la historia de un pueblecito de las montañas donde las lluvias del ciruelo no cesan nunca. Las densas nieblas permanecen sobre este pueblecito durante todo el año, sin levantarse ni un momento para permitir a sus habitantes ver el cielo azul o respirar un aire seco y fresco. Al preguntarle por qué se quedaban en un pueblo en el que nunca salía el sol, Matsu levantó la cabeza y sonrió.

—Porque se sienten honrados de que las lluvias del ciruelo hayan elegido su pueblo para quedarse permanentemente —contestó—. Tienen la sensación de que serían víctimas de la mala suerte si esa niebla se levantara. Creen que, en tal caso, los malos espíritus encontrarían la forma de llegar hasta el pueblo.

Salí de la casa y encontré el jardín todavía cubierto por una densa niebla. Quedé asombrado ante los extraños sonidos que no parecían proceder de ninguna parte concreta, por las sombras que se movían sin rostros, por los espíritus que trataban de encontrar su camino. Pero, después de varias semanas de esta misma situación, empiezo a sentirme como ahogado por tanta lluvia, por la idea de que ya nunca escampará y no podré volver a sentir el sol.

16 de julio de 1938

Las lluvias del ciruelo se han interrumpido de repente. Esta mañana, al despertarme, había un cielo de un azul pálido suave, lo que también significa que se ha iniciado oficialmente la temporada veraniega en Tarumi. A primeras horas de la mañana ya se oían voces y pasos de niños y padres que descendían por el camino que conduce a la playa. Lo que en otro tiempo fuese mi santuario, se ha convertido ahora en un lugar que evito deliberadamente. Las familias yacen tumbadas unas junto a otras, en la playa, bajo sombrillas de vivos colores, tratando de no molestarse entre sí. A veces, veo a una muchacha que me recuerda a Pie y no puedo evitar el observar su ajetreada alegría en la playa, desde la distancia. Pero, casi en el mismo instante, me doy cuenta de que Pie tiene que haber crecido mucho durante el pasado año y que quizá haya cambiado mucho más de lo que pueda imaginar. Me pregunto si la reconoceré cuando regrese a casa. Esos pensamientos me indujeron a apartar rápidamente la atención de los niños en la playa para refugiarme en el jardín de Matsu, donde las dulces flores veraniegas de las celindas de espigas y los arrayanes trepadores suavizaron mis temores.

Estaba en el jardín esta tarde cuando Matsu regresó del pueblo, murmurando por lo bajo algo sobre la gente que se interponía en su camino.

—La mitad de ellos no saben adónde van o de dónde vienen —dijo.

Luego, se detuvo un momento y me entregó un sobre azul, dirigido a mí, con letra de Pie.

Querido hermano mayor:

Sólo te escribo una breve carta para decirte lo terriblemente mal que me siento por no poder visitarte en Tarumi. Mah-mee me dio la noticia anoche y admito que no me lo tomé muy bien. De hecho, me dio una rabieta de la que ahora me arrepiento y me siento avergonzada. Fue finalmente Ching la que me arrastró a mi habitación, diciéndome que Mah-mee no necesitaba ahora esa clase de actitudes. «¿Y yo, qué?», le pregunté. «Tú tienes mucho más de lo que te das cuenta», me contestó Ching. Fue entonces cuando casi estuve a punto de hablarle de mi trabajo en la Cruz Roja, pero pensé que mejor sería dejar que Mah-mee lo descubriera, así que guardé silencio. Me siento avergonzada por haber actuado como una niña, pero primero cancelaron nuestras vacaciones de Navidad y ahora las del verano. Realmente, tenía muchas ganas de verte. No creo que sea pedir mucho. Después de todo, ya hace casi un año que te marchaste.

A veces me pregunto si habrás cambiado. Apuesto a que sigues siendo tan guapo como siempre. Las chicas de Lingnan deben de echarte mucho de menos. Muchas de ellas han regresado a casa para pasar el verano. Unas pocas han sido lo bastante valerosas como para pasar por la casa a preguntar por ti, especialmente Sheila Wu, que ha venido ya dos veces. Aunque no sea precisamente de mi agrado, debo reconocer que tiene valor. Lamentablemente, yo sigo teniendo el mismo aspecto de siempre, tan fea como siempre con este cabello corto que, según Mah-mee, me da menos problemas que llevarlo largo. Lo cierto es que no me molesta cuando enrolllo vendajes, así que no me quejo demasiado.

Espero que todo te vaya bien. Realmente tenía muchas ganas de ver ese pueblo de Yamaguchi del que me has escrito. Hasta podría haberles sido de alguna ayuda. Pero ahora que ya no te podré ver este verano, tengo la sensación de que va a ser muy largo y caluroso. Hasta Anne y Henry se han negado a regresar a casa y prefieren quedarse en Macao, de modo que Mah-mee ha dado a entender que quizá vayamos allí.

Tengo que dejarte ahora. Ching me está esperando para acompañarla al mercado. Te escribiré pronto. Te echo de menos.

Con amor,

Penelope (Pie).

25 de julio de 1938

Esta tarde, la multitud era tan ruidosa que dejé de intentar pintar y salí a caminar hacia los bosques. Hacía bastante más fresco bajo los pinos. Caminé entre sus sombras, pensando en cómo Sachi se había ocultado bajo un grueso montón de hojas y de pinaza, asustada y sola, hasta que Matsu la encontró. Mientras estaba allí,

perdido en mis propias ensoñaciones, oí el crujido de las hojas y al levantar la mirada vi a Keiko que se acercaba. Caminaba lentamente, con la cabeza inclinada, sumida en sus pensamientos. El corazón empezó a latirme con fuerza mientras esperaba a que se acercase más. No quería asustarla, así que esperé pacientemente hasta que el perfume de jazmín llegó a mí.

—Keiko-san —le dije, adelantándome hacia ella.

Keiko se sobresaltó.

—Stephen-san, ¿qué estás haciendo aquí?

—Sólo quería alejarme de tanta gente.

—Lo mismo que yo —asintió ella sonriendo.

Pasamos la hora siguiente caminando entre los bosques, hablando en voz baja, hasta que los dos caímos en un cómodo y agradable silencio. El aire era cálido y dulce. Al extender la mano y tomar la suya en la mía, Keiko no se resistió y sólo cuando llegamos al camino principal soltó su mano de mala gana y, lentamente, se alejó de mí.

8 de agosto de 1938

Los días han sido calurosos y lentos. No he vuelto a ver a Keiko. He intentado mantenerme ocupado pintando o dando largos paseos, para evitar a la gente. Esta noche, después de cenar, Matsu ha entrado en mi habitación trayendo dos redes de asa corta.

—Ven conmigo —me invitó— y ponte algo que no te importe que se moje.

Una vez que me hube cambiado de ropa, encontré a Matsu esperándome en el jardín, portando una lámpara de aceite, dos linternas sin encender, un cubo de madera y las redes. Me hice cargo de las linternas y lo seguí al camino. Empezaba a oscurecer, justo antes de que cayera la noche, y nuestras sombras parecían irreales bajo aquel crepúsculo gris oscuro. Tomamos el camino a Yamaguchi y caminamos en silencio. El canto de los grillos llenaba la cálida noche, únicamente interrumpida por mi voz al preguntar:

—¿Adónde vamos?

—No muy lejos —contestó Matsu.

Salió del camino principal y tomó por un estrecho sendero que serpenteaba entre los árboles. Se detuvo un momento y encendió la lámpara, iluminando el oscuro sendero extendido ante nosotros. Cuanto más nos adentrábamos, más fresco hacía y más fuerte se hacía el olor de la tierra húmeda y de los eucaliptus. Al cabo de un rato, llegamos a una caleta rodeada de árboles y rocas.

—Ya hemos llegado —dijo Matsu, y levantó la lámpara para que pudiera echar un mejor vistazo.

La luz pareció encender el agua verdinegra. Retrocedí un paso al ver que algo saltaba del agua y volvía a caer a ella.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—La cena de mañana —contestó Matsu riendo y dejando la lámpara en el suelo.

Se quitó las sandalias, se subió las perneras de los pantalones y luego encendió una linterna. Me entregó una y encendió la otra. Llevando una de las linternas y una de las redes, Matsu empezó a introducirse en el agua. A medida que el brillo de la linterna iluminaba el agua, pude ver destellos plateados y blancos que saltaban a su alrededor. Hizo oscilar la red en el aire y, con un movimiento rápido de la mano, recogió unos cuantos langostinos, tan grandes como mi puño.

Tomé inmediatamente la otra red y me metí en el agua, haciendo oscilar lentamente la linterna de un lado a otro, ignorando el absorbente tirón del barro frío alrededor de mis pies. No tardé mucho en sentir el movimiento de las patas de los langostinos contra mis pies, saltando y cayendo a mi alrededor. Levanté rápidamente la red y dejé que ellos mismos quedasen atrapados al saltar uno tras otro hacia mí. Para cuando me volví hacia donde estaba Matsu, él ya vaciaba la red en el cubo de madera, lleno de agua. Pude escuchar los apagados arañazos de los langostinos que todavía saltaban en la superficie, esforzándose furiosamente con su último aliento.

16 de agosto de 1938

Después de todo, no le mentí a mi padre. Matsu tenía planes para organizar una fiesta *O-bon* y me preguntó si quería participar. Le contesté que sí, incluso antes de saber que Fumiko, la hermana mayor de Matsu, regresaba a Tarumi procedente de Tokio. Su inminente visita nos animó considerablemente a los dos. Hubo algo casi juvenil que brotó de repente en Matsu a medida que se acercaba el día de la fiesta. No era sólo un día para honrar a los muertos, sino también un regreso al hogar, una celebración del *furusato*, el lugar de nacimiento y el hogar espiritual de uno. La gente nacida y criada en Tarumi regresaba cada año para celebrar el festival *O-bon*. Después de un viaje al templo budista para visitar las tumbas de los antepasados, habría comida y baile en el pueblo para divertir a los espíritus que regresaban.

El día de la llegada de Fumiko, caminé hasta Tarumi en compañía de Matsu y ambos esperamos ansiosamente en la estación. No se trataba únicamente de que yo sintiera curiosidad por conocer a otro miembro de su familia, sino que, de algún modo, me sorprendía el darme cuenta de que Matsu formaba realmente parte de una familia. Parecía ser tan independiente todo el tiempo que se me había olvidado que hubo un tiempo en que fue hijo de alguien y hermano de alguien.

La estación ya estaba atestada. Los visitantes del verano eran muy diferentes a aquellos otros que llegaban durante el resto del año. Muchas mujeres, vestidas al estilo occidental, mostraban una actitud de sofisticado aburrimiento ante el ritmo lento y perezoso de Tarumi. Después de haber pasado allí casi un año ya me había acostumbrado a la vida del pueblo y, en ocasiones, me preguntaba si sería capaz de regresar al ritmo rápido de Hong Kong.

Esperamos junto a un grupo de lugareños que habían acudido a recibir a sus parientes para pasar las fiestas. A medida que fue pasando el tiempo, acudió más gente al andén de madera, hasta que apenas podíamos movernos y el zumbido de las voces se fue haciendo cada vez más fuerte. Volví a observar, dolorosamente, que las mujeres y los niños superaban en número a los hombres. El escaso grupo de hombres que fumaban y deambulaban por los alrededores de la estación habían dejado atrás la edad para luchar en la guerra. Eso todavía me incordiaba, como si yo debiese de estar en alguna otra parte pero, de algún modo, hubiera perdido el tren.

Matsu miró su reloj. Cada vez parecía sentirse más impaciente. Se limpió la frente con un pañuelo y aunque llevaba puesto un gastado kimono azul oscuro, observé que se había afeitado y que el kimono estaba recién planchado. De repente, oímos un retumbar sordo y bajo y a una distancia corta pudimos ver una nube de humo que se acercaba a medida que el tren chirriaba y avanzaba lentamente hacia la estación. La multitud pareció moverse al unísono, empujando hacia delante, a pesar de que ya no quedaba espacio.

Cuando el tren se detuvo finalmente, Matsu me dijo que le esperase y se abrió paso poco a poco hacia las puertas. Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que descendiera el primer pasajero. Retrocedí, tratando de seguir a Matsu con la mirada, por encima del mar de cabezas, pero él ya había desaparecido entre el gentío.

Las voces llenaron el aire con los saludos.

—*Tadaima*, he vuelto —dijo alguien.

—*Okaeri naisai* —respondió alguien más, dándole la bienvenida a casa.

Observé los recibimientos a los recién llegados, preguntándome cómo me sentiría si tuviera que esperar a que mi familia bajara del tren. Habría el natural nerviosismo en la boca del estómago, la ansiedad por el tiempo que avanzaría muy lentamente. Si las cosas hubieran salido como las habíamos planeado, ahora estaría saludándolos a todos. Sin embargo, todo se había desvanecido en el aire, debido a la indiscreción de mi padre y a los avances japoneses en China. Sentí que una sensación de nostalgia se apoderaba de mí mientras observaba descender del tren a todos aquellos rostros y cuerpos extraños, tratando de encontrar entre ellos a alguien que me fuese familiar. Estaba mirando en una dirección diferente cuando sentí una mano sobre mi hombro y al volverme vi a Matsu, en compañía de su hermana, Fumiko.

—Vuelve a soñar despierto —comentó Matsu, echándose a reír.

Fumiko sonrió y se inclinó para saludarme. La parte superior de su cabeza gris se inclinó hacia mí y percibí un débil aroma a narciso. Le devolví el saludo de la misma

forma y, una vez que estuvimos erguidos, comprobé que era más baja de lo que había imaginado. El grosor aportado por la edad se mostraba en su cuerpo y, como Matsu, había en ella una cierta fortaleza. Pero fue su rostro lo que cautivó mi atención. Era un rostro que me habría encantado pintar. No era precisamente hermosa, al menos no en la forma en que tuvo que haberlo sido Tomoko, y tampoco tenía la rudeza de Matsu. Su atractivo no se hallaba en la forma de unos rasgos perfectos, sino en las profundas arrugas, en las manchas producidas por la edad y, sobre todo, en unos ojos que habían visto muchas de las cosas que la vida tiene que ofrecer. Fumiko poseía un rostro que se había enriquecido con el transcurso del tiempo.

—Me siento muy feliz de conocerte —le dije, inclinándome de nuevo.

—Eres tal como Matsu te ha descrito —dijo ella, mirando a su hermano.

—¿Y cómo me ha descrito? —pregunté en voz más alta, para hacerme oír con claridad por encima del ruido que hacía la gente.

—Me dijo que tenías el mismo aspecto que tu *oji-san* —contestó ella, elevando y luego descendiendo su tono de voz.

Cuando regresamos a la casa, Fumiko insistió en preparar el almuerzo. No dejaba de pensar en lo fácilmente que se había integrado en nuestras vidas, instalándose como otra flor del verano brotada en el jardín. Nos sentamos alrededor de la mesa de madera, en la cocina, y Matsu le indicó que se sentara en su taburete. Como le sucedía siempre, él se sentía incómodo cuando no tenía nada que hacer.

—A estas alturas ya debes de saber, Stephen-san, que Matsu no se puede estar quieto un momento. Incluso cuando era joven, siempre tenía que estar haciendo algo.

—¿Estás segura de que no hablas de Tomoko? —preguntó Matsu, que se levantó y la ayudó a poner una olla con agua sobre el fuego.

—A los dos os pasaba lo mismo —dijo Fumiko.

Yo escuchaba, pensando que era la primera vez que había oído a Matsu hablar de Tomoko como si estuviese viva. Y, de repente, fue como si su fantasma llenara la habitación y estuviera con nosotros. Matsu volvió a ser joven, suavemente reprendido por su hermana mayor.

—No fue nada fácil vivir con vosotras dos —bromeó él.

Fumiko vertió gruesos tallarines *udon* en la olla, comprobando que quedaran separados y que no se pegaran mientras se cocían.

—Lo supongo —asintió ella—, pero, en cualquier caso, tampoco nos prestaste mucha atención.

Matsu volvió a sentarse y empezó a pelar un melocotón. Parecía estar dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de mantener ocupadas las manos.

—En aquel entonces, no os comprendía a ninguna de las dos —dijo él.

Fumiko dejó de hacer lo que estaba haciendo y se volvió a mirarlo.

—Creo que yo tampoco —confesó—. Si lo hubiera hecho, quizás habría sido más comprensiva.

Por un momento, pensé que debía levantarme y marcharme, que su conversación debía ser únicamente entre los dos, pero fue Matsu quien carraspeó, puso las dos manos de plano sobre la mesa y se levantó. Murmuró algo casi incomprensible sobre el jardín, dejó el melocotón pelado sobre la mesa y desapareció rápidamente de la cocina.

—Así es Matsu —comentó Fumiko suavemente al ver marcharse a su hermano. Se volvió hacia el fuego y revolvió los tallarines—. Siempre ha tenido dificultades para hablar de Tomoko, incluso después de tantos años.

—¿Estabas todavía aquí cuando Tomoko...?

—¿Se suicidó? —terminó ella la pregunta, volviéndose hacia mí.

Asentí con un gesto.

—Yo tenía cinco años más que Tomoko y ya me había casado. Me había trasladado con mi esposo a Tokio apenas seis meses antes. Siempre pensé que Tomoko vendría algún día a Tokio. Era una soñadora que nunca tuvo los pies en el suelo. —Fumiko sacudió la cabeza con un gesto de pesar—. Fue una gran tragedia, porque ella era una muchacha hermosa y llena de vida. Recuerdo el día que recibí el telegrama en el que me anunciaban su muerte. Pensé que se trataba de un gran error. Así se lo dije a mi esposo, que telegrafió para recibir un nuevo telegrama confirmando el suicidio de Tomoko. A veces sueño con ella como una mujer ya mayor, todavía hermosa, que vive felizmente. Pero entonces me despierto. Después de tantos años, todavía regreso cada año para honrar su espíritu, con la esperanza de que haya encontrado algo de paz en el otro mundo, una paz que no pudo encontrar aquí.

—¿Cómo estaba Matsu? —pregunté.

Fumiko lavó y secó los tallarines ya cocidos. Luego, vertió suavemente el montón humeante en otra olla de sopa que había puesto a hervir.

—Él siempre fue silencioso y no hacía más que trabajar. ¿Sabías que fue el que encontró a Tomoko? —preguntó y siguió hablando, sin esperar mi respuesta—. Durante sus últimos días, mi madre me comentó que Tomoko estuvo más cerca de Matsu que de nadie más. Parecía algo irónico puesto que, hasta entonces, tuvo bien poco que ver con él. A veces me pregunto si yo habría podido ayudarla de algún modo a salir de su desesperación.

La voz de Fumiko vaciló y se detuvo. Los tallarines hervían en la sopa, burbujeando y chisporroteando. El vapor se elevaba por encima y se extendía por la pequeña cocina.

—Después de la muerte de nuestros padres —siguió diciendo Fumiko—, le pedí a Matsu que se viniera a vivir conmigo en Tokio, pero se negó. “No sabría qué hacer allí”, me dijo. Fue a visitarme una vez, pero su corazón siempre ha estado en Tarumi.

Aunque no lo diga, siempre ha habido algo o alguien que lo ha retenido aquí, algo tan profundamente enraizado en su espíritu como los pinos que recubren estas montañas.

Sonreí para mis adentros y me pregunté cómo había logrado Matsu mantener en secreto la existencia de Sachi durante todos aquellos años. Ciertamente que Fumiko se había marchado a Tokio antes, pero ahora era la única familia que le quedaba. ¿Cómo podía no pronunciar el nombre de Sachi y decirle a Fumiko que ella era la verdadera razón por la que no podía abandonar Tarumi? ¿Y cómo es que no podía hacer a Sachi más real, más enraizada en su vida, reconociendo su presencia? Estos pensamientos daban vueltas en mi mente mientras observaba a Fumiko dividir los tallarines, repartidos en tres cuencos, colocar un poco de pastel de pescado encima de cada uno de ellos y luego situar los cuencos sobre la mesa, uno tras otro.

17 de agosto de 1938

Me despertaron los bajos sonidos de las voces que murmuraban. Tardé unos momentos en darme cuenta de que no se trataba de un sueño, sino del suave zumbido de las voces de Matsu y Fumiko que hablaban en susurros en la cocina. Era muy temprano y, en el exterior, todo estaba oscuro todavía. Me quedé allí tumbado, en silencio, envuelto por el olor cálido y dulce de algo que se cocinaba y que llegaba hasta mi habitación, despertándome lentamente de mi somnolencia. Para cuando me vestí y me uní a ellos, en la cocina, me di cuenta de que debían de estar levantados desde hacía horas, preparando comida para llevar a las tumbas de Tomoko y de sus padres. Sobre la mesa había cuencos de verduras troceadas, tofu frito, bolas de arroz rellenas con judías rojas y pescado salteado.

—Estaba a punto de despertarte —dijo Matsu al verme de pie en la puerta—. Tenemos que salir muy pronto.

—Ya estoy preparado —le dije, frotándome los ojos para ahuyentar el sueño.

—Toma, Stephen-san, bébete esto —me dijo Fumiko tendiéndome una humeante taza de té.

Bebí el té lentamente, mientras los veía trabajar uno junto al otro. Me daba cuenta de que había calidez entre ellos. Era lo mismo que yo sentía con mi hermano o mis hermanas, la clase de serena familiaridad que procede de haber crecido juntos. Se sentía bien el hecho de ver a Matsu bajo esa luz, tan diferente a como era habitualmente. En ocasiones, hablaban en susurros o no se decían nada, mientras las manos cortaban y envolvían, moviéndose con un ritmo perfecto.

Salimos de la casa justo cuando el sol se elevaba sobre el horizonte como una naranja rojiza. Mis pensamientos se desviaron hacia Sachi y lo que podría estar haciendo para el *O-bon* en Yamaguchi. Ya había muchas otras personas que habían emprendido el

camino, llevando *furoshikis* llenos de comida para las tumbas de los miembros de su familia. Nos unimos a la larga procesión, que se hizo más densa al entrar en el pueblo y que se extendía por el camino que conducía al templo. El pueblo mismo parecía más luminoso, más limpio, en la medida en que se habían iniciado los preparativos para las fiestas. A lo largo del camino de tierra, separados por una distancia de un metro unos de otros, se habían levantado largos y delgados postes de madera de unos dos metros de alto. Los pequeños ganchos que sobresalían de lo alto de los postes esperaban que se colgaran los farolillos. Miré a mi alrededor y me sentí aliviado al no ver a Keiko y a su familia. Su padre había dejado bien claro lo que sentía hacia mí la última vez que estuvimos en el templo y yo no quería que Keiko o yo mismo volviésemos a estar en una situación tan embarazosa como aquélla.

Cuando llegamos al cementerio, ya había cuencos de comida y tazas de arcilla llenas de té y sake junto a las tumbas. En Hong Kong también solemos realizar un peregrinaje anual para honrar a nuestros antepasados durante la fiesta de los Fantasmas: primero a la familia de Ba-ba y luego a la de Mah-mee. Mientras que las lápidas aquí en Tarumi eran simples y sencillamente talladas, muchas de las que podían verse en Hong Kong eran grandes y elaboradas y la mayoría de ellas contenían pequeñas fotografías de los fallecidos, incrustadas en la piedra. Yo siempre había disfrutado caminando lentamente por entre las torcidas filas de lápidas, conmovido de algún modo por los rostros que me miraban fijamente. Eran imágenes de juventud y esplendor, de vejez y sabiduría. No importaba. Cada año, al marcharme, me llevaba conmigo todos aquellos rostros, como si en aquel breve espacio de tiempo hubiera podido conocerlos de algún modo.

Por eso me sentí un poco decepcionado cuando llegamos a las parcelas de la familia de Matsu y Fumiko. Sólo se distinguían por marcadores de piedra gris que contenían nombres y fechas inscritos; no había el menor rastro de supervivencia de sus personalidades. Me di cuenta entonces de que, en realidad, nunca había visto cómo era Tomoko. Lo único que sabía es que había sido una muchacha hermosa. Me pregunté si Matsu tendría, guardada en alguna parte, una fotografía de ella.

Matsu y Fumiko abrieron los *furoshikis* y dejaron un cuenco tras otro lleno de comida sobre las tres tumbas que había ante ellos. Luego, me esperaba otra sorpresa: Matsu se adelantó y empezó a canturrear algo por lo bajo, casi como una canción. Su voz sonó sorprendentemente suave y melodiosa. Una vez que hubo terminado, él y Fumiko se inclinaron profundamente ante las tumbas y, desde donde yo estaba, a pocos pasos de distancia, tras ellos, hice lo mismo. Después, Matsu pidió repentinamente disculpas y echó a andar por el cementerio. Llevaba consigo otro *furishiki*.

—¿Adónde va? —le pregunté a Fumiko, que estaba ocupada limpiando la suciedad de las lápidas con un viejo trapo y una lata llena de agua.

Sin levantar la mirada de lo que estaba haciendo, me contestó:

—A ver a Kenzo-san.

Me pregunté qué le habría contado Matsu acerca de la muerte de Kenzo. ¿Sabía ella que se había ahorcado? ¿Podía tener una idea de la causa? Observé a Fumiko en silencio, entregada a fregar la piedra, y luego levanté la mirada justo a tiempo de ver a Matsu aparecer por una de las esquinas del templo.

Cuando regresamos al pueblo, todo estaba muy animado, lleno de gente y risas. Las farolas y farolillos de papel colgaban de los delgados postes, iluminando el camino para que los fantasmas pudieran llegar y partir. Los farolillos tenían toda clase de formas, algunos parecidos a figuras de animales y casas y otros, más sencillos, pintados de vistosos colores rojos, negros o blancos. Cada uno colgaba de su poste como un adorno. El olor a pescado frito, a *mochi* en salsa de soja y azúcar y a pasteles de judías rojas arrancó gruñidos de mi estómago. La música fluía en el aire. Era el momento para divertir a los espíritus, para bailar y alegrarse por su regreso. La calle estaba llena de gente que comía y bebía, gente que había viajado cientos de kilómetros para estar presente en Tarumi en estas fechas. Había tantas caras nuevas en el pueblo que tuve la sensación de hallarme en otra parte. Grupos de mujeres y niños permanecían ociosos en la calle. Los viejos se entremetían en todo, tratando de recordar nombres y rostros del pasado. Lo único que todas estas gentes tenían en común eran los muertos a los que acudían a honrar cada año.

Miré hacia el salón de té de Kenzo, todavía oscuro y vacío. Casi pude imaginarlo en el pasado año, durante el *O-bon*, con su aseada figura yendo de un lado a otro, llevando bandejas de bebidas a los sedientos clientes. Podría haber dado un manotazo en el hombro de Matsu, invitándolo a una cerveza. Este año, sin embargo, se había marchado para siempre, dejando que Matsu le honrara con comida y bebida. ¿Y qué debería estar sintiendo Sachi en este *O-bon*? ¿Acaso celebrarían a los muertos en Yamaguchi?

Resultaba difícil imaginar qué nos depararía el futuro a cada uno de nosotros. En todo Japón se celebraba la fiesta en honor de los muertos, precisamente en aquellos momentos en que más y más chinos eran masacrados. No quedaría ninguno para honrarlos a ellos. Miré a mi alrededor, observando todos aquellos rostros sonrientes, a Matsu y a Fumiko, que se movían lentamente a mi lado y hubiera deseado que uno de ellos pudiese explicarme qué iba a suceder.

OTOÑO



5 de septiembre de 1938

Los primeros indicios del otoño ya se han dejado sentir en el jardín. Lo primero que cambió fueron los olores, haciéndose los perfumes más dulces y más pesados. A continuación serán los colores, que cambian para adoptar las tonalidades del carmesí, el azafranado, el anaranjado y el escarlata. Hay en el otoño algo que me parece mucho más serio que en cualquier otra estación. Quizá sea la luz, que gradualmente se vuelve más oscura, haciendo que todo parezca menos trivial, obligándote a mirar más intensamente para encontrar tu propio camino.

La mayoría de los veraneantes se habían marchado para la última semana de agosto, dejando a Tarumi nuevamente sumida en el silencio. Esta mañana, al salir, me he sentido abrumado por un sentimiento de nostalgia, por el recuerdo de cuando era más joven, sabiendo que pronto tendría que regresar de nuevo a la escuela. Y, aunque pasar otro otoño en Tarumi no era precisamente como regresar a la escuela, experimentaba lo mismo que cuando se regresa a algo que ya se ha vivido anteriormente.

Naturalmente, todos estos pensamientos se disolvieron en cuanto Matsu me llamó al fondo del jardín para que viera algo.

—Mira —me dijo, señalando una planta en forma de globo, cuyo nombre citó—: *Kerria*.

Observé las flores de un amarillo anaranjado, con sus cinco pétalos abiertos parecidos a un pequeño crisantemo.

—Son muy hermosas —le dije, tratando de compartir con él su entusiasmo.

Matsu se acuclilló y recorrió los pequeños pétalos con las yemas de los dedos.

—Son algo más que eso —afirmó—. Habitualmente, sólo florecen una semana, en la primavera. Es una señal de muy buena suerte ver florecerlas en esta época tan tardía del año.

—¿Crees que tendremos buena suerte? —le pregunté.

Matsu me miró y luego se volvió de nuevo hacia las flores.

—Desde luego, mientras no tengamos nada de mala suerte —contestó.

13 de septiembre de 1938

Esta mañana he bajado a la playa. Era la primera vez desde hacía varias semanas que no encontraba multitudes de gentes. De algún modo, tengo la sensación de que vuelve a pertenecerme, que durante todas estas semanas no he hecho otra cosa que esperar a encontrar un trozo de arena sin nadie, tal como esperaba a que Keiko regresara de nuevo. Poco después del festival *O-bon* me enteré de que ella y su familia se habían

marchado a Osaka para visitar a la familia de la madre. En realidad, fue Matsu el que una tarde regresó de la oficina de correos y comentó casualmente que se habían marchado. Primero me entregó una postal de Pie, enviada desde Macao, adonde finalmente habían ido ella y Mah-mee para visitar a Anne y Henry. Luego, me dijo:

—Esa bonita amiga tuya se marchó a Osaka con su familia. Según me ha comentado Yoshida-san, regresarán dentro de unas semanas.

Asentí con un gesto de la cabeza y le di las gracias por el correo. Sus ojos no dejaron de observarme, incluso cuando me volví para alejarme y empezar a leer la postal.

En la playa se observan por todas partes los restos que ha dejado la gente. Envoltorios arrojados descuidadamente, una pequeña pala de plástico parcialmente enterrada en la arena, pequeños montones de lo que habían sido castillos y fosos de arena, que todavía se mantenían medio en pie. Me sentí solo al ver todas estas cosas, no por aquellos que las habían dejado allí, sino por todas las cosas que yo mismo tendría que dejar. Lo peor de estar enfermo era la fatiga, la debilidad que me distinguía de los demás y que me convertía en nada más que un espectador. En la escuela sólo podía ver cómo mis amigos nadaban, jugaban al baloncesto y al críquet. Durante mi convalecencia en casa, siempre me hallaba al menos a una habitación de distancia de donde sonaban las risas. Pero, después de haber pasado un año en Tarumi, me sentía finalmente más fuerte de lo que me había sentido en los dos últimos años. Ahora no podía evitar el preguntarme cuánto tiempo transcurriría antes de que tuviera que dejar Tarumi atrás, para empezar a participar de nuevo en mi otra vida.

Últimamente, las noticias sobre la guerra en China habían sido esporádicas, lo que significaba, simplemente, que ya no se producían grandes, victorias japonesas; el silencio, sin embargo, ya no me engañaba. A veces tenía la sensación de que todos nos hallábamos suspendidos en el tiempo, esperando.

Caminé a lo largo de la playa hasta que un destello de luz llamó mi atención. Procedía de lo alto de la duna y, al principio, pensé que se trataba simplemente del sol, cuyos reflejos jugueteaban conmigo. Pero al ver de nuevo el destello empecé a distinguir lentamente que alguien caminaba a través de las ondas de calor, dirigiéndose hacia la playa. Me quedé allí de pie, a la espera, hasta que la delgada figura desapareció de nuevo por detrás de una duna. El blando crujido de la arena se fue acercando hasta que finalmente apareció Keiko por encima de la duna.

—¡Keiko-san! —exclamé, saludándola con la mano.

Keiko me vio y me devolvió el saludo. Intentó avanzar con mayor rapidez, pero sus sandalias de madera le dificultaban echar a correr. Se detuvo un momento para quitárselas y, con ellas en las manos, liberada, corrió hacia mí.

—Esperaba volver a verte pronto —dijo ella, inclinándose.

Alrededor del cuello colgaban una cadena de plata y un medallón que nunca le había visto hasta ahora. Seguramente, eso fue de lo que la luz del sol arrancó destellos.

—Yo también —afirmé, inclinándome a mi vez—. Me dijeron que te habías marchado, con tu familia.

—Sí —asintió—. Fuimos a Osaka a visitar a mis abuelos.

Bajó la mirada hacia los pies y luego la levantó, pero la apartó de mí dirigiéndola hacia el mar.

—¿Va todo bien? —le pregunté.

Keiko vaciló al principio, pero luego dijo con rapidez:

—No podré verte más, Stephen-san.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, experimentando la misma sensación que si me hubiese abofeteado en la cara.

—Lo siento mucho pero así tiene que ser —dijo, mirándome esta vez a los ojos—. Y ahora tengo que marcharme.

Keiko se dio media vuelta con rapidez y empezó a caminar en la dirección por la que había venido. Yo deseaba una mejor explicación y la seguí inmediatamente hacia la duna. La alcancé y la tomé por el brazo cuando ella estaba a punto de iniciar el ascenso. Todavía llevaba las sandalias de madera en la mano y, al girarse, me golpearon en el pecho.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté, apretándole el brazo con mayor dureza de la que pretendía—. ¿Es que tu padre te ha hecho cambiar de idea sobre nosotros?

—No puede haber un «nosotros» —contestó.

Luego, Keiko se liberó de un tirón y, por un momento, pensé que iba a golpearme de nuevo con las sandalias. Pero se limitó a alejarse de mí, mientras se pasaba los dedos de una mano sobre la cadena de plata y sostenía las sandalias en la otra.

—No sin una explicación —le dije.

—¿Es que no te das cuenta? En estos momentos, nada bueno podría salir de nuestra amistad. —Miró hacia atrás, para comprobar de nuevo si alguien nos observaba—. Mi hermano resultó muerto en Hsuchowfu. Recibimos la noticia justo al regresar de Osaka.

Al principio, me quedé atónito. ¡Hsuchowfu! Eso significaba que su hermano había muerto en mayo. No pude imaginar lo que supondría para su familia haber perdido a su único hijo. Atraje a Keiko hacia mí y la abracé fuertemente. Sentí su cuerpo que trataba de contener las lágrimas, convulsionándose arriba y abajo. Permanecimos así durante un largo rato, hasta que ella se apartó lo suficiente como para verle la cara, humedecida por las lágrimas. Supuse que aquellas lágrimas eran por su hermano muerto, pero entonces ella levantó una mano para tocarme la mejilla, haciéndome sentir su calor allí por un momento. Pensé en besarla, pero temí que ella se apartase y me abandonara aún más rápidamente. Cuando finalmente la solté, Keiko me miró a los ojos pero no dijo nada. Simplemente, se dio media vuelta en silencio y

echó a andar duna arriba. Esta vez, no la seguí. Me quedé allí de pie, como si esperase algo, quizá la más ligera inclinación de su cabeza, la luz del sol sobre su collar o cualquier pequeña señal suya que me invitara a seguirla. Pero Keiko no se giró en ningún momento. La vi ascender hasta lo alto y luego, poco a poco, desapareció más allá de la duna de arena.

No he podido dormir. Me levanté para escribir todo esto, con la esperanza de librarme de Keiko y del fantasma de su hermano. Me preguntaba cuántos chinos habría matado él antes de su propia muerte. Supongo que esa pregunta no tendría la menor importancia para una familia japonesa que hubiera perdido a su único hijo. Pero ¿qué decir de todos los civiles chinos muertos durante el último año? ¿Acaso Keiko y su familia se lamentaban por todos aquellos hijos e hijas, madres y padres? La locura de la guerra destruía mucho más que a los soldados que luchaban en ella. Lo desgarraba todo a su paso, de modo que nada escapaba a sus garras. Ni siquiera alguien tan humano y decente como Keiko saldría de todo aquello sin cicatrices.

16 de septiembre de 1938

Anoche soñé con Keiko. Corría hacia mí, sobre la playa pero, por rápido que corriese, nunca conseguía acercarse a mí. No estoy seguro de saber qué hacía yo en el sueño, si simplemente estaba allí de pie o corría hacia ella. Lo único que sé es que, al despertarme, sudaba abundantemente y el futón y la almohada estaban húmedos, de modo que, por lo visto, debí de estar corriendo en mi sueño.

Matsu sabe que algo ha cambiado entre Keiko y yo, pero no me ha hecho ninguna pregunta y yo no le he dado ninguna información. No sé muy bien qué decirle, puesto que apenas acabábamos de iniciar nuestra amistad cuando terminó tan bruscamente. He intentado no mostrarme muy taciturno, pero como sucede cuando no se tiene suficiente para comer, siempre se anhela algo más. En una o dos ocasiones creí ver a Keiko en la playa, pero sólo fue «una broma de mi imaginación», como habría dicho Matsu.

Las cosas que se recuerdan de una persona cuando se ha marchado, son algo extrañas. No hay dos personas que sientan lo mismo, aunque habitualmente tiene que ver con el aroma o la expresión, el sonido de una voz, un gesto singular. Para mí, aún puedo ver los colores de Keiko: el negro de su cabello contra la piel de un crema pálido, el kimono azul oscuro con los círculos blancos, los palos santos de un profundo color anaranjado cayéndose del cesto marrón que llevaba. El dolor que siento en el corazón se hace más grande cada vez que pienso en esos colores y cómo siguen desvaneciéndose de mis ojos a cada día que pasa.

Ha llovido durante la semana pasada. Luego, hoy mismo, el primer día del otoño, ha dejado de llover de improviso y ha amanecido uno de los días más hermosos. Esta mañana, el cielo era de un azul pálido sin una sola nube. El aire era fresco y portaba el olor salado y húmedo de la tierra y del mar. Era un día perfecto para celebrar con Sachi el *shubun nohi*, el equinoccio de otoño.

Salimos hacia Yamaguchi por la mañana. No había estado allí desde hacía mucho tiempo y estaba ansioso por ver de nuevo a Sachi. No fue una caminata muy agradable montaña arriba porque la tierra estaba saturada de agua y había mucho barro. Resbalé en varias ocasiones y, cuando llegamos, tanto Matsu como yo estábamos salpicados de barro de la cabeza a los pies, con los zapatos y las perneras de los pantalones cubiertos de barro. Sachi nos miró, se cubrió la boca y se echó a reír al vernos llegar enlodados hasta la puerta de su casa.

Rodeamos la casa, hasta el jardín, cuyas piedras todavía estaban oscuras, brillantes y humeantes por toda la lluvia. Allí nos quitamos el calzado y nos enrollamos cuidadosamente las perneras de los pantalones antes de volver a la casa por la puerta de atrás. Sachi nos estaba esperando con dos túnicas *yakata* para que nos cambiásemos.

—¿Queréis bañaros? —nos preguntó, mirándonos fijamente de arriba abajo.

Matsu me miró y luego negó con un gesto de la cabeza. Hizo un gesto hacia un lado de la casa y dijo:

—Nos enjuagaremos y nos quitaremos estas ropas.

Sachi se inclinó hacia nosotros, mostrándonos su acuerdo, y le entregó las dos túnicas, volviéndose luego rápidamente para entrar de nuevo en la casa. Matsu me condujo hasta el otro lado, donde había un bidón de agua. Cerca había una gran bañera de madera en la que tomar un baño.

—Toma una de éstas —me dijo, tendiéndome una túnica.

En seguida me di cuenta de que era demasiado grande para mí. Matsu se quitó la ropa, se enjuagó meticulosamente y se puso la túnica, que le quedaba perfectamente. Yo hice lo mismo, sin sentirme ya perturbado por mi desnudez. Durante el año transcurrido había recuperado algo de peso y gracias a los baños de mar que tomaba me encontraba en mucha mejor forma que nunca. Pero, al ponerme la túnica, comprobé que todavía me podía envolver dos veces en ella.

Cuando entramos en casa de Sachi, ella ya nos había preparado té y nos esperaba. La mesa ya estaba dispuesta, cubierta con platos lacados, limpiamente dispuestos en el centro.

—*Domo arigato* —le dije, aceptando la taza de té que me ofreció.

La túnica me colgaba flácidamente del cuerpo y casi estuvo a punto de caerse cuando me incliné para expresarle mi agradecimiento. Ella sonrió.

—¿Cómo has resistido toda esta lluvia? —le oí preguntar a Matsu.

Estaba de pie junto a la puerta *shoji* de atrás y miraba fijamente hacia el jardín. Había en su actitud algo diferente que no pude discernir del todo.

—Ha estado bien —contestó Sachi.

Matsu caminó alrededor de todo el interior de la casa y examinó el techo, en busca de cualquier señal de goteras. Al no encontrar ninguna, sonrió para sí mismo, volvió a la mesa y se sentó con el alivio de quien se ha cerciorado de algo y se siente tranquilo. En ese momento, lo vi tal como era: el dueño de la casa. Me di cuenta por primera vez de que él no poseía un lugar propio. Matsu se había pasado toda su vida adulta viviendo en la casa de la playa de mi abuelo, cuidando de ella. Antes, había vivido con sus padres. Pero me daba cuenta de que esta casa, amorosamente construida con sus propias manos para Sachi, era igualmente su casa. Y, de repente, desaparecieron todos los años de servicio. Estaba sentado a la mesa, con su túnica de color oscuro, con aspecto feliz y satisfecho, haciéndonos gestos para que nos uniéramos a él.

Me senté y observé a Sachi que sirvió a Matsu anguila adobada, tofu frito y arroz. Luego, se quedó de pie, en silencio, a un lado y le observó mientras él tomaba el primer bocado, lo masticaba, hacía un gesto de aprobación con la cabeza; sólo entonces, los labios de Sachi se curvaron hacia arriba por las comisuras mostrando una ligera sonrisa.

Era algo que había visto cientos de veces cuando era más joven y mi padre estaba en casa. Se convertía en un ritual nocturno. Aunque mi padre mostraba una máscara de indiferencia en su rostro cuando Ching se quedaba de pie a su lado, esperando a que él probase la comida y diese su aprobación, ella parecía tan ansiosa como una niña pequeña. Cada noche planificaba nuestra cena, murmurando para sí misma si algo no era del agrado de mi padre. Siempre me había sentido incómodo cuando alguien me esperaba, como hacía Ching, que llevaba trabajando para mi familia desde que yo tenía uso de razón. Pero era evidente que, después de todos aquellos años, Ching había adquirido un cierto poder sobre nuestra familia. Mi padre le confiaba la preparación de la comida y a sus hijos. Mi madre le contaba sus secretos y luego la escuchaba como a una hermana mayor, sin atreverse a gritarle demasiado fuerte cuando se enojaba, por temor a que se fuese a trabajar para otra familia. Resultaba fácil darse cuenta de que, sin Ching, mi madre se sentiría perdida.

Y, al estar mi madre y mi padre tan continuamente fuera de casa, ya fuese por motivo de negocios como de placer, Ching se quedaba siempre en el hogar y nos cuidaba y educaba como si fuésemos sus hijos. Nos preparaba té amargos cuando estábamos enfermos y nos regañaba cuando nos portábamos mal. Y, en muchos casos, era a Ching a quien acudíamos cuando nos pelábamos una rodilla o se nos rompía el corazón, en lugar de a mi madre. Ella nos sirvió siempre y de muchas formas.

Recuerdo que en una ocasión, al preguntarle si tenía hijos propios, me contestó: «Os tengo a todos vosotros, y a nadie más».

Después de escuchar sus palabras, me sentí mejor, como si nosotros también sirviésemos para algún propósito porque, sin nuestra presencia, ella podría haberse dejado llevar, sin nada propio a lo que agarrarse.

Matsu levantó su cuenco y le pidió más arroz a Sachi, que se levantó, antes incluso de que él hubiera terminado la frase. Al mismo tiempo, él le sirvió más té en la taza y pareció darse de ese modo un equilibrio perfecto. Yo sabía que ninguno de los dos se dejaría arrastrar lejos del otro.

—¿Quieres tú también más arroz, Stephen-san? —me preguntó Sachi.

—Sí, por favor —le contesté, levantando mi cuenco hacia ella para que no tuviera que tomarlo por sí misma.

28 de septiembre de 1938

Esta mañana me he despertado sintiéndome ansioso. Mientras Matsu estaba en el jardín, podando y recogiendo las hojas, entré en su habitación y encendí la radio. No había nada nuevo, excepto la misma vieja y chillona voz hablando del emperador y de la valerosa lucha de Japón contra el imperialismo extranjero y el comunismo. Apagué la radio y salí al exterior.

En el jardín de Matsu y, en realidad, en todo Tarumi, florecían los crisantemos con gran abundancia. Matsu estaba acucillado ante un pino negro, podándole las ramas. Al oír que me acercaba desde atrás, se sentó apoyándose en los talones y dijo:

—Me vendría bien un poco de ayuda.

—Sólo tienes que decirme lo que debo hacer —le dije, contento de tener algo en lo que ocuparme.

—Sostén esto —me dijo, dirigiendo hacia mí una rama para que yo la sostuviera y él pudiera cortarla.

—¿Así? —pregunté, pero Matsu ya había podado lo que quería podar.

—A veces es más fácil cuando lo hacen dos personas —me explicó. Luego, se levantó del suelo y tomó un cubo de tierra—. ¿Ya no quieres nadar en la playa? —me preguntó, dándose la vuelta.

—Realmente, no me apetece —le contesté. Pensé que podría ser aquel un buen momento para comentarle lo que había sucedido con Keiko—. Ya no veo a Keiko-san —espeté, deseando haberlo dicho con algo más de suavidad.

Matsu se volvió a mirarme. Luego, se limitó a señalar otra rama y me pidió:

—¿Puedes bajarme esa rama un poco?

Hice lo que me pedía mientras él se movía lenta y meticulosamente para podar la rama por el lugar preciso.

—¿No te parece interesante, Stephen-san, las muchas veces que uno tiene que podar algo precisamente para que crezca más fuerte? —Asentí con un gesto de la cabeza—. Es posible que, al principio, la rama podada parezca solitaria y pelada, pero las cosas cambian cuando florece de nuevo en la primavera.

Pensé que era muy propio de Matsu relacionar las emociones humanas con un árbol.

—Keiko no es un pino —le dije, algo molesto por la comparación—. Su hermano resultó muerto en Hsuchowfu.

—¡Qué estupidez! —le oí murmurar; al cabo de un momento, añadió—: Los seres humanos y las plantas no somos tan diferentes. Todos formamos parte de una misma naturaleza y aprendemos a vivir los unos de los otros.

—¿Incluso cuando una persona destruye a otra?

Matsu se incorporó lentamente. Retrocedió un paso y contempló con aprobación el pino negro recién podado.

—Yo no digo que los seres humanos no tengamos todavía mucho que aprender. A veces amamos y odiamos sin pensar. Esperamos demasiado de los demás y, a menudo, nos equivocamos. Fíjate en esa flor, por ejemplo —dijo, señalando el arrayán trepador—. Tiene un período de vida muy corto, pero uno sabe lo que puede esperar de ella. Las hojas se vuelven de un color amarillo anaranjado, así que uno sabe que se caerán en cuestión de una semana. Afortunada, o infortunadamente, los seres humanos vivimos mucho más tiempo. Y eso hace que tengamos muchas más complicaciones. Pero, al final, Stephen-san, sólo se puede mirar atrás y confiar en que todo lo que sucede en tu vida haya sido por un propósito. Tanto si ves a Keiko-san como si no la ves más, eso ya no evitará que la hayas conocido. Si ella es importante en tu vida, se quedará en ella.

Se agachó y tomó el cubo de tierra. Me ofrecí a ayudarle, pero él se encogió de hombros.

—Habrá otras personas —dijo, alejándose—, muchas otras. Pero ésa no es razón para que dejes de nadar.

30 de septiembre de 1938

A principios del mes que viene es el cumpleaños de Pie, de modo que pasé una buena parte de la tarde en el pueblo buscando algo que enviarle. El correo parece funcionar cada vez de forma más lenta. No he recibido nada de Hong Kong o de Kobe desde hace mucho tiempo, ni cartas y ni siquiera un periódico de mi padre.

El pueblo estaba en silencio. Al principio había evitado ir allí, al no querer tropezarme con Keiko. Pero entonces, como si hubiese pasado una página, confié de

repente en volverla a ver. Aunque sólo pudiera verla de lejos, al menos sabría que todavía existía. Sin embargo, vi a muy poca gente en el pueblo. Era como si todos sus habitantes se hubiesen quedado dormidos.

Sólo había un gran almacén, cerca de la oficina de correos, donde no tenía muchas esperanzas de encontrar un regalo para Pie. A pesar de que disponía de todo lo que necesitaba en Hong Kong, quería enviarle un recuerdo, algo que pudiera contemplar un día y que le recordara este año de separación. En el interior de la tienda todo estaba muy oscuro y hacía fresco. Una anciana se inclinó y me invitó a echar un vistazo. Caminé lentamente por entre los pasillos atestados de toda clase de objetos, con la esperanza de encontrar algo, pero allí sólo se encontraban las cosas más esenciales: comida enlatada, té, jengibre, hilo de pescar, cuchillos. Me sentí decepcionado al no poder encontrar nada para Pie. En lugar de eso, tomé varias latas de verduras encurtidas, galletas de arroz, algas secas y se las compré a la agradecida anciana.

Ya de nuevo en el exterior, mis ojos lagrimearon debido al brillante resplandor del sol. Había dos ancianos sentados delante de la tienda, tan enfrascados en su conversación, que no se dieron cuenta de mi presencia. Hablaban de la guerra, del honor japonés y de cómo el ejército imperial japonés debía capturar rápidamente el sur de China, antes de que se derramase más sangre japonesa. Ninguno de los dos habló de las pérdidas chinas, cuyas cifras eran tan enormes, tan irreales que se necesitaría la voz estentórea de la locutora de la radio para contarlas todas.

5 de octubre de 1938

Me he levantado esta mañana con el deseo de bajar a la playa a tomar un baño. Habían transcurrido semanas desde la última vez que viese a Keiko en la playa y tenía la sensación de que su sombra había desaparecido finalmente. Al salir de la casa noté que hacía fresco. El calor del verano había dejado paso al otoño, con su frescor y sus brisas. Parecía haber una cierta tristeza en el ambiente, con el olor del agua de mar mezclándose con el de las flores y las frutas caídas en putrefacción. Intenté no pensar en nada mórbido mientras descendía por el camino, ascendía y descendía por la duna hacia el agua. El mar llegaba a la orilla en una permanente agitación de pequeñas olas, rolando con espuma y algo furioso.

Me desnudé y entré poco a poco en el agua. Ya estaba bastante más fresca que pocas semanas antes. Vacilé al principio pero luego eché a correr, dejando que el frío del agua conmocionara mi cuerpo, despertándome por completo. Nadé hasta quedar totalmente entumecido por el frío y luego dejé que mi cuerpo rolara de regreso hacia la orilla, como un trozo de alga sin vida. A veces me extrañaba el pensar lo impotente que era.

Al regresar a la casa, Matsu me había dejado una nota diciéndome que se había ido al pueblo. Todavía estaba entumecido de la cabeza a los pies, así que decidí tomar un baño de agua caliente. La bañera de madera situada en el fondo de la casa estaba vacía, como esperándome. La llené con agua como había visto hacer a Matsu tantas veces y encendí los carbones del fogón de hierro situado debajo. Luego, procedí a lavarme el cuerpo antes de meterme en la bañera.

Cuando regresó Matsu, todavía estaba tomando el baño. Era aquélla una de las muchas costumbres que echaría de menos cuando me tocara regresar a Hong Kong.

—Vas a sufrir un acceso de calor —me dijo, saliendo de la cocina.

Llevaba varios periódicos y unas pocas cartas en la mano.

—Se está muy bien aquí —le dije.

—Parece que todo esto ha llegado a la vez —dijo Matsu, metiéndose una de las cartas en el bolsillo—. Es de Fumiko —explicó.

Dejó todo lo demás, equilibrado, sobre una piedra desigual, a pocos pasos de distancia de la bañera. Encima de todo había otras dos cartas.

Me levanté rápidamente del agua caliente y en cuanto el aire frío envolvió mi cuerpo, se me puso la piel de gallina desde los pies hasta la nuca. Salí de la bañera, me sequé y me puse los pantalones y la camisa. Matsu ya había vuelto al trabajo y se dedicaba a recoger hojas, ignorándome. Tomé el correo y regresé apresurado a la casa.

No fui a mi habitación sino que me senté a la mesa de la cocina, como había visto hacer a Matsu cientos de veces, con la cabeza inclinada sobre una de sus revistas. Una de las cartas era de King y la otra de mi padre. No había recibido ninguna noticia de King desde hacía mucho tiempo y sentí verdadera ansiedad por saber si estaba bien. Abrí el sobre, que había sido sellado en Cantón dos meses antes.

2 de agosto de 1938

Querido Stephen:

Apuesto a que piensas que ya me he olvidado de ti. ¡Pues no tienes tanta suerte! Lo que sucede es que las cosas se nos han puesto bastante difíciles por aquí y eso de escribir y estudiar entre apagones contra los bombardeos se ha convertido en todo un arte. Mira que te envidio, estando ahí en la playa, sin la incesante amenaza de las bombas explotando en la distancia. No, no te rías, porque así son las cosas, así que ahora sueño con ruidos sordos y apagados de fondo.

En serio, las cosas están muy calientes por aquí. Lo tenemos todo racionado, desde el arroz y el té hasta el jabón y el papel higiénico. ¡Finalmente he descubierto algo bueno que hacer con todos mis viejos exámenes! De todos modos, no importa. La cifra de estudiantes que aún quedamos en Lingnan ha descendido y sólo somos un puñado. La mayoría

trata de regresar a Macao o a Hong Kong mientras puedan. Quería escribirte para decirte que finalmente también me marchó a Hong Kong la semana que viene, siempre y cuando todo vaya bien, de modo que podrás verme a tu regreso. Parece bien extraño enviar esta carta a Japón, puesto que es a los japoneses a los que maldecimos cada mañana y cada noche, antes de cerrar los ojos. Es decir, si el distante bombardeo nos permite dormir.

Pero ¿cómo estás tú? Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve noticias tuyas. No estoy seguro si es que te lo estás pasando tan bien que ya no recuerdas a tu viejo amigo, o si es que el correo no llega. Sea lo que fuere, cuando te vuelva a ver, seguro que nos habremos hecho mayores.

Ah, sí, ¿recuerdas a Vivian Hong? ¿La bonita muchacha de la escuela primaria? Resultó muerta la semana pasada cuando una bomba alcanzó el edificio de apartamentos donde vivía. Eso quizá te permita darte cuenta de lo frágiles que somos todos.

Te echo de menos, amigo mío. Espero el día en que podamos vernos de nuevo en Hong Kong.

Cuídate.

King.

Intenté recordar cómo había sido Vivian Hong, pero no pude, y eso me inquietó. A mi mente acudieron las imágenes de varias muchachas, pero no estaba seguro de que la de Vivian fuese una de ellas. Una sensación de culpabilidad, seguida de una profunda tristeza, se apoderó de mí al pensar que ella ya podía haber sido olvidada.

Leí de nuevo la carta de King y lo imaginé ya a salvo, de regreso en Hong Kong. Seguramente estaría jugando al criquet, o comiendo tallarines en Wan Chai, o viendo una película en el Central. En cualquier caso, de repente sentí nostalgia por estar haciendo lo mismo. Había transcurrido ya más de un año desde la última vez que viera a mi familia y a mis amigos. Deseaba volver a ser como todos los demás, pero en realidad me sentía como un extraño, como si ya no perteneciese a ninguna parte.

Miré los periódicos, con titulares en los que se decía lo mismo. El ejército imperial japonés continuaba asolando China y avanzaba a cada día que pasaba. Dejé los periódicos a un lado y recordé entonces la otra carta de mi padre. La abrí cuidadosamente, como imaginé que haría él. Empezaba como tantas otras, preguntándome por mi salud y expresando la esperanza de que siguiera mejorando. Casi leí el resto por encima, convencido de que sabía lo que iba a decir, de que aquélla no fuese más que otra carta de cumplido. Pero hubo algo en el último párrafo que atrajo mi atención: me decía que tenía que emprender un corto viaje de negocios a Tokio. «Tomaré el tren desde Kobe a Tokio, donde estaré unos pocos días y dispondré de tiempo libre para divertirme». Luego, leí varias veces la pregunta que me hacía a continuación, hasta que finalmente entendí su significado. «¿Te interesaría venir conmigo?», me preguntaba.

11 de octubre de 1938

Le escribí a mi padre diciéndole que me gustaría acompañarlo a Tokio. Esta misma mañana he recibido un telegrama de él diciéndome que se sentía complacido.

No recuerdo si, cuando era un muchacho, hice alguna vez un viaje a solas con él. Guardo un vago recuerdo de estar en un mercado abierto muy grande, con voces que gritaban por todas partes, con gallinas que picoteaban y perros esqueléticos olisqueando a mis pies. Olía terriblemente mal a incienso quemado y a pescado salado. Yo me agarraba a la mano de un hombre y casi era arrastrado a través de la multitud. Apretaba la mano con tal fuerza que la mía la sentía entumecida y blanquecina en los nudillos. Temía soltarme, temía perderme entre aquel gentío, entre las voces y los olores. Pero ni siquiera ahora recuerdo haber sabido nunca con certeza si era la mano de mi padre, la de un sirviente o la de un tío. Sólo sé que era una mano grande y cálida que tiraba de mí y me alejaba de todo daño.

19 de octubre de 1938

Ayer visitamos a Sachi. Quería verla, antes de marcharme. Cuando llegamos, estaba en el pueblo y acababa de salir para ir a casa de Tanaka-san. Al vernos caminar hacia ella observé que abría ligeramente los labios, para luego abrirlos ampliamente en una sonrisa. El débil aroma del eucalipto llenaba el aire mientras caminábamos de regreso a su casa. Al hablarle de mi viaje a Tokio, Sachi guardó silencio, con una fugaz mirada de anhelo en sus ojos. Me di cuenta de que había permanecido oculta en Yamaguchi durante tanto tiempo, que únicamente podía soñar con los brillantes colores y fragancias que había dejado atrás. Empecé a decir algo, pero Matsu cambió de tema y se acercó un poco más a Sachi, haciendo que su suave kimono me rozara el brazo.

Hoy, Matsu me ha dejado a salvo en el tren. Mi padre me estará esperando en la estación de Kobe. Luego, partiremos casi inmediatamente hacia Tokio, para quedarnos allí tres días. Yo sólo había preparado una pequeña bolsa, que Matsu insistió en llevar cuando nos dirigimos a la estación de Tarumi. Una vez allí, Matsu arrastró los pies mientras esperábamos en el andén. Siempre parecía sentirse nervioso cuando alguien llegaba o partía.

Al llegar finalmente el tren, moviéndose lentamente, Matsu me entregó la bolsa y retrocedió rápidamente, como si cruzara una línea invisible que nos separase. Sin decir una palabra, me deslizó en la mano un papel con el número y la dirección de Fumiko, sólo para casos de emergencia. Me incliné ante él, saludándole, y subí al

tren, pero cuando encontré un asiento y miré por la ventanilla, Matsu ya no estaba allí.

A medida que el tren traqueteaba y seguía la línea hasta Kobe, me di cuenta de que era la primera vez que estaba fuera de Tarumi desde hacía más de un año. De pronto, el balanceo hizo que me sintiera cansado. No había dormido mucho la noche anterior, sin dejar de pensar en lo que sería estar en Tokio. Recuerdo que toda la familia fuimos allí juntos una vez, cuando yo todavía era demasiado pequeño como para apreciarlo. En aquel entonces, me pareció una ciudad tan atestada y congestionada como Hong Kong, llena de brillantes anuncios y de gente. Mi padre y mi madre salían cada noche a bailar, mientras los niños nos quedábamos en el hotel, con Ching, siempre tan tenaz en sus formas. Sólo quería comer comida china, de modo que se llevó su propio arroz blanco, las judías tiernas, las raíces de loto y el pollo en salsa de soja, todo guardado en botes de cristal y ollas de arcilla. Aquel rico aroma no tardó en llenar nuestra habitación, de modo que si cerrábamos los ojos, no sabíamos si estábamos en Tokio o en casa.

Incliné la cabeza hacia atrás, apoyándola en el asiento, sabiendo que al cabo de pocas horas vería a mi padre. Por un momento, se me aceleró el corazón al tratar de imaginar de qué hablaríamos durante aquellos tres días. Sin embargo, si habíamos aprendido algo en el pasado año era precisamente cómo sortear los temas más complicados. Y el tema de mi madre aparecía siempre en el primer lugar de la lista.

Cuando el tren entró en Kobe, había dormitado un buen rato y tenía ganas de ver a mi padre. Tomé la bolsa y seguí a los demás pasajeros que bajaban del tren. La estación estaba ruidosa y atestada. Las salidas y llegadas de los trenes se anunciaban por un chirriante altavoz. Busqué a mi padre y finalmente lo vi. Estaba a un lado, algo alejado de la gente, con su maleta de cuero y su maletín a un lado. Levantó la mano en alto al verme, como si estuviese en una clase y supiera la respuesta a una pregunta.

—Ba-ba —exclamé, dejando la bolsa en el suelo e inclinándome para saludarlo.

—Tienes muy buen aspecto —dijo mi padre, complacido—. Disponemos de poco tiempo antes de que salga nuestro tren. Vamos a tomar algo. ¿Tienes hambre? —preguntó.

—Matsu me preparó unos pasteles de arroz —contesté—, pero no me importaría beber algo.

Mi padre sonrió y se inclinó para tomar su equipaje, pero yo tomé antes su maleta. Me condujo entre el gentío y observé que en la estación había muchos más soldados que el año anterior. Nos miraron de arriba abajo al pasar, quizá apretaron con más fuerza sus rifles, pero no dijeron nada.

Llegamos al pequeño mostrador de un bar situado en un lado de la estación, donde servían bebidas, cerveza y pequeñas comidas. Los dos pedimos café.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó mi padre mientras tomaba un sorbo de café.

Terminé de revolver el azúcar antes de contestar.

—Fue cómodo. Es difícil creer que ésta sea la primera vez que he salido de Tarumi desde hace más de un año.

—Ciertamente, estás ahora mucho mejor de salud que cuando saliste de aquí hace un año —añadió mi padre—. Veo que has engordado un poco.

—Deja que te muestre —le dije.

Me quité la chaqueta para que pudiera palparme el brazo. Me sentía orgulloso de lo sólido que se había puesto. Mi padre me apretó el brazo y se echó a reír.

—Te estás poniendo a la altura de Henry —dijo, refiriéndose a mi hermano mayor.

—La verdad es que me siento muy bien, Ba-ba. A veces me preguntaba si alguna vez volvería a sentirme así.

Mi padre dejó la mano apoyada en el brazo, dándole otro apretón.

—Tómame el café —dijo—. Luego, será mejor que tomemos el tren.

20 de octubre de 1938

Tokio parece enorme. Ayer, al llegar al hotel, salí a dar un paseo antes de cenar. Mi padre tenía un asunto que atender, de modo que eso me dio la oportunidad de echar un vistazo a mi alrededor. Nos alojamos cerca de Ginza, una calle bordeada de sauces llorones, más espectacular y deslumbrante que nada de lo que hubiese visto hasta entonces. Hasta Hong Kong palidecía en comparación con la gran cantidad de tiendas y restaurantes que había en esta gran calle, de la que se ramificaban otras calles con más tiendas. Alargadas franjas de tela colgaban de los dinteles, con caracteres que anunciaban lo que cada tienda ofrecía, desde *sahushi* y comida hasta recuerdos y juguetes de hojalata con cuerda. Las mujeres y los hombres vestían tanto kimonos como ropas occidentales, abriéndose paso entre la multitud de un lado a otro. En comparación con los habitantes del pueblo de Tarumi, que se movían tan lentamente, los de Tokio parecían muy animados y sin humor. Y, aunque los sonidos de Tokio eran más uniformes que los de Hong Kong, su ritmo era igualmente frenético. Grandes trolebuses traqueteaban por el centro de la calzada, mientras los coches de marca occidental hacían sonar sus cláxones y los carricoches tirados a mano pugnaban por abrirse paso calle arriba. Vendedores de tallarines estaban de pie junto a sus carros de venta, tocando sus flautas al unísono con el sonido de las sandalias de madera que chocaban contra el pavimento. Por todas partes se veían vehículos militares y grupos de soldados japoneses, que parecían jóvenes y muy animados, pero que resultaban de todos modos amenazadores, con sus rifles colgados en bandolera, sobre sus estrechos hombros.

Seguí caminando. El palacio imperial asomaba al fondo, solemne imponente. Se había levantado majestuosamente en medio de Tokio desde hacía siglos, alojando al

emperador y a su familia. Caminé alrededor de sus murallas exteriores, construidas principalmente de madera y tejas, rodeadas por los japoneses que acudían religiosamente para honrar a su emperador. Grupos de jóvenes de ambos sexos se maravillaban ante su tamaño, no por su modesta altura, sino por la vastedad de su extensión, que ocupaba muchas hectáreas, protegido por fosos y murallas interiores, donde se alojaban cientos de sirvientes y trabajadores, además de la familia imperial. Me resultaba extraño hallarme tan cerca de la única persona por la que toda una nación estaba dispuesta a ir a la guerra y morir.

Pasé junto a un grupo de mujeres jóvenes vestidas con kimonos, que estaban sentadas en un banco, junto a una fuente. Hablaban en voz baja y cosían fragmentos de telas de brillantes colores, utilizando hilos oscuros. Más tarde, al regresar al hotel, mi padre me contó que estaban haciendo *senninbari*, amuletos hechos con materiales bordados, que luego se recortaban y se cosían para los soldados japoneses que combatían en ultramar.

Cenamos en un restaurante cercano al hotel, donde según mi padre servían la mejor anguila marinada de todo Japón. Pedimos acompañarla con arroz hervido. La pequeña estancia estaba atestada y había mucho ruido de voces que discutían. No tardé en darme cuenta de que la mayoría de las conversaciones giraban en torno a la guerra en China. Hasta mi padre evitó hablar allí en chino y sólo lo hizo en japonés y con sus tonos más suaves y medidos. Hacia el final de la cena me dijo que quizá yo debiera regresar a Hong Kong antes de Navidades.

—¿Se están poniendo mal las cosas? —le pregunté en chino bajando el tono de voz.

—Vuelves a sentirte bien y a tu madre la complacerá mucho tenerte de nuevo con ella —me contestó en japonés.

—¿Crees que Hong Kong será un lugar seguro? —seguí preguntándole.

Sabía que, a través de sus conexiones de negocios, se enteraba de cosas, por lo que tenía una imagen de la situación más clara que cualquiera de nosotros.

—Por ahora lo es —contestó, esta vez en chino.

22 de octubre de 1938

Cantón cayó ayer. La noticia se transmitió por la radio y fue anunciada en el hotel a través de un altavoz. Por un momento, pareció como si todos y todo se hubiese quedado petrificado. Después de meses de continuos bombardeos, los japoneses habían efectuado simplemente un desembarco por sorpresa en la bahía de Bias. Imagino que los cantoneses, anestesiados ya por los constantes bombardeos, debieron de sentirse aturridos por la derrota.

En ese momento, mi padre y yo almorzábamos y sentí la noticia como un inesperado golpe en la boca del estómago. Todos los japoneses presentes en el

restaurante prorrumpieron en gritos de alegría al oír la noticia de la captura del último gran puerto chino, mientras que yo me esforzaba por encontrar aire para respirar y, simplemente, no pude decir nada. Observé a mi padre, que levantó la mirada del plato, con expresión triste. Luego, sacudió la cabeza lentamente y sólo dijo:

—Será mejor que nos marchemos.

Con aquellas pocas palabras, todo cambió. Supe que había llegado el momento de abandonar Tokio. Ya no me sentía bien recibido allí. Camino de la estación de tren, tuve la sensación de estar siendo vigilado. Aunque los hombres y mujeres con los que me cruzaba en la calle trataban de mantener la mirada baja, sabía que no podían dejar de observar que, de algún modo, yo no pertenecía a ellos.

Anoche me quedé a dormir en el apartamento de mi padre en Kobe. Llegamos en el tren de la noche y no podía tomar otro para regresar a Tarumi hasta la tarde siguiente. Me sentó bien pasar un tiempo con mi padre, por breve que hubiera sido, verle bajo la luz de la lámpara, sentado en su sillón de cuero, sin estar muy seguro de saber lo que debería hacer. Ahora parecía más viejo y cansado y sostenía una copa de brandy en la mano. Se quedó mirando fijamente hacia la oscuridad durante tanto tiempo que pensé que se había olvidado de mi presencia, sentado como estaba frente a él. Al final, tras decidir que debería regresar a Hong Kong yo solo, levantó la mirada hacia mí. Él se quedaría un poco más en Kobe para terminar un negocio mientras esperaba a ver qué harían los japoneses a continuación.

Matsu me esperaba en la estación. Parecía sentirse incómodo, como siempre, mientras esperaba allí a solas, pero en cuanto me vio bajar del tren, observé cómo se relajaba la expresión de su cara.

—Recibí un mensaje de tu padre diciendo cuándo ibas a venir, así que pensé venir a recibirte al tren —dijo, tomando mi bolsa—. ¿Cómo estaba Tokio?

—Todo es demasiado grande y está atestado de gente —contesté—. Es realmente muy bueno verte y estar de regreso en Tarumi —le dije, admitiendo con ello lo mucho que le había echado de menos.

—Aquí todo estuvo muy silencioso sin ti —dijo, al dar media vuelta para marchar.

—Estoy seguro de que te habrás enterado de lo sucedido en Cantón —comenté, poniéndome a su altura. Él se limitó a lanzar un gruñido—. Voy a tener que regresar pronto a Hong Kong.

Me pregunté si mi padre le habría dicho también en el mensaje que iba a tener que regresar a Hong Kong en la próxima semana. Mi padre estaba convencido de que ya no había necesidad de esperar más tiempo para poder reservar pasaje.

Matsu se volvió a mirarme y dijo simplemente:

—Ya me lo imaginaba.

24 de octubre de 1938

Nunca parece haber tiempo suficiente para hacer todo lo que uno desea. No había previsto que fuese tan difícil abandonar Tarumi, pero ahora resulta que eso sólo hace que se me hinchen los ojos de lágrimas. Esta noche, mientras Matsu preparaba la cena y yo escuchaba la radio, oímos la noticia de que Hankow había caído en poder de los japoneses. Seguía siendo difícil creer lo que estaba sucediendo en China y lo veloz que ocurría todo. Matsu se acercó rápidamente a la radio y la apagó.

—¿Quieres ir mañana a Yamaguchi? —preguntó.

—Desde luego —me apresuré a contestar.

—Creo que sería mejor que vieras a Sachi a solas —añadió.

25 de octubre de 1938

Esta tarde he encontrado a Sachi trabajando en el jardín. Levantó la mirada en cuanto crucé la puerta batiente, pero no pareció sorprendida de verme. Le llevaba un regalo que le había comprado en Kobe. Era un jarrón *yakishime* de color siena, protegido por viejos periódicos.

La noche anterior había soñado con Sachi. Ella estaba envuelta en vendajes, enferma y sola. Y aunque gritaba pidiendo ayuda, nadie acudía. Yo quería saber dónde estaba Matsu, pero únicamente podía sentir miedo por ella, sin encontrar ninguna voz que pudiera oírse en un sueño.

—Stephen-san —saludó Sachi, que primero se irguió y luego se inclinó para saludarme.

No me preguntó dónde estaba Matsu.

—Quería traerte este regalo —le dije, devolviéndole la inclinación de saludo—. A Matsu le pareció mejor que viniera yo solo a verte esta tarde —me apresuré a añadir.

—Me siento muy honrada —dijo Sachi con una sonrisa, volviendo a inclinarse cuando le entregué el jarrón—. ¿Qué es lo que te trae hasta aquí y con esa cara tan seria?

—He venido para decirte *sayonara*, Sachi-san. Inicio el viaje de regreso a Hong Kong dentro de unos días.

Bajé la mirada hacia las piedras, al tiempo que Sachi empezaba a cambiar su disposición, sin dejar de sostener el jarrón en una mano. Un momento más tarde, al detenerse, guardó silencio. Parecía tan frágil que hubiera querido rodearla con mis brazos.

—Quizá si los dioses nos sonríen, Stephen-san, tengamos la oportunidad de encontrarnos de nuevo —dijo.

Dejó el rastrillo en el suelo y se inclinó profundamente ante mí. Al erguirse de nuevo, el lado dañado de su cara pareció brillar bajo la luz del sol. Tragué saliva con dificultad y le toqué la manga de su kimono.

—Sé que nos encontraremos —fue todo lo que le pude decir.

Luego, Sachi se agachó, tomó el rastrillo y me lo entregó con un gesto. Empecé a mover el rastrillo por entre las piedras, lo hice retroceder y volví a pasarlo entre ellas. El sonido crujiente que hicieron las piedras al chocar entre sí fue extrañamente tranquilizador.

—Hay algo que me ha estado preocupando —le dije, retrocediendo y situándome al borde de su mar de piedras.

—¿Qué es?

—¿Quién se ocupará de ti si le sucede algo a Matsu?

—¿Y qué te hace pensar en eso?

—Soñé que te quedabas completamente sola —contesté al cabo de un momento.

—Ya lo estoy —dijo ella sin vacilar.

—Pero Matsu se había marchado y tú estabas enferma...

—Matsu se marchará un día, o quizá me marcharé yo primero. En cualquier caso, uno de los dos se quedará solo. No hay garantías de nada, Stephen-san.

—Pero ¿qué harás si Matsu fuese el primero en marcharse?

—Viviré el resto de mi vida lo mejor que pueda —contestó Sachi y, haciendo un gesto hacia el jardín, añadió con una sonrisa—: Fíjate en todo lo que tengo para mantenerme ocupada.

Asentí con un gesto y luego, lentamente, volví a pasar el rastrillo por entre las piedras.

—No tienes que preocuparte por mí, Stephen-san. He tenido una buena vida. —Entonces, Sachi extendió una mano para detener el movimiento del rastrillo—. Tú nos has dado aquello que nos faltaba.

—No entiendo.

Los dedos de Sachi se cerraron con fuerza alrededor del mango de madera.

—Tú has sido para nosotros el *musuko* que perdimos hace muchos años.

—¿Hubo un hijo? —pregunté, asombrado.

—Fue un parto difícil y al final nació muerto.

Las palabras de Sachi quedaron como colgando en el aire.

—Lo siento —me oí decir a mí mismo.

No pude imaginar lo terrible que tuvo que haber sido para ella. Parecía injusto que Sachi tuviera que soportar una pérdida así después de todo por lo que había pasado. ¿Cómo podían los dioses haberse llevado a la única persona que podría haberles hecho la vida más fácil? Mi cólera aumentaba a medida que lo pensaba. Y,

en mi mente, imaginé a Matsu levantando a su hijo muerto entre las manos, sabiendo que pronto tendría que enterrarlo en la tierra fría, para no verlo crecer nunca.

—Ven conmigo —dijo Sachi.

Su voz me sobresaltó ligeramente. Soltó el rastrillo y lo dejó allí donde cayó.

Seguí a Sachi de regreso a la casa, sintiendo todavía la conmoción de sus palabras. Me quité los zapatos antes de entrar. La familiar estancia me calentó inmediatamente y alivió mi ansiedad. Sachi se dirigió a la mesa baja, donde extrajo un adorno de ramas de pino de un jarrón oscuro. Luego, desenvolvió el nuevo jarrón y arregló en él muy cuidadosamente las ramas de pino. Lo dejó sobre la mesa, retrocedió un paso y sonrió.

—Añade nueva vida a esta habitación —dijo.

—Es hermoso —asentí.

Sachi se volvió hacia mí y se inclinó otra vez.

—Gracias de nuevo, Stephen-san. —Luego, antes de que yo pudiera decir nada más, se apoyó sobre la mesa y dijo—: Ahora quisiera darte a cambio un regalo muy pequeño, para que te lo lleves en tu viaje de regreso a casa.

Buscó mi mano y extendió la suya, cerrada en un puño. Entonces, en la palma de mi mano depositó las dos piedras negras y brillantes de Tomoko, recogidas hacía tantos años y apreciadas por sus poderes mágicos.

La única vez que le he dicho adiós a Sachi ha sido hoy, cuando llegué a su jardín. Y, sin embargo, la resolución de la palabra pareció arrancar ecos en el aire durante toda la tarde. Tomé el té verde que Sachi me trajo y comí varios pastelillos de judías rojas, sin dejar de comprobar casi a cada momento que las dos piedras suaves estaban todavía en mi bolsillo. No podía dejar de observar el rostro de Sachi a cada oportunidad que tenía, a pesar de que eso la hacía bajar la mirada, azorada. Seguía siendo muy hermosa. Luego, cuando su rostro se desvaneció lentamente entre las penumbras del atardecer empecé, a sentir el dolor por la pérdida.

26 de octubre de 1938

Hoy he pasado casi todo el día en la playa. Nadé en el agua fría y me tumbé sobre la última franja de arena calentada por el sol. Dentro de pocas semanas ya hará demasiado frío para nadar. Intenté imaginar cómo sería mi vida cuando regresara al ruido de Hong Kong y cómo, al principio, pensé que jamás podría adaptarme al silencio que reinaba aquí. Ahora, en cambio, el simple hecho de pensar en el regreso me resultaba sofocante.

Durante todo el día he sentido el deseo de volver a ver a Sachi. Ayer, al marcharme, sentí como si una parte de mí quedara atrás. Sentía la necesidad de

reclamar esa parte, de aliviar la miseria que experimentaba. Soñé despierto con lo que supondría vivir en Tarumi y cuidar de Matsu y de Sachi, adaptándome a una vida tranquila, lejos del ruido y de la guerra. Sería todo tan sencillo.

Abrí los ojos y levanté la cabeza al oír algo en la distancia. Casi no le hice caso, pensando que sería otro sonido imaginado o una visión que había tenido varias veces, mientras estaba en la playa. En cierta ocasión oí decir que si uno desea realmente algo, la mente es capaz de crearlo. Y yo me sentía anhelante de compañía. Me incorporé, sentándome, miré hacia la duna y aguardé. Siempre esperaba ver aparecer a Keiko en lo alto de la duna, para echar a correr hacia mí. Pero en mi más profundo interior sabía que ése no era más que uno de aquellos sueños que solía tener despierto. Era como esperar una carta que nunca llegaría. Sólo que, esta vez, no estaba equivocado y alguien surgió lentamente en lo alto de la duna. En el instante siguiente pude ver a Matsu que caminaba hacia mí, llevando un *furoshiki* con el almuerzo.

27 de octubre de 1938

Hoy he empezado a preparar la maleta. Mi padre me reservó pasaje en un barco que zarpa dentro de tres días. Pasado mañana tomaré un tren a Kobe y al día siguiente emprenderé la navegación hacia Hong Kong. No parece posible que haya permanecido en Tarumi durante más de un año, pero, mientras guardaba mis pertenencias, quedé extrañado al comprobar las muchas posesiones que había ido acumulando, como los pinceles de mi abuelo, vasijas de arcilla, conchas recogidas en la playa. Lo que había traído al principio parecía haberse multiplicado por tres. A pesar de todo, confiaba en tenerlo todo preparado, para que Matsu y yo pudiéramos pasar mi último día en Tarumi sin necesidad de soportar cargas extras.

La casa de mi abuelo parece sumida en un pesado silencio. Matsu me trajo unas pocas cajas esta mañana y luego se quedó en el umbral de la puerta, observándome. No ha hablado mucho desde que mi padre cablegrafió para anunciar la fecha de mi partida. La mayor parte del tiempo, Matsu y yo no sabemos qué decirnos el uno al otro. Él deambula de una habitación a otra, tratando de mantenerse ocupado, pero yo sé que los dos nos sentimos como perdidos, como si la casa se estuviese convirtiendo lentamente en una extraña para ambos. Matsu mira fijamente cada habitación, como si ya la volviera a ver como estaba, silenciosa y casi vacía.

Sachi ha bajado desde Yamaguchi para estar esta tarde con nosotros. Eso ha sido para mí como un sueño hecho realidad. La puerta de acceso al jardín crujió y ella entró inesperadamente, atreviéndose a salir a la brillante luz del día. Y, sin embargo, de

algún modo, a ninguno de los dos nos sorprendió verla bajarse el velo, sonreír y tranquilizar a Matsu, asegurándole que todo estaba bien.

—Sólo quería veros, a ti y a Stephen-san —fue todo lo que ella dijo.

Ninguno de los dos hizo otra pregunta.

Más tarde, cuando ya estaba tumbado en la cama, intenté grabar en mis recuerdos cada momento de la velada que habíamos pasado juntos. Sachi nos había traído una extraña ligereza. Matsu rió y habló con naturalidad. Yo no podía dejar de mirarlos, los dos juntos, sentados a la vieja mesa de madera, mientras cenábamos. Hubiera querido que Sachi se quedase toda la noche, pero ella insistió en regresar a Yamaguchi. Como siempre, Matsu la acompañó de regreso. Ante la puerta del jardín, Sachi se inclinó profundamente ante mí, sin pronunciar una sola palabra. Sólo después, cuando ya me encontraba solo en la casa, fue cuando me di cuenta de que, esta vez, había bajado en busca de Matsu.

28 de octubre de 1938

Esta mañana, al despertarme, Matsu ya me había dejado preparado el desayuno en la mesa y se había marchado. No dejó una nota para decirme adónde había ido y no pude evitar el sentirme decepcionado por el hecho de que hubiese desaparecido el último día que pasaría en Tarumi. Pero esa idea pronto pasó al oír el crujido de la puerta de acceso al jardín. Salí al *genken* justo a tiempo de ver a Matsu entrar llevando dos paquetes envueltos en papel marrón.

—Pensé que hoy sería mejor ocuparme temprano de mis asuntos en el pueblo —dijo, acercándose. Levantó uno de los paquetes y añadió—: Fui a comprar la cena.

El otro paquete continuó a salvo, bien protegido bajo su brazo y su contenido se mantuvo en el misterio. Parecía sentirse mucho más feliz después de la visita de Sachi.

—Pensé que ya tratabas de desembarazarte de mí antes de hora —le dije como una broma.

Matsu se detuvo de improviso.

—Jamás se me había ocurrido —dijo.

Matsu preparó el almuerzo mientras yo limpiaba mis últimas pertenencias en el despacho de mi abuelo. Los pinceles y las pinturas quedaron ordenadamente guardados en sus cajas y los vacíos lienzos blancos los dejé para que Matsu los guardara, hasta mi siguiente visita. Levanté la mirada hacia mi único cuadro terminado del jardín, que había dejado en el caballete desde el día en que lo terminé, hacía ya varios meses. Decidí entonces que le regalaría la pintura a Matsu.

Después del almuerzo, cuando le entregué el cuadro, él se quedó atónito por un momento y luego se inclinó tan profundamente en señal de agradecimiento que pensé que iba a caerse.

—Me siento muy honrado —dijo presuroso, con la mirada fija en el suelo, en una actitud de formalidad.

Le devolví la inclinación.

—No es ni la mitad de bueno que disponer del verdadero jardín, pero pensé que, de todos modos, podrías disfrutarlo. —Fue entonces cuando aproveché la oportunidad para decirle lo que le quería decir—: No creo que nadie más hubiese hecho mejor las cosas a la hora de cuidar de mí.

En ningún momento levantó la mirada del suelo, pero su voz sonó firme y clara.

—A veces pienso que ha sido precisamente al contrario —dijo Matsu.

Por la tarde hemos regresado al santuario Tama. Matsu se sintió sorprendido cuando expresé mi deseo de ir allí. Estaba ansioso por marcharme y deseaba caminar a alguna parte. De algún modo, pensé que caminar hasta el santuario podría inducirme la sensación de paz que necesitaba. Esta vez, después de haber cruzado las tres puertas *torii*, realicé el ritual completo de lavarme, quitarme los zapatos e inclinarme tres veces, sin necesidad de fijarme en lo que hacía Matsu. En realidad, no había acudido hasta allí con ninguna intención especial de rezar en el santuario. Sabía que ni todos los rezos del mundo impedirían que la guerra continuara, o harían que mis padres se volvieran a amar. Quise dejar un mensaje en la pared, junto al altar, sujeto junto a todas las otras peticiones de esperanza, de modo que, si ya nunca más regresaba a Tarumi, algo de mí quedara allí.

29 de octubre de 1938

Anoche, Matsu preparó salmón y pepino troceado, rematado con pasta de mijo. Le vi preparar toda la cena con una delicadeza en el movimiento de sus manos que siempre me había asombrado. Durante todo el rato, tomaba de vez en cuando un sorbo de un vaso de cerveza y actuaba como si únicamente se tratara de otra velada más en una serie de muchas. Yo también intenté actuar con normalidad, aunque la ansiedad que me roía en la boca del estómago era un constante recordatorio de mi partida.

Después de cenar, Matsu no retiró los cuencos, como solía hacer, sino que se quedó en la mesa, hablando, como habíamos hecho la noche anterior, en compañía de Sachi. Le dije que, una vez de regreso en Hong Kong, esperaba poder reanudar las clases. Él me dijo que finalmente iría a Tokio a visitar durante unos días a su hermana Fumiko. Ella llevaba años tratando de animarlo a hacer aquel viaje y quizá ésta fuese una buena ocasión. Estuve de acuerdo en que sería el momento perfecto para que él la

visitara. Después de eso, pasaría tiempo con Sachi y quizá, finalmente, se trasladaría a Yamaguchi. Me di cuenta de que me observaba atentamente al decirme esto, pero yo me limité a mostrarme de acuerdo, dirigiéndole una sonrisa. Luego, cuando ya habíamos agotado la conversación, Matsu se levantó y bajó de la estantería de la cocina la muñeca *daruma* que yo le había dado. Le volvió la cara hacia mí, para que pudiera ver que le había pintado un ojo.

—Cuando regreses —dijo—, le pintaré el otro. Y ahora necesitas descansar. Mañana te espera un largo viaje.

Me levanté muy temprano, moviéndome en silencio por la casa, y salí al jardín de Matsu. El otoño había apagado ya algunos colores, pero aún quedaba la serena belleza que siempre echaría de menos. Nada me había transmitido más consuelo durante aquellos primeros días de mi estancia en Tarumi que permanecer sentado allí, en ese jardín. En él, la vida parecía haberse detenido, como si una vida aparte se contuviera a sí misma en su belleza. Me senté junto al estanque por última vez, recordando. Había aprendido la diferencia entre un cerezo japonés en flor y un cerezo llorón *Higan*. Casi pude ver de nuevo a Sachi cuando llegó de Yamaguchi, después de que yo resultase herido, agachada sobre la tierra, con Matsu, mientras plantaban los dos un árbol nuevo. Sentí las flores blancas que Keiko había arrojado por encima de la verja y que cayeron sobre mi cabeza como polvo mágico. Esas imágenes daban vueltas y más vueltas en mi cabeza, mientras escuchaba el viento que lloraba a través de las grietas de la verja de bambú.

Estaba a punto de regresar al interior de la casa cuando oí un débil sonido junto a la puerta del jardín. Me había acostumbrado ya a comprobar ese tipo de sonidos fantasmagóricos, con la esperanza de que fuesen reales. Me acerqué en silencio a la puerta para no asustar a quien pudiera estar al otro lado o lo que pudiera ser. No percibí ninguna sombra entre las grietas de bambú y me esforcé por percibir otro sonido. A excepción del viento, no se oía nada fuera de lo normal. Tomé la manija de la puerta y la abrí rápidamente. El camino estaba vacío pero, esta vez, Keiko había estado realmente allí. Sujeta a la puerta había una única flor blanca.

Aunque se recorra el mismo camino cientos de veces, cada vez se encuentra algo diferente. Había oscurecido y el cielo estaba cubierto cuando iniciamos el camino hacia la estación. El olor del aire estaba cargado de lluvia. Por primera vez, el camino que se extendía ante nosotros pareció oscuro y amenazador, como olas grises que rompieran con dureza. Me esforcé por echar un último vistazo al jardín, antes de que Matsu cerrase la puerta tras nosotros. Luego, dio media vuelta y echó a andar por el camino, a paso rápido. Aun cargado con todas mis pertenencias, no aminoró el paso.

Para cuando llegamos a la estación, ya había empezado a llover ligeramente. Matsu y yo dejamos la maleta y las cajas en el suelo y esperamos en silencio. Notaba la garganta tan reseca que el hecho de no hablar me pareció lo mejor. Apenas si podía tragar. De repente, hubiera deseado que Matsu se marchase inmediatamente. Que él esperase allí no haría sino dificultar las cosas.

—¿Por qué no regresas a casa, antes de que empiece a llover más fuerte? El tren llegará en cualquier momento. No hay necesidad de que los dos esperemos aquí —le dije, tragando con dificultad.

Matsu miró, incómodo, a uno y otro lado de la estación.

—¿Y qué pasa con todas las cajas?

—Le pediré al mozo que me ayude —contesté—. Es mejor que te marches —dije con un esfuerzo y la voz quebrada.

Matsu me miró un momento y comprendió.

—Creo que estarás bien, Stephen-san —dijo, y se inclinó.

Pero, en lugar de devolverle la inclinación, esperé a que Matsu se irguiese de nuevo y lo rodeé con mis brazos, en un fuerte abrazo. Por un momento, se quedó allí, como petrificado, pero yo no me aparté hasta que no sentí que sus brazos también me abrazaban.

Sólo entonces lo solté.

—Nos escribiremos. Y cuidarás de Sachi, ¿verdad? —le pregunté con un tono demasiado alto, demasiado joven para buscar seguridades.

—Como siempre —contestó.

Pensé entonces en el magnífico padre que habría sido.

—Espero que la guerra... —empecé, tratando de decir algo, pero sin encontrar las palabras.

—Eso es otra vida. Nunca tendrá nada que ver con nosotros —terminó diciendo él—. Te deseo un buen viaje, Stephen-san.

Matsu hizo una profunda inclinación ante mí, y luego me miró un momento más antes de dar media vuelta y marcharse. Al llegar al borde de la estación, se detuvo. Me sentí tentado de correr hacia él, pero mis piernas no pudieron moverse. Lo único que pude hacer fue inclinarme hacia delante y verlo desaparecer.

Al sentarme en el vagón del tren, hubiera querido llorar. En el exterior, la lluvia caía contra la ventanilla. Aunque sólo estaba medio lleno, el ambiente del vagón era caluroso y con el aire viciado. Observé a la gente sentada en sus asientos y fue sólo entonces cuando vi un paquete marrón medio escondido entre mis pertenencias. Supe inmediatamente que era de Matsu. Desenvolví el papel y encontré dos libros encuadernados en piel negra. No había ninguna nota. Recorrí con la mano la cubierta gruesa de suave cuero antes de hojear las páginas vacías, en blanco. Al cabo de un

rato, mientras el tren traqueteaba hacia Kobe, alejándome de Tarumi, saqué la pluma, abrí uno de los libros y empecé a escribir.